



F.J. KOLOFFON

EL ASTRONAUTA TERRESTRE

Las señales aparecen
cuando te conectas.

EL ASTRONAUTA TERRESTRE

F. J. Koloffon

EL ASTRONAUTA TERRESTRE

F. J. Koloffon

DISEÑO

Daniela Rocha

FORMACIÓN

Susana Guzmán de Blas

EDITOR RESPONSABLE

F. J. Koloffon

CORRECCIÓN

Carla Hermida Chavarría

Rocío Echevarría

Con la colaboración escrita de:
María Eugenia Arredondo Senties
Alexandra Borbolla Compeán

1ª edición, 2005

2ª edición, 2016

Edición independiente.

D. R. Francisco José Koloffon, 2005

ISBN: 970-94236-0-6

Impreso en México • *Printed in Mexico*

9709423606

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso escrito previo del autor.



LA NOVELERÍA[®]
historias a la medida
storytelling

*...AND SOMETIMES IS SEEN A STRANGE SPOT IN THE SKY
A HUMAN BEING THAT WAS GIVEN TO FLY...¹*

¹ Pearl Jam, *Yield*, "Given to Fly".

EL PRINCIPIO

Es un amor secreto el que me hace levantar y querer vivir. Pocas cosas definidas en la vida tengo. ¿Alguna? Ignoro y no deseo saber a qué trabajo dedicaré el resto de mis días. Desconozco si viviré donde vivo o si me iré lejos. O si permaneceré tal cual o si cambiará mi vida con los días, con el transcurrir del calendario. Pero es un amor secreto el que me mantiene fiel y con el que deseo permanecer el resto de mi existencia. Aquí, allá o en donde sea.

Es un amor secreto el que me da ilusiones y sonrisas. Me vacía y me llena. Es un amor secreto en quien pienso, por quien actúo, con quien sueño y por quien vivo. Un amor capaz de emocionarme. Un amor que me altera los nervios al verla o saberla cerca. Un amor que inquieta. Un amor muy mío que me da vida. Un amor secreto. Un amor tan grande y rotundo que un día se dará cuenta. Juntos habremos de vivir. Que Dios me oiga.

Es un amor secreto a través del cual me infiltro en sus sueños. Despierta, me recuerda y luego piensa. En mí. Es mi sueño. Es un amor secreto el que me ha llevado lejos, el que me ha alejado y me ha hecho viejo. Es un amor secreto que me dota de conciencia, un amor que por las noches me recuerda que hay que mirar a las estrellas. Es un amor secreto el que me saca de la Tierra y me acuesta en la Luna.

Es mi amor secreto el atardecer en que la espero, la mañana y las veinticuatro horas. Es mi amor secreto su armonía, su paz y su melancolía. Es mi amor secreto por quien riesgos corro. Por quien río y por quien lloro. Por quién si no.

Es mi amor secreto la melodía en que la entono. Es mi amor secreto por quien leyes rompo y reglas extorsiono. Es mi amor secreto por quien creo en las excepciones, por quien pierdo relaciones y por quien la vida doy. Y es que mi amor secreto me mantiene vivo. Despierto. Yo únicamente le correspondo. Es un amor secreto doble. Es la música y es ella.



*Somewhere over the rainbow,
way up high,
there's a land that I heard of
once in a lullaby.*

*Somewhere over the rainbow
skies are blue,
and the dreams that you dare to dream,
really do come true.*

*Some day I'll wish upon a star
and wake up where the clouds are far behind me,
where troubles melt like lemondrops,
away above the chimney tops,
that's where you'll find me...²*

² Ray Charles (Harold Arlen), *Ray Charles Sings for America*, "Over the Rainbow".

A las ojeras que dan sustento a mis ojos.
A las madrugadas que me han soportado
y a la persona que en ellas me ha acompañado.
A la inspiración y a quienes me inspiraron.
A mi familia y a los seres amados.
A las almas gemelas.

A L. A.

A mí.

Adiós.

I LAIKA

Todo comienza con el primer recuerdo que tengo de mi vida, porque de lo anterior no me acuerdo. Lo que dicen pudo o no ser. Para mí todo inició aquí:

—¡Ay, niño, caramba! ¡Ya tiraste otra vez la sopa en el mantel! ¡Y se está escurriendo en la alfombra! ¡Niño mañoso! —no paraba de decirme mi madre.

De niño era, como ella decía, un niño mañoso. Me chocaba comer. Toda la diversión del día siempre se interrumpía y arruinaba en horarios de comida.

—¿¡Y qué es eso que tiene el pan adentro!? ¿¡Lansbury, por qué escondes la comida adentro del bolillo!? ¿¡Qué no sabes que hay niños que no tienen qué comer y se mueren de hambre!? ¡Y tú desperdiciando la comida, Lansbury! No es justo, fijate...

...¿¡Pero y qué es esto!? ¿¡Qué hacen tantas hormigas en mi maceta de centro de mesa!? ¡Lansbury! ¿¡Quién escondió un pedazo de carne en la macetita!? ¿¡Cuánto lleva ahí!? ¡Qué mañoso! ¡Se van a hacer cucarachas! ¡No puede ser!

Y así eran casi todos los días. Los escondites de alimentos y bolos alimenticios no tenían capacidad para almacenar más contenido. Eran las bolsas de los pantalones las siguientes en ayudarme a salir del apuro, y es que comer, la rutina de la alimentación, me era intolerable.

Ése es el recuerdo más antiguo de mi vida. No es de gran importancia, pero es lo primero que recuerdo, lo primero que me llega a la mente cuando quiero recordar mi niñez.

Me llamo y me llaman Lansbury. Nací hace poco más de veintiocho años. Además de mi fobia infantil alimenticia, recuerdo también mi gusto prematuro por la música.

Económicamente llegué bien al mundo. Sí, sin ningún mérito de por medio, tuve la fortuna de empezar bien. Mi padre nos cumplía, prácticamente, cualquier capricho, inclusive los pensamientos y deseos antes de convertirse en solicitudes. Nos leía el pensamiento y nos agasajaba. No es que fuéramos una fuente de dinero, pero siempre vivimos bien. A pesar de que el viejo no obtuvo diploma o título, supo salir adelante y es un hombre exitoso hoy día. Desde muy joven se colocó en puestos que muchos deseaban. Un tipo hábil para los negocios, de nombre Paulo.

Mi madre, la que en el pasado me ordenaba comer, fue bautizada como Pría. La mujer que me educó y me hizo ser. Ella inculcó mis principios y me mostró caminos cuando yo no podía verlos.

A un par de años de mí llegó Jeroy, mi hermano. Y a otro par, Durga, nuestra hermana. Los tres desde pequeños fuimos uno, nuestras risas creaban una carcajada. Y los llantos, un río.

No es que todo sea perfecto entre nosotros, solamente es. No somos una familia perfecta, sólo la somos. Una familia. En algunas cosas como todas y en otras como ninguna, así como todas. Pero la nuestra.

Otra de las primeras memorias de mi vida es una capa y el disco de la película de *Superman*. *Superman I*. El tema de John Williams podía escucharlo una vez tras otra, hora a hora, todo el día. De ahí viene mi manía de repetir cientos de veces las canciones que me gustan.

Tendría cinco años cuando vi la película en el cine, con mis papás, lógicamente. Salimos y lo primero que hice fue pedirle a mi papá que me comprara una de las capas rojas que tenían colgadas en los puestos de la salida.

—¡Llévela, llévela! ¡La capa original del Superman, llévela, llévela! —coreaban los vendedores.

—A ver, ¿cuánto cuestan, joven? —preguntó mi padre a uno de ellos.

—A veinte pesos, mi jefe. Llévesela, ándele —no acababa de decirle que se la llevara cuando ya se la había puesto en las manos. Papá pagó y la capa era mía.

De inmediato me la colgué, me la amarré al cuello y estaba listo para despegar. Desafortunadamente la capa no servía y tuve que

pedirle a mamá que se la cambiara al señor que las vendía, por otra que sí volara. Desde pequeño deseaba volar.

—No, *mijito*, es que estas capas no vuelan. El único que puede volar es Superman, los niños no pueden hacerlo, si lo intentan Superman se enoja con ellos —supongo que me lo decía para que un día no se me ocurriera saltar por alguna ventana con la capa puesta.

Ante tal decepción, la capa se la heredé automáticamente al Kasán, mi querido perro. Lo adoraba. Desde el día del cine, Kasán andaba de aquí para allá con su capa. No se la quitaba ni para dormir. Cocker spaniel blanco con manchas miel cuya pasión máxima era lamerme la cara.

Por aquellas épocas vivíamos en un departamento, no recuerdo en qué calle de la zona de Polanco, en la Ciudad de México. Kasán dormía en la azotea, lo cual no me gustaba porque se quedaba triste y lloraba. Se habría sentido solo.

Una mañana, muy temprano, antes de que mi papá me llevara a la escuela, sonó el timbre del departamento:

Riiiiiiiiinnnggggg

—¿Quién? —contestó mi madre por el interfón.

—Disculpe, ¿de casualidad es suyo un perro blanco con las orejas café y manchas de color miel? —preguntó una voz de hombre.

—Puede ser, nosotros tenemos un perro así, un cocker. ¿Por qué?

—Lo que pasa es que amaneció en mi jardín y no para de ladrar. Pero lo más extraño es que tiene una capa roja amarrada al cuello —respondió el señor, incrédulo.

Después de comprender que el Kasán había dado algo más que un salto mortal desde nuestra azotea hasta el jardín del vecino, mamá pidió disculpas al hombre y le prometió que no volvería a suceder. Mi papá y yo no sabíamos de qué hablaba ni con quién, hasta que nos contó. Entonces, mi padre bajó y fue a recoger a Kasán a casa del vecino.

Regresó con el perro en brazos, éste lucía feliz. No dejaba de mover la cola y de lamerle la cara a papá. La verdad es que Kasán lamía a quien tuviera al alcance. De la azotea del edificio en que vivíamos al jardín del vecino, fácilmente había seis metros de distancia. Seis metros de salto mortal.

—¿No que la capa no servía, mamá? —dije con toda naturalidad, como quien siempre supo que el otro no tenía la razón.

—Emmm, no es que la capa sirva, Lansbury, la cosa es que este perro está loco. Así que ni se te ocurra ponértela porque no sirve para nada. Es más, mejor la tiramos para que no hagas tonterías.

No entendí a qué tipo de tonterías se refería, pero lo que sí sé es que me negué a que echara la capa al bote de basura.

—Esa capa es de Kasán, mamá. No se la puedes quitar —después de hacerle un berrinche, la convencí. Kasán se quedaba con la capa.

Mis papás no entendían cómo era que el perro había llegado al jardín del vecino sin haberse matado y, más allá de matado, sin haberse roto un solo hueso del cuerpo, ni un colmillo.

No pasaron tres días cuando el vecino volvió a tocar el timbre para informarnos del nuevo vuelo de Kasán, con su capa puesta, por supuesto. A los tres días otra vez más y a los dos siguientes de nuevo, y así hasta que era raro no escuchar la voz del vecino por el interfón, enterándonos de los vuelos del perro.

Kasán se convirtió en el can más famoso de la colonia y, poco después, de la ciudad. Sus hazañas volaron de boca en boca, como publicidad. Le hicieron reportajes en la televisión y en periódicos. Algunas personas lo captaron en pleno vuelo, sus fotos las publicó un diario, de esos alarmistas, concediéndole el encabezado de primera plana en el que le otorgaron el mote de "el Perro Volador", título que sirvió para vender varios miles de ejemplares. "Superdog", "el Ángel Canino" y otros, eran apodosos propiedad de mi fiel amigo.

Había personas que no entendían por qué llevaba capa, pensaban que era planeado por nosotros para hacernos famosos, pero nada de eso. Además, el famoso era el perro, no nosotros. Éramos *los dueños de Kasán*, en lugar de ser él *el perro de los Frapp*. Frapp es nuestro apellido.

El de Kasán es un recuerdo importante de mi niñez. Así podría contar otros, pero son escuetos, por lo que me remonto a la escuela.

Mi grupo de amigos se formó a muy temprana edad. Nos conocimos en el Instituto Irlandés, entre los tres y los cinco años de edad de cada cual. Desde entonces hasta los veinticinco fuimos inseparables. Luego llegaron los matrimonios, compromisos, quehaceres y uno que otro malentendido. Entonces, el grupo se esfumó casi por completo.

No fuimos de los populares de la escuela. Tampoco de los sumisos o de a los que se agarran de puerquito. Nadie solía golpearnos o pasarse de listo. Tampoco nos rendían tributo. Digamos que éramos término medio, ni muy muy, ni tan tan. Normales.

Aunque en ese entonces no lo notaba, el ambiente era denso. Tal vez no tanto dentro, pero sí en su entorno. Familias de dinero, mucho. Desde narcos hasta los empresarios más exitosos del continente, multimillonarios en los primeros sitios de *Forbes*. Figuraban comerciantes con grandes tiendas de autoservicio, políticos, presidiarios, expresidiarios, etcétera. A esa edad no entendía bien de esas cosas, apenas ahora, desafortunadamente.

Como en todo lugar, se notaban tres grupos: *nosotros*, *ustedes* y *ellos*.

Nosotros. Teníamos casi siempre las mismas características o antecedentes, papás trabajadores que con algo de esfuerzo nos habían inscrito a la escuela, para el día de mañana salir de ahí con buenas relaciones y facilitarnos con ello el porvenir.

Ustedes. Era el grupo más cercano a nosotros. Por lo general eran hijos de padres que hacían muchísimo más esfuerzo para mantenerlos estudiando "There, There",³ con el propósito de que se relacionaran con gente pudiente. El problema era que más allá de salir con buenas relaciones del colegio, salían odiando a más de la mitad de los compañeros. No querían saber nada de *ellos*, pues constantemente eran blanco de su crueldad. Sujetos y objetos de bromas pesadas y déspotas, castigos colectivos y pambas chinas.

¿Infierno?

Ellos. Eran más distantes, difíciles. Causaban, a mi parecer, tensión a los demás. Poseían la capacidad, el poder y el *don* de tensar. Sus padres no tenían problemas de dinero ni dificultades para conservarlos dentro. Los problemas los tenían ellos, quienes frecuentemente eran advertidos y amenazados de expulsión si no leían o estudiaban. Pero si la lectura no los salvaba, entonces los salvaban los dineros. Donativos familiares a nombre de la escuela.

De kínder a preparatoria ahí "estudí". Era una escuela grande que se dividía en tres: hombres, mujeres y niños. La sección femenina estaba incomunicada de la masculina, además de por un sinnúmero de prejuicios que los "educadores" nos metían en la cabeza a la fuerza, por una inmensa y larga barda de ladrillos. Quien era sorprendido asomándose por el muro era castigado. Limpiar excusados y mingitorios era la pena. Denigraban esa chamba.

Nunca tuve problemas graves en el colegio, salvo una vez que descubrieron mis bromas telefónicas a las mamás de algunos de

³ Radiohead, *Hail to the Thief*, "There, There".

mis compañeritos. Bromas infantiles que molestaban mucho a los adultos. De un teléfono con varias líneas, comunicaba a una mamá con otra. No había necesidad de preguntar por ellas, pues generalmente eran ellas las que contestaban sus aparatos telefónicos.

Marcaba un teléfono y enseguida ponía la línea en *hold*, mientras marcaba rápidamente a la otra señora. Apenas entraba la segunda llamada, oprimía el botón de *conference* y, por lo general, las dos coincidían al momento de contestar las bocinas:

—Bueno —decía una.

—Bueno —decía la otra.

—Bueno, bueno —volvía a decir la primera.

—¡Sí, bueno! —respondía la segunda, algo molesta.

—Oiga, ¿con quién quiere hablar? —preguntaba cualquiera.

—No, mire, ¿a dónde quiere hablar usted? Usted fue quien marcó —contestaba la otra muy enojada.

—Está usted en un error, yo no marqué a ninguna parte, debe de estar mal su teléfono —volvía a decir una de ellas.

—¿Georgina? ¿Eres tú? Creo reconocer tu voz. ¿Eres mamá de Daniel, del Irlandés, no? —cuestionaba la una a la otra, sin entender lo que pasaba.

—Sí, ¿pero quién eres tú? —preguntaba la segunda, aún más sonza.

—Soy Susanita, la mamá de Eustaquio.

—¡Ah, Susanita! ¿Cómo estás, mujer? Qué sorpresa que me lla-mes por teléfono, no he sabido de ti en años. ¿Dónde te metes?

—¿Pero qué no fuiste tú la que me marcó, Georgina?

—¡Ay, no, Susana! Yo no fui, fue tu llamada la que sonó aquí en mi casa.

—Pero qué cosa más extraña, deben haberse cruzado las líneas, qué chistoso, qué extraño.

Y yo en silencio, a nada de atacarme de risa, buscaba a las próximas víctimas en la lista de teléfonos de mi salón, en la que aparecía el nombre de mis amiguitos de clase y, por supuesto, el de sus mamis.

Viejas, ni se conocían y aprovechaban mis llamadas para contarse mil y un chismes de las otras madres. Que si habían visto al esposo de una con otra mujer, que si otra salía con algún tipo a espaldas de su esposo, que si aquélla no tenía dinero para comprarle uniformes a su hijo porque el marido lo había perdido todo en el juego, y bla, bla, bla. Cuando me hartaban de tanto cotilleo no

aguantaba las ganas de mentárselas, así que me tapaba la nariz, hacía voz de gangoso y finalmente me dejaba oír:

—¡Pinche par de viejas chismosas, vayan y chinguen a su madre! ¡Culeras! —y ¡pum!, les colgaba, cortándose también la conversación entre ellas, lo que las dejaba extremadamente desconcertadas y, sobre todo, muy nerviosas de haber despotricado tal sarta de basura a sabiendas que alguien las había escuchado.

Así pasé meses y meses. Llamaba y llamaba. Me alucinaban. Al cabo de un tiempo no decían más cosas en contra de nadie, ya que a pesar de cambiar la metodología, seguro sospechaban que un tercero las oía.

Un día que no tenía ganas de ir a la escuela, fingí una gripa. Mi actuación dio resultados y me quedé en casa. Mis padres salieron y me quedé solo con las señoras que ayudaban a la limpieza y a preparar la comida. Era hora de divertirse y de hacer unas llamadas.

Ring, ring...

—¿Sí, bueno? —contestó la víctima.

—¿Sí, señora Rodríguez? —contesté yo, intentando fingir voz de adulto.

—¿Sí, quién habla? —preguntó.

—Mire, hablamos del Instituto Irlandés. Lo que sucede es que su hijo se sintió mal del estómago y se hizo caca en plena clase. Huele horrible y nadie puede entrar al salón, así que queremos que venga usted con trapeador y cubeta y se ponga a limpiar —contuve la risa hasta que explotó en una incontrolable carcajada.

—¡Escuincle baboso! ¡Me las vas a pagar, voy a averiguar quién eres y te va a ir muy mal! ¡Vas a ver! —me amenazó hecha una furia pero definitivamente no me intimidó.

—¡Cállese, vieja cochina y venga a limpiarle las nalgas a su hijo! —colgué y no paré de reír en diez minutos.

La mañana siguiente, al llegar al colegio, el prefecto me llamó a su oficina. El único que había faltado a clases el día anterior había sido yo y, sumado a eso, la vieja dijo haber reconocido mi voz, así que mis días de anonimato habían terminado y todo parecía indicar que mi permanencia en la escuela también.

Pero no fue así, únicamente me suspendieron un par de semanas, las que disfruté cual vacaciones. Yo creo que la señora Rodríguez no se atrevió a acusarme de todo lo que le dije por el teléfono esa y otras muchas veces antes. Supongo que por miedo a que la acusara yo de todo lo que le había escuchado decir de muchas otras mamás.

En fin, dentro de todo me la pasaba muy bien en la escuela y fuera de ella. Las bromas por teléfono no me causaron enemistades importantes, sino más bien complicidad con quien había que llevarse para ser respetado en el colegio, porque mis bromas iban destinadas, por lo general, a las madres más pedantes de la generación, cuyos hijos eran también pedantes y, en la mayoría de los casos, de los subordinados, de los que soportaban malos tratos.

Todo iba bien, en orden. Muchos amigos, buena diversión. Algunas niñas del otro lado de la barda de la escuela que a los doce años de edad ya se interesaban por mí. Poco estudio. "Súbditos" que se encargaban de hacer mis tareas y otros más a los que desapropiaba de su *lunch* o de algunas monedas para surtirme de cuanto porquería vendían en la tiendita. Todo iba bien.

Todo iba de maravilla hasta que un día, cuando tenía catorce años de edad, andaba en bicicleta por la calle, y un perro pastor alemán con dientes extremadamente intimidantes comenzó a perseguirme y me alcanzó. Saltó sobre mí y me tiró de la bicicleta. En el piso no hacía otra cosa que encajarme los colmillos por todo el cuerpo. No pude hacer nada más que cubrirme la cara, mientras sentía cómo desgarraba mis piernas, que sangraban sin parar. Como podía trataba de alejarlo a patadas que con dificultad le propinaba debido a las heridas que me había hecho y por el sangrado tan intenso que me debilitaba. En una de éstas se me aventó a la cara, que finalmente, después de mucho intentar defender, me fue imposible cubrir. Me encajó los dientes debajo del ojo derecho y no me soltaba. Sentía cómo mi piel se abría desde ahí hasta casi la barbilla, a todo lo largo del pómulos. Se desgarraba.

De repente y como por gracia de Dios, el perro se desplomó sobre mí. Alcancé a ver a un señor que me lo quitaba de encima, después de haberlo golpeado en la cabeza con una llave de cruz de coche. En ese momento perdí el conocimiento y desperté más tarde en un hospital.

Solamente pude abrir el ojo izquierdo y percibí de inmediato la aflicción con que mi madre me miraba, tendido en la cama de terapia intensiva. Acababa de salir del quirófano. Las lesiones eran severas y el riesgo de perder el ojo muy alto. Me habían operado para intentar salvarlo y, por supuesto, la visión. De la parte estética, dijeron los doctores, hablaríamos después, en ese momento lo importante era centrarse en mi ojo y en que no se infec-

tara toda la zona que había sido destruida por los dientes del perro. Después de dos operaciones más, y de cuatro semanas internado, los doctores lograron rescatar mi ojo. La visión podría mejorar con posteriores intervenciones quirúrgicas. Mis piernas, agujeradas por los colmillos del perro, no eran tema grave, sanarían en cuestión de semanas.

—Lansbury, las lesiones que sufriste en la cara fueron muy serias. Estuviste cerca de perder el ojo, a nada. Todo lo que hasta ahora hicimos fue para que no lo pierdas, así que debes comprender que nos queda mucho por hacer, y va a ser tardado y difícil. Tu cara sufrió daños, la piel y tejidos cutáneos quedaron afectados y necesitaremos componerlos, pero va a llevar tiempo, debes ser fuerte y no dejarte vencer. Dependes de tu ánimo, la recuperación será más rápida y efectiva si no te dejas vencer. Dependes de Dios y de los doctores, pero sobre todo de ti. No puedes deprimirte. En este largo y cansado proceso vas a tener que aprender a ver el final de cada día como un día menos de sufrimiento, cada día que pase será un día menos de dolor. Y así tendrás que vivir, día a día, con ánimos y fuerza —fueron las palabras de uno de los doctores que me atendían, un cirujano plástico de apellido Eshkirah.

Hasta entonces no me había visto en un espejo, ignoraba cuál era mi aspecto. Tampoco podía tocarme el rostro para palpar rasgos del ataque, estaba vendado, el peligro de infección persistía, por lo que tenía prohibido llevarme las manos a la cara, ni siquiera en señal de aflicción. Me hacían limpiezas cinco veces al día, sumamente dolorosas. La sangre no dejaba de aparecer cada vez que me cambiaban vendajes y aplicaban líquidos y ungüentos.

Mi madre, a pesar de su fortaleza, no podía evitar que le escurrieran lágrimas. Su cara de angustia era exactamente la misma que el día del ataque del perro, no había cambiado en nada, porque supongo que la mía tampoco.

—Mamá, no llores. Todo va a estar bien. No importa lo que pase, me voy a sentir bien, ma. ¿O que sí está muy mal mi cara? —le pregunté con ganas de que no me respondiera, con mucho miedo.

—Va a quedar bien, mi amor. Hay muy buenos doctores que se van a encargar de que quedes perfecto y van a hacer todo para que estés bien, chiquito —no me dijo cómo estaba, únicamente que estaría bien. No quise volver a preguntar. Sabía que mi cara estaba

jodida, igual que los ánimos. La mirada de mi madre no sabía mentir.

El doctor Eshkirah nos explicó que sería un proceso de mucho tiempo. Me sugirió tener paciencia y ser fuerte, aguantar con ese ánimo del que me había hablado antes y no dejarlo caer. Tendrían que hacerme aproximadamente trece cirugías plásticas, de reconstrucción y estéticas, y las correspondientes para mejorar la visión. El plazo estimado entre la primera y la última sería de dos a tres años, debido a que entre las operaciones —ojo, piel, tejidos y músculos— debía pasar determinado tiempo de reposo.

La primera intervención fue justamente mes y medio después del incidente. Una semana de recuperación en el nosocomio y el doctor Eshkirah me envió a casa. La siguiente fue agendada un mes más tarde.

Llegué a casa, vendado de toda la parte derecha de la cara, desde el ojo hasta la barba. Aún así no tuve valor para mirarme al espejo, y no lo tuve sino hasta dos semanas más tarde, cuando, a pesar de que las vendas tapaban la lesión, me percaté de los daños que había abajo. Las gasas y los vendajes se hundían en algunas partes del rostro, y después se elevaban como cordilleras en otros puntos, denotando un relieve dañado e irregular. Todo ese lado era irreconocible y pude notar que una parte del cuero cabelludo me había sido arrancada. Piel, tejido e inclusive músculos faciales estaban destruidos.

No salía de mi casa a pesar de que dos semanas después de operado el doctor me indicó que lo hiciera, ya que el riesgo de infección había expirado. Pero no el de depresión. Debía distraerme, por indicación médica. Por indicación mía no recibía visitas a pesar de tenerlas. No quería que nadie me viera, ni que encendieran luces donde yo estaba. No salía de mi cuarto, me la pasaba encerrado, me llevaban ahí de comer, no abría las cortinas, no recibía a nadie. Estaba desfigurado, física y anímicamente. La única buena noticia era que mis piernas se recuperaban rápido y que la vista se me restablecería prácticamente en su totalidad.

Así eran todos los días, sepultado en la tumba en que se convirtió mi habitación. Aislado en tinieblas y penumbra, sin ver la luz del día ni la de los focos. No contestaba las llamadas de amigos ni las de algunas señoras a quienes tiempo atrás había molestado por teléfono y que ahora llamaban para preguntar cómo estaba.

Vivía encerrado y en la oscuridad, hasta que llegaba la fecha de la siguiente operación, después de la cual el doctor Eshkirah me consolaba y me animaba a seguir adelante.

—Un día menos, Lansbury, un día menos —decía.

Entonces, pasaba unas semanas en el hospital y de vuelta al acostumbrado encierro, hasta la próxima operación. Mi mamá lloraba con frecuencia, estaba tan triste y deprimida como yo. Mi papá lo mismo y mis hermanos también. Se compadecían y notaba los llantos que no podían disimular sus rojos e irritados ojos.

La mejoría era muy lenta, a veces imperceptible de operación a operación. En unas reconstruían la superficie y en otras amasaban la forma y el contorno de mi rostro, de adentro hacia fuera y de afuera hacia dentro. Para mí era el fin del mundo, nada tenía caso.

Una tarde, después de poco más de un año del encuentro con el infeliz perro y siete operaciones de por medio, mis padres entraron al cuarto para hablar conmigo. Muy serios y con cara de que algo importante me dirían, abrieron las cortinas, que cerradas convertían al cuarto en un búnker. Comenzaron a hablar.

—Hijo, no podemos seguir así. No puedes seguir torturándote y viviendo en esta cueva, te haces daño. Tienes que salir a la calle y hacer tu vida normal. Inténtalo, por favor, Lansbury. Sabemos lo que sientes, nosotros también lo sentimos, nos duele y nos deprime igual que a ti, pero debes hacerlo, tienes que ser fuerte, hijo. Nosotros te vamos a ayudar, no queremos verte triste —decía mi padre en nombre suyo y de mamá.

Llegué a pensar y casi a decirle que para él era muy fácil hablar de mejoría y salir adelante, pero que para quien lo vive no lo es. Pero la verdad es que sufrían igual. Veía su angustia y ellos la mía y, de alguna forma, mutuamente nos transmitíamos compasión y una pequeña dosis de fuerza y raquíticos ánimos.

—Todavía no, pa. No puedo. No quiero salir, aquí me siento bien. No quiero que nadie me vea, no quiero causar lástima —comencé a chillar, desesperado y con una depresión que me consumía y que se contagiaba a los demás de mi familia.

Pero no era suficiente, no aceptaron que permaneciera subyacente, subterráneo. A los pocos días me enviaron al colegio. Mi ausencia no afectó mi permanencia, ni resultó en que me atrasara o perdiera materias, los exámenes me los aplicaban en casa, por lo que académicamente iba al día.

Para ellos fue doloroso, aunque quizás resultó lo mejor. Los padres suelen ver más allá que los hijos, más que por experiencia, por instinto y por amor, pero también es verdad que siempre llega un punto de equilibrio, donde sabiduría paterna y filial se empatan.

El día que regresé al colegio fui recibido con "hurras" y mantas de "Bienvenido", pero a partir del día siguiente viví años de auténtico infierno. Piedad y lástima duraron poco y se transformaron rápido en burla y desprecio. En lugar de nombre, apodo. Uno doloso, doloroso y cruel, por supuesto.

Evitaba exponerme a plena luz del sol frente a la elevada cantidad de imbéciles con quienes compartía las dos medias horas de recreo. En los descansos eludía las áreas concurridas, prefería recluirme en zonas escondidas, en rincones visitados únicamente por mis amigos y yo, porque he de decir que mis buenos amigos jamás me abandonaron.

Entre nosotros la cosa era como siempre lo había sido. Continuábamos siendo similares en nuestra forma de pensar, en nuestras vivencias. Si yo estaba acomplejado por mi cara, otro lo estaba por su color de piel, que lo hacía distinto de la rubia generalidad del Irlandés. Otro padecía de calvicie prematura y estaba igualmente traumatado. Alguno más había sido abandonado por su padre, quien había preferido partir con la secretaria en lugar de continuar con la familia. Todos teníamos problemas, todos los tenemos.

Esas diferencias nos hacían iguales de alguna forma y nos unían, así como supongo otros problemas o características unen a otras personas, lo mismo que los traumas y las costumbres. Todo es igual, aquí como allá. De lejos todo y todos parecen tan distintos a uno, a nuestra realidad, pero cuando te acercas te das cuenta de que todo es muy parecido, tal vez idéntico aunque a distintas escalas o umbrales. Todos somos tan parecidos. Aquí como allá. En todas partes.

En las mañanas, al entrar por la puerta de la escuela, sabía que antes de salir por la misma habría de ser sujeto de incontables e incontrolables miradas que, sin decir nada, me decían lo que pensaban sus cerebros: "qué horror", "qué asco", o "pobre güey", sin contar cuchicheos, burlas y desprecios, por algo de lo que yo ni siquiera tuve la culpa. Instantáneamente, mi autoestima desaparecía y en su lugar se apoderaba de mí el desconuelo y unas ganas afiladas de cortarme las venas.

Apenas sonaba la campana que marcaba el fin del estrangulante día de clases, disparado me iba a casa y no volvía a ver a nadie sino hasta el siguiente. No salía a ninguna parte, nada de cines, boliches, restaurantes, fiestas, playas, fines de semana. Nada, absolutamente nada. Sólo había dos razones para salir de casa: colegio u hospital, es decir, salón de clases o quirófano.

Para entonces nos habíamos mudado a una casa. El departamento nos quedó chico y mis padres optaron por comprar una casa más grande, también en Polanco.

Los fines de semana, de viernes en la tarde a domingo por la noche, me encerraba. No tocaba siquiera la banqueta. Únicamente salía al jardín, donde platicaba con Kasán, que ya descansaba ahí, en paz. Tiempo atrás mi padre lo recogió muerto en la calle detrás de la nuestra, atropellado por un hijo de puta.

Quería estar enterrado junto a él. "¿Por qué murió él, que era tan feliz, y no yo que soy tan desdichado?", me preguntaba. A veces me hubiera gustado ser él, tan tranquilo, sin preocupaciones, echado al sol por la mañana y por la tarde, dando saltos. Nadie se burlaba de él, podía salir a la calle con la cara en alto. Libre. En cambio yo, atrapado por la apariencia, vivía inhibido, carente de personalidad.

Aunque no solía mirarme seguido al espejo, algunas veces lo hacía y me quedaba largos ratos analizándome. A esas alturas usaba únicamente los vendajes de manera ocasional, cuando iba a estar expuesto en espacios apretados, rodeado de ojos inquisidores a escasos milímetros de mi rostro. La función de los vendajes había dejado de ser médica o curativa y ahora era puramente de camuflaje. Los utilizaba para taparme y cubrir las heridas, como curitas gigantes, para no arrancar suspiros de horror a la gente, que de producirse, me provocaban a mí otros peores, como normalmente sucedía.

Me contemplaba de frente. Recorría la forma de mi cara con las yemas de los dedos, sentía la irregularidad, lo anormal de mi nuevo rostro que a muchos causaba escalofríos.

Quería morirme. Nunca despertar. En las noches le rezaba a Dios, le rogaba por un milagro, que me concediera un sueño eterno del que no tuviera que salir. Cuando despertaba mi único deseo era que el día pasara rápido para volver a encontrarme con la noche y dormir, para desintegrarme en el único estado donde me era posible vivir contento, en la anestesia del sueño.

Me sentía bien en mi recámara. "In my Room".⁴ En la oscuridad que me regalaban las cortinas y las cobijas. Sólo la soledad y el aislamiento me tranquilizaban. La tristeza, la infelicidad y la depresión únicamente se desvanecían cuando, echado en la cama, cerraba los ojos y me dejaba hundir en la desolación, mientras escuchaba "Us & Them"⁵ de Pink Floyd. A pesar de que la letra habla de generales y coroneles, yo la hacía mía y me identificaba con la voz que nos separa a unos de otros, a nosotros de ellos. Nosotros los que lloramos y sufrimos, ellos los ruines y normales, a quienes, aparentemente, no aquejan los sufrimientos, los lamentos mentales ni las voces de la evolución. Ellos los superficiales y nosotros los profundos. Nosotros los diferentes y ellos los comunes. Me encanta ser anormal, aunque no lo sea. Yo: nosotros. Tú: ellos.

Nosotros y ellos. Barreras de separación que siempre existirán en las mentes humanas, barreras inciertas, aunque, sin duda, necesarias, saludables y, definitivamente, consoladoras. Barreras que, a quien se da cuenta de que existen, lo ponen en la parte trascendental del mapa, junto a los pensadores y algunos espirituales, al lado de los sinceros y de los que van más allá, de los que saben hablar del amor, a pesar de nunca haberlo probado. Hay días en que todos somos nosotros y hay días en que todos somos ellos.

El dolor y el sufrimiento generalmente transforman a quien los encarna. Nos hacen más sensibles. De alguna forma son una especie de suplemento nutritivo que ayuda al crecimiento. Dotan de una visión más profunda y trascendental de la vida. Reducen la superficialidad. Hay días en que preferiría ser superficial. Muy superficial y extremadamente idiota (¿no lo soy?).

Y apenas comenzaba a callarse "Us & Them", surgía de golpe "Learning to Fly (Condition grounded but determined to try...)",⁶ con la que aprendí a volar, a esfumarme de este mundo con un sencillísimo cerrar de ojos, la canción con la que me convertí en un astronauta terrestre.

Los astronautas que conocemos (porque los habrá también desconocidos, de otras civilizaciones) son terrestres, pero yo

⁴ The Beach Boys, *Surfer Girl*. "In my Room" (*There's a world where I can go and tell my secrets to, in my room, in my room / In this world I lock out all my worries and my fears, In my room, in my room / Do my dreaming and my scheming, lie awake and pray / Do my crying and my sighing, laugh at yesterday / Now it's dark and I'm alone, but I won't be afraid / In my room, in my room*).

⁵ Pink Floyd, *The Dark Side of the Moon*, "Us & Them".

⁶ Pink Floyd, *A Momentary Lapse of Reason*, "Learning to Fly".

más. Un astronauta que en el plano de lo físico no ha salido de la atmósfera y que, sin embargo, ha visitado miles de galaxias, viajado años luz. Un astronauta que al desorbitar transforma emociones y estados. He escapado de la realidad que me agobia. Me he desplazado de aquí a allá y he salido de aquí sin que nadie me vea salir o regresar. Y también he estado sin estar, como todo astronauta terrenal.

“Us & Them” se volvió una terapia emocional, y luego “Learning to Fly”, una vez y luego otra, y después otra más. Ritual y terapia que poco a poco me expulsaron de la tumba. Inyecciones de vitaminas que consiguieron resucitarme. Así pasaba el tiempo de cada tarde y de cada noche, las canciones corrían y yo descansaba en lamentos ajenos, me elevaba en sueños de otros y me apropiaba de cada una de sus letras, olvidaba e imaginaba. Me metía en las melodías y despegaba. Así aprendí a volar, con las alas que la música le injertó a mi imaginación en el aeropuerto de la soledad. Y cuando volaba, lo hacía sin escalas, directo al asilo emocional que me ofreció el silencio mental en cópula con la música. Mi condición me anclaba, pero estaba determinado a volar.

Y después de esas dos, encontré otras miles que transformaron mi vida, canciones que hablaban de mi dolor y me dotaban de esperanza, de ánimos. Canciones seguramente compuestas en los mismos agujeros en los que yo las escuchaba. Capítulos de mi existencia materializados en unas cuantas líneas y con unos cuantos acordes. Mi banda sonora. Canciones que se convirtieron en himnos temporales de mis territorios, de mis escondites, de los mundos subterráneos que visito y de las plataformas de las que despego; himnos efímeros perennes con el derecho y la libertad de ser temporales o eternos desde su adopción, himnos capaces de ser vigentes y caducar sin aviso requerido, capaces de ir y venir con los ciclos, de retirarse y de regresar; himnos que conformarán mi marcha fúnebre, las cintas que cuenten mi vida; himnos que distinguen etapas, canciones que las representan y les hacen remembranza; himnos que me permitieron sobrevivir y adormecer mis letargos emocionales, arrullarlos hasta ser capaz de verlos partir y despedirse. “Comfortably Numb”⁷ el primero de mi historia, el himno de mi universo, Pink Floyd la marca del telescopio con que comencé a divisarlo.

⁷ Pink Floyd, *The Wall*, “Comfortably Numb”.

Así me sumergí en cientos de canciones cuyas melodías y armonías me hipnotizaban y me invitaban a desaparecer de lo que aparenta ser la realidad, para escapar, con la imaginación, al mundo de los sueños. Sueños diurnos y nocturnos. Una sensación que me hacía y me hace grande, un sentimiento que alcanza en ocasiones a llenarme como nada más. Y cuando me llena, me desborda y me ahoga más que a un borracho.

La música se convirtió en mi refugio y ahí me escondía del mundo. A solas escuchaba y descifraba sus mensajes, tantas letras que me dejaban helado, había unas que parecía haber dictado yo mismo, tanta música que terminó por convertirse en música de fondo de mi cerebro. Música que no deja de sonar, día y noche, desde el amanecer hasta el amanecer. Mi cerebro es un tocadiscos.

Yo, el hombre más solo del mundo, lanzaba señales telepáticas de auxilio y rescate. Señales de humo que aparentemente nadie recibía. Pronto descubrí que, así como yo, existían miles. Éramos miles de almas, todas enviando señales de SOS, claves hombre suplicando confort humano que, aunque imperceptibles a los ojos, eran monitoreadas por el corazón de cada uno. Descubrí que no estaba solo. Lo descubrí cuando me llegó un mensaje dentro de una botella, que decía:

*Just a castaway, an island lost at sea, oh.
Another lonely day, with no one here but me, oh.
More loneliness than any man could bear.
Rescue me before I fall into despair, oh.
I'll send an SOS to the world,
I'll send an SOS to the world,
I hope that someone gets my,
I hope that someone gets my,
I hope that someone gets my,
message in a bottle, yeah.
Message in a bottle, yeah.*

*Walked out this morning, don't believe what I saw,
Hundred billion bottles washed up on the shore.
Seems I'm not alone at being alone,
Hundred billion castaways, looking for a home.
I'll send an SOS to the world,
I'll send an SOS to the world.*

*I hope that someone gets my,
I hope that someone gets my,
I hope that someone gets my,
Message in a bottle, yeah.
Sending out at an SOS.⁸*

Y a partir de entonces, una extrañísima sensación de conexión surgió con las demás almas solitarias.

Pasados dos años, mi mejoría fue, entonces sí, notable. Poco a poco salí del hoyo y mi cara del horror.

—Poquito a poco. Poco a poquito, mi amigo. A partir de ahora no debes ver el nuevo día como uno menos, sino como uno más. Los principios filosóficos que alimentan al alma deben cambiar. Ayer eran días menos, ahora serán días más, días nuevos. Nuevas y únicas oportunidades en cada nuevo amanecer, hay que aprovecharlas, mi amigo —me decía el doctor Eshkirah a dos años de haberlo conocido.

—¿Cree que vaya a quedar perfecto, doctor?

—¿Eras o estabas perfecto antes de que te mordiera ese perro, Lansbury? —me preguntaba con una mirada misteriosa y con una sonrisa agradable. Era un tipo extraño el doctor Eshkirah, misterioso.

—Bueno, doctor, pues perfecto, perfecto creo que no, sólo Dios es perfecto, ¿no, doc?

—Pues eso dicen, pero quién sabe. ¿Te has preguntado por qué pudo haberte pasado lo que te pasó, Lansbury? No digo que tenga que haber una razón forzosa, o que haya sido porque el destino así lo tenía decidido, ni mucho menos por *castigo divino*, pero dicen los sabios y los más tontos que todo siempre pasa por algo. Eres mucho más que una cara, mi amigo. Piénsalo.

No supe qué responderle, pero me dejó pensando mucho tiempo en la respuesta. Para bien o para mal, sin duda mi vida era otra totalmente distinta a la que tenía antes del día del perro (ése fue un auténtico día de perros), para mejor o para peor, pero otra. Ade-

⁸ The Police, *Reggatta de Blanc*, "Message in a Bottle".

más de por mala suerte, no tenía idea de por qué carajos me había ocurrido eso a mí, pero entonces di las gracias de seguir vivo.

Me había sumido en la tristeza hasta llegar al fondo de una profundísima depresión, tan honda que no recibía una sola partícula de los rayos del sol. Y en el fondo no había nada más abajo que mi tumba, y todavía no quería habitarla. Así que, como bien había dicho el doctor Eshkirah, poquito a poco y poco a poquito subí para salir del agujero.

Después de estar tanto tiempo abajo te das cuenta de cuánto hay arriba y dan ganas de salir y disfrutar. Pero no hay que olvidar que abajo también se aprenden y descubren cosas, principalmente a uno mismo.

Esa larga soledad y aislamiento mundano que sufrí fue una cita conmigo. Y hasta hoy me doy cuenta, hasta hoy descubro la razón que desde entonces buscaba. Ignoro si será la razón real, o si de plano tiene que haber una razón, pero esa razón me acomoda y la compro. Probablemente, si no me hubiera pasado lo que me pasó, jamás me hubiera conocido, mis virtudes, defectos, sentimientos, añoranzas, mis tantos miedos e innumerables deseos, mi razón de estar aquí. Seguramente nunca hubiera platicado tanto conmigo mismo como lo hice entonces. Si todo hubiera permanecido tal como permanecía antes del día D, yo hubiera seguido igual, como siempre, como la corriente. Arrastrado por la normalidad. Y no es que sea o me crea anormal, diferente o especial, sino solamente espacial.

Por obvias razones, no tuve oportunidad de mirar si mi agresor era perro o perra, pero estoy seguro de que era Laika, el primer ser viviente en ir al espacio, la perra que dio ejemplo a los seres humanos de cómo hacerlo. A pesar de haberme jodido la vida durante algún tiempo, esa perra cabrona me enseñó a soñar y a desear con el corazón. Me sacó un rato del mundo exterior, pero me condujo al interior, al que es infinito e ilimitado. No me daba cuenta, pero me puso en contacto con partes y con emociones de mí que no conocía. No sé ni quiero saber qué hubiera sido de mí si no hubiera vivido lo que me tocó vivir. El encuentro con Laika me transformó, me hizo distinto de como era. Me enseñó a volar y a soñar, a entrar en mí, a salir, a creer en el interior, de donde todo puede surgir. Me jodió tanto que me llevó a lo más hondo, hasta mis meros adentros, a donde te tocas y te salen lágrimas y sangre.

Quiero pensar que hay muchas maneras de llegar a uno. Seguro son muchas. Desafortunadamente, en mi caso fue a través del dolor y la tristeza, pero llegué y no me queda más que agradecerle una vez más a esa perra carroñera el haberme mostrado el camino al espacio interior, al todo y a la nada.

Hello,

*Is there anybody in there?
Just nod if you can hear me.
Is there anyone home?*

Come on, now,

*I hear you're feeling down,
well I can ease your pain,
get you on your feet again*

Relax

*I need some information first,
just the basic facts:
can you show me where it hurts?*

*There is no pain, you are receding.
A distant ship's smoke on the horizon.
You are only coming through in waves.
Your lips move but I can't hear what you're sayin'.*

*When I was a child I had a fever,
my hands felt just like two balloons.*

*Now I got that feeling once again,
I can't explain, you would not understand.*

*This is not how I am.
I have become comfortably numb.⁹*



⁹ Pink Floyd, *The Wall*, "Comfortably Numb".

II ÁGUILA O SOL

Laika marcó, literalmente, mi vida, me hizo perseguirme por rutas que llevan al ser a encontrarse. Y si a veces no es fácil encontrar las rutas, menos fácil es encontrarse, y menos fácil aún asimilarse después de encontrado. Encontrarte confunde. Tambalea estructuras, pero eso lo comprendería más tarde.

Después de muchas operaciones, el doctor Eshkirah finalmente me devolvió mi cuasi normal aspecto, con ciertas secuelas que me ayudarían a no olvidar los procesos experimentados y la lección de vida que apenas daba inicio.

Aprendí que las palabras siempre tienen eco. Ecos que vibran en las cavernas de quien los escucha. Me arrepentí de lo que pude haber ofendido en el pasado, de burlas, de críticas, desprecios, despotismos y menosprecios que en gran cantidad proferí contra muchas personas, personas que nunca se habían metido conmigo y a las que, sin deberla ni temerla, agredí con palabras. Y me arrepentí porque muchos más me agredieron a mí, simplemente por tener un defecto físico. El eco de sus palabras me hizo sufrir y me tocó de por vida.

A pesar de que recuperé los ánimos, todo fue distinto. Ya no física, sino emocionalmente, me sentía distinto, ajeno. No me sentía parte de donde ni de con quien estaba. Mi pensamiento no encajaba fácilmente en el ambiente, mis gustos tampoco y mis sentimientos menos. Me sentía en el lugar equivocado, con la gente equivocada. No tenía apego ni sentido de pertenencia al mundo en el que me desenvolvía a diario. La cigüeña me había depositado en la ciudad errónea. Me sentía lejano, ajeno a la generalidad, al am-

biente que me rodeaba y en el que, sin embargo, no me movía tan mal. Pero al fin y al cabo, diferente. Ajeno. Extraño. A veces incómodo, pero ahí estaba y tendría que estar, por lo menos, un buen rato más. Un mundo común habitado por un extraño. Un mundo común habitado por ajenos. Era una célula incompatible dentro de otra, "La célula que explota".¹⁰ No sabía lo que me pasaba adentro.

Tiempo después también descubrí que las cigüeñas no se equivocan de lugar, depositan a los bebés precisamente donde deben ser depositados, ése es el propósito, encontrarse a uno mismo, donde sea. Superar obstáculos y ser como uno es, frente a quien se tenga enfrente, sobre todo frente al espejo, porque finalmente los demás son nada más que un reflejo de nosotros, y el miedo que puedan generarnos es el miedo que nos tenemos a nosotros mismos. No dependemos de nadie más que de nosotros, y nuestros sueños de entendernos y atrevernos.

Me adentraba en la música y eso estaba bien, el problema estaba y está en que adentrarse, es decir, ser el mismo desde adentro hasta afuera, en un ambiente o sociedad superficial, es peligroso. Hay que deambular de vez en cuando en la superficie o se corre el riesgo de ser hundido. Hay que tener cuidado.

Aparentemente, todo iba bien, pero verdaderamente más o menos, más menos que más. Estaba confundido, pues lo de adentro chocaba con lo de afuera y no era sencillo confrontar, acomodar las cosas. Había que usar máscaras, ya no para cubrir o disfrazar cicatrices que leve perduraban, sino para cambiar de personalidad sin caer en la bipolaridad. Desde entonces uso cuando menos antifaz.

En los últimos años de secundaria y principios de preparatoria, en cuestión de amores no hubo cuestiones. Ni una que valiera la pena. No me era fácil acercarme a las mujeres. Mi cara todavía me acomplejaba y el complejo multiplicaba miedos y potenciaba inseguridad. La fuerza de atracción de los imanes femeninos era detenida por la inseguridad y el miedo, por más que me atrajeran. Aunque únicamente sucedía con las mujeres que realmente me interesaban. Con ésas era con las que no me atrevía. Con las demás no había problema, mis acercamientos eran fáciles y por lo general certeros, pero al no haber una atracción química o de magia, mi desinterés por ellas surgía de súbito, unos besos y hasta

¹⁰ Caifanes, *El diablito*, "La célula que explota".

la vista, *baby*. Encuentros meramente esporádicos y de discoteca, labios que usaba para humectar los míos cuando estaban secos, simplemente eran eso.

Pero el hecho de que no hubiera cuestiones no quiere decir que no me haya enamorado. Me enamoré. Muchas veces. Sentí el mejor amor que un hombre o una mujer pueden sentir. El amor inocente, el que no ve más allá de los ojos de la persona que se quiere, de la persona en quien se piensa el día entero, de la persona con quien se intenta soñar. Pero esos amores los guardé en secreto, en secretos unilaterales e incompartidos que los hacían más grandes. Platónicos. Amores profundos de los que nadie imaginaba su existencia. Callé cuando podía hablar, pero así fue y no se puede hacer ya nada. Existe una posibilidad de que alguna de ellas haya sentido lo mismo por mí, y tampoco haya dicho nada, pero para saberlo... ¿A dónde irán todos esos secretos, todos los pensamientos, todas las lágrimas que escurren por las almohadas, todos los sueños? Alguna vez imaginé que tal vez esos momentos podrían ser transmitidos en vivo a otras dimensiones, proyectados a millones de seres en inmensas pantallas de plasma sostenidas por la ausencia de gravedad del espacio. Miren el espectáculo. Disfruten la función.

Por fin, la inseguridad, el miedo y el complejo cedieron. Las ataduras a la soledad física se desapretaron, una mujer me ayudó a soltarme de ellas, porque más que amarrarme ellas a mí, yo no me soltaba de ellas. Y así fue que por fin encontré a una mujer que me encontró a mí. Prefiero omitir su nombre, pues no es un amor trascendental en esta historia, en mi historia, aunque sí el primer amor, con el que todos se comparan y con el que se conoce qué es en sí el amor entre un hombre y una mujer. Lo único curioso del nombre de esta mujer es que empezaba con la letra "M", seguida de la "A", como prácticamente todos los nombres de las mujeres de quienes me he enamorado, platónica o terrenalmente, da igual. Marías, Marthas, Mariannas, Maites, Magdas, etcétera. En más de cuatro ocasiones, Marías, suena lógico siendo el nombre más popular en México.

Fue un amor breve, pero bonito. La primera mujer a la que le escribí algo; la primera persona, de hecho. Gracias a ella volví a confiar en mí, me devolvió la autoestima que años atrás había perdido, y me enseñó a besar. Tomó tiempo atreverme, hubo momentos y silencios en que sus labios querían ser, de menos, roza-

dos por los míos, pero no me atreví, no hasta que ella me dijo una tarde anochada al salir de su casa:

—Has tenido veinte oportunidades para besarme y no lo has hecho, ¿cuándo lo harás?, me muero de ganas —me preguntó con un tono cachondo y con el aliento levemente alcoholizado por un par de tragos que nos servimos de las botellas de su padre, a escondidas.

Si en lugar de actuar decía algo, quedaba más tonto de lo que había quedado, por lo que procedí a acercar mis labios a los suyos y a besarlos lentamente, succionándoselos inexpertamente, produciendo unos tronidos no aptos para película. Pero eso no importaba, era delicioso. Los hielos de la Coca-Cola que su madre nos había servido y que con ingenio transformamos en *rum and coke*, le enfriaron la lengua, y al sentirla con la mía, chispas de placer explotaron por mi cuerpo.

En la banqueta prolongamos el beso durante varios minutos y lo convertimos en un faje de menor intensidad, inocente. De adolescentes calientes, el mejor de todos. Desde entonces las visitas a domicilio eran más y de mayor duración. Me encantaba ir a verla. Salía mareado por el amor y el ron, que semana a semana tenía que ser repuesto para evitar que el suegro se enterara de nuestra afición por los besos etílicos.

Era bonita, güerita, de pelo largo y lacio, ojos verdes, delgadita, muy atractiva de cara y más aún de cuerpo para su temprana edad. Habríamos tenido unos quince o dieciséis años por aquel entonces, la época en que los radios tocaban sin parar "To Be With You"¹¹ de Mr. Big, buenos recuerdos, cursis pero buenos.

Estuvimos cinco meses juntos, suficientes para reincorporarme al mundo de los mortales, para conocer la sensación y efecto que produce el tocar la mano de la mujer gustada, sus palabras al oído, sus labios y sus cartas de amor que crean nexos irrompibles. Me fortaleció y recordó que era capaz de alcanzar los sueños, de creer en la magia y respirarla. Antes de andar con ella, se me hacía difícil creerlo, cómo se iba a fijar en mí, no era lógico y menos posible. Y pasó. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Por qué no habría de pasar? Complejos tontos e inseguridades que nublan la mente, lo por venir, el porvenir y los deseos.

A pesar de que la relación fue buena, no hubo apertura total, no se abrieron puertas (sólo un par de veces las piernas) que nos

¹¹ Mr. Big, *Lean Into It*, "To Be With You".

llevaran a la siguiente etapa. Vivimos lo que debíamos vivir juntos y punto. Ella fue un soporte para mí y espero haber sido yo otro para ella. Nuestra convivencia en cierta medida debió formar algo en ambos. Llenamos momentos que teníamos que llenar, los que tenían que ser llenados.

Terminamos y todo, incluido yo, volvió al estado habitual: la soledad. Aunque procuraba divertirme, la soledad física y de pensamiento me hacía solitario. Esa soledad interior que siempre permanece, inclusive en los días que compartí con ella y con cualquiera que comparto.

No me fue ni me ha sido fácil exteriorizar sentimientos, no me ha sido fácil proyectar a mi yo, a los pensamientos que deambulan todo el santo día por mi cabeza. No me ha sido sencillo expresar, compartir sueños, deseos, miedos, penas. Sentimientos. Por eso es que una parte de mí está encerrada dentro de mi cuerpo, en mi mente. Una parte de mí que se ha sentido y se sigue sintiendo sola. Ésa es la soledad de la que hablo, de la soledad que no se ve, pero que más se siente.

Muchos deben sentir esa misma soledad, la soledad que mientras no se comparta seguirá siendo sólo del que la siente. Cuando se comparta será el motivo más grande de consuelo que habrá de mutar en compañía, física y de espíritu.

Pasaron dos años del no fatal rompimiento en los que sufrí el tormento de algún amor platónico no correspondido. Correspondencia negada no por negativa de la amada, sino por nunca haberle planteado el punto, el amor que sentía. Además de solitario, vagaba sin rumbo fijo (algo generalmente normal en el periodo de la adolescencia, que a mí, afortunadamente, se me alargó un poco más de la cuenta). No era que las cosas fueran mal, en casa todo marchaba bien, con mis padres y mis hermanos tenía una buena relación, sin problemas. El problema era interno. No tenía ni puta idea de a dónde dirigirme, de qué hacer, de qué buscar ni de cómo encontrar. Se acercaba el momento de decidir y definir *el resto de la vida*. Se acercaba esa realidad de la que los adultos hablan. *El mundo real*, el que ya no es un chiste o un juego.

—Ahora sí, hijo, aprovecha este último año de preparatoria porque se acerca la realidad, la vida en serio. Nada de tantas pachangas porque en la universidad sí hay que estudiarle duro. Pronto te llegarán las responsabilidades de a de veras —cada vez que mi papá decía esto, me invadía una hueva del tamaño del globo terráqueo, y

miedo. No ingresaba aún a ese mundo de responsabilidades, formalidad y deberes y ya lo alucinaba, me preocupaba y me causaba asco pensar que así serían el resto de mis días. Serios.

Imágenes agresivas del futuro. Profesión patética. Aburridas vidas adultas. Monotonía. Un porvenir lleno de obstáculos. El final de la diversión, de la alegría. Lo proyectan difícil, retacado de esfuerzos y de sálvese quien pueda. Sin duda atravesamos tiempos difíciles, pero sin duda también esa vida de a de veras a la que tanto se refieren, cada quien debería programársela y visualizársela como la quiera. Hay veces que te bombardean tanto de información inútil que no tienes alternativa y la proyección es tal cual te la pintan. Qué tontería.

Hay que retardar la llegada de esa realidad, hay que posponer esa vida de a de veras que tanto nos quiere ser impuesta. Hay que evitar que nos alcance y, en cambio, hay que proponernos y procurarnos una realidad distinta, una realidad agradable, una vida feliz y no de angustias e interminables esfuerzos y sacrificios. La realidad que se prefiera. En efecto, no es fácil, pero es posible, todo es posible. Es cosa de apretarse los huevos, no dejar que se rompan y visualizarnos donde y como nos deseemos.

“¿Y qué chingaos vas a estudiar, cabrón? No tienes la menor idea”. Desde el verano, unos meses antes de entrar a sexto año de preparatoria, mi mente no paraba de hacerme esa pregunta. Y tenía razón, no tenía la menor idea. Ni ganas tampoco.

Desde que recuerdo quise ser músico, alguien que frente a miles de personas interpretara sus canciones entre los coros de los fans. Eso es lo que quería ser y hacer, estar entre personas, creando cosas, música, tocando fibras, moviendo corazones, sacando lágrimas y sonrisas, fabricando sueños, plasmando sentimientos, miedos, ilusiones. En mi mente eso era. Eso hacía. A todas horas.

Pero todo indicaba que más que cantar entre personas, estaba destinado a chiflar entre expedientes, metido en una oficina y en problemas, acosado por la tensión y planchado por el estrés de los números o de las leyes. Recuerdo bien que unos meses antes de elegir una carrera, sentado a la sobremesa con mi familia, me atreví a decir que estudiaría algo relacionado con las comunicaciones o la música, y por respuesta recibí un rotundo:

—No, ni pensarlo —dijo mi padre, argumentando que Comunicaciones era una carrera de mujeres inscritas en la universidad con el mero fin de encontrar marido. Y de la música, ni hablar, ésa

era para vividores, flojos que no tienen nada importante que hacer de su vida, gente sin estudios, *hippies*, bla, bla, bla.

“¿Importantes? ¿Quiénes son importantes?”, pensé.

—El futuro está en la economía o en ser abogado —continuó.

“¿El futuro de qué o de quién?”, pensaba en mis adentros, pero sin atreverme a debatir, pues podía notar cómo papá comenzaba a encolerizarse sin escuchar o entender más razones que las suyas.

—Así que mejor no se hable más del tema. Cuando sea momento de decidir te darás cuenta de lo que te digo y entenderás. Ahí es donde vas a hacer mucho dinero y no de comunicólogo. A quién se le ocurre, ¿crees que siendo eso te vas a poder dar la vida que te damos? No digas tonterías, por favor. Te dedicas a algo que deje dinero y te dejas de babosadas, que bastante trabajo me ha costado colocarlos donde están, en esa escuela tan cara, de donde espero hayan sacado muchas relaciones para el futuro —seguía hablando, con un volumen cercano al grito, y dirigiendo la sentencia no sólo a mí sino también a Jeroy y a Durga. Te hablo Juan para que no te hagas tonto, Pedro.

Y el tiempo siguió avanzando hasta llegar el día en que me vi haciendo fila en la Dirección de Servicios Escolares de la Universidad Iberoamericana, minutos previos a lo que para unos es la elección más importante de la vida, la elección de una profesión (para otros la elección más importante de la vida es la de la persona con quien se casarán, para otros el tener o no un hijo, para otras los zapatos sobre los que caminarán en una noche de coctel, escoger una casa, un vestido, el corte de pelo, etcétera), y yo continuaba sin tener la menor idea de lo que quería ser o, ya de perdida, hacer.

Qué jodido es reducir la existencia propia a una simple función, a un cargo o a una profesión. Como conversación de dos tipos que se encuentran en una prestigiada tienda de corbatas después de años de no verse:

—Qué milagro, Juanito. ¿Y ahora, qué andas haciendo, mano, qué es de tu vida? —cuestiona uno.

—Soy consultor, abrí una oficina con algunos socios y me dedico a la asesoría fiscal —contesta el otro con la existencia limitada a ser un simple consultor. En fin.

Mi mente, influida por mi ego, había logrado convencerme de que la música era un sueñito guajiro, una pendejadita. Uno en un millón lo lograban, y lo lograban por suerte endemoniada o por contactos de primer nivel, triple A. Además, no sabía tocar ningún instrumento, nomás cantaba en la regadera.

El ego es algo así como el miedo, los prejuicios, un enemigo oculto que siempre está presente, al acecho, intentando frustrar los planes, los anhelos y los sueños. Y frustrarlos es su plan B, su plan de emergencia, pues su primer objetivo es impedir que siquiera intentemos conseguirlos. Si nos animamos, entonces es cuando amedrenta para frustrarlos. El ego es aquel hijo de la chingada que llevamos dentro y que desde ahí agarra a nuestro espíritu de las patas y no le permite elevarse.

Avanzaba la fila de preuniversitarios al improvisado mostrador desde el cual un malencarado moreno bigotón pedía a cada aspirante que llenara el formulario de solicitud de examen y de inscripción, formato en el que, dentro de otros puntos, debía tacharse el cuadro correspondiente a la carrera elegida.

Si bien el ego me persuadió de no seguir el camino de la música, así como mi padre me persuadió, con la mejor de las intenciones, de no estudiar Comunicaciones, ninguno de los dos me ayudó a pensar en qué hacer entonces. Bueno, mi padre, *sugirió* Economía o Derecho, pero eso había sido varios meses atrás y no dio justificación suficiente o de convencimiento. Pero la fila avanzaba y yo seguía sin saber qué hacer, qué carrera escoger.

—¡Putra madre, Juan! No tengo idea. ¿Y ahora qué coños hago? —le preguntaba asustado a mi amigo de la infancia, quien pretendía estudiar leyes, probablemente por convicción propia o por convicción adquirida de la conveniencia de terceros. Quién sabe.

—¿Pero qué no tienes la menor pista de qué es lo que quieres estudiar? —a su vez me preguntaba extrañadísimo y empeoraba mi condición y estado anímico en vez de cooperar en la clarificación de mis dudas.

—La neta no. Estoy mal, ¿verdad?

—Es que no chingues, Lansbury. Tuviste tiempo de sobra para analizarlo y decidir —decía con tono de regaño e incredulidad, como si él fuera atinado y perfecto y yo un simple desubicado. Pendejo, ni que fuera mi papá para hablarme así.

—Mira, no me jodas que bastante tengo, nada me convence. Y sabes qué, dejémonos de pendejadas y mejor pásame una puta moneda de una puta vez —le pedí no en muy buenos términos.

Sacó varias monedas de las bolsas de su pantalón de franela gris oscura y me las ofreció todas, pues pensaba que me servirían para comprar cigarros capaces de someter a mis nervios.

Escogí una, la más sucia y aparentemente la más vieja de todas.

—Para los volados sólo se necesita de una moneda, mi querido Juan —le dije.

—¿Y con quién vas a jugar volados o qué? ¿O no me digas que...? ¿No seas mamón, te vas a echar un volado para escoger carrera? —tontamente preguntó. Sabía que eso era justamente lo que haría.

—Si para todos es tan fácil decirme lo que debo hacer, para mí será igual de fácil decidirlo. Águila: Derecho. Sol: Economía.

—¿Economía? Pero si las matemáticas te cagan. Estás zafado, *brother* —me miraba como si estuviera frente a un lunático.

—Cállate, cabrón, y observa.

Acomodé la moneda de diez pesos entre los dedos pulgar e índice de mi mano derecha y la eché arriba. Daba giros en el aire y varias miradas acompañaban a la de Juan y a la mía en el ascenso y descenso de la moneda de curso legal. Todos los que escucharon en la línea nuestra conversación, observaban atentos el viaje de la devaluada moneda. Todos muy atentos, como si se tratara de su volado, de su futuro. Todos atentos. Morbosos y curiosos que no tenían vela en el entierro. En mi entierro. Tan atentos como quienes me impidieron considerar siquiera otras opciones para sobrevivir, para ganarme la vida, como se dice. Aunque lo único cierto es que el único que me bloqueó fue el idiota de mí mismo, porque los demás pueden decir misa, uno es el que toma las decisiones, el que profesa y practica su religión.

La moneda tardó en caer al piso lo que tarda en caer una manzana de un árbol de cincuenta pisos, lo que tarda un siglo nuevo en convertirse en el siguiente. Por fin chocó contra el suelo, rebotó una y luego otra vez, para después rodar derechita varios metros, como si lo hiciera sobre un riel, abriéndose paso entre varios de los formados que esperaban ser atendidos por el bigotón, hasta que por fin se detuvo en el zapato de una bellísima rubia en minifalda (¿buen presagio o todo lo contrario?). Se hizo un silencio engrillecedor, las miradas se esforzaban por distinguir el lado del que había caído la moneda.

—Águila —dijo la de la falda pequeña.

—En la madre —dije yo.



III

“A JOB THAT SLOWLY KILLS YOU...”¹²

—Ya ni modo. Seré un abogado, igual que tú —le dije a Juan, mientras la güera de la falda y las piernas torneadas me observaba con cara de “qué pendejo estás, mi rey, a ver si maduras pronto, pinche escuincle baboso”.

Irresponsablemente, pero sin opción aparente, dejé a la suerte la decisión de mi futuro, del probable resto de mis días. Y la suerte, encarnada en la moneda que me prestó mi amigo, decidió que Derecho sería lo mío.

No tenía pista de qué trabajo disfrutaría, de qué actividad podría realizar desde entonces hasta el final, de las nueve de la mañana a las nueve de la noche. Además de las patriarcalmente descartadas carreras para mujer y para vividores en las que algún día se me había ocurrido pensar en voz alta frente a mis padres, no se me ocurría alguna otra. Nada que llamara mi atención o me interesara.

Con el cordón umbilical amarrado al cuello por mis propias manos, opté por Economía o Derecho y el águila decidió. Estaba dicho, tarde o temprano nadaría y me ahogaría entre expedientes. Y llegó el agosto de 1994. Entré así a la Iberoamericana y el puto Irlandés fue historia, gracias a Dios. Estaba harto de los días en esa escuela. Tuve suficiente ahí, pasé más tiempo del necesario. En primero de secundaria debí largarme de aquella correccional y cambiarme mejor a un colegio mixto mixto, no mixto a medias,

¹² Radiohead, *OK Computer*, “No Surprises”.

donde a las nenas y los nenes nos dividía la gran muralla de ladrillos. Salido del *Irish*, la llegada a la *Ibero* fue turbulenta. Mi verbo, raquítrico, empobrecido a más no poder. Y mi *approach*, ni se diga, fatal, impensable, nulo de resultados. Era extraño convivir a diario en un salón de clases con veinte mujeres, cuando en la escuela la única mujer era la de ochenta años que atendía la tiendita.

Académicamente empecé, también, con el pie izquierdo. La información que mi cerebro almacenaba respecto a datos históricos, culturas, civilizaciones, arte, geografía, mundo actual y demás disciplinas, ciencias o industrias, dejaba mucho que desear. Era neófito en las materias. Mi interés por el mundo griego y romano, base y columnas del Derecho, era cero. Los conocimientos que se supone debieron transmitir mis profesores del colegio no fueron transmitidos y, por ende, menos recibidos. La plantilla docente fue peor que la del fútbol. Un bonche de maestrillos maletas a quienes en su momento aprecí dada la facilidad con que acreditaba sus materias. La única enseñanza que me impartieron es que los educadores no siempre educan.

Exclusivamente uno de tantos se salvaba, *el Flamingo*, quien se hizo acreedor a su mote por la posición en que impartía clases. De pie, sostenía su ser en un solo pie, el izquierdo. Su rodilla derecha la recargaba sobre su mesa (con el consecuente descanso de su pie izquierdo al aire), desde la que tomaba el papel correspondiente de maestro hecho flamenco o de flamenco hecho maestro.

Era el único a quien consideraba un auténtico profesor. Llegaba al salón y lo primero que hacía era apuntar una frase en la parte superior del pizarrón. La discutíamos durante varios minutos y la mejor interpretación obtenía dos décimas de punto sobre el promedio mensual de calificación.

—La curiosidad mató al gato, prof. —fue mi comentario a una frase (la cual no recuerdo) que escribió en una ocasión.

—¿Y qué tiene que ver esa frase con la que escribí en el pizarrón, cuál es la interpretación que le das? —me preguntó extrañado.

—No sea curioso, prof. —le respondí.

Mis compañeros de clase sonaron en una carcajada comunal que no cesaba.

—¡Silencio, esclavos! ¡Silencio! —gritaba *el Flamingo*, como todo un César.

—¡A callar bellacos, que tenemos entre nosotros a un vencedor! Lansbury, no tienes dos décimas extras de punto, sino veinte.

A tu calificación mensual le sumas veinte puntos extras. Te felicito, has razonado y me has hecho pensar. Y ahora, jóvenes, abran sus libros en la página... —y continuó su clase, sin darse cuenta (o tal vez lo notó perfectamente) que a partir de esa mañana sembró en mí un gusto especial por las letras, por lo que hay entre ellas, por las frases, por la lectura y por el pensamiento, además de sembrar en todos los demás alumnos un desconcierto que se convirtió en fábrica de interpretaciones de frases. Cada día que escribía una nueva, todas las manos del salón se levantaban y estiraban desde el dedo índice hasta la coyuntura del hombro. Todos querían responder, hablar, opinar. Desde las interpretaciones más estúpidas hasta las menos pensables, pero todos analizaban, pensaban y luego abrían la boca, se peleaban por la palabra. Y eso, justo eso, era lo que *el Flamingo* quería.

“Libertad de pensamiento y expresión a los hombres. De buena voluntad.” Apuntó en el pizarrón el primero y el último de los días en que nos dio clases.

Pero las clases de la universidad no se parecían a las del *Flamingo*. Eran tediosas. Odiosas. Más doctrinales que la doctrina misma. Inflexibles. Para robots. Eran tan metódicas y predecibles que una grabadora de bolsillo cumplía la función de alumno. No había que pensar mucho y con reproducirlas y escucharlas unas horas antes del examen era suficiente. A otras sí había que echarles más cerebro, pero a fin de cuentas no sembraban nada, nada que me llenase o me hiciese sentir satisfecho.

Mi *handicap* cultural y mi desacostumbrado estudio me metieron en problemas, al grado que a finales del primer semestre estuve cerca de reprobar seis de las siete materias cursadas. Finalmente, reprobé dos y decidí continuar en la carrera, a pesar de que me estresaba sobremanera y no me gustaba en lo más mínimo. En lo más mínimo.

Y así pasaron y pasaron semestres hasta llegar el sexto. Con el pretexto de ya estar más para allá que para acá, decidí proseguir y terminar, no obstante que me provocaba náuseas de las que no se quitan con Dramamine. Ese hecho significaba que mis sueños musicales no dejarían de ser eso, sueños. Pero estaba resignado, después de todo uno de cada cien se dedica a lo que quiere, después de todo uno de cada millón a la música. No habría de ser yo uno de los afortunados, estaba difícil.

En cierto grado superé, por un rato, la extrema repulsión al estudio de las leyes. Por supuesto que no me acostumbré, únicamente

me hacía a la idea y evitaba darle vueltas al asunto. Me costaba trabajo adaptarme. De hecho, jamás me adapté. Simplemente me hacía a la idea. Nulificaba sensaciones.

En la universidad conocí buenos amigos, damas y caballeros. Ellas, prácticamente todas, de competencia *federal*, no satisfacían mis pupilas. Aun con amigos no dejaba de sentirme ajeno, distinto de las personas con las que nadaba en el mismo estanque. Pura piraña.

Lo único que alegraba mis días de universidad y mis ojos era una mujer, una. Una mujer con la que llevaba algunas clases desde segundo semestre. En Procedimientos civiles, entre ellas, fue donde la conocí. Una de las poquísimas mujeres de las que me he enamorado cuyo nombre no inicia con la letra "M" seguida de la "A". Se llamaba Rania y me fascinaba, fascinaba mi existencia. Mi amor por ella se quedó en platónico (para no perder la costumbre) y surgió distinto a los demás, *pian pianito*. Las primeras veces que mis ojos chocaron con ella nada pasó, aparentemente. Hasta que a la cuarta semana de haberla visto por primera vez, la nada se convirtió en el todo. No habíamos cruzado palabra. Ni hola ni adiós. No habíamos cruzado palabra y estaba más enamorado de ella que John Lennon de Yoko Ono. No sé. Simple y sencillamente me alegraba la existencia y al mismo tiempo me la hacía pesada si no estaba cerca.

Podía pasarme la clase entera observándola. Me hipnotizaba sin notar siquiera mi acoso visual. Terminaba la clase y la seguía. A la cafetería, a la biblioteca, a la explanada a tomar el sol. A donde iba, iba yo, a pocos metros de distancia. Me encantaba lo que hacía, cómo hablaba, su sonrisa, sus ojos tristes, su pelo, toda ella. Si hay una definición de día perfecto, el suyo debía serlo. Quería estar en su día, en su mente. No dejaba de imaginarla cuando no la veía. Me aventuraba a visitar bares y discotecas con la intención única de encontrarla. Una noche lo hice y tuve suerte, ahí estaba, en mi bar favorito, el Bull Dog Café (el bueno, el que estuvo en Sullivan). Me puse nervioso al verla. Me acerqué a la barra y tomé un par de tequilas de golpe. Me quemaron la garganta y los nervios, evaporándolos al cabo de unos minutos, y entonces me acerqué.

—Hola. Eres Rania, ¿no? Creo que tenemos una clase juntos—es-túpidamente dije. Vaya presentación.

—¡Ah, sí! Hola. ¿Cómo te va? Tú te llamas Lansbury, ¿cierto?
—escucharla decir mi nombre fue succulento, maravilloso. De las

mejores sensaciones auditivas. Me emocionaba que supiese mi nombre.

Hablamos durante un buen rato. Nos tomamos unos tequilas juntos. Los disfruté como si fueran los mejores de la región. Y desde esa noche conocí la voz de un ángel, su voz dirigida a mí. No quería dejarla de escuchar, jamás. Esa noche entendí que los ángeles hablan, esa noche la escuché hablar, dirigir sus palabras a mí. Me hacía volar.

El lunes siguiente platicábamos fuera del salón de clases y como cubetada de agua fría cayó un tipo, a quien Rania me presentó como su novio. Mi cuerpo se entumió. Mi gesto se frunció.

—Mucho gusto —le dije. “Que le introduzcan una banana por el culo”, pensé. Las lágrimas no me salían, pero ganas les sobaban. Me sentí mal.

Pero el golpe no fue suficiente para matar el amor que por ella sentía. Poco después descubrí que vivía a unas cuantas calles de mi casa (en ese entonces ya no vivíamos en Polanco, sino en otra zona menos comercial, más bonita, con más áreas verdes y menos transitada por automóviles). A dos cuadras y media de distancia para ser exactos, a ciento veintisiete metros en línea recta. Mi descubrimiento me convirtió en un deportista. Salir a correr por las calles aledañas a la mía, fue el pretexto ideal para topármela de vez en cuando, y por qué no, para apantallarla (es una de las capacidades de los deportistas). Un parque le daba vista a la puerta y a las ventanas de su casa. La encontré varias veces. Pasaba ida y vuelta, lentamente, entre una y tres veces al día. Cuando la suerte paseaba conmigo (y con Órbita, mi nueva perra golden retriever), la agarrábamos al llegar o salir de casa. Aprovechaba para saludarla y para fingir una sed mortífera, obligándola a que me ofreciera agua, que gustoso aceptaba. Entraba y salía luego con mi vaso. A Órbita, que también fingía, le abría la llave de la manguera del garage para que se refrescara a sorbos.

—¡Ay, pero qué bonita perra! ¿Cómo te llamas? —le preguntó Rania a Órbita (me agrada la gente que le habla a los perros).

—Guaf, guaf —respondió Órbita mientras Rania reía por la puntada.

—Se llama Órbita —le dije yo.

—¿Oye y cada cuánto corres? —me preguntó Rania.

—Guaf, guaf —respondió Órbita y Rania se echó a reír de nuevo.

—Corremos unos quince kilómetros todos los días —contesté.

—Guaf, guaf —volvió a ladrar Órbita, para desmentirme. Rania se atacaba de la risa por la *perrada* y yo quedé como un mentiroso.

—Bueno, no vayas a cansar mucho a tu amo, eh perrita. Nos vemos, Lansbury. Ya no corras tanto, no te vayas a infartar —se despedía, recogía el vaso que me había bebido y se metía a casa. Me gustaba.

—A ver si te callas, perra bruta —regañaba a Órbita, que me respondía con nuevos ladridos.

Podíamos regresar a casa, misión cumplida.

De menos me tenía presente, y no sé si era mi necesidad, obstinación o mi enamoramiento, pero podía ver algo en los ojos de Rania cuando me miraba. Algo. No sé qué. Lo cierto era que me miraba distinto que al principio. Me veía a los ojos cuando hablábamos, pero no como cualquiera que se te queda viendo, sino que con una mirada que quería quedarse ahí, una mirada que deseaba ver más adentro, una mirada parecida a la mía cuando se dirigía a ella. Miradas que tomaban fuerzas y resistían la una a la otra con una leve respiración profunda que no quería ser perceptible, pero que no podía ser ocultada.

Para aprovechar nuestra vecindad, varios días opte también por *descomponer* mi coche. Iba de aventón a la universidad, con algún amigo o familiar, para tener pretexto de pedirle después a ella un "Ride"¹³ de regreso. Funcionaba mi táctica. Era todo un viaje. Como si fuéramos en avión (me gusta convertir los coches en aviones o en naves espaciales). Quería que durara para siempre el trayecto, que fuera infinito, que nunca se acabara. Además, escuchaba la misma estación de radio que yo, le gustaba la misma música que a mí, y eso hacía más grande el amor. Como dato irrelevante, tres de las cuatro veces que me subí a su coche, el 98.5 tocaba "Bang and Blame"¹⁴ de R.E.M. Casualidades.

Pero Rania tenía fecha de boda y nada ni nadie iba a impedir-la. Nunca le hablé del amor que tenía reservado para ella, de lo que me hacía sentir, aunque varios años más tarde me enteré de que lo supo.

Una noche de ebriedad, al salir de una discoteca (en la que no la encontré), compré una rosa. Manejé rumbo a mi casa e hice

¹³ The Vines, *Winning Days*, "Ride".

¹⁴ R.E.M., *Monster*, "Bang and Blame".

escala a escondidas en la suya. En el cartón de unos cerillos escribí "Para mi amor platónico" y junto con la rosa y un *cassette* que grabé especialmente para ella, y que incluía "Bang and Blame", lo deslicé entre los barrotes de la puerta de su garage y quedó junto a su coche. Nadie supo de esto, excepto un colega que estudiaba Procedimientos Civiles con Rania y conmigo, a quien se lo conté en otra noche de ron, y quien a su vez, tiempo después en otra noche de ron, se lo dijo a ella.

—Imaginaba que había sido Lansbury, pero no estaba segura. ¿Por qué nunca me lo dijo? Tal vez ahora estaríamos juntos —le respondió Rania. "Por imbécil", pensé cuando mi amigo recordó las palabras de Rania en voz alta.

Era cosa de hacer lo que sentía que debía hacer. Se acabó enterando, mejor se lo hubiera dicho yo, me habría sentido bien. Era cosa de hacerle caso al corazón y no a la mente, a las reglas. ¿Qué hubiera sucedido si se lo hubiera dicho? Posiblemente no hubiera sucedido nada, todo se hubiera quedado en el mismo estado, igual. O sí, y en cambio no hubiera pasado nada de lo que sigue aquí en esta historia. Pero en ese momento lo único que quería y buscaba era a ella.

Es importante buscar y luchar por las cosas o personas que se quieren, se puede salir bien librado de la contienda, en ocasiones vencedor, en otras vencido, pero con una satisfacción enorme de haber hablado, de haber dicho, de haberse encuerado y de haber insistido. No queda arrepentimiento por el que atormentarse, se es libre y no hay sensación más complaciente que ésa. Libre para hacer lo que sea, donde sea y con quien sea. Libre para alcanzar los sueños y para hacer realidad los deseos, mínimo para morir en el intento. Las lámparas mágicas sólo las encuentran los que creen en los genios maravillosos, en nuestro genio interno, con el que logramos salir de la guarida, de nuestros escondites, de nuestras armaduras. La tumba de las palabras es la tumba de la felicidad, del alma, de uno. Hay que hablar. Las palabras tienen poderes mágicos.

Duré algunos semestres enamorado, sin poder olvidarla ni suprimirla del pensamiento, de la imaginación o de los sueños.

Varios de mis compañeros de clases trabajaban como pasantes en firmas de abogados, en empresas, en bancos, y uno que otro de burócrata o en algún partido político (*same shit, different name*).

Según se dice, mientras más tarde o más grande empiezas a buscar trabajo, más difícil es conseguirlo, así que pensé, con la peor hueva del mundo, que era hora de buscarlo.

—Tengo buenos contactos en despachos de abogados, varios buenos cuates que son socios. Si quieres les marco a ver si te dan una entrevista —me decía papá con tono sugerente.

Al principio me mostré renuente a la ayuda y a los conectes familiares, pero después de darme cuenta de que el mundo funciona enchufado, opté por tomarle la palabra.

—Hablé con mi amigo Alejandro Sepulcro, socio de Brontës & Associates, la firma más grande del mundo. Tienen oficinas, fácil, en 25 países. Lo conozco desde chavo, es buena gente. Le platicué que estás buscando chamba y me dijo que le llames para que le cuentes y le digas qué te interesa, qué áreas, qué especialidad. ¡Nombre, *mijo!* Estaría padrísimo que entres ahí, *mijito*. ¡Sería una superescuela, olvídate! Harías un currículum extraordinario.

Nervioso, marqué a Brontës & Associates y pregunté por el tal licenciado Alejandro Sepulcro. Después de esperar varios minutos en la línea, finalmente escuché su voz aguardentosa, sonaba con una hueva muy similar a la mía.

—¿Sí, quién es? —contestó al teléfono el licenciado Sepulcro.

“La vieja Inés”, respondió un pensamiento atorado en mi cerebro desde la época de mis bromas.

—Buenos días, licenciado Sepulcro. Soy Lansbury Frapp, le llamaba porque...

—¿Me llamabas o me llamas? —interrumpió *simpáticamente*.

—Ejem, je, je. No, je, je, quise decir que le llamo, porque, e-e-este, como se dice, lo que pasa es que-e-e, mi papá habló con usted hace unos días y me dijo que le marcara para ver si había (pensé que me iba a volver a interrumpir con algo así como “¿había o hay?”) oportunidad de entrevistarme con usted porque me interesa mucho poder trabajar en su firma —le dije, con mentiras, inmovilizado por el pánico escénico y el temor a ese mundo de protocolos y de pantallas que proyectan los *lics*.

Aunque debo aceptar que junto al temor y la pereza, muy en el fondo, convivía esa sensación de emoción que causa la incertidumbre de lo nuevo y lo desconocido. Sensaciones que desde pequeño llaman mi atención como un objeto volador no identificado o como un punto que se mueve en el mar y que visto desde las alturas parece un naufrago o una ballena. Incertidumbre que causa

excitación, nervios ocasionalmente disfrutables, ricos. Me daba hueva, pero también intriga, curiosidad.

—Mira, vente para acá. No este miércoles sino el que sigue y platicamos, ¿está bien? —preguntó.

—Claro que sí, licenciado Sepulcro. ¿A qué hora quiere?

—Háblale a mi secretaria un día antes y le preguntas —alcanzó a decir previo azote de bocina que tomó desprevenido a mi tímpano.

Llegó el martes de llamada y a las 9 de la mañana en punto, por consejo paterno, le marqué a la secretaria del licenciado Sepulcro.

Ring, ring, ring...

—Oficina del licenciado Sepulcro, buenos días.

—Hola, buenos días. Hablo porque quedé de ir mañana a ver al licenciado Sepulcro, pero me pidió que antes hablara con usted para ver a qué hora puede recibirme.

—¿Sabes qué? Que no ha llegado y no sé cómo traiga su agenda de llena, así que le tengo que preguntar antes a él. Marca más tarde, no sé a qué hora llegará pero sigue intentando —su consejo fue como de programa de concursos, de ésos en los que *el que más llama más probabilidades tiene de ganar*.

Volví a marcar a las 10 y nada, a "las 11, las 12, la una y las 2 y las 3..."¹⁵ y por fin llegó.

—Dice mi jefe que vengas mañana a las 7 de la noche. Que aquí te espera —y procedió a explicarme el camino al majestuoso edificio.

Llegué en punto a la cita y el muy presumido me hizo esperar hora y media en recepción, mientras mis manos sudaban a más no poder, encharcando e hinchando la fina madera que tapizaba el piso de Brontës & Associates. Mientras, la recepcionista me miraba con cara de compasión y ternura, no por la espera sino por lo que me esperaba.

A las 8:45 de la noche llegó por mí la pobre secretaria, con tremendas ojeras, y me condujo a la oficina del licenciado Sepulcro. Después supe que ni tan pobre, hasta ese entonces le había bajado al licenciado un par de naves último modelo y un *depa* por la zona (cara). Qué pendejo el licenciado Sepulcro, a cambio de que él le bajara a ella los calzones, ella le bajaba a él coche y vivienda, además de la presión, que se le caía a menos de cuarenta

¹⁵ Joaquín Sabina, *Física y Química*, "Y nos dieron las diez".

cuando Elenita (así se llamaba ella) lo amenazaba de escupirle la sopa a su esposa.

—¿Cómo está tu jefe, Lansbury? ¿Qué cuenta? —me preguntó Sepulcro.

—Todo bien, licenciado, gracias. Le manda muchos saludos.

—Qué bueno, mano. Dile que a ver cuándo me invita a comer. Bueno, bueno, pero a ver, ¿tú qué buscas? Me dijo tu papá que quieres entrar a un despacho grande, como éste, pero eso dice él, ahora dímelo tú, ¿sí te interesa?

“*Relax don't do it...*”.¹⁶ “...*Stop!*”¹⁷ luces y sonidos de alarma se activaron en mi cabeza. “Pues así que diga: ‘qué bárbaro, me muerdo de ganas de entrarle a esto, pues no. Pero ya ni pedo, qué chingaos hago si no’”, pensé.

—Sí, licenciado, por supuesto que sí. Esto es lo que he buscado desde que entré a estudiar Derecho. Justo esto... (bla, bla, bla).

Siguió preguntando cosas, calificaciones, área de interés, horarios de clases y demás. La entrevista terminó y me ofreció el trabajo. Acepté.

—Comienzas de este lunes en quince, para empezar con el mes. A las 9 de la mañana, y los días que tengas clases por las mañanas, a más tardar 9:30, por favor. Felicidades y bienvenido. Salúdame a tu papá.

Mientras llegaba ese lunes, tuve sentimientos y pensamientos encontrados. Por un lado, el reproche de mis sueños que tenían contados los días. Tenían fecha de caducidad. Por otro, la resignación. Era lo normal, lo que tenía que pasar, lo que debía suceder. Alguien como yo, tarde o temprano está destinado a encerrarse entre las paredes de la ciudad que terminan con los sueños, entre las paredes que los sacrifican y que ahí mismo los entierran (“*the city walls of dyin' dreams...*”¹⁸).

Lo único que me entusiasmaba era esa adicción a lo nuevo, por lo desconocido. Me emocionaba imaginar a las mujeres que podrían sentarse junto a mi nuevo lugar de trabajo. Eso mismo me sucedió al entrar en la universidad, al inicio de cada semestre, la emoción que me provocaba la esperanza de encontrarme con el amor de mi vida, con una muñeca abogada que a primera vista me

¹⁶ Frankie Goes to Hollywood, *Relax*, “Relax”.

¹⁷ Erasure, *Crackers International*, “Stop!”.

¹⁸ Wallflowers, *Bringing Down the Horse*, “One Headlight”.

revolucionara el ritmo cardiaco. Ello y lo nuevo, lo desconocido. Eso me hacía lo pesado más ligero, más fácil. Platónico, siempre y en todo.

Pero lo nuevo se vuelve viejo y lo viejo aburre. Lo incierto, cierto y la resignación, veneno. Un veneno que acaba por matar el alma, el espíritu y la alegría. Un veneno que corroe y oxida el motor del cuerpo, del cerebro y del espíritu. Puedes hacer una cosa y luego otra, y después otras más. Cosas, profesiones o actividades con las que *ahí la llevas*, con las que se materializa la resignación de no haber perseguido los sueños, sueños que se escapan como globos al cielo. Pero llega el día en que no puedes más, en que detienes el mundo y te lo sacudes de los hombros: llega el día en que te das cuenta de que todo era temporal. Ese día para muchos es el día de su muerte, el día en que se lamentan, el día en que más que arrepentirse de lo malo que hicieron, se arrepienten de lo bueno que dejaron de hacer. Todo lo que dejaron de hacer. "Ahora que soy viejo sé que he perdido el tiempo, sé que te tuve en mis manos..."¹⁹ se suele escuchar en el silencio minutos antes de la muerte. "Hubiese sido tan fácil intentarlo, no hubiera perdido nada. En cambio, no lo intenté, y perdí todo. Perdí la vida. Toda", pensaban millones de hombres y mujeres minutos antes de fallecer.

Llegó el primer lunes de trabajo. El ambiente olía a cigarro, a concentrado y al mismo tiempo a nuevo. Un ambiente que no había respirado, un ambiente en el que no había transpirado. Una oficina enorme, de tres pisos, en uno de los edificios más observados por la ambición vestida de deseo. La imagen en el *mundo real* es importante, muy importante. Hay que dar, pero sobre todo tener, buena imagen. Como te ven te tratan, pordiosero.

Por los pasillos los mejores trajes y las mejores corbatas, los peores celos. Malos tratos. Malos sueños. Muchos pesos el consuelo, mil lamentos, la realidad. Más de setenta enfurecidos abogados abriéndose paso, caminando sobre las cabezas de otros. Salas de juntas con vista a un espejo, el zoológico de Chapultepec. Clientes contentos y otros maltrechos, en problemas. Archivos repletos de expedientes y una archivista en celo. Juicios y enredos. Víboras y cuentos. Más de setenta abogados coléricos, luchando y muriendo. Algunos venciendo, pocos. Otros muy enfermos y escasos los contentos, los verdaderos. Malas caras.

¹⁹ Niños Mutantes, *El sol de invierno*, "Ítaca".

Pero ahí también estaba la mujer más bonita que mis ojos hayan mirado desde que se abrieron. La mujer perfecta. La de mi sueño. La que pulveriza cualquier otro sueño, la que te cura con amnesia, la que te hace olvidar a cualquier otra mujer, la que cierra heridas. Su nombre empieza como quiero, con la "M" seguida de la "A". "Maia".

La vi el mismo día que inauguré mis días en la firma, y en el exacto instante que la vi, el aroma del despacho cambió. Olía a flores, a menta. Era un sol dentro de las tinieblas. Sus ojos eran y daban luz, su mirada difícil de vencer, tan segura de sí misma, tan profunda y tan sencilla, brillante. Su sonrisa que dejaba ver unos dientes perfectos, blancos. Tenía la cara más bonita. Quise decirselo desde que la vi, en caso de que no lo supiera: "*Do you realize, that you have the most beautiful face?...*"²⁰

Era pasante, igual que yo. Nuestros asientos estaban a lados extremos del mismo piso. El de ella cerca de la máquina de copias, la cual frecuenté varias veces al día desde el primero que estuve ahí. De hecho, continuamente ofrecía sacarle copias a quien las necesitara, a los mismos pasantes e inclusive a las secretarias, que se supone eran las encargadas de hacerlo. Salía ganón, porque mientras las copias se hacían automáticamente en la máquina, yo veía a Maia, y de vez en cuando, cuando notaba que no estaba atareada, platicaba con ella.

Salía ganando doble, porque yo me encargaba de las copias de las *secres* y ellas a cambio me tenían listo mi cafecito con leche y azúcar apenas llegaba a la oficina. Jamás faltó mi café. Era el único pasante con servicio de cafetería exprés especializado y receptor de un inmejorable trato de parte de las secretarias. Me adoraban y procuraban. En mis cumpleaños mi lugar amanecía repleto de globos y recados de felicitación, tarjetas y serpentinas. Las autoras eran las *secres*, obviamente. Los demás pasantes, abogados y socios comentaban celosos al respecto que si las invitaba a salir, que si tenía queveres con ellas, que si alguna era mi tía, etcétera.

Me llevaba bien con ellas y en general con la mayor parte de mis colegas, a excepción de los socios, quienes por supuesto no le dirigían la palabra a los pasantes ni para desearles los buenos días. Mi función era ir a tribunales y juzgados a revisar expedientes y

²⁰ The Flaming Lips, *Yoshimi Battles the Pink Robots*, "Do You Realize?".

boletines, a darle seguimiento a los juicios y a estar pendiente de que las contrapartes no nos chicanearan o se pasaran de vivos. Era también uno de los encargados de repartirles billetes a los archivistas para que nos tuvieran todo listo y para que nos echaran un telefonazo cuando los abogados contrarios presentaran promociones o algo que pudiera comprometer o perjudicar nuestra labor. Nuestra defensa o nuestro ataque.

Así como me querían las *secres* del despacho, parecido me querían las de los tribunales.

—Buenos días, mi güero consentido. ¿Cómo le va? Dígame, pa qué soy buena —me recibía Rosarito, la de oficialía de partes, cuando iba a presentar algún escrito.

De entrada hicimos química, las cicatrices nos hicieron buenos amigos. Una profunda y de mala sutura le adornaba la cara, de la sien izquierda a la quijada. A mí, unas cinco, pequeñas y borrosas, más disimuladas pero evidentes.

—Bien, Rosarito, aquí con un apuro. Necesito de su ayuda. Teníamos término para ayer y al bruto de mi jefe se le fue. ¿Cree que me pueda echar la mano para retrasar la fecha del reloj checador y poder presentar los escritos *en tiempo*? Es que si no, nos dan en la madre —le decía y ponía mi multirrecorrida cara de niño bueno—pendejo, porque si no conseguía el “sí” de Rosarito, al licenciado Sepulcro se lo llevaba la chingada, y él solo ahí no iba, seguro me llevaba entre las patas.

—Ah, me cae que cómo es rependejo su jefe, eh. Es el que luego viene y que tiene cara de perro bulldog, ¿no? —comentaba con acierto Rosarito.

—Ese mero, Rosarito.

—Mira, güero, nomás porque tú me caes bien, pero al *Bulldog* le va a costar, ¿eh? Mil varos. ¿Cómo la ves, crees que los afloje? Es que mira, güero, nos andan checando de allá arriba, andan ojo avisador y si me cachan, la que sale bailando soy yo, ¿sí me agarras la onda?

—Chale, Rosarito. Pues va. Yo traigo aquí lana, se la paso de una vez y en la oficina se la cobro al *Bulldog* —le decía y le aflojaba los mil varos. Mil de los tres mil de aquellas épocas que el licenciado Sepulcro me había previsoramente entregado para corromper a la simpática y entrona Rosarito, puesto que se trataba de un juicio muy jugoso de uno de los clientes más grandes del despacho. Ese asunto no se podía perder de ninguna forma y bajo ninguna circunstancia (menos porque a Sepulcro se le fuera el término), y

aunque los dos mil pesos salían de su bolsillo (sí, dos mil, yo también hacía *business* y le regresaba el cambio), después, bajita la mano, se los cobraba al cliente por supuestos conceptos de copias, *seguimientos* (los clientes sabían que cuando en las facturas les llegaba algún cargo referido como *seguimiento*, se trataba de mordiditas o *gratificaciones*), transportes y otros más que nunca comprendí.

Lansbury se encargaba del trabajo sucio y Sepulcro, mientras tanto, se rascaba las pelotas en su silla de piel negra, con sus patatas subidas en su amplísimo escritorio de roble, en el que más de una vez se rascó, además de los huevos, a su *secre*. Ni hablar, algún día él se habrá de encargar del trabajo cochino.

La jornada habitual era muy cansada, además de aburrida. Despertador a las 6 de la mañana, que hacía efectivo a las 6:20, clases de 7 a 9, a las que siempre llegaba tarde. Y de ahí un desayuno y un *relax* rápido, para llegar aprox. a las 10:30 a juzgados, donde husmeaba hasta por ahí de la una de la tarde, y para salir enseguida al despacho a reportar al licenciado Sepulcro cualquier novedad. De ahí a comer a casa y a lavarme los dientes para quemar llantas a la universidad y tomar clases nuevamente de 4 de la tarde a 10 de la noche, con excepción de los viernes. Y de ahí otra vez el pinche despertador a las 6 de la madrugada.

Era un crimen, detestaba esa jodida rutina. Llevaba apenas unos meses y no la toleraba. Pero bueno, qué se le iba a hacer, así le hacían todos mis compañeritos universitarios y una que otra compañerita. Por cierto, después de Rania, no me tocó una sola merecedora de piropos.

Distinto a lo que podría pensarse, lo peor eran los viernes. Crudas para morir. Dada la aburrida programación de los días, era necesario adelantar el fin de semana a los jueves (si es que no desde el miércoles). Los jueves eran de alcohol seguro y abundante. Los viernes, de arrepentimiento y perdón (*sweet excess, dead awake*).

Suena pesado, pero el hombre, sin contar el hambre y la abstinencia sexual, se acostumbra a todo. Mi responsabilidad todavía no era mucha. No obstante, no me era grato ir a la oficina. A escuchar cátedras legales a la Iberoamericana, tampoco. A lidiar al mercado de los tribunales, menos. Lo detestaba y cada día que pasaba lo detestaba más. Pero ahí estaba Maia para alegrarme la vista y los días, para hacérmelos más fáciles, para darle un motivo a mi existencia, el motivo más motivante. Existen motivos para

estar vivo que no son motivantes, simples motivos natos que no se deben pasar por alto, como el hecho de tener unos padres y unos hermanos o hermanas que existen y que están en nosotros y estamos en ellos, motivos por los que probablemente ciertas personas no se quitan la vida, porque saben que si lo hacen, se la quitan también a esos padres, a esos hermanos y a esas hermanas. Pero son finalmente motivos con matices de obligación. Pero Maia era un motivo diferente.

Sí, existen otras causas o motivos que nos mantienen vivos y que son ajenos a nosotros o a nuestros lazos sanguíneos, a esa responsabilidad para con quienes nos dieron la vida y para con quienes nos aman desde pequeños. Me refiero a esos motivos que más que darle una razón de ser a nuestra existencia, le dan una ilusión. Razones o motivos que no vienen anexos al nacimiento. Razones o motivos que vamos encontrando en el camino, en los momentos menos pensados, cuando no te los esperas. Motivos que se reconocen cuando el corazón late desatado al ver a una persona que al mismo tiempo y de manera inmediata nos crea un vacío dentro del cuerpo, vacío que puede llenar sólo esa persona que lo creó. Vacío: fábrica de escalofríos que congelan el cuerpo, paralizan las ideas y te hacen flotar en el espacio. Eso era Maia, esa ilusión. Ese vacío. Ese miedo. Esa sensación extraña.

Maia terminó mi etapa de Rania. Rania era pasado.

De repente las despertadas mismas me alegraban, era una ilusión volver a despertar, una inmensa felicidad saber que más tarde en el día mis ojos se llenarían de Maia, igual que los pensamientos, emborrachados de ella. La duración de las clases las dedicaba a ella aunque estuviera no sé dónde. Estudiándola, los minutos se reducían a décimas de segundo. No dejaba de pensarla, de imaginarla, de escucharla. Su voz estaba capturada en mis registros cerebrales. La escuchaba, la olía, la tocaba, la besaba. Besos telepáticos, desde las jaulas universitarias hasta donde Maia estuviese. Las voces del magisterio en *off*, las ponía en *mute* y mi concentración atenta a las imágenes que guardaba mi mente de ella.

La antesala a su encuentro, es decir, los juzgados, era menos desagradable de lo que normalmente podría ser. Todo me parecía bien, le encontraba el lado amable a todo, a todos, inclusive a nada. Todo era más fácil, más sencillo. Me emocionaba y me ponía nervioso al pensar en ella, mi estómago se convertía en la reserva más

grande de mariposas monarca del planeta, del universo, de todas las galaxias.

Para mi desgracia y para no variar, tenía novio. Pero sentía y sabía que yo un día desordenaría sus átomos para hacerla aparecer. Un día ella cruzaría el puente que nos uniría, el puente que yo ya construía de mi lado con unos pilares inmensos. El puente que es el amor. El motivo, la ilusión que le da vida a la vida. *"Cruza el amor, yo cruzaré los dedos..."*.²¹

Llevaban años juntos. A él lo vi en varias ocasiones, en fiestas del despacho, en recepciones de amigos del trabajo, en otros lugares. Pero sobre todo en mis sueños, lo alucinaba, por circunstancias obvias, a pesar de ser un buen tipo, amable y cortés.

Maia y yo nos convertimos en buenos amigos de oficina, claro. Para mí era el amor. El más puro de todos, el más cristalino. No podía sacarla de mi mente a ninguna hora, ni siquiera a la de dormir. Soñaba con ella, de noche y de día, en cualquier lugar. Antes de dormir me concentraba e intentaba colarme en sus sueños, aparecer. Quería estar presente en ellos y no que estuviera únicamente ella en los míos, rezaba porque fueran visitas recíprocas. Cuando se me presentaba la oportunidad de pedir un deseo, por cualquier origen, deseaba que Maia pensara en mí, deseaba encontrarla, toparme con ella. Soñarla.

En el tráfico me imaginaba salvándola de algún peligro o apantallándola con algo que le gustara, que llamara su atención, dedicándole una canción en un concierto masivo enfrente de miles. Pendejadas. Sueños diurnos que me permitían estar con ella, compartir tiempo, instantes, pensamientos. La eternidad.

Pasó tiempo y las cosas siguieron igual. Maia con su novio y yo enamorado de ella. Igualmente harto de mi puto trabajo. Estaba hasta la madre, algunas veces la pesadumbre laboral podía más que lo liviano que me sentía al verla. Cada día tenía más necesidad de ella y la extrañaba, la lloraba.

De semestre a semestre mis responsabilidades en el despacho aumentaban. No le reportaba ya solamente al licenciado Sepulcro, sino a tres socios más, aunque él continuaba siendo la vara alta. La carga de trabajo se incrementaba de manera exagerada. Al terminar mis clases nocturnas no iba ya directo a casa a descansar, ahora me desviaba al despacho a continuar la talacha. Me daban a

²¹ Gustavo Ceratti, *Bocanada*, "Puente".

mí y a otros cuantos las dos de la mañana y seguíamos ahí, entre las paredes de la oficina que aniquilaban mis sueños, los físicos, los mentales y los aspiracionales.

Terminé la carrera y la cosa empeoró. Me recibí y se volvió insoportable. Mi día lo repartía entre los tribunales y el despacho, en juntas fuera de la oficina, en las oficinas de los clientes que para entonces se comunicaban directamente conmigo para tratar sus problemas, asuntos y negocios. Mis días de pasante acabaron y mis obligaciones y deberes se incrementaban, daban miedo. Usualmente me asustaban el sueño o de plano no me dejaban dormir, además de por el tiempo que les invertía, porque me alteraban los nervios. Juicios de millones. Consultas de las que dependían de decisiones de primer nivel de empresas con estados financieros de la rodada de la reserva de dólares del Banco de México. Me había metido poco a poco en donde no quería meterme y de donde aparentemente nunca saldría, un mundo que no me gustaba, que me era intolerable, inaguantable. Un mundo en el que no cabía. Estaba metido hasta el cuello.

No salía antes de las 11 de la noche. *"I work at night. I see today with a newsprint fray, my night is colored headache grey. Don't wake me with so much. Daysleeper..."*²² De 9 de la mañana a 11 de la noche en episodios normales de trabajo, porque tenía rachas en que la salida se prolongaba a las 3 o 4 de la mañana, sin olvidar días enteros metido en la oficina, buceando entre expedientes de 9 de la mañana a 9 ídem. Un simple regaderazo de agua separaba un día de otro, baños que me revivían a una cuarta parte de capacidad motora e intelectual, y de retache a Brontës & Associates. Era una máquina viviente. Mi récord fueron tres días sin cerrar el ojo, al menos no en una cama, quizás tres minutos consecutivos con la cara clavada al teclado de la computadora, despertado brusca y peligrosamente por el *ring* asesino del teléfono, del que emergían voces neuróticas de clientes ladinos e inconscientes que creían ser el único al que atendía, gruñidos abominables y pedantes que nos confundían a mis colegas y a mí con robots jurídicos ensamblados en serie, nulos de sueño, otros deberes y vida propia.

—Yo no sé cómo, pero tienen que arreglarme el problema, licenciado. Hagan lo que sea, pero arréglenlo, ustedes pueden, ustedes son abogados —decía un cliente por el teléfono.

²² R.E.M., *Up*, "Daysleeper".

“Abogados, cabrón. No magos”, quería decirles, pero sus palabras eran órdenes. Facturación, más facturación.

La única distracción era el alcohol. Noches de bares y discotecas, la anterior idéntica a la siguiente. Una repetición perfecta. Copia fiel. Siempre la misma mierda (*same shit, different place*). No tenía otra cosa que hacer. Los planes y actividades extralaborales eran limitados. Autolimitación. Consumía mis días sin beneficios. Siempre la misma mierda. Los mismos tugurios, las mismas personas, los mismos comentarios, las mismas actitudes. La misma mierda. Me identificaba con Bill Murray en *Groundhog Day*, la única diferencia era que en lugar de despertarme con Sony & Cher, me despertaba con Gutiérrez Vivó y su *Monitor* de la madrugada. Si ése era mi destino, no fue muy difícil imaginarlo e imponérmelo. “Gracias, qué amables son allá en las alturas, se los agradezco”.

¿Qué no se supone que cada quien tiene una misión o de perdida una función en la vida? Mi misión parecía, más bien, repetición. Siempre la misma mierda. Estudiar, trabajar, embriagarme y dormir.

El reloj marcaba la madrugada y la arena me llenaba el cuerpo, lo volvía pesado. Seguía encerrado en mi privado de dos por dos, que de privado, por cierto, nada tenía. Lo que tenía era una pinta de pecera que daba miedo abrir la puerta, no se fuera a salir el agua y el pecezote que estaba adentro. Perdía mucho tiempo con el radio y el *CD Player* que tenía en la oficina. De no ser así, seguro salía antes. Es que sí, lo prendía, me clavaba en las canciones y me iba con ellas, era complicado regresar a la realidad. A la oficina. Era difícil aguantar más de una hora seguida dedicado a los *files*, al bonche de pruebas que debía relacionar para la audiencia de la mañana siguiente.

Y la mañana siguiente estaba trepado en el coche, rumbo a los juzgados. Mal dormido y peor desayunado, si acaso un vaso de leche sopeado con dos tabletas de Pepto Bismol Plus. Me aterraba la idea de una diarrea en los juzgados, los baños eran inmundos, putrefactos, fétidos, impregnados de orines antiguos, sin puertas ni papel, una auténtica mierda no apta para depositar más mierda. Cada comparecencia implicaba dos peptos mínimo, por si las moscas.

Acababa la audiencia y a subirse de nuevo al coche, con dirección ahora a Tribunales Colegiados para revisar amparos. Y de ahí

probablemente a una junta o a cotejar papeles o practicar alguna auditoría. Pasaba mucho tiempo en el coche, viajando a lugares a los que no quería llegar, lugares sin principio ni fin, sólo eso, lugares. Lugares sin sentido, sin orden, sin lógica. Lugares inhóspitos que albergaban caras aburridas y tediosas, desdibujadas por la costumbre, acartonadas por el desengaño que revela ese *mundo real* que no deja de jalarnos de las piernas cuando deseamos contemplarlo desde arriba, como lo contemplan los artistas al descansar. Rostros y rasgos esculpidos al golpe que marcan el martillo y el cincel de la certidumbre, porque nada pasa, porque nada cambia. ¿Por qué habrían de cambiar, qué habría de cambiar? Si el loco soy yo, el distinto, el desubicado.

Al único lugar al que quería llegar era a donde Maia se encontrara. Al verla todo cambiaba, lo negro del día se tornaba azul. Las nubes se desvanecían como dulce de algodón en la lengua y el cielo quedaba despejado. Después de años de verla con tanta frecuencia en el trabajo, aún me ponía nervioso. En ocasiones se me trababan las palabras, las atropellaban mis labios nerviosos, emocionados. El corazón latía aprisa. Me fascinaba.

Exclusivamente a ella quería llegar, a ninguna otra persona, a ningún otro lugar. Si Maia no era el destino, prefería pasar horas en el coche, sin llegar a ningún lado, a ningún destino. Podía manejar cientos de kilómetros y terminar en el mismo punto de inicio, dando vueltas, en el auto y en mi cabeza. "Sin dirección, viajando a ningún lugar...".²³ Conducía con la vista fija, con la mirada perdida, apenas atento a los espejos laterales, apenas consciente para evitar el contacto con otro distraído navegante al volante.

Si quería escaparme, era en coche, a donde yo quisiera. Años atrás, siglos delante. Me gustaba encontrar embotellamientos, atorarme en el tráfico más lento de la ciudad. Me quitaba los lentes y con la visión borrosa me quitaba los ojos ajenos. Anulaba el rugir de los cláxones con el volumen del estereo a decibeles insanos. Despegaba, me largaba de mi desubicación física y llegaba a donde yo quisiera, a los paisajes más lindos y tranquilos. A la Luna. A donde había paz y tranquilidad y un amor que me esperaba. "*When I want to run away I drive off in my car, but whichever way I go I come back to the place you are...*".²⁴

²³ Niños Mutantes, *El sol de invierno*. "En algún sitio, en algún lugar".

²⁴ Peter Gabriel, So, "In Your Eyes".

Mi detonación se aproximaba. Sabía que el camino recorrido no cambiaría mucho cuando alcanzara el final, así iba a ser, siempre. Ignoraba si el avance de la edad sería factor para soportarlo o para detestarlo aún más en el futuro. La vida que llevaba no me hacía feliz. No estaba feliz ni contento. Estaba frustrado y trabado por mí mismo. El camino no era el correcto, pero me daba miedo tomar otro. Me resultaba impensable dar marcha atrás y comenzar nuevamente desde el principio por una ruta distinta, desconocida. Nada aseguraba además que esa ruta nueva fuese la atinada. Es más, ni siquiera tenía idea de cuál podía ser esa nueva ruta. "Más vale malo por conocido que bueno por conocer". Eso se dice y a veces es cierto, aunque es mejor no quedarse con la duda.

Atravesaba la peor crisis existencial y profesional de mi vida. Mis pensamientos e ideas estaban atrapados dentro de un torbellino adentro de mi cabeza. Un tifón que amenazaba con derribar estructuras, aparentemente bien solidificadas, inamovibles. Principios, costumbres, tradiciones, encargos, idealismos, imágenes, esperanzas, estadísticas, generaciones, expectativas, pensamientos y sentimientos ajenos. Un torbellino capaz de desenraizarlos de mis entrañas y escupirlos sin pulcritud, sin miramientos o educación.

Es difícil cambiarse de carril cuando miles de ojos vigilan tu paso y siguen, renuentes, tu andar. Por eso me quitaba las gafas, para no mirarlos mirarme. Borroso es más fácil. En la confusión te escabulles con menos problema, sin dedicarle mucho tiempo a la toma de decisiones. Lo que es cierto es que al quitarte los lentes, los demás ven igual, al que le cambia la visión es a uno. Uno ve borroso, los demás te siguen viendo igual. Sin embargo, cuando no te dedicas a verlos y no les pones atención, el escape se facilita, es más sencillo, más atrevido que cuando ves que te ven. En lo borroso, dándole otra resolución al panorama, puedes escabullirte a donde sea, guiado por la intuición, por el corazón que sirve de brújula. Los ojos pasan a ser simples espectadores.

Periférico a vuelta de rueda. Rayos de sol colados entre dos aborregadas nubes logran entrar al coche, se asemejan a los rayos de luz del proyector de cine que descubren cualquier partícula que sobrevuela la sala por encima de las cabezas. Así descubre el astro rey las marañas que teje mi ego y que atrapan al ser que ansía salir.

Al yo que llevo dentro y que no se anima a abandonar la armadura.
Así sonaba el radio:

*A heart that's full up like a landfill,
a job that slowly kills you,
bruises that won't heal.*

*You look so tired-unhappy,
bring down the government,
they don't, they don't speak for us.*

*I'll take a quiet life,
a handshake of carbon monoxide,
with no alarms and no surprises,
no alarms and no surprises,
no alarms and no surprises,
Silent, silent...²⁵*

Un doble atasco, el tráfico y los prejuicios. El tráfico no era el que me preocupaba, pues sólo me distanciaba de lo único que me esperaba: un café con leche (tres cucharadas de azúcar) que reposaba en mi escritorio y al que, si se enfriaba, metía nuevamente al microondas. Ése no era el problema. Lo preocupante era el otro atasco, el mío. Prejuicios personales y expectativas de terceros que no me permitían avanzar, que alargaban la espera de aquél que me esperaba, yo. Mi propia espera. Y si *yo me enfriaba, yo me moría* sin haber nacido.

Doblemente atascado me dirigía a la oficina, a vuelta de rueda por el periférico y a nada de que mi cabeza rodara por el pavimento ardiente a la misma velocidad que las ruedas del coche, que trataban de ganarme el paso. Así iba, sin cabeza y cantando: *"A heart that's full up like a landfill, A JOB THAT SLOWLY KILLS YOU, bruises that won't heal. YOU LOOK SO TIRED-UNHAPPY, bring down the government, THEY DON'T, THEY DON'T SPEAK FOR US..."*.



²⁵ Radiohead, *OK Computer*, "No Surprises".

IV

“TRUE LOVE LIVES ON LOLLIPOPS...”²⁶

Todos los días al llegar a la oficina, antes de bajarme del coche, dentro del estacionamiento, subía el volumen del radio al máximo para gritar con todas mis fuerzas y sin precauciones:

—¡Pinche trabajo de mierda! —y entonces sí, apagaba el coche, descendía, ponía la alarma y dibujaba una sonrisa de satisfacción en mi rostro antes de tomar el ascensor que me llevaría al piso trece del lujoso edificio, Brontës & Associates, sucursal México.

Sin duda constituía un grito liberador de estrés, aunque un mediodía me costó un encuentro estresante, al no percatarme que una de las ventanas de mi nave espacial estaba abierta. Tampoco noté que al momento de proferir mi ritual y solemne aullido, el licenciado Sepulcro se disponía a abordar la suya, en el cajón contiguo del estacionamiento, a cincuenta centímetros de separación.

—¡Pinche trabajo de mierda! —se escuchó (con eco) por arriba de mi música en el sótano tres.

—¿Disculpe usted? —preguntó sarcásticamente Sepulcro, con tono de “*ora sí, cabrón, te apañé*”, mientras se asomaba por mi ventana, cuyo cristal no subí por descuido.

No supe y no tuve nada qué decir. Simplemente bajé del coche, movía los ojos de arriba abajo, de izquierda a derecha y viceversa, en busca de un conducto de aire acondicionado o de una coladera que me chupara y me desapareciera de la sofocante presencia de Sepulcro, de la única manera como conseguí escabullirme fue a

²⁶ Radiohead, *I Might Be Wrong: Live Recordings*, “True Love Waits”.

paso veloz, perdiéndome en pocos segundos de su acechadora y amenazante mirada.

Se abrieron las puertas del ascensor y lo abordé cual si fuera lancha de emergencia de crucero en proceso de hundimiento. En chinga.

—¡Pinche día de mierda! —exclamé mientras se cerraban las puertas, también sin notar la presencia de una damita (damota) en el elevador. Me puso ojos de pistola y poco le faltó para persignarse. Una señora obesa, malhumorada y maloliente, esposa de otro de mis jefes.

Opté por fingir demencia. No me quitaba la mirada de encima por más que la ignoraba. Llegamos arriba y naturalmente la dejé pasar primero, mientras movía su cabeza en gesto de "no puede ser, pelado", y sus corpulentas nalgas al ritmo del mambo. Puedo apostar que iba a recolectar su quincena, su gasto, pero preferí no investigar y corrí, literalmente, a mi oficina, con una prisa imposterizable.

—¡Pinche día de la chingada! —insistí ya en mi pecera. Esta vez no fui escuchado, afortunadamente, por nadie. Pero en cuestión de segundos, el día de la chingada se transformó en el mejor, cuando en mi escritorio encontré, a un lado de mi café, una Tutsi Pop con un recadito en el que se leía: "Buen día, Lansbury. Maia".

Era como si hubiese leído mi pensamiento, pues eso era justo lo que necesitaba leer, precisamente de ella, la persona a la que mi pensamiento no olvidaba, por ningún motivo, a ninguna hora.

Qué facilidad tenía para cambiar mi ánimo, mi percepción de la vida. Me alegró con ese detalle tan simple el resto del día, de la semana y cada que lo recuerdo. La busqué para agradecerle el gesto y para mirarla aunque fuesen unos segundos, pero no estaba. Según su jefe, había salido y no regresaría sino hasta el siguiente día, así que regresé a mi lugar a trabajar.

El reloj avanzaba sin piedad y de nueva cuenta me dieron las 12 de la noche. En un intento por despejarme, abandoné la pecera y caminé ida y vuelta a lo largo del pasillo. Tenía ganas de echarme un cigarro, antojo. Deseaba esfumarme y decidí hacerlo. Me dirigí a recoger mi saco que colgaba del perchero de mi privado, pero antes, en el camino, me topé nada menos y nada más que con ella. La mujer. Maia seguía adentro.

—Gracias por la Tutsi, me endulzó el día que hasta entonces transcurría amargo. Te busqué para darte las gracias pero no te encontré, pensé que te habías ido, que estarías tirada en un sillón

de tu casa, viendo una película con tu novio o algo por el estilo —le dije, tratando a medias tintas de sacar información acerca de cómo iba su relación. Un tirabuzón certero y con efecto.

—Eso quisiera, pero tengo montañas de trabajo y Robbins (así se llamaba su novio) no está en México, el rey se fue de vacaciones a Sudamérica con sus amigos —contestó, no muy contenta.

—Qué rico. ¿Cuándo vuelve? —le pregunté en un intento de recolectar más datos.

—Se fue un mes, y apenas salió hace dos días, así que le cuelga un rato. Condenado, no me llevó —respondió resignada.

—¿Y a qué países va?

—Argentina, Chile, Uruguay y no sabían bien todavía dónde más.

—¡Uhhh, Argentina! Buenas pieles en Argentina, ¿eh?, Maia. Me late que Robbins no regresa, y si regresa es con una argentinita o una charrúa del brazo —no pude evitar echarle carrilla al güey ese a manera de broma. Maia rió, no dándole mucha importancia al mal chiste. Barato.

—Bueno, ¿y te falta mucho? —le pregunté.

—Por desgracia sí, tengo que terminar un escrito de pruebas. Me falta relacionar más de la mitad, así que igual y me amanece aquí. ¿Y a ti cuánto te falta, Lansbury? —me preguntó.

—No mucho, de hecho estoy a punto de cerrar el changarro —no acababa de pronunciar lo dicho cuando mi cerebro, que no deja de hablar, profirió: “Dile que la ayudas, tonto. Dile”.

—Qué rico, pues que te vaya bien, que descanses. Nos vemos *tomorrow* —se iba a despedir pero frené el intento.

—Tengo una idea, te propongo algo. Para que no te quedes sola yo te ayudo esta noche, así entre los dos armamos las pruebas más rápido. Y, por supuesto, me deberás una.

—¡No, hombre, estás loco! Es bien tarde, cómo te vas a quedar para ayudarme, es mi obligación, no tuya. En la escuela todavía aceptaba ayuda, pero aquí sería muy comodín de mi parte repartir la chamba. Ni de broma —aseveró, aunque en el fondo se notaba que sí quería ayuda.

—No te preocupes, tú me ayudarás cuando esté yo igual. Si nada es gratis, Maia.

—¿De verdad no importa? —preguntó con alivio y cara de gratitud.

—De verdad. ¿Pero te late si antes nos fumamos un cigarrito?

—propose. En ese entonces me acababa un par de cajetillas al día.

Dentro del edificio no se podía fumar, no sólo por la prohibición *per se*, sino porque la oficina entera estaba plagada de detectores de humo y cualquier vaporcito los activaba.

—Sí. ¿Pero no está peligroso a estas horas en la calle? —preguntó.

—La cosa es que nosotros no vamos a la calle, tengo el escondite perfecto para fumar. Sígueme.

La conduje por unas escaleras secretas que daban al último piso del edificio. El diecisiete, así que no eran tantas. Brontës & Associates tenía del once al trece (sí, había trece). Al final de las escaleras había una puerta de lámina, cerrada. Saqué de mi cartera una tarjeta de crédito y la pasé por una de las ranuras laterales de la misteriosa puerta. Empujé el seguro hacia dentro y logré abrirla. Abierta la puerta surgían pocos escalones más, escondidos en la oscuridad.

—No se ve nada, Lansbury. ¿A dónde vamos? ¿No hay problema si nos cachan abriendo puertas prohibidas? —me cuestionó Maia algo asustada.

—Vamos al cielo, a donde únicamente se puede llegar abriendo puertas prohibidas... Unos cuantos escalones más y llegamos. Tranquila, no pasa nada.

Me siguió y apoyó sus manos en mi espalda para calcular los pasos. Así me gustaba sentirla, apoyada en mí. Junto a mí. Por siempre. Me adormecía cuando me tocaba, me anestesiaba.

Llegamos al escalón más alto, al último, al que una nueva puerta separaba del espectáculo. Volví a maniobrar con la tarjeta y quité el seguro. Antes de salir, asomé la cabeza para cerciorarme de la ausencia de algún otro colado en las altitudes. Una vez corroborada, le pedí a Maia cerrar los ojos. Al sospechar que hacía trampa y que miraba entre la rendija de sus dedos, opte por tapárselos yo.

Con cuidado, como un perro lazarillo, la guié afuera y la ubiqué justo de frente a la enorme "Luna roja"²⁷ que iluminaba las 12 y fracción. La madrugada prematura.

—¡Guau! —fue lo único que pudo decir.

La azotea del edificio se convirtió en plataforma lunar, nuestros cuerpos flotaban a centímetros de la Luna, que se dejaba ver más grande que nunca, roja. Cerquísima. Casi la tocábamos. Un cielo limpio y estrellado de fondo. Nos sentamos en el suelo de la azotea,

²⁷ Soda Stereo, *Dynamo*, "Luna roja".

recargados contra una pared. Encendimos los cigarros y los consumimos como el silencio nos consumía, sin necesidad de palabras, de comentarios innecesarios en situaciones como ésta. Podía escuchar los tenues tronidos del papel y del tabaco al quemarse a cada fumada. Podía escuchar la respiración de Maia y el recio latir de mi corazón. Pasaba de medianoche y la ciudad prácticamente dormía, pocos coches circulaban. Yo en la Luna, literalmente. Las escaleras me conducían a la azotea y de ahí Maia me transportaba al firmamento. Mi "Stairway to Heaven".²⁸ La amaba.

La noche siguiente sucedió lo mismo, exactamente lo mismo. La convencí de que aceptara nuevamente mi ayuda en el trabajo, esta vez para contestar una demanda. Accedió después de un leve insistir y repetimos el paseo de la madrugada anterior. Y la siguiente madrugada, una vez más. Esa última, Maia se encargó de abrir las puertas correspondientes, las puertas prohibidas. Extrañamente las tres noches fueron de luna llena. Llena total. Las tres noches. "The Whole of the Moon".²⁹

La cuarta se prestaba a repetir la velada lunar, pero opté por irme a casa, estaba cansado y preferí anticipar el final de la jornada, que no había sido precisamente buena. Pero antes, con cuidado de que nadie me descubriera, pues todavía gente rondaba los pisos, subí a la azotea. En el lugar donde nos acomodamos las noches anteriores a contemplar la Luna y la quietud de la ciudad, dejé una Tutsi Pop y junto un recado escrito que decía: "Buena noche" y otro invisible en el que se leía: "a true love lives on lollipops...".³⁰

Veía en los ojos de Maia la necesidad y el gusto de subir. El gusto que tomó por esa guarida aérea, por romper en ese sitio la agotadora noche de trabajo. Iba a subir, seguro que lo haría. Lo sabía.

*...I'll see you again
when the stars fall from the sky,
and the moon has turned red
over one tree hill...³¹*



²⁸ Led Zepellin, *The Fourth Album*, "Stairway to Heaven".

²⁹ The Waterboys, *This is the Sea*, "The Whole of the Moon".

³⁰ Radiohead, *I Might Be Wrong: Live Recordings*, "True Love Waits".

³¹ U2, *The Joshua Tree*, "One Tree Hill".

V EL ORÁCULO

*He deals the cards as a meditation
and those he plays never suspect,
he doesn't play for the money he wins,
he doesn't play for respect.*

*He deals the cards to find the answer,
the sacred geometry of chance,
the hidden law of probable outcome,
the numbers lead a dance...³²*

Al día siguiente otra Tutsi Pop apareció en mi escritorio, esta vez acompañada de una tarjeta de presentación de Maia, en la que atrás puso en tinta: "Gracias". Subió.

Encontró el regalo. Un regalo en el que inconscientemente habría saboreado mi amor. Mi amor que se multiplicaba al respirar. Mi amor incontrolable. En una paleta de caramelo no se esconde ningún interés, sino el amor más sencillo, el mejor de todos. El verdadero. Ese amor comparable con la música que unos consideran la mejor, la más sencilla y simple, en la que no hay necesidad de rebuscar porque hay suficiente. Mucho. Y así era mi amor por Maia, libre de adornos para explicarse o ser expresado. Natural y honesto. El más grande.

Química. ¿Unilateral? El simple roce de sus dedos o de sus manos con las mías me electrificaba el cuerpo entero. Sentía la descarga, la energía correr por cada molécula. Mis dedos se adormecían.

³² Sting, *Ten Summoner's Tales*, "Shape of my Heart".

Cada zona sensible se ponía alerta. La sentía perfectamente. Yo no me sentía. Con sólo tocarme sacudía los átomos que me conforman, me hacía flotar en el aire. La chispa que producía el puro contacto de cualquier parte de su cuerpo con el mío reproducía escalofríos que me mantenían inmóvil en la quietud más extasiante que pueda gozar un ser humano. La quietud más excelsa. Me adormecía los dedos, la piel. La quietud más profunda, un estado de asombro que no requiere asimilación. Éxtasis que desborda felicidad y plenitud, seguridad. Dentro y fuera. Cuando me tocaba entendía el sentido de la vida. El motivo. *"In the instant that you love someone, in the second that the hammer hits, reality runs up your spine and the pieces finally fit..."*³³

Los días que su novio disfrutaba en Argentina, yo los disfrutaba en el paraíso, acompañado de su novia, por supuesto. Una vez aligerado el trabajo, nos dimos tiempo para ir al cine, a comer. Solita se dio la amistad, que si bien ya existía, creció. Sin embargo, nuestras conversaciones eran superficiales, no tontas, pero sí casuales, típicas. Limitadas. No dimos paso a traspasarnos. Preferimos conservar nuestro trato de buenos amigos de oficina y nada más, a pesar de que intuí que Maia tenía una atracción a la vida, y a lo oculto de ésta, similar a la mía. Lo supe cuando vi la admiración de sus ojos por la Luna roja las tres noches en la cima del edificio. Sus ojos se abrieron a más no poder, como una gran rosa. Brillaban con la exacta intensidad de la Luna misma, o más aún. La Luna se reflejaba en sus ojos y en la Luna, sus ojos.

El día entero y buena parte de la noche preparaba y ordenaba mentalmente las palabras que le hablarían del amor que me provocaba, de lo bonita que era, de mi necesidad de ella y de cuánto la quería. Pero las palabras se enclaustraban arriba en mi mente, mis labios no las pronunciaban, no salían. Me intoxicaban, me hinchaban.

Me imaginaba con ella en otra velada de azotea bailando al ritmo de la madrugada mientras el mundo entero dormía, a excepción de nosotros, Edvard Grieg³⁴ y su orquesta nos dedicaban

³³ Elton John, *The One*, "The One".

³⁴ Edvard Grieg nació en Bergen, Noruega el 15 de junio de 1843 y murió el 4 de septiembre de 1907. La composición de la música de escena para el *Peer Gynt* de Henrik Ibsen, divulgada en todo el mundo a través de dos suites de concierto, lo consagró como uno de los compositores más originales de su tiempo. Paradójicamente, Grieg compuso esta partitura con desgana y nunca la tuvo en demasiada estima.

"Morning" *the Peer Gynt Suit*, horas antes de que la mañana despertara con el amanecer. Amanecer evocado por la canción y el grueso del planeta. Le pedíamos al director y a la orquesta que no cesaran de tocar, nunca. No pretendíamos el amanecer, viviríamos por siempre en esa eterna madrugada, en ese sublime baile en el que nos abrazábamos y olvidábamos cualquier miedo. Volamos el cielo, a un lado de la Luna y jugamos entre las estrellas. "*Fly me to the moon, let me play among the stars...*".³⁵ No era oportuno que amaneciera, así estábamos bien. Maia era el amanecer más perfecto, el mejor despertar, el que no tiene miedo a la mañana o a escasas horas de sueño. Bailamos en la madrugada y mecimos lento nuestros cuerpos. "*When we dance, angels will run and hide their wings (if he loved you like I love you, I would walk away in shame, I'd move town, I'd change my name... Come and live with me, We'll have children of our own, I would love you more than life, if you'll come and be my wife. When we dance, angels will run and hide their wings...*".³⁶

Y de vuelta a la realidad no dejaba de pensar en ella. Pero estaba enamorada de otro, destinada a quererlo, a darle hijos y la estabilidad que da un sueño bonito al dormir. No sería distinto, de otra forma. Era la mujer más preciosa del universo, la única. Cualquier hombre sería inmenso a su lado. Un gigante. Ese gigante al parecer no sería yo. "*I know someday you'll have a beautiful life, I know you'll be a star in somebody else's sky, but why, why, why can't it be, why can't it be mine...*".³⁷

Juraría que la conocía desde la Antigüedad, desde que pertenecíamos a otras civilizaciones. Sospecho que en la Antártida éramos guardianes el uno del otro. La amaba. El sentido de pertenencia era abrumador, no podía ver claro sin Maia. Todo se distorsionaba, la causalidad no encontraba aplicación. No había causas y menos efectos si no había Maia en mi vida.

No hablamos entonces de sus sueños o de los míos, ni de los miedos ni de los deseos. Nos limitamos a quejarnos, a criticar o a contar chistes. A contarnos muy por encima de nuestras familias, de nuestros perros. De lugares y enredos, pero nada de adentro. Aún así, nos hicimos buenos amigos, a pesar de reservarnos secretos por cientos, sentires y, de mi parte, *tequieros*.

³⁵ Frank Sinatra, *Sinatra!*, "Fly Me to the Moon".

³⁶ Sting, *Fields of Gold*, "When We Dance".

³⁷ Pearl Jam, *Ten*, "Black".

Una noche antes del retorno del ausente, Maia lloraba escondida en su oficina. La descubrí al entrar inmediatamente después de tocar aprisa en su puerta, centésimas de segundo posteriores al *toc-toc-toc* que sonorizaba el picudo hueso de mi dedo índice derecho al golpear contra la madera. No esperé el “adelante” que debí esperar y ahí estaba, toda lagrimosa, con los ojos rojos e hinchados del llanto.

—¿Qué tienes, qué te pasó? —le pregunté sin saber si acercarme o no. Con ganas de hacerlo, eso sí.

—Nada, no te preocupes —me contestó, se puso de pie y se secó las lágrimas sin controlar el lagrimeo.

—¿Cómo que nada, Maia? Algo pasó. ¿Estás bien?

—No, ya nada, nada. Ya se me va a pasar.

—¿Te peleaste con tu novio? —le pregunté y deseé que así fuera. Asintió con la cabeza y lloró de nuevo.

Me acerqué y la abracé. Al sentir el consuelo debió sentir libertad para aumentar el llanto. Lo hizo y recargó su cabeza en mi hombro, acomodándose luego en mi pecho. Se consolaba conmigo. Su respiración caliente traspasaba la tela de mi camisa igual que sus lágrimas, que mojaban mi piel. La abracé más fuerte y ella a mí. Era extraño pero no sentía alegría porque se hubiera peleado con su enamorado oficial (en estricto sentido, su enamorado era yo), sentía feo de verla sufrir, me daba ternura. Entre sollozos me tomó de la mano (era la primera vez que sentía bien su mano en la mía, no un simple roce o una caricia accidental, su mano entregándose a la mía por completo, apretándose ambas sin soltar) y la sensación de perfección regresó e invadió mi cuerpo, para elevarme y hacerme flotar en el espacio como Fred Astaire. “Just like Fred Astaire”.³⁸ Nos quedamos así un poco más de tiempo hasta que sus sollozos desaparecieron. Se tranquilizó agradecida.

Me abstuve de preguntar. No tenía ganas de saberlo y tampoco Maia de contarlo. A pesar de nuestro glorioso contacto, entendí que lo adoraba y opté por el lamento. Me resigné, a pesar de quererla y tenerla adentro del corazón y del cerebro, en cada pensamiento. Imposible fue declararle lo mío, quizá el complejo de la cara no había muerto a pesar de ser casi imperceptible. Quizá el supuesto respeto por el otro era sólo un pretexto en el que escudaba mi incapacidad de apertura, acercamiento y encuentro con el amor terrenal.

³⁸ James, *Millionaires*, “Just Like Fred Astaire”.

Unos días después le pregunté si todo estaba bien. Contestó que sí y me explicó, sin yo habérselo pedido, que el motivo había sido un pleito tonto con Robbins, con quien ya había regresado todo a la normalidad. Tenía una gran sonrisa pintada en la cara y sus ojos brillaban. No volvimos a tocar el tema, lo evité.

Con muchas dificultades y distracciones intentaba enfocar mis energías a mis quehaceres laborales. Estaba decidido, invertiría tiempo y esfuerzo en el trabajo para ahorrar y largarme pronto. Si mi Maia no estaba a mi alcance, no tenía caso sacrificarme y envejecer en ese mundo leguleyo tan ajeno a mis sueños. No es que fuese un mundo malo, pero a mi parecer era denso, aburrido y desierto. Un mundo sin contexto. Rutinario, esclavizado, esclavizante. Posiblemente en España habría otra Maia, o en Inglaterra o Italia. Otra Maia que me ayudara a olvidar a la mía.

Los juicios y la presión persistían en su afán de robarme el sueño. Tensión y estrés. ¿Tensión y estrés por algo que no apasiona? Simple y sencillamente no funciona. Continuaba soñando, pero despierto, inventándome historias maravillosas. Una vez más, héroe, extrovertido, sin miedo. Enamorado y enamorado. Músico contento, cantaba en mis fantasías para miles, daba conciertos para mis amores ciegos. Las impresionaba.

Deseaban cambiar esa vida por una más tranquila, con menos complicaciones. Una vida callada, sin alarmas ni sorpresas. Sin pleitos. Eso quería, eso deseaba, y al mismo tiempo perseguir mis sueños, encontrar mi lugar en la tierra, con los pies bien plantados y, al mismo tiempo, escalar por los cielos. Eso era, eso es lo que hace te pleno, realista y libre, sin pensar que lo *serio* es lo único que puedes. Y eso haría. Estaba convencido de qué era lo que no debía hacer, aunque no sabía a ciencia cierta qué deseaba.

Si bien la música me dotaba de alas y fueros, cierto era que no tenía conocimientos para hacer de ella mi instrumento en esto del subsistir, en esto de los precios. No tenía bien claro quién era, ni qué quería o qué buscaba, ni mi sitio en el planeta, mi misión o razón de existir, si es que la tenía. Si la confusión fuera objeto de diagnóstico, la mía hubiese sido calificada de grave. La ausencia de ilusiones amorosas y, peor aún, los desengaños y las resignaciones recientes, me revolvían y nublaban peor el panorama. Desorientación absoluta que me orilló, como último recurso en la más grotesca de las desesperaciones, a pedir consejo a la bola de cristal.

Hacia poco, Durga y Jeroy habían visto, por recomendación de mamá, a una señora que más que clarividente o lectora de cartas del tarot, decía ser canalizadora. Sí, un canal a través del cual supuestos seres de otras dimensiones se conectan para entrar en contacto con seres de la nuestra, para aconsejarnos, recordarnos, reclamarnos o guiarnos en algún sentido y por caminos inusuales y extraños, de las maneras más extrañas e inusuales. Llámeseles ángeles, entidades espirituales o de la forma que sea. Dicen que ahí están. Aquí, ahora. Justo al lado. Alados. El caso es que mis hermanos salieron sorprendidos de sus respectivas sesiones con Maga. Así se llamaba la señora.

Tenía curiosidad, además de un inusual *feelin'* que me llamaba a visitar a la tal Maga, así que decidí pedirle una cita, que me fue concedida y agendada de inmediato.

—A ver, a ver, cuéntame qué es lo que te tiene tan inquieto, muchachito. ¿Qué sucede con la música que tanto te preocupa? —con esas palabras me recibió la *vidente*, quien después me pidió que no la volviera a llamar así. Me dejó sorprendido, no daba crédito de lo que escuchaba. En la vida le platiqué a nadie de mi desenfundada pasión por la música, de cómo inventaba canciones y melodías en la mente, en silencio. Almacenaba cada composición en mi cerebro y las reproducía de memoria a diario, a toda hora y en cualquier lugar.

Me confesé con Maga y le mostré el escenario: un abogado que trabaja en la firma más grande e importante del mundo entero, un soñador frustrado que escapa de su realidad a diario, en sueños, en pensamientos, en canciones, en cualquier pretexto que lo expulse de su asfixiante atmósfera terrestre. A los ojos de todos subsistía lo primero, el abogado, de lo demás no se sabía nada, no me gustaba divulgarlo.

—Hay un problema, muchachito. Los maestros espirituales me dicen que tienes un don grande en lo que a música se refiere, el *pero* está en que no sabes tocar ningún instrumento y no te visualizas todavía en esos escenarios a pesar de soñarlos e imaginarlos todo el santo día. ¿Y sabes qué? En vidas pasadas sí sabías tocar, así que tienes facilidad y podrías aprender rápido o ayudarte de terceros. Dicen los maestros espirituales, también, que en una de esas vidas fuiste un conocido compositor, así que algo de eso te quedará. Ah, y que igual cantas bien pero no te atreves, te da miedo. Vas a necesitar de más gente para poder llevar a cabo tus ideas. ¿Tienes un viaje planeado? —me preguntó.

—Pues a no ser que sea el de mañana a Santiago Tianguistengo... Tengo que ir a un juzgado de paz por allá —le contesté.

—¡No, no, no, niño! Me refiero a un viaje fuera de México. A Inglaterra o España. ¿Cuándo vas para allá? —insistió.

“Pinche bruja, házmela buena”, pensé.

—Ni pinche ni bruja, no seas llevadito, *mirrey*. ¿O ya así nos llevamos? Y vidente tampoco, eh. Yo lo único que hago es decirte lo que me transmiten los maestros espirituales— dijo sin mostrarse ofendida.

Estuve a punto de pensar “qué pinches maestros espirituales ni qué mis huevos”, pero me contuve. Era imposible que supiera lo de la música. Jamás comenté ese tema con persona alguna. Y lo de que no tocaba instrumentos, ¿cómo lo sabía? Lo de la cantada igual, de menos, a juicio de mis oídos y de mis abuelos, no me salía mal. La regadera proporcionaba una acústica espectacular. Lo del viaje a España o Inglaterra también me impactó, pues no habían pasado ni tres días de haberlo pensado.

—¿Y entonces qué, por qué no te atreves a cantar? Te caería bien inscribirte a una escuela de música en la que tomes clases de canto, principalmente, además de algún instrumento, guitarra o piano, por ejemplo. ¿Por qué no te atreves? Quieres pero no te atreves, te da pánico que piensen que estás loco, que a tus veintitantos digan que eres un desubicado que en lugar de ponerse a trabajar bien, se pone a tomar clasecitas tontas para cantar. Crees que eso es para niños de diecisiete para abajo y eso está mal, muchachito. Tienes que confiar en ti. El primer paso es creérselo.

No me había dado cuenta, o no quería darme. La señora tenía toda la razón en todo lo que decía. El día completo pensaba en música, tarareaba, chiflaba, inventaba mierda y media que no daba descanso a mi mente. Mi mente, modelo *jukebox*. De las máquinas que viven para tocar canciones. Así era mi mente, no podía estar en silencio ni cinco minutos continuos. Música, gritos, reclamos, pensamientos, palabras aisladas y sueños me distraían sin cesar, cada instante, desde que abría hasta que cerraba los ojos. ¿Sonidos esquizofrénicos? ¿O una patología personal que sanaría con el tiempo, con la vida seria y las obligaciones?

No era una patología, probablemente anormalidad sí, pero, sobre todas las cosas, era pasión, pasión pura. Me aburría que existieran personas destinadas a la vida *seria*, a ésa que se le conoce como

normal. Me era difícil entender que existen otras que vienen a romper estructuras: yo.

—Mira, muchachito —decía, pero la interrumpí. Lo de “muchachito” me estaba acalambando las orejas.

—Hagamos un trato, yo no le digo bruja ni vidente y usted no me dice muchachito, ¿le parece? La palabrita me recordaba la expresión “lic.”, mediante la cual se referían a mí y a cientos de abogados, pasantes, coyotes y demás cohabitantes de los tribunales.

—Ok, Lansbury, volvamos al tema. La cosa está en que tú vienes a cambiar los patrones y las formas que suelen imponerse, sobre todo en tus rumbos. Puede no serte sencillo, pero ése es tu propósito, vienes a trabajar justamente eso en esta vida. Es el reto que asumiste. Antes de bajar aquí sabías cuál era tu misión, tú la escogiste.

Seguía sin poder creer lo que Maga decía, pero al mismo tiempo lo comprendía perfectamente bien.

—Tus papás son tradicionalistas, piensan que el éxito está en las profesiones comunes y corrientes, pero pronto habrás de sacarlos de ese error. El éxito primero está en la satisfacción interior, en la felicidad. Si eres feliz, ya triunfaste. De ahí vendrá luego el éxito económico, la abundancia. Pero mientras no fluyan desde adentro las cosas, no fluirán como deben fluir. Lucha por tus sueños, búscalos, no los dejes. Confía en que lo vas a lograr. Cuando te atrevas, la energía universal dirigirá su magia y sus efectos a la consecución de tus fines, te dotará de los medios y te hará maravillarte, te sorprenderá y no volverás a dudar de las fuerzas ocultas, de la magia, que sí existe. Desafía lo que aparenta ser tu destino, que no lo es. El verdadero lo tienes claro, consíguelo, si no tu estancia aquí no habrá tenido sentido y te darás cuenta y arrepentirás del gran error, y entonces va a ser tarde, entonces sí imposible. Cuanto antes, mejor —dijo y calló.

Se aflojaron mis ojos. Parecía que ella no hablaba. Era mi conciencia que me aconsejaba desde dentro, como lo venía haciendo años atrás, desatendida. Me moría de miedo. Maga tenía razón, lo sabía yo, lo sentía, estaba seguro, convencido, pero me aterraba hacerlo. No sabía cómo o por dónde empezar.

—¿Y la güerita? ¿Quién es? Te gusta, ¿verdad? Es linda, pero por ahora no va a poder ser. Está acostumbrada a su novio, y no nada más ella, su familia igual, lo ven ya como parte de la casa y eso a ella le impone, por lo menos en este instante. Es probable que se

casen, llevan mucho tiempo juntos —dijo Maga para acabar de dejarme tonto.

O de verdad se comunicaba con los tales maestros espirituales o tenía un soplón bien informado. Buenos informantes. No podía ser, nadie sabía cuánto quería a Maia o lo enamorado que estaba de ella, y a mi parecer no daba indicios o muestras obvias para que alguien lo sospechara.

—Y por último, en lo que se da lo de la cantada, avócate a escribir, no eres malo y lo has abandonado. No importa que seas un escritor subterráneo, da igual que escribas exclusivamente para ti, no tienes que publicar o difundir nada, el chiste es que te desempolves, oréate. Al escribir desahogas sentimientos, miedos, pesares y te ayudas a fluir mejor, con más facilidad. En cambio, si dejas todo eso adentro, la carga se acumula y te vuelves más pesado, se incrementa el gramaje y la evolución se alenta. Además, a ti te satisface.

Le agradecí las palabras, el recordatorio, el consuelo y los ánimos nuevos que me regaló en la sesión a cambio de unos pesos. Todo en esta vida cuesta, es un intercambio continuo. Unas cosas por otras.

—¡Ah, y se me olvidaba —concluyó Maga previo a la despedida—. Recuerda que los augurios de la bola de cristal no son ley, únicamente constituyen una ayuda, una guía. Lo que finalmente cuenta es lo que tú haces. Todo está en tus manos y el primer paso para que tus sueños se realicen es que creas en ellos y en ti. Créetela —finalizó y me dio una palmada cariñosa en la espalda—. Ahora sí, adiós, muchachito.

Ocasionalmente escribía. Hacía tiempo que no. No tenía la menor pista de cómo Maga conocía esos secretos, tan míos, tan escondidos. Podía posesionarme de la pluma por horas y someterla al rigor de los dedos. Tinta que delataba necesidades, temores, frío y calor, historias ciertas, ficticias y disfrazadas, encubiertas, atribuidas a personajes utópicos pero existentes, dolores, rencores, coraje, deseos, fantasías e ilusiones. Tinta que poblaba páginas y hojas, cuadernos con plazos de vida cortos, sentenciados a ser destruidos con tal de que no fueran descubiertos. Cuadernos pornográficos que me mostraban desnudo, de arriba abajo, explícitos, poco dejaban a la imaginación. Debajo del colchón no era escondite seguro y terminaban despedazados, hoja por hoja y renglón a renglón, en el bote de la basura. Pero de eso hacía rato, un par de años, fácilmente.

No había escrito hacía mucho. La fiesta obsoleta (hay fiesta buena, pero hay otra que no tiene sentido, siempre lo mismo) y las resacas no me guardaban tiempo, lo consumían todo y no me dejaban ni un poco para mí.

La bola de cristal decía la verdad, pero para seguir sus consejos tenía que tener las bolas bien puestas. No era nada fácil, nada. "Papá, dejo el despacho mañana y me dedico a encontrar mi futuro, a buscarte. Creo que quiero ser cantante", me escuchaba diciéndoselo sin decirlo, y me daba pena. Me sentía absurdo, el ego insistía en joderme y consiguió hacerme parecer un imbécil. Estaba educado para ser un gran profesional, un distinguido y renombrado abogado, no un aventurero soñador.

Pero conforme le dedicaba más tiempo a ese pensamiento, más capaz me sentía, más feliz, libre. Si decidía tomar una decisión *arriesgada*, no había qué temer. Aunque había bastantes cosas y escalafones que perder, había más que ganar. Mi única responsabilidad real era la de seguir vivo. Cumplir expectativas impropias, mantener estatus, reflejos, ancestros contentos y seguir caminos tan rectos, definitivamente, no era tarea de este mortal. La música me llamaba, volvía a escuchar la misma canción cientos de veces seguidas, *repeat* tras *repeat*, y mientras más las escuchaba y me adentraba en ellas, en más protagonista me convertía. "Given to Fly",³⁹ "Goodbye Yellow Brick Road"⁴⁰ y otras más, me inyectaban vitaminas para continuar y me injertaban alas para llegar al cielo. Pronto haría algo al respecto.



³⁹ Pearl Jam, *Yield*, "Given to Fly".

⁴⁰ Elton John, *Goodbye Yellow Brick Road*, "Goodbye Yellow Brick Road".

VI

MÁS DE LO MISMO

Seguía encontrándome con Maia en el trabajo, nuestra relación no cambiaba: buenos amigos de oficina, colegas y punto. Día a día comprendía que no había podido llegar bien a ella porque no le hablaba más que de cosas superficiales, estúpidas, intrascendentes. Me parecía una mujer contenta con su trabajo, muy responsable, muy metida en su papel. No a la fuerza, al contrario mío. Hay que aceptar que representaba bien el personaje de abogado frío y responsable, de hombre estable y seguro, actuaba como un perfecto y experimentado actor de Hollywood.

Nadie lo notaba, en ocasiones ni yo mismo. Mi identidad, carácter y personalidad no me permitían abrirme con ella, ni con nadie, ni mostrarle mi verdadera cara, mi corazón amoroso. No era capaz de expresar y dejar salir a ese yo que siente ganas de llorar, de decir, de tocar, de besar, de contemplar el paraíso desde la cúspide de los sueños.

Maia sí era del tipo de persona que yo aparentaba ser, adaptada a su trabajo, conforme. En pocos años se casaría con un hombre (su novio, seguramente) que le brindaría seguridad y ella a él. Tendrían una casa bonita, con hijos y flores. La vida típica, llena de abogados, contadores, economistas, empresarios y amas de casa. La vida normal de "Gente normal",⁴¹ de la que yo a veces quería probar, de la que a veces quería contagiarme para curar la intensidad que podía desmoronarme, a veces.

⁴¹ Niños mutantes, *El sol de invierno*, "Gente normal".

Adoraba a esa mujer, me hacía falta. Me sentía mal por no tenerla, incompleto, falto. Me sentía mal de no saber sus planes (que imaginaba diario), de ignorar sus escondites, de ver su cuerpo tan lejos del mío. Me sentía mal. Dispuesto a sacrificar cuanto tuviera con tal de estar con ella. Sueños, planes, pensamientos, deseos, estímulos, lo que fuera. Me dolía adentro, tenía malestares, despertares con náuseas, falta de concentración, suspiros atorados, impotencia verbal, miedo, depresión, una necesidad por ella superior a mis fuerzas, un descontrol que me controlaba y me mantenía paralizado, atónito y encerrado.

El verla a diario era peor, me enamoraba cada vez más. La adicción a ella hurgaba mis venas y robaba cualquier energía, el raciocinio, mi ser. No podía evitar pasar veinte veces al día por donde se sentaba, sólo para verla y adorarla, como se adora la imagen de un altar. Altar que le construía a diario y que solía adornar con flores anónimas que aparecían cada lunes en su escritorio. Al final del día creía que ése era el límite del enamoramiento, que más no se podía, pero al inicio del día posterior el amor había crecido y, aún así, no me atrevía y no me sentía capaz de ser yo como tal, por miedo a que ella fuese a pensar que era tonto e iluso, loco, inadaptado. La inseguridad me hacía ver palabras que salían de su boca con tal fuerza que me mandaban al suelo cuando me las escupía a la cara.

Lo que sí sabía, o creía saber, era que Maia estaba muy enamorada de su novio, y romper relaciones no era precisamente lo mío, no por decente sino por no intentarlo, no me sentía con el derecho a, a pesar de amar y de querer estar con ella (la verdad es que era miedo, no respeto). Me consolaba la certeza de que un día moriríamos. Después de la vida la eternidad me la entregaría y mis manos la recibirían al dejarse caer con el viento.

Este asunto y el del sentido de mi vida, además de los asuntos del despacho, me tenían sin dormir. Me robaban el sueño, la tranquilidad. De alguna manera lo de Maia no estaba en mis manos, más bien ella estaba en manos de otro, pero mi tema personal sí. Ése sí, única y exclusivamente dependía de mí. Los asuntos del despacho eran mero accesorio. Apenas tomara rumbo y me enfilara por la ruta que el corazón me indicaba seguir, los expedientes los botaría, dejándolos caer desde las alturas sobre la cabeza de algún peatón. De algún sustituto (nadie es indispensable). Pronto.

Las dudas me levantaban más agresivas que el despertador. ¿Cuál era mi putito destino? ¿Niño bueno y aplicado, abogado de horarios enfermizos, aburrido, hartado y cansado, con matrimonio descompuesto e hijos robots para sucederlo? ¿Y ése qué destino era? Parece más bien un cuento contado de generación en degeneración, la historia de una familia común, la anécdota.

No quería eso. En primera, mi amor debía ser verdadero, de cuento pero cierto. Un amor como hay pocos. De película que saca lágrimas, en la que las palabras sobran y el amor se hace sin necesidad de hacerlo, solamente de ver a los ojos. Sin hablar. En segundo lugar, sospechaba que el teatrillo del niño bueno estaba por cancelar sus funciones (“última temporada: disfrútela”), el protagonista saldría de viaje y luego sería declarado desaparecido. No podía verme dentro de diez años en una oficina, preparando consultas legales, juicios, escritos, ni tampoco dirigiendo empresas, cortando cabezas o haciéndolas girar con ideas que no creía ni compartía. Para mí el mundo estaba en otro lado, en otros recovecos, no en los de una oficina. Un trabajo *serio* no era serio para mí, era un engaño absoluto a mi persona, una traición a mis adentros y una pared que bloqueaba el paso a los anhelos, un muro que impedía la visibilidad y que obstruía el acceso a los sueños.

La música era yo. El problema, otra vez, era explicar eso a mis padres. A los veintipico años: “papá, quiero ser músico” —pensamiento vociferado de Lansbury—. “Pero a quién se le ocurre, si ni la corneta sabes tocar, niño. No digas idioteces. Ya estás grandecito para andarte con esas tonterías —supuesto pensamiento vociferado de papá. El ego no dejaba de martirizarme, de torturarme, de detenerme. El ego que da voz y cauce al miedo y que nos mantiene muertos. El que somete y suprime los deseos.

Y cómo no, si se es educado para ser abogado, *broker*, economista, político, empresario o pendejo, sin darle oportunidad o miramientos a las artes o a los sueños, así está difícil. De hecho, ya era ese idiota de quien hablo. Abogado acobardado, máquina viviente ilegal con buen coche y salario que alcanzaba para comprar botellas de a cientos, vacaciones y consuelos, placeres ciegos, escapes temporales de lo que era cierto, de los días a los que me condenaba a vivir por el resto de mis amaneceres, que más que nuevos llegaban rancios, muertos por el paso del tiempo, por el tachar del calendario.

No sé si soy alguien que trasciende o trascenderá, pero intentarlo era y es un estado continuo de necesidad (como lo era Maia).

Trascender conmigo, ser libre, no reprocharme. Ser. Tenía más claro que nunca que no podía evolucionar en una oficina, ni llena de abogados ni llena de caras y perspectivas parecidas la una a la otra. Panoramas comunes, iguales. Más de lo mismo. No depositaría entre cuatro paredes mi tiempo de vida por más tiempo del que resultara estrictísimamente necesario. No podría trascender sentado en un sillón viendo la TV. No podría trascender si permanecía estático. Me gusta que no me alcancen las horas del día para dejar impregnado mi aroma en sus 1440 minutos, para estampar mi esencia en los segundos. Sólo así trasciendo. ¿Pero qué hago? Persigo sueños, soy otro perseguidor más... Exclusivamente así trasciendo. Persiguiendo. Escribiendo, pensando, imaginando, arriesgando y rompiendo estructuras. Burlando esquemas y *sistemas de seguridad*. Otros sí están a gusto y tranquilos siendo abogados, contadores o lo que sea. No les causa duda su quehacer. Así están bien, pero yo no.

Qué más quisiera yo que eso. No querer ir más allá. No darme cuenta. No estar despierto. No escuchar voces que si no son escuchadas se vuelven gritos. Los gritos. Quisiera paz. Trabajar como *la gente normal*, en una actividad *normal, seria*, de prestigio. Y luego, llegar a casa y descansar, estirarme en el sofá y tatuarle mi silueta con mi peso. Llenar horas de ocio con estupideces y simplezas. Sin hacer nada. Qué mas quisiera que ser así. Sería lo más fácil. Cómodo. Nada que reprocharme. No tener que desengañarme de nada. No tener que silenciar gritos por el simple hecho de que no existieran, y si existieran, que no llegaran a gritos, y si llegaran, poder acallarlos con espejismos, con vanidades, con vacaciones, como se tranquiliza a un niño con un caramelo. No tener que encerrarme en mi habitación para desenterrar mis entrañas, no tener que encerrarme en mi guarida para desempacar miedos y sentimientos. Para expresarme sin complejos, sin planeamiento. De reflejo.

Te das cuenta de que algo no va bien cuando los domingos son asfixiantes sólo de saberte condenado a la puta oficina al día siguiente, a esa maldita profesión de todos los días. Y luego los lunes igual, y los martes, y los miércoles. A los jueves los salvan unos tragos, que a su vez atontan a los viernes. Así me pasaba.

Lo único manejable de mi vida era el coche, en el que escapaba por horas, por kilómetros, cuando el día siguiente es un más de lo mismo al que no deseas llegar y del que prefieres huir en sueños, de día y de noche.

Todo iba a cambiar (yo iba a hacerlo), "Soon".⁴² Y comenzó a cambiar a las pocas semanas de haber visitado a Maga, cuando decidí adoptar una personalidad secreta, un pseudónimo que atenúa a un anónimo. Un pseudónimo bajo el cual me oculté y con el que comencé a escribir.



⁴² Mist, *We Should Have Been Stars, Soon*".

VII

ARIO EPÍLOGO

Justo la noche después de escuchar a los maestros espirituales en voz de Maga, volví a tomar la pluma para entintar papel. “Abócate a escribir, no eres malo”, no cesaba mi cerebro de rebobinar sus palabras.

Así lo hice. Cada pensamiento aislado y los que revoloteaban en grupo por mi mente, como parvadas de moscas, los atrapaba y los incrustaba en un nuevo cuaderno adquirido para esos fines. Ahí o en el teclado de la computadora. Pensamientos, sentimientos, miedos, dudas, pesares y alguna breve historia. Todo iba a dar a una hoja o a un archivo en la computadora al que titulé: “tesis borrador”, en la misma carpeta virtual en la que archivaba la tesis *auténtica* con la que obtuve el título de licenciado en Derecho. Una era tesis de vida y otra de título, y había que trabajar sobre la primera, la otra era historia. Las palabras fluían mejor con el paso de las noches, me adentraba de nuevo en ese viejo hábito. Desempolvé tanto.

Llegaba del trabajo tarde a casa, exhausto pero dispuesto a escribir. Recordaba momentos del día, frases, algún sentir, alguna sensación digna de calcarse de la forma más fiel posible. Maia aparecía en todo momento, en forma de dolor, de placer, de alegría, de tristeza, de deseo, de desear olvidarla, de cariño, de amor, de lágrimas. Estaba en todos lados, a todas horas, pero sobre todo en la noche, cuando la energía desciende como el Sol y disminuye, cuando se es peormente vulnerable, melancólico a morir, cuando no hay nadie alrededor sino los fantasmas que visitan.

Decidí inventarme un nuevo nombre, un apelativo que tuviera una boca más grande que la de Lansbury Frapp. Una gran boca que

me permitiera decir cosas, lo que fuera, lo que quisiese decir, lo que me saliera del corazón o de los testículos.

Recordé que Maga mencionó en nuestra sesión el nombre de mi ángel guardián: Ario. Y como simbolismo recurrí a él. La segunda parte o apellido se relacionaría con un colofón, con un fin, con la muerte de un ser vivo que reencarna en otro cuerpo: Epílogo.

Ario Epílogo sería mi nombre de guerra, mi alarido.

“¿Qué es lo primero que dirías si no tuvieras miedo? ¿Qué pensamiento desearías leer bien fuerte si no lo enmudeciera la vergüenza, la pena o cualquier impedimento? ¿Qué te gustaría decir en este momento? ¿A quién te gustaría hablarle y decirle todo lo que has hecho y todo lo que quisieras hacer?”, pensé y me pregunté.

De inmediato surgió la respuesta, no hubo necesidad de escudriñar para ubicarla, cedió como se da un reflejo: “Maia. Maia, te amo”.

A nombre de Ario Epílogo creé una cuenta de correo en *hotmail.com* y escribí un *e-mail* destinado a diversas personas, entre las que únicamente conocía a Maia. Sus direcciones de correo las tomé de cadenas que guardaba en la carpeta de elementos eliminados en la computadora de casa y de directorios de páginas blancas. Destinatarios elegidos al azar y entre los que incluí a ella. Disfracé mi mensaje en uno que igual parecía cadena y que únicamente debía contestar quien tuviera que hacerlo, quien lo sintiera, quien padeciera esa necesidad. Escondí su nombre entre muchos más y le di *send*. A pesar de que mi nueva identidad me permitía ser plenamente directo, evité no serlo. Preferí esperar alguna reacción suya, la atracción del magnetismo debía jugar su papel. Esperaba que mis palabras (las de un desconocido Ario Epílogo) le causaran interés, curiosidad, y que solicitara una explicación sobre el origen de éstas. Una simple respuesta o interrogación de Maia a ese *comunicado oficial* llevaría más allá la vil relación de compañeros de trabajo que sosteníamos (un “hola”, un “cómo te ha ido” y un “adiós” era lo más que intercambiábamos en el trabajo después de la última vez que vimos la Luna roja y del abrazo de consuelo que nos dimos cuando lloraba en su privado), promovería una potencial conexión, un puente sólido.



VII

1. EL PRIMER CORREO

From: "Ario Epílogo" <arioepilogo@hotmail.com>
To: Contact List 1
Subject: CARPE DIEM
Date: Thu, 24 Aug 2000 06:38:34 GMT

Prefacio

Hola a todos ustedes:

Con excepción de una mujer, no conozco a nadie de esta lista.

Tengo menos de un cuarto de siglo de existencia y no sé por qué se me ha ocurrido escribirles. Bueno, sí sé, se debe a esa una. Claro que este correo tiene un propósito, un propósito personal, y podríamos decir que es un experimento. ¿Por qué hacerlo anónimamente? Porque así tiene que ser, desgraciadamente, o afortunadamente, tal vez.

No tengo la menor idea de cuántos terminarán de leer este mensaje, probablemente lo eliminen en este instante, o a lo mejor ya lo hicieron, o no tarden. Si la persona que quiero que lea esto hasta el final, lo hace, ya habrá sido un pequeño triunfo.

Para muchos resultaré un loquito estúpido, un marihuano (la he fumado un par de ocasiones, me encanta su olor), o un inadaptado social, un escritor frustrado, un poeta o un farsante, a lo mejor alguien que siente lo mismo que ustedes, o a lo mejor nada más que un comerciante en busca de que su mensaje sea reenviado al mayor número de personas para poder conseguir así una increíble y lucrosa base de correos, tal vez de gente pudiente y consumista. Pero ésa será su decisión, si es que finalmente deciden tomar una.

Proyección

Ignoro si están contentos con quienes son, con lo que hacen, con lo que tienen. Desconozco si sus sueños son, generalmente, el escape de una monótona vida, no sé si mientras van en un coche recuerdan o imaginan cosas que les gustaría hacer o cosas que les gustaría que sucedieran, pero que interiormente piensan que son imposibles de ocurrir, sueños inalcanzables, o si van lamentándose de cuánto les aborrece su vida, de lo buena que podría ser si no fueran miedosos o conformistas. ¿Cuando se meten a su cama le piden al más allá que les conceda un cambio súbito a sus vidas, que de repente los haga felices así nada más porque sí?

Aceptación

La verdad yo sí lo espero, pero no hago nada al respecto. Por quehaceres del destino, nací en una familia en que la cotidianeidad es la base de su estabilidad, amigos de lo común y lo tradicional, de lo *normal*, de lo que hoy me aburre y me estanca. Siempre quise poder vivir una vida distinta, más emocionante, más pasional, más desenfrenada, más instintiva, no digo alocada o incoherente, pero sí más romántica, más fascinante, más extasiante, como los sueños y como las historias fantásticas que invento en mi mente cuando estoy con los ojos cerrados, cuando hay una tarde de lluvia, cuando me emborracho un poco, cuando estoy feliz, cuando me ha deprimido mi día, cuando camino entre muchos árboles en un pasto mojado y terroso, con tierra que ensucia pero limpia los pies, el andar, cuando no estoy en mi monótona realidad, en el día a día.

Comparación e idealización

Hace unos días mi hermano y mi hermana se atrevieron a dar un cambio importante en sus vidas, un cambio que yo nunca me atreví a dar, un cambio que siempre busqué. Giraron. Los dos son unos años menores que yo, pero son enormes y se han convertido en mis maestros, los admiro por haber tenido el valor de atreverse a enfrentar a lo que más temían, lo que más miedo les causaba.

Pronto sé que voy a enfrentar a mi destino, ya no tengo miedo, sólo espero que se me presente la oportunidad. Aunque ahora no la espero, sino que iré a buscarla. En cuanto me pueda subir a ese tren, me voy a subir, no hay nada que perder, únicamente mi vida, que al fin y al cabo un día terminará. Sí hay mucho que ganar, la felicidad. Si no eres feliz creo que no estás vivo, te conviertes en un *muppet* que se deja manipular por las tradiciones y las costumbres, incluso por aquéllos que dicen buscar tu bien (y que en el fondo así lo hacen, a su manera), ¿pero no

te sientes más seguro cuando tú mismo buscas lo que quieres encontrar? ¿No confías más en ti que en cualquiera otro?

Podrá o no haber más vidas. Ir y regresar. Nacer, morir y nacer. Reencarnar. Quién sabe. Pero desde la perspectiva de tus ojos y del latir de tu corazón, ésta será la única vida que tengas. ¿No? Sí. Hay que vivirla, sí, hay que buscar lo que se quiere, no hay que dejarse perder. No hay que perderse.

Mi amor

Me encanta el amor, me encanta cuando una mujer me gusta, se siente raro, bien. Suelo ser inseguro, me siento insuficiente para que en mí se pueda fijar justo esa mujer en que yo me he fijado. Rara vez he confesado mi amor, me gusta sufrir de amor, me gusta ser platónico, aunque quiero ver qué se siente amar de verdad y ser amado igualmente, en la Tierra. Me gusta meditar sobre la mujer que amo, me gusta llorarla, me gusta imaginar y pensar todo el tiempo en ella, me gusta intentar soñarla, colarme en sus sueños. Cuando estoy cerca de ella, en persona, muy cerca, me quedo distante, ni hablo. Qué idiota. Ya que no estoy a su lado, me siento más tonto todavía y la extraño. Aunque esté rodeado de gente, si no está ella, me siento completamente solo, “Creep”⁴³ total. A veces me gusta estar así, solo, pensando en mi amor, idealizarla, sufrir por ella, aunque casi ni la conozca.

Desamor

Más bien, el amor frustrado. Es lo peor que hay. ¿Qué tal ese nudo hueco frío que se hace en la garganta y en el pecho que no nos deja hablar, y qué tal como se convierte en lágrimas cuando estamos aislados, en la cama, en oscuridad. Qué irónico, ¿no? Qué irónico que ames tanto a alguien y que ese alguien no te ame o que te haya dejado de amar o que no te pueda amar, o que te amen y no lo sepas (hay que jugársela). Es una transformación total del mundo cuando pierdes a tu amor. Cuando se acabó tu amor todo se ve diferente, desolador. Te comparas con todo, piensas en todo, y todo te hace sentir mal. Te sientes el más dolido de todos, el más jodido de todos. Te gustaría que tu examor viera cómo sufres, pero también te gustaría verla sufrir por ti, saber que te necesita. Eso sí, el trauma no debe ser de por vida, unos pocos meses nomás. Las cosas pasan por algo. Algo está preparado para ti.

ADIÓS

Un buen día y una vida con la que sueñas vivir.

Atentamente,

AE

⁴³ Radiohead, *Pablo's Honey*, “Creep”.

Apenas lo envié, lo releí y me sentí todo un estúpido. La pena me sonrojó, pero sabía que era cierto, fue algo sincero, de una persona enamorada, de una persona que puede hablar o escribir sin tapujos, escondido bajo una nueva máscara, la del yo anónimo de adentro, el verdadero, el único titular de la primera persona del singular.

Al día siguiente de enviado, impaciente abrí mi cuenta para conocer la respuesta de Maia. No podía esperar ni un minuto.

Pero, para mi tristeza, Maia no había respondido. *Sorry, no new e-mail messages*. Un desencanto me regeneró y multiplicó la tristeza, la decepción propia. Desmotivación del escritor anónimo. Aburrido de las leyes, aburridor de lectores, músico sin música. ¿Así qué mierdas sería de mi autoesperado futuro? ¿Qué sería de mí? ¿Qué será? Pasé ese día, y otros más, desanimado, sin energía que moviera mis piernas, sin ganas de hablar o de escuchar, de comer. De escribir.

Pasaron días, varios, sin que entrara al correo de Ario Epílogo, la clave no la recordaba por lo que recurrí al papel donde la había apuntado. Al entrar, sorprendentemente la situación cambió por completo. En mi bandeja de entrada aparecían dieciocho mensajes nuevos que abrí uno por uno:

From: Georgina Jiménez
To: "Ario Epílogo"
Subject: RE: CARPE DIEM
Date: Sat, 26 Aug 2000 15:27:41 GMT

No lo conozco, haga favor de no enviarme cadenas porque satura mi correo.

From: Boro Otto
To: "Ario Epílogo"
Subject: RE: CARPE DIEM
Date: Sun, 27 Aug 2000 23:00:13 GMT

Muy bonito lo que pone, pero le agradecería me quite de su lista.
Si tiene cualquier duda o comentario al respecto no dude en comunicarse,
Atte.

Lic. Boro Otto
TPW, ASESORES LEGALES
Tel. 5257-0018
Fax. 5257-2718

From: Guillermo Barrantes
To: "Ario Epílogo"
Subject: RE: CARPE DIEM
Date: Mon, 28 Aug 2000 20:25:01 GMT

DEJATE DE MAMADAS CABRON, NO VUELBAS A MANDAR
PUTERIAS

From: Paulina Carredano
To: "Ario Epílogo"
Subject: RE: CARPE DIEM
Date: Tue, 29 Aug 2000 21:19:57 GMT

Por qué me manda esto a mi sino se lo pedí. Prefiero que no lo haga, pierdo tiempo borrando este tipo de mensajes.

From: Pesqueira de Alba
To: "Ario Epílogo"
Subject: RE: CARPE DIEM
Date: Thu, 31 Aug 2000 02:48:12 GMT

No mames idiota, eres Juan verdad. ¿porque escribes esas idioteses, ya tienes pelos no? pinche invecil mejor ponete a estudiar

Y así eran los siguientes, con faltas de ortografía y todo, del estilo. Mentadas de madre y exigencias a ser suprimidos de *mi lista de envíos*. Mi lista de envíos, pobres, ni que me dedicara a mandarles correos. Imbéciles. Todavía que les hablo de cosas íntimas osan llamarme idiota y decirme que me deje de mamadas y puterías. Para puterías las de sus hermanas. No tenía claro si reír o apabullarme con la carretada de críticas y abucheos que llovían. Por un lado, me daba gusto hacerlos enojar, viscerales de mierda. Pero la verdad es que lograban intimidarme, conseguían su objetivo. A simple vista pude identificar a los que respondieron, eran los apuntadores de mi ego. Sus portavoces que intentaban censurarme y aplacar los ímpetus, los aires de grandeza que me elevaban. Confabulaban para silenciar los gritos. Esos gritos que por fin habían salido, tímidos pero salieron. Intentaban enmudecer mis pensamientos materializados en símbolos de un alfabeto incomprendido. Intentaban enmudecer mis miedos, mi yo.

Para el decimoséptimo correo abierto, la risa callaba. Supieron influenciarme y volverme nuevamente negativo. Absorbieron mi ánimo y mi energía, me la succionaron, como la succiona un mal día que te deja agotado a su fin.

¿Qué tenía que escribir lo que escribí y enviarlo a esa sarta de monos y monas? Era un asno, un zoquete.

El último correo de la lista, el dieciocho, captó mi atención en pleno momento en que los otros aún embarraban de seco sus puños sobre mi autoestima y lo que me restaba de seguridad, a punto de bajar la guardia. El título del asunto era diferente al que mostraban los demás, sin embargo, debía estar relacionado con el mismo mensaje que desató la ira de los vulnerables. Nadie más conocía esa cuenta, la de Ario Epílogo.

Le di clic para abrirlo, dispuesto a leer un insulto más, un golpe a la zona baja. Pero para mi asombro, ése era el único correo distinto, el que esperaba, el que logró hacerme sentir así, distinto.

From: "Anna" <anna@hotmail.com>

To: "Ario Epílogo"

Subject: ¿¿¿Quién eres???

Date: Sat, 02 Sept 2000 10:08:12 GMT

¿Quién eres? La pregunta recorre mi mente una y otra vez, quizás no te conozco y tu mirada jamás se ha cruzado con la mía, quizás me enviaste este *mail* por accidente... yo qué sé, pero eso en realidad no importa. Yo te esperaba, deseaba escucharlo, tal vez escucharme.

Leo tus frases una y otra vez, percibo esa pasión, esa ambivalencia paradójica que bien conozco. Los sueños que te ponen al borde de la intensidad pura, sueños que vienen y se van...

No sé quién eres, pero no necesito la materia para ver dentro de tu alma... a través de ti redescubro la mía.

Mis sueños... mis amores platónicos, el desamor, el vacío que me asalta de pronto, son mis herramientas para ver más, para dar el paso decisivo hacia lo imposible, seguir viviendo.

Y vivir, para mí, significa la magia de sentirse vivo, emociones intensas que me permiten despegar, tocar el fondo de mi ser... Sentir la inmensidad, la plenitud dentro de lo más simple, en la miseria y en la grandeza, en vida y cerca de la muerte... la esencia de nuestro motor de vida...

El sentimiento de vacío y desesperación que experimenta mi alma, tras una cruda de sueños y deseos, me hace experimentar ese nudo en la garganta del que hablas, el frío de la nada... la ausencia de mi nombre.

Pero el recurso inagotable de mis sueños me vuelve a llenar y entonces vivo el placer más excelso, los miedos se desvanecen, y no quiero que los segundos pasen, como cuando vas en el tráfico en una tarde lluviosa y la música te transporta más allá, te identificas con las letras que escuchas, y verdaderamente... te sientes entre la melancolía de un amor perdido; en la esperanza de la búsqueda continua, ves a tu alrededor, ves de una forma distinta y te preguntas ¿estará dentro de esta masa de gente?... a lo mejor he pasado junto a él, y le he sido indiferente... entonces me recuerdo de aquella frase de la película *The Thin Red Line*: “if I never meet you, let me feel the lack, one look from your eyes, and my whole life is yours”.

Yo también he sufrido del mal de “la cotidianidad”, que te congela y te hace sentir un mediocre. Pero también dentro de ésta, se han filtrado mis sueños, que no me permiten quedarme anestesiada, y busco más, cada vez más.

Sé que la felicidad no se presentará en una meta final, me doy cuenta que está en la búsqueda, porque por nuestra naturaleza humana nos es más satisfactorio “estar llegando” que literalmente llegar, y tú, claro lo demuestras, te gusta llorar por un amor, disfrutas pensándolo, viéndolo inalcanzable, pero también quisieras alcanzarlo para descubrir que jamás lo agotarás, que junto a ese amor te verás, también, inagotable.

Creo que el verdadero amor tiene sus bases en esto, aprender a ver, recordar cómo de niños nos llenaba tanto explorar, amar lo inagotable.

Todo suena paradójico, pero así es nuestra naturaleza, y se intensifica aún más cuando somos personas tan intensas. La verdad creo que es el tesoro más valioso que personas como tú y como yo poseemos, aunque hay que tener cuidado, porque esa misma intensidad te puede llevar tanto a la autodestrucción, como a la creación plena.

Subirte al tren... o tomar la decisión correcta... nunca sabrás qué dejas atrás ni qué te espera con lo que has de elegir. Querer la certeza... es el mejor amigo de la mediocridad, de la indecisión. Jamás esperes la decisión correcta, el momento adecuado, todas las cartas sobre la mesa. Subirte al tren, como tú dices, esperar lo inesperado, es saber jugarle al juego de la vida... ¡subirte al tren todo el tiempo!

No sé quién eres... pero no importa, estoy contigo en el camino, y me has hecho sentir hoy una felicidad inmensa.

Gracias.

Anna

Terminé de leer con el cuerpo helado y los ojos empapados, literalmente. Me temblaban las piernas. Una sonrisa lenta se moldeaba en mi cara. Suspirares se procreaban en mi pecho y las lágrimas me recordaban lo vivo que estaba. No conocía tal felicidad concentrada en un solo acto, proveniente de un solo hecho, proveniente de algo tan sencillo como son las letras que forman palabras, algo tan simple y lleno de emociones por dentro. Signos con significados ocultos que únicamente puede descifrar el que sabe leerlos, el que juega el juego, el que está adentro.

Yo tampoco la conocía (eso creía), no sabía quién era, pero ese día también me hizo sentir una felicidad inmensa, seguramente idéntica a la suya. Sin miedo a equivocarme, la más absoluta que haya invadido mi cuerpo y mi alma, mi espíritu. No cabía en mí y sin temor alguno me desbordaba, lloraba y reía a carcajadas a solas en mi guarida. Tocar así el corazón de alguien, en esa forma escrita, era lo más increíble que jamás me hubiera sucedido. Inimaginable, impensable, indescriptible. Nunca lo supuse, ni siquiera lo buscaba. Moverle el corazón a Maia y aguardele los ojos era lo que quería, no más. Quería conocer mis alcances, saber si al hablar con mi voz auténtica podía entrar por sus oídos para llegar a su corazón. Quería que me quisiera, como fuera. Maia nunca contestó, nunca recibí respuesta de ella a mi *carpe diem*. Estaba claro que mi tema no le interesaba, no era capaz de llamar su atención, de intrigarla. Estábamos en canales distintos, ni mejores ni peores, distintos, diversas frecuencias. Ella estaba contenta con sus días, con sus movimientos, con sus frases, con su alrededor (bendita ella). Yo no. Los gritos no titubeaban, no dudaban en lastimarme los tímpanos, exigían un cambio y no me permitían vivir en paz.

No encontré a ella, a la mujer que amaba y deseaba con todo mi ser. Pero, sin buscar, encontré un alma gemela que me hizo encontrarme a mí. Me brindó la satisfacción más sincera, la más plena que una persona pueda experimentar, hacer feliz a otro con una simple palabra, con un cariño que consuela al alma más que al cuerpo. Esa felicidad y gratitud del otro que se convierten en felicidad y gratitud propias.

Y ahí estaba de nuevo, dando zancadas en el espacio, saltando en la superficie lunar, sostenido y columpiado por la ilusión, por fantasías que me cargaban y recomponían.

Después de releer sus líneas una y otra vez, una luz amarilla me deslumbró. Al cerrar los ojos, colores que chocaban entre sí me alumbraron las ideas. Se encendió el foco y se desvanecieron algunas dudas, se hicieron pequeñas, menos amenazantes. De cierta manera, que no alcanzo a explicarme y menos a explicar, sospeché lo que tal vez venía a hacer por acá, a este mundo, a esta dimensión que me proyecta ante los demás. Mi misión, mi leyenda. No a liberar al mundo, por supuesto, si soy un simple astronauta terrestre. Pero sí probablemente a liberar algunas voces, la mía y quizá una que otra más. Los gritos. Los gritos que comenzaban a hablar, como comienza a hablar un bebé a quien su madre le bautiza balbuceos como si fueran palabras intencionadas de significado conocido (y así el bebé recibe y acepta la confianza, toma seguridad y comienza a hablar).

Me sentí feliz al advertir que de mis palabras nacían emociones que se alojaban y emergían en otros, en otra, en Anna. Sensaciones difíciles de contagiar a lápiz y que, inentendiblemente, contagiaron. Querría propagar una epidemia para estar contento, para albergar más felicidad.

Seguiría aprendiendo poco a poco a hablar. Escuchando cómo se hace. Escuchando a otros que han aprendido de otros. Vocalizando, emitiendo sonidos, haciendo pruebas. Sacando ruidos que sonorizan dudas, dolor, necesidades, alegrías, desencantos y encantos. Dije mis primeras palabras sin saber que las decía, sin saber su significado, hasta que Anna me hizo comprenderlo: "felicidades, has hablado".

No venía a liberar al mundo, pero sí a algunos presos que sufrían cautivos en sus cuerpos. De menos a abrirles la puerta o mostrarles el escondite donde guardan las llaves de sus candados los demonios que los custodian, los ojos que no dejan de espiarlos por los espejos. El primer paso, insisto, era liberarme cuidadosamente a mí. En mi mente fraguaba el plan de escape, llevaría tiempo pero así debía ser, con cuidado, poquito a poquito para no errar, porque el ser pillado en flagrancia sería meritorio de cadena perpetua, de encierro permanente.

Decidí contestarle a quien su dirección electrónica identificaba como Anna, me parecía lo justo, lo que debía hacer. Más que justo, necesario. Deseaba hacerlo. Lo necesitaba.

From: "Ario Epílogo"
To: anna@hotmail.com
Subject: HOLA
Date: Tue, 05 Sep 2000 04:13:38 GMT

Hola, Anna:
 ¿Cómo estás?

Yo ahí voy, poco a poco, exactamente igual que hace unas semanas antes de conocernos, pero hay algo dentro que me hace sentir que viene algo bueno, o, probablemente, algo que me hace dar cuenta de que puedo hacer de mi vida lo que yo quiero, lo que yo quiera. No es broma, siento algo dentro, casi en la boca del estómago, que me hace seguir adelante sin importar que los días sean todavía repartidos en las mismas cosas en las que los he repartido desde hace varios años.

La esperanza y la fe me hacen renacer, lo peor de todo es que aún no sé a ciencia exacta qué quiero ni qué puedo hacer, pero tengo una sospecha, tengo un mensaje dentro que *flashea* y me dice que va a valer la pena.

Este fin de semana me pasó algo muy, muy extraño que me ha hecho creer en las *coincidencias* de la vida, y a ti también te concierne. Te voy a platicar: el fin de semana salí con una amiga y, sorprendentemente, en un momento de la plática mencionó tu nombre. Lo más interesante de todo es que nuestras miradas sí se han cruzado, de hecho, nos conocemos, ella nos presentó una vez. "...That's life, that's what all the people say..."⁴⁴

Cuando mandé mi primer mensaje no sabía a quién mandarlo, así que saqué direcciones de correos masivos y de directorios electrónicos. De entre todas las direcciones que recopilé, solamente una correspondía a una persona que conocía (que no eras tú), y resultó que entre éstos estaba el tuyo. ¿Por qué? Quién sabe.

Lo que ahora entiendo es que, como me dijiste antes, tú necesitas leer lo que yo escribí en mi *mail*, y yo necesitaba saber lo que tú me contestaste. Necesitaba saber que estoy vivo y que muchas veces la vida es bella; has sido una luz que no tienes idea a qué grado ha iluminado mi vida.

¿Coincidencias? ¿Así tenía que ser? Pues, sólo Dios sabe.

Lo único que puedo decirte es que me he dado cuenta de que la vida es grande, y estoy seguro de que yo también puedo serlo, en lo personal y con lo que quiera hacer en la vida, en mi vida.

⁴⁴ Frank Sinatra, *That's Life*, "That's Life".

No te agobies pensando quién soy, no trates de averiguarlo. Creo que es más especial si es así, aunque reconozco que es injusto que yo sepa quién eres y que tú desconozcas quién soy, así es que si la duda te gana, tienes todo el derecho de preguntarlo.

Bueno, Anna, que tengas un buen día.

AE

Tremendamente extraño, pero cierto. Unos días después de haber descubierto su correo, Amarga Bitter (una amiga) y yo (todavía incrédulo de la respuesta de Anna) nos vimos y mencionó su nombre y su apellido, que por obvia razón tenía grabados en mi cabeza, lo que me dejó boquiabierto y mudo, incapaz de emitir sonido.

—¿Quién, perdón? —le pregunté a Amarga, luego de creer que había escuchado mal.

—Anna, sordo. La que te presenté en el Bar Clones, con la que tomamos una cuba en la barra cuando te armó pleito el barman porque se te cayó el vaso encima de sus notas de consumo.

—¿Ella era Anna? —volví a preguntar.

—No, era mi abuelita. ¡Caray! ¿Qué no oyes? Que sí, ella era y es Anna, que yo sepa no se ha muerto, necio.

No daba crédito. Qué extraña es la vida. Ese tipo de casualidades no son coincidencias, son causalidades, son un deber ser, como lo es el Derecho. Son la ley de la vida, del universo que conspira. Su rostro no estaba fresco en mi memoria, pero el momento sí. Anna era amiga de Amarga o, mejor dicho, conocidas, y una noche en el Bar Clones se toparon después de tiempo sin hacerlo. Un vago recuerdo delata a Amarga que intentó pasar desapercibida a efecto de no saludar, pero Anna, al reconocerla, de inmediato saluda. Primero a ella y luego a mí. Y de ahí los tres a la barra.

—Óigame, ¿qué usted es tonto? —me inquirió groseramente el barman al percatarse que la mitad de mi trago se había derramado en su bloc de remisiones.

—Óigame, y ¿qué usted quiere que se le caigan todos los dientes? —le contesté envalentonado.

—¿Pasa algo? —intervino el capitán de meseros.

—Pues aquí el chango este que me anda pendejeando porque accidentalmente tiré mi vaso en la barra y se mojaron sus pinches notas —acusé.

—Sí, joven, ¿qué le pasa, qué modos son éstos? —intervino también Anna, en mi defensa. Por eso la recordaba.

La discusión no pasó a mayores. El capitán mandó al barman a la cocina, de la que no salió el resto de la noche, y ordenó al nuevo encargado de la barra que nos pusiera a los tres las de la casa. Amarga su Campari con soda y una cascarita de limón, Anna un morado con Stolin' y yo un Bacardí Coca con su *splash* de soda. Comentamos el suceso y reímos.

Luego, para variar, Amarga me pidió que la regresara a su casa, pues el humo irritaba sus ojos y no los soportaba más.

From: "Anna"

To: arioepilogo@hotmail.com

Subject: Re: HOLA

Date: Fri, 08 Sep 2000 16:15:24 GMT

Hola:

En realidad no me perturba que sepas quién soy, tus palabras me permiten confiar. No necesito saber quién eres... por el momento. Todo llegará a su tiempo, en el momento exacto, es cosa de permitirnos oír esa señal, de escucharnos a nosotros mismos.

Todo esto es muy curioso. Yo también quise hacer lo mismo que tú, escribir al azar, expresarme como nunca antes lo había hecho, como un ser humano totalmente desnudo, sin miedos, sin prejuicios ni prejuicios, que alguien percibiera mi verdadera esencia y prescindir de máscaras. Yo... sin rostro, sin posesiones, sin sexo, sin nombre... mi yo a la máxima potencia, con todos sus defectos y todas sus virtudes. Alguien que me escuchara... el silencio me quemaba por dentro, secaba poco a poco mis palabras.

El silencio es lo más doloroso que he vivido...

Un día, el amor por alguien me movió a hacerlo, creo que tu caso es el mismo, nada más que yo me atreví a escribirle a él, y menos por *mail*, sino con mi puño y letra. Nunca he escrito algo tan transparente, tan hermoso, tan sincero. Me desnudé frente a él con mis palabras, le entregué mis sentimientos, mis sueños, mis emociones. ¿Y sabes qué pasó después? Nunca más volví a saber de él, desapareció de mi vida para siempre. Eso me mantuvo callada por mucho tiempo, y no fue el desamor lo que me hizo sentir tan mal, sino el haberle confiado mi ser a la nada... a la nada. Desde entonces, me dediqué a ofrecerle mis pensamientos al Hombre de la Nada. Hasta ahora, vive dentro de mí, y no lo he podido arrancar. Creo que en él deposité lo más oscuro de mi alma. Soy adicta a él, a un hombre que no existe... que amo y odio a la vez.

Dime algo, ¿qué es eso que hicieron tus hermanos, qué cambio? ¿Qué no te atreviste tú a hacer?

Me gustaría que nos siguiéramos escribiendo, ¿tú qué opinas?

¿Confías en mí?

Anna

Me impactaban sus palabras y me inquietaba eso de que por el momento no le importaba saber quién era yo. "Por el momento", escribió. Y cuando se escuchara esa señal y llegara el tiempo de conocernos, ¿qué iba a hacer yo? ¿Dar la cara? No me era fácil imaginarlo, no después de haberme desnudado y enterarla de mis formas anónimas de actuar en el amor. En el fondo debía pensar que era un tarado, inseguro. ¿Perdonaría la burla? ¿Si le platicaba a sus amigos de mí, de lo que hice? Probablemente tendríamos varios en común, además de Amarga. Mi *reputación* peligraba. Pero me sentía seguro con ella, me daba confianza. Con nadie me comunicaba así, por más que fueran, hasta entonces, un par de correos. Me inspiraba seguridad y, finalmente, no exigía mi desenmascaramiento, de momento.

From: "Ario Epilogo"

To: anna@hotmail.com

Subject: Re: HOLA

Date: Sat, 09 Sep 2000 11:01:13 GMT

Hola:

¿Que si confío en ti? Por increíble que parezca, eres la persona viva en quien más confío sobre la faz de la Tierra.

El Hombre de la Nada. Buen calificativo, me gusta. No soy buen consejero del amor y tampoco me ha pasado algo igual o parecido, pero te puedo decir que estarás bien y que podrás ser feliz, si quieres. Creo que no es bueno confesar todos nuestros sueños, sentimientos o emociones, no es recomendable quedarnos sin nada, siempre es conveniente guardar algo exclusivamente para nosotros, un pequeño sueño, un sentimiento que apenas nace o una emoción susceptible de robos o pérdidas en plena gestación.

Es bueno tener un secreto, una ilusión, algo que viva nada más adentro de nuestra mente y de nadie más, porque cuando lo necesites, empezará a crecer y te ayudará a creer en ti. No digo que seas una tumba, al contrario, exprésate como lo haces conmigo, pero no te quedes seca, guarda algo.

No te aferres a la nada, deja ir lo que ya no es tuyo, sufre lo que tengas que sufrir pero eso y ya; disfruta los momentos de sufrimiento y aprende de ellos, cuando se vayan no los traigas del pasado, disfruta ser libre y permítete crecer, tienes que tener toda tu energía en ti para poder ver y seguir las señales que te llevarán a tu camino.

El amor que me creó y que me hizo conocerte, no se ha tornado como yo quería, no sé si aún quiero que se torne como antes imaginaba. Hoy mi crisis es de amor, trabajo, identidad y sueños, hoy es más profunda que antes. Pesa mucho, duele, pero es también mágica, es mi transporte a la siguiente parada.

Salte de la nada y entra a la magia.

De mis hermanos, me dieron una lección importante: no hay que sacrificarse. Si te sacrificas a ti mismo, vivirás sacrificado todos los días, limitado, a medias. Crucificado.

Estaban en el tercero y segundo años de sus carreras, mi hermana tomó la iniciativa y mandó todo y a todos al demonio, mi hermano le siguió. Ese ejemplo debí dárselos yo, pero nunca me atreví. Tuve miedo a las reacciones caseras y, sin duda, me tuve más miedo a mí. No confié. Sí, fue un drama en casa, mis padres lo protagonizaron. Mis hermanos ni lo sintieron, simple y sencillamente se liberaron, aligeraron la carga y ahora estarán contentos en sus danzas y sus andanzas.

AE

No sabía de dónde venían las palabras, sólo que llegaban sin avisar. Dictadas. Me volvía hacia arriba y las encontraba, las tomaba con palillos chinos y las acomodaba. Eran precisas, correctas. Me gustaban. No dejaba pasar un día sin abrir mi nuevo correo, el correo de un ser anónimo que no necesitaba cara. Un ser anónimo al que le comenzaban a salir alas y lengua.



VII

2. EL POETA SUBTERRÁNEO (AMORES PLATÓNICOS Y ATERRIZADOS: LA INVASIÓN DEL AMOR)

Dicen que amor es dolor. Sí. Lo es. Qué dolor tan suculento, podría morir de él. *"And if I could choose a place to die, it would be in your arms..."*⁴⁵ Por supuesto no es un dolor común. El síntoma que anticipa la llegada del éxtasis. Tiene cura si se soporta y se atiende. El amor. La llegada del amor, el que se come a besos.

Eso esperaba de Ario Epílogo, que se convirtiera en el cupido de los platónicos, en el santo al que rezan los enamorados románticos, idealistas. El santo de los amores imposibles. Que me pongan de cabeza. Que me den vueltas. Su imagen carecería de cara, de forma; un ser abstracto, semejante al aire. Un redentor de dolores, el que transporta los mensajes y los besos telepáticos de un hombre a una mujer y de una mujer a un hombre, de un individuo a otro. Mi voz hecha palabras.

El miedo me cerca, la inseguridad de que no me quiera, de que no me ame. Los planes a los que no me invita me carcomen, estoy presente en ellos. Estoy sin estar. Imagino e involucro personajes que no existen, que no conozco. Siento una necesidad de estar, de convivir el día completo, de no colgar el teléfono, de hablar y callar. Disfruto esos silencios compartidos.

Llega sin preguntar y no se va. Simple y sencillamente arrasa. No deja rastros del pasado, consume y da a luz. Deforma y da forma. Surgen inseguridad y seguridad, placer y sufrimiento, deseo de controlar el mundo e imposibilidad para hacerlo, risas y llanto, calor, olor, lucidez, incoherencia, ligereza y pesadumbre, depresión,

⁴⁵ Derek and the Dominoes, *Layla and Other Assorted Love Song*, "Bell Bottom Blues".

auge y la mayor gratitud de vida, una razón de ser, la explicación del nacimiento. El entender.

Ese jugar previo, el coqueteo de las palabras, de la insinuación pura, la anestesia de los sentidos, los puntos suspensivos, el bloqueo cerebral, la razón. La salida del corazón, su triunfo. La imaginación. El nerviosismo, la incertidumbre que machaca. La incertidumbre que funde los sesos. El temblar de las manos, la ternura, los poemas, el releerlos. Las flores. La impaciencia que eterniza los segundos. Las miradas que se encuentran y resisten la batalla. El suspirar, los celos, los sueños, el insomnio. La ansiedad, la espera, la angustia. El olvido, la distracción, el encanto de escuchar su voz, el enmudecer. Suposiciones, búsqueda de explicaciones, la palabra "raro", deseos, secretos, rezos, supersticiones. Cartas, intentos, manos sudorosas, estómagos revueltos, inmovilidad, el deseo de irrumpir en su sueño, canciones. Cambio de planes. Ganas de llorar.

El amor que anuncia su arribo. Que pide posada sin aceptar negativas.

From: "Ario Epílogo" <arioepilogo@hotmail.com>

To: Contact List 1

Subject: VIVE: Poema Terrenal

Date: Wed, 04 Oct 2000 04:50:20

VIVE: Poema terrenal

Hay muchas cosas que la vida quiere darte, recíbelas y no tengas miedo. Si no aparecen tan fácilmente, búscalas. Si aparecen ante ti dos veces, no lo dudes y tómalas, es difícil que regresen una tercera vez.

Disfruta más la vida, que es tuya y es una, no se repite, no hay segundas oportunidades. Alza tu mirada y ve las cosas desde una visión más amplia y extensa, abre los ojos y observa bien. Escucha lo que el aire intenta decirte. Si sueñas con una persona y despierto la recuerdas, búscala.

Habla y te escucharán. Si tus labios dejan hablar a tu alma, tu alma encontrará a su alma gemela. Conoce lo que no has visto y lo que no has vivido, sé consciente y ten cuidado pero ábrete y conoce las diversidades de la vida, los distintos mundos del planeta, los distintos pensamientos de la mente.

Sigue a tu corazón más que a tu mente. Siente el amor, encuentra el amor. Recibe el amor si es verdadero. Sabrás que es verdadero porque tu corazón te lo dirá y con tu propio amor lo sentirás.

Cree en la magia y verás como aparece la vida. Vive la magia y sé testigo de cómo se transforma en tu realidad. Cree en la magia y vuela en el mundo con tus sueños. Cree en los sueños y despertarás soñando. Cree en los sueños y vivirás en uno.

Piensa en los demás pero nunca te menosprecies ni te desconsideres junto a ellos. Haz el bien y recibirás el bien. Da tu amistad y tendrás verdaderos amigos. Grita la felicidad y contagiarás a los demás. Comparte tu tristeza y siente el consuelo.

Mira las estrellas, admiralas y serás una. Respira profundo con la mente en blanco. En negro. Respira y deja entrar la tranquilidad a tu vida, a tu cuerpo.

No vivas actuando, porque cuando caiga el telón habrá acabado la función sin haber empezado la vida. Sé tú frente a todo el mundo y el mundo será tuyo. Mira a tu alrededor y verás que eres único pero igual a los demás. Mira a tu alrededor y date cuenta de cuánto amor falta, pero siente más todo el amor que existe. Mira hacia el Sol y date cuenta de que la oscuridad es parte de la luz.

Piensa en tu vida entera y compara con ella los problemas que has vivido. Si piensas que la vida ha valido la pena, sigue adelante. Si piensas que los problemas han sido superiores, sigue adelante hasta que la vida los rebase, hasta que haya más de bueno que de malo. Todavía tienes mucho qué ver, qué sentir. Mucha alegría, mucha magia, mucho amor. Pide ayuda y la recibirás.

No confíes en personas que critican o hablan mal de otros a sus espaldas, porque cuando te des la vuelta hablarán de ti. No seas cómplice de la humillación, del dolor, del sufrimiento, del mal. Respeta y te respetarán. Confía en quien debas confiar y deja que confíen en ti. Procura en momentos la soledad para que ningún pensamiento externo a ti distorsione tu realidad y tu sentir.

Vive la vida. Cuida la vida. Aprovecha la vida. Siente la vida. Disfruta la vida. Comparte la vida. Ama la vida.

Mira a tu alrededor y observa quiénes están a tu lado, alguien te ama, descubre quién es. Busca el amor y lo encontrarás, si es que él no te encontró ya a ti.

Despierta y sé sujeto de las sorpresas de la vida. Despierta y vive.
Adiós.

Decidí volver a escribir. La exacta lista de destinatarios que recibieron mi primer correo fue el objetivo del segundo. Estaba inundado de amor, amaba a una mujer que no se lo imaginaba y

por algún medio debía sacar ese amor o terminaría por ahogarme. Ella estaba también incluida en este correo, el segundo. No importaba recibir de nuevo insultos, es más, los esperaba ansioso, con gusto. Quizá esta vez una nueva contestación amigable recibiría. Saboreaba la dulce sensación, la que me provocaba decir lo que sentía, lo que quería decir. Aunque fuese escondido tras el nombre de un Epílogo. También estaba enamorado de la vida. "Sweet Emotion".⁴⁶

Leía y releía lo escrito y seguía sin comprender de dónde provenían las palabras. No porque fueran mías, pero tenían razón. Palabras aspiracionales que requerían fidelidad y compromiso de mi parte, ejecución y consecución. Palabras nacidas del sentimiento, no de la imaginación. Por más que no reflejasen mi existir, sí reflejaban aspiraciones, el deseo de una realidad anticipada. No era digno traicionarlas.

Esperé dos días a ver la respuesta. En mi bandeja de entrada había y no novedades. La negativa era, otra vez, la ausencia de respuesta de Maia. Las positivas, reclamaciones dotadas de palabras altisonantes, agresivas. Insistían en ser suprimidos de la lista. Me alegraba ser insultado, en serio. Me hacía reír el pensar incluirlos de nuevo, en el próximo. No era mi intención enfadarlos, nada más sacarlos un poco de sus casillas.

Anna y otra persona estaban del lado de los buenos. Respondieron y compartieron, les gustó y a mí me gustó que les gustara, me hacían sentir vivo, despierto, funcional, y por eso escribí una vez más y luego otra y luego otra más. Y cada vez quitaba y agregaba gente de la lista. Las contestaciones llegaban, malas, buenas, de todo. Los correos que más agradecía eran los de Anna, muy por encima de cualquiera. Contestaba los míos y comenzaba a escribir también los suyos. Llamaba mi atención su pensar redactado en enunciados, se parecía al mío. Pensábamos semejantemente. Me inspiraba confianza plena. Me intrigaba.

Cada vez que escribía y recibía respuesta, regresaba a los aires. Recuperé la capacidad de admiración por la vida. Esto de escribir y tocar fibras me hacía sentir un auténtico astronauta. Volaba, soñaba y materializaba los sueños con la pluma, les ponía nombres y gestos a los miedos, me escondía en las palabras, entre letras.

⁴⁶ Aerosmith, *Toys in the Attic*, "Sweet Emotion".

Así era feliz, con tan poco. El amor me guió a esa gruta, desde la que hablaba con mi nueva identidad. Externaba el pensamiento que circulaba por mi mente y era a la vez receptor de pensamientos ajenos, de percepciones distintas que me ayudaban a conocer, a explicarme mucho. Esto no tenía punto de comparación con las actividades en las que malgastaba mi día y le atracaba horas de escritura. Mi quehacer de poeta subterráneo llenaba cada rincón mío, cada molécula, cada pensar. Me llenaba y la capacidad de almacenaje aumentaba a diario. Estaba contento con mi descubrimiento. Un poeta con refugio y con la facultad de hacer y deshacer. La máscara del disfraz era mi cara, mi rostro. Un cuerpo prestado en el que me escondía y con el que me mostraba, con el que me comunicaba con la Tierra y los lunáticos.



VIII

DOS MUJERES. UN EPÍLOGO

VIII. 1. ANNA

(DESDE SUS OJOS Y DE SU PUÑO Y LETRA)

Esperaba una respuesta, la señal indicada, la verdad. Esperaba que me llamara, también. Sentía su presencia en todas partes, lo buscaba, lo llamaba. Sin respuesta, igual que un fantasma, aparecía y se desvanecía en el tiempo. Yo contaba las horas, les daba un *rewind* y me transportaba al momento de estar con él, besándolo, dejándome acariciar por sus manos que recorrían mis piernas, mis pechos. Recorrían mi mente para adormecerla en sensaciones de placer, en el bienestar que provoca el sentirse ante el mundo entero protegida, querida. En paz con Anna.

AMORES PLATÓNICOS

Siempre estuve rodeada de amores platónicos. Desde que recuerdo, calificué el amor de las películas como patético porque era simplemente eso, *amor de película*. ¿Qué pasaba después de que los enamorados superaban las dificultades de la vida para encontrarse? Eso ya no lo enseñaban, no presentaban el arma letal de la cotidianidad, del aburrimiento recíproco, de la indiferencia, de la infidelidad. ¡Eso sí que no lo pasaban! Me di cuenta porque entre mi realidad y la *realidad* de las películas existía un gran abismo.

Entonces, preferí los amores platónicos, aquéllos que jamás tendrás y por consiguiente jamás te abandonarán ni lastimarán. Estarán ahí por siempre, los amarás y en tus sueños, sólo en tus sueños, te amarán. Amor siempre puro, amor siempre inocente.

Me acuerdo cuando me enamoré de un actor, Jean Marc Barr, que protagonizaba la vida de Jacques Mayol en el film *Le Grande Bleu*. ¡Lo amé de verdad! Vi la película más de cien veces, observaba sus movimientos, analizaba sus diálogos, me sentía totalmente identificada con su personalidad y sus deseos, me sentía como él. Me sentía de este mundo pero con anhelos de salir de él, amando personas pero no lo suficiente. Y es que en esa época me quería fundir en la inmensidad del azul y más allá, donde el azul ya no fuera ese azul. Mis deseos de amar se fundían con el deseo de muerte.

I'm looking for something that I'll never reach, where the water is not blue any more, another reality, and then... I'll seek eternity!

Soñaba con él, averiguaba cosas de su vida en revistas francesas. En una me enteré de que en los *castings* selectivos del protagonista del largometraje hacían unos tests de personalidad muy fuertes para ubicar a quien más semejanza tuviera con un delfín y pudiera encarnar mejor ese personaje tan complejo. Al someterse Barr a la comparativa examinación, los resultados de la computadora fueron breves y concisos: es un delfín.

Eso bastó para que mis deseos crecieran y se fortalecieran, tanto que me lanzaron a buscarlo por el mundo. Tenía diecisiete años y la fuerza correspondiente, la de una adolescente caprichosa y enamorada. Tendí mis alas hacia el Sur, al sur de Francia, al lugar donde había sido filmada parte de la película y donde el actor tenía una casa para vacacionar. Volé a buscarlo, a encontrarme cara a cara con el amor de mi vida, con mi alma gemela, al que no entendían en este mundo, al solitario incomprendido que deseaba la muerte, al delfín, ese animal misterioso que, según las investigaciones de Jaques Mayol, era la criatura más civilizada sobre la faz de la Tierra, y cuyo único sentido de vivir era comer, jugar y hacer el amor.

“¡Qué hombre!”, pensaba yo, sumergida en el intenso azul profundo, en la simplicidad de los instintos y en la complejidad que lleva *el verbo* “hacer el amor”, porque había leído que el ser humano pocas veces hace el amor... los delfines siempre. Y yo... quería encontrar a mi delfín, tener un pretexto para irme al más allá y soltarme, fundirme con ese azul desconocido pero intensamente deseado. Quería ir a ver (*I have to go and see*), retarlo para que me acabara llamando y yo no tuviera más excusa que atender el llamado.

Yo deseaba hacer el amor, deseaba amar a ese azul, hacerlo mío y que me hiciera el amor. No quería ser penetrada por nadie más que por el intenso azul, tenía miedo de quedar en este mundo ajeno y que pervirtiera mis deseos de amar, limitándome a simplemente *hacerlo*. Yo deseaba, entonces, ser un delfín.

Y sí, suena extraño, pero mis deseos se hicieron realidad. Por una casualidad o causalidad increíble de la vida, me encontré en la vida con el delfín. Pero sobra decir algo al respecto, fue hace unos siete años. Siete años, una buena parte de mi vida. Un ciclo completo de siete. Suficiente para olvidarse de un sueño tan... ¿tonto?... de adolescente.

EL CORAZÓN ROTO

Decidí comenzar mis días con el corazón abierto. Veintitrés pesados años de rondar esta Tierra, mucho tiempo sin encontrar una señal concreta, sin poder aventarme de clavado al vacío, a la vida, ¿a la muerte?

¿Qué tendría que pasar? ¿Con quién hablar? No conocía el amor de verdad, el que te compromete a una persona y no a una ilusión o a un sueño. ¿Por qué no podía amar?

EL CUADERNO ROTO

Decirle adiós a una hoja más. Una hoja del cuaderno donde se escriben mis días. El cuaderno en el que se lee mi historia, el cuaderno que anhela ser libro.

Jamás será igual, el cuaderno nunca estará completo. Esas hojas que se desprenden, unas con delicadeza, otras con rabia, finalmente se ausentan para siempre. Hacen del cuaderno un ser incompleto. Sus pastas lo saben, ya no son el cuaderno de antes, son un cuaderno roto.

Cómo hieren esos pequeños trocitos de papel arrancado de entre las hojas, ahí permanecen como los restos inmortales de un difunto papel escrito, de algo que fue y no es más, de palabras rotas, de desencuentros.

En ese momento compartía una relación, la relación no me llenaba, él no me llenaba, no por escaso sino porque yo no tenía

fondo, simples huecos que me hacían indesbordable. Huecos por los que el amor se filtraba, fugándose y dejándome vacía. Me hacían sentir miserable, él me amaba. Y yo... Yo estaba en otro mundo, en una ilusión, atada a un sueño en el que otro era el protagonista, el personaje principal.

Yacíamos en la penumbra del desencuentro, sufríamos por la misma razón, por el deseo de sentirse amado por una persona, él por mí y yo por otro. Él rogaba estar dentro de mi mente, pero la habitaba otro. Aquél que se apoderaba de mis días, que me robaba el sueño, con el que me hundía en el vacío a cada momento, en la presencia de su ausencia. Me tomaba y después me abandonaba.

Resulté adicta a él, al otro. Me drogaba con la pasión más excelsa. No lo podía dejar y él no me dejaba a mí, estaba siempre, su presencia, su olor, su mirada, sus besos. En el momento más inoportuno aparecía, con la personalidad más avalladora, con nuevos encantos, y yo me dejaba llevar, por amor, por su hechizo. Era un hombre invencible, nadie podía contra él.

El único que me llenaba y continuaba vaciándome, a la vez. El que penetraba mi mundo y me recordaba, entre el fango del dolor y las rosas de la pasión, que Anna estaba viva.

Él fue el primero que penetró mi cuerpo, el primero y el único que me ha realmente penetrado. El que planteó el acertijo más difícil de mi vida. ¿Y quién es? No lo sé, no lo puedo descifrar, su ser es demasiado misterioso, es al mismo tiempo lo que amo y lo que odio. Un todo y la nada.

DESTIEMPO

Sufren el vacío, la ausencia de uno (de *el uno*) en presencia del otro, aman pero a destiempo. En destiempo a la vez. Uno a otro y éste a otro. Jamás se mirarán, mutuos, a los ojos. Nunca se sabrán, nunca vencerán al destiempo. Sufrirán por amor, su amor que, por egoísmo e impuntualidad, no será consumado.

Qué impuntual eres, amor, y eso te hace no serlo, no ser amor consumado. Sería cosa de que le llegaras a dos al mismo tiempo, a esos dos que desean vencer el destiempo. Pero no, no eres así, no eres puntual. A uno lo invades antes, lo llenas, lo drenas y luego te vas como el viento. Te vas y te impregnas en el otro. Lo llenas, lo drenas y te vuelves a ir. Los dos se amaron pero en distintos tiem-

pos, uno antes y otro después. Se amaron pero no supieron vencer tu destiempo, tu premura y tu lentitud que, y, sin hacerlo, hacen el amor en un mismo compás, al mismo tiempo, rápido y lento.

Una pasión como esa se corrompe previa al verdadero amor, acaba en burla, odio y vergüenza. Cuánto puede soportar el que ama, a qué grado es capaz de corromperse por conseguir un efímero "te quiero", una caricia, una mirada. Una mujer y un hombre en quienes tiempo y espacio se desfazan, están pero no están, se tocan pero no se sienten. Atrapados en el destiempo.

Ella lo ama.

Él se burla de ella.

Él sufre por el amor de otra y esa otra es de otro.

Ella rechaza al otro y el otro la ama.

She is benediction.

She is addicted to he.

*She is the root connection,
and she is connecting with me...*

She is sublimation.

She is the essence of thee.

*She is concentrating on he,
who is chosen by she...⁴⁷*

Diálogos que causan confusión e incertidumbre en el tiempo. Cuatro tiempos diferentes en un mismo tiempo, en el mismo universo. El destiempo.

Creí conocer los estragos del amor, me vi perdida, enamorada. Un amor muy parecido a los amores platónicos, nada más que éste encarnaba en la realidad, infringía mi cotidianidad como un fantasma, escondido en diferentes caras, haciéndose mío cuando él así lo deseaba.

Me armé de valor y destruí lo único real que me quedaba, lo único puro. Terminé mi relación con Pablo. Pero no renuncié al Invencible, me seguía visitando y yo lo permitía. Esperaba sus palabras, aquéllas que no me daba. Quería entregarme por completo a él, pero él no me recibía.

⁴⁷ U₂, *Threesome*, OST, "Dancing Barefoot".

Una tarde abrí el correo, el cibernético, y encontré una gran sorpresa. Un correo desconocido de un tal Ario Epílogo. Dirigido a más personas, no únicamente a mí. Comencé a leer y las palabras llenaban mi alma y los huecos. Las palabras de un desconocido me abarrotaban. Encontré un alma gemela que de forma extraña llegaba a mi vida. Un soñador como yo, un enamorado.

¿Sería el Invencible? ¿El Hombre sin Nombre? ¿Sería que por fin me abriría su alma? Con el corazón lo deseaba.

En esas frases llenas de vida, llenas de amor, de preguntas a la vida, de insatisfacción, de esperanza, de valentía, de pureza, pero sobre todo de amor, me redescubrí. Me reflejé en un espejo y descubrí la esencia del Invencible, lo descubrí en mis ojos, en todas mis facciones, ahí estaba, el Hombre sin Nombre, que me revelaba el porqué de mi incapacidad de amar.

Se me había estado escondiendo, pero ahora lo tenía de frente, al despertar, en el retrovisor del coche, en el baño de la universidad, del trabajo, antes de acostarme, a cualquier hora, en cualquier lugar, en cualquier persona. Tal vez un invento mío, pero muy real. Ahí estaba, en un *e-mail* tan extraño y misterioso como él, dándome lo más íntimo de su ser.

Me hablaba del desencuentro, del vacío, de la cotidianidad, del dolor de no ser correspondido. ¡Yo también quiero explotar en un grito al universo! Quiero que él me escuche, donde quiera que esté. Quiero que el mundo entero sepa que te estoy buscando y que haré lo que sea por descubrirte, por hacerte real. Porque a decir verdad, el Hombre sin Nombre, el Invencible, me está matando. Mis sueños y mis fantasmas me aniquilan.

Quiero encontrar el amor verdadero, y sé que ahí está, en algún lugar del universo. Para encontrarlo habré de matar al Invencible, al Hombre sin Nombre, el que nunca fue y me persigue sin su cuerpo.

¿Se me permitirá ese regalo? ¿Encontraré al amor de mi vida? ¡Aunque sea una vez, por favor, permítemelo! Aunque no sea para siempre, aunque sea un instante. ¡Quiero amar! Quiero vencer el destiempo.

Nunca he compartido con alguien el amor verdadero, nunca he estado realmente enamorada. Siempre he sido víctima del destiempo.

¿Y tú, Ario Epílogo, quién eres? ¿Por qué llamas justo en este momento? ¿Por qué me haces sentir esperanza? ¿Existe el amor? ¿Tú lo sientes, de verdad lo sientes? Porque es mi única razón de

vida, mi sentido. Es por lo que hoy te quiero responder este mensaje que me envías.

Ya no quiero soñar, quiero vivir. Los sueños son mi acercamiento más auténtico a la realidad, porque vivo con miedo de abrirme a la vida, a los otros, a los seres reales. No quiero lastimar, no quiero que me lastimen. ¿Puedo confiar en ti?

Dime que algún día me amarán como tú amas a esa mujer, dime que seré correspondida. No... no me digas nada. Sólo te pido que, ya que te atreviste a entrar en mi vida, no me abandones. Somos cómplices en esto, somos compañeros. Almas gemelas, estamos pasando por lo mismo.



VIII. 2. MAIA (DESDE SUS OJOS Y DE SU PUÑO Y LETRA)

Dicen que hay personas que nacen con estrella y personas que nacen estrelladas, o lo que es parecido, seres humanos que se ríen de la vida y seres humanos de quienes la vida se carcajea. A mí me gusta reír. Me gusta creer que llevo una estrella conmigo, una estrella que se mueve encima de mí, a mi paso, cuidándome a donde quiera que vaya. Yo la escogí y siempre está ahí, me marca el camino, me guía y alumbra el rumbo de mi vida. Una estrella amarilla brillante que encamina a Maia a una vida con sentido, a una vida de sueños, de magia y significados (*"the green eyes, yeah the spotlight shines upon you..."*).⁴⁸

Sentía su mirada perseguirme constantemente. Sorprendí en varias ocasiones sus ojos mientras me analizaban. Me veía distinto, raro, muy diferente de los demás. Su mirada era expresiva pero acallada, muy enigmática.

Mi lugar estaba cerca de la copiadora. Su función, más que de pasante y luego abogado, parecía ser la del que saca las copias. Iba y venía y al pasar junto a mi lugar, o me observaba o se detenía, lo sentía y lo descubría. Con cualquier pretexto acudía a las copias. Copiaba hojas, recibos, membretes y casi podría asegurar que hasta sus cachetes. Lo que fuera, pero ahí estaba diario, con cualquier pretexto.

Me daba cuenta pero no le daba mucha importancia. Llegaba a incomodarme que fuera tan notorio y evidente, me ponían nerviosa sus rosas de los lunes. No les ponía nombre, pero eran suyas, lo sabía. Con pretextos laborales buscaba la forma de hacer plática,

⁴⁸ Coldplay, *A Rush of Blood to the Head*, "Green Eyes".

que ocasionalmente culminaba en conversación. Llegamos a revisar juntos algunos asuntos suyos, los cuales más tarde me enteré de que eran inexistentes.

Le gustaba. Lo afirmo no por petulante, pero hay situaciones evidentes que no requieren confirmación. Siempre quise ser el amor platónico de alguien, no sé por qué, pero era así. Es mágico observar al observador, sentir en silencio, en secreto, sin necesidad de palabras, sin necesidad de que nadie lo sepa. Que alguien piense en ti, te imagine, te quiera (que te quiera: ¡guau!), que sueñe contigo. Todo eso, así como en las películas. Lástima que fuera un amor no correspondido. No le podía corresponder, no quería.

Suelo escapar de la realidad, soy demasiado romántica y puedo no encajar en el mundo que vemos. Sueño con demasiada magia, con demasiada fantasía, con alguien que me acompaña a volar. No sé, tal vez ésta era una más de mis ilusiones, de mis historias de cuento, pero fuera lo que fuere, a pesar del nervio, me gustaba imaginarlo sembrando las rosas en mi lugar cada semana, todos los lunes sin excepción.

Así pasaron los meses, con la sospecha de sentir su mirada, que se fijaba en lo que hacía, pero, ya que su amor, insisto, no lo correspondía, prefería no comentar al respecto. Comenzaba a dar muestras directas de interés, se preocupaba por mí. Si me notaba con mucho trabajo me ayudaba un poco, si algo me ocurría, ahí estaba. Se ofrecía a ayudarme y lo hacía de buena gana, gustoso. Unas veces yo aceptaba y otras no, tampoco quería cargarle la mano. Pero eso sí, cuando me ayudaba y hacía compañía, nos reíamos mucho. Me alegraba las noches y las madrugadas de desvelos y agradecía su auxilio. Congeniábamos bien.

En realidad se lo agradecía, pero el agradecimiento no pasaba de eso. No por mala gente o aprovechada sino que las cosas eran claras, la situación estaba definida: yo estaba enamorada de Robbins, mi novio, el de toda la vida. Mi visión se enfocaba en él y nadie más la interfería. Estábamos enamorados, felices.

Claro que es bonito y romántico el hecho de ser querida por alguien más. No es petulancia, reitero. Pero es emocionante sentirlo y saberlo. Esa increíble sensación de gustarle a alguien, eso, siempre es y será realmente agradable, mágico.

Constantemente me cuestionaba a mí misma si los demás de la oficina estarían contentos, si no los pudría tanta falsedad. En mi

caso, las etapas críticas conformaron mi estancia en el despacho, en la renombrada y prestigiosa firma internacional Brontès & Associates, S. C.

Odiaba con toda mi alma aquella oficina. Me sentía extraña y ajena; en cambio, los demás lucían ubicados, contentos. Mi pregunta era si se encontraban así por dentro o si padecían igual que yo. Intentaba acoplarme, acostumbrarme a su mundo y sus rutinas.

Pero, dentro de todo lo malo, mi admirador *secreto* me hacía más fáciles los días. Viví bastante tiempo preguntándome qué sucedía con él, pensando por qué nada pasaba, por qué nada decía. Soy desesperada y no podía continuar así, en la incertidumbre. Pero cómo preguntarle, sería demasiada vanidad. ¿Qué tal si me contestaba que estaba loca? Qué pena. Claro que bien merecido, por ilusa. Pero un día, sin preludeo ni rodeos, me acerqué y le pregunté:

—Dime la verdad, ¿te gusto?

—“*Come on, Come on. You think you drive me crazy?...*”⁴⁹ ¿Ésa es una pregunta legal o personal? —preguntó a su vez y consiguió enrojecerme la cara.

—Personal —le contesté. Qué horror, qué estúpida, en qué estaba pensando.

Después de reír un poco, lo negó. Me sentí tonta, engreída. Daba por cierto algo que a su decir no era. El sexto sentido no podía engañarme. Sabía que alguien en la oficina me observaba a todas horas. Alguien me compraba flores sin nombre. Sabía que era él, nadie más podía ser, no había más señal que la suya. Pero lo negó y lo volvió a negar.

No me dejaba satisfecha su respuesta, pues aunque nunca me gustó ni me atrajo, la certeza era tal que me producía coraje su negativa. Probablemente aluciné, aunque no lo creo, insisto. Fue una de esas lecciones de humildad y sencillez que a veces me hacen falta.

Eso sucedía por crearme fantasías y por inventar cuentos en los que un hombre anónimo me veía. Las respuestas indicaban que no existía tal amor secreto, pero las rosas lo contradecían. Actualmente, escasean esos cuentos de hadas, historietas mágicas y de ilusión. Más de una noche soñé con ese desconocido y más seguido a partir de no encontrarle cara. Lo miraba mirarme, lo veía verme como si fuera yo la mujer más bonita del mundo. Leía sus labios

⁴⁹ Radiohead, *Amnesiac*, “You and Whose Army?”.

cuando me decía: "Eres la mujer más bonita del mundo." Meros sueños y fantasías románticas.

Y así fue como terminó mi gran historia de amor ficticia, con un amante platónico que existía pero no existía, que no tenía vida, cara o cuerpo. Sin ése que me quisiera, sin ése que soñara conmigo sin que yo lo supiera.

Entré al área de litigio de Brontes & Associates sin ganas, pero bueno, qué le podía hacer, era experiencia, podía aprender. Eso decía mi padre, quien hábilmente y con buena intención me convenció de estudiar Leyes, descartando las ciencias *gías*, la psicología, la sociología, la antropología o la pedagogía, entre otras que no entraban en el paquete de profesiones básicas que integraban su catálogo de sobrevivencia.

Antes de eso viví fuera un año. Estrasburgo enraizó el desarraigo en mi sangre, mi compatibilidad con la soledad y la intimidad conmigo, con la cercanía que brinda el estar lejos. Convivía, por supuesto, pero también me adentraba y me sumergía. Mi encuentro quedó impregnado como una necesidad latente. En la lejanía surgió un recurrente aislamiento del mundo, en las noches me despedía y me citaba en la calma del silencio con la música, la luz tenue y las palabras del corazón que fluían, activa o pasivamente, a través de mis sentidos. Supongo que ello dificultó mi regreso al *mundo real*, a *mi México*. Ingresé a la universidad y luego a la oficina, Brontes & Associates.

Nunca me identifiqué con el ambiente del despacho. Personas sobreactuadas, fresas. A pensar de algunos, yo también lo sería, fresa. Imágenes que empañan realidades e ideas difíciles de enfrentar, aunque no me era primordial demostrar lo contrario, no me interesaba. Estaba muy metida en mis cosas, en mi mundo y en Robbins.

Transcurrió el tiempo en Brontes, yo no podía más, no me gustaba lo que hacía, no me gustaban mis días, no procuraba y menos fomentaba mi verdadera vocación. Me atacó la desesperación y la necesidad de hacer algo distinto de mi vida, de marcar la diferencia que tanto quería marcar. No estaba siendo quien quería ser, quien era. ¿Quién era? El ataque era voraz e implacable y mis armas de defensa no eran suficientes para soportar la arremetida, la necesidad de cambio me vencía.

La revolución interna no era nueva, empezó cuando y como típicamente sucede, en la adolescencia. En la etapa que nos con-

sideran *perdidos*, que para mí fue la de encuentro, la de ubicarme en mi sitio, aunque fuese en silencio. Hallé un lugar para cada cosa en la que me realicé y en la que cada uno de los compartimentos de mi corazón y mi alma se encontraban casi llenos y plenos.

Estaba convencida de ir en búsqueda de esa vida con sentido, de la vida repleta de sueños, de magia y significados. Estaba determinada a marcar la diferencia entre una vida ordinaria y una que no lo es. Me siento diferente, aunque lo que me haga distinta sea simplemente la conciencia de quererlo ser. No la tenía clara, pero tendría una misión, una misión especial en la Tierra. No sabía cuál era, pero de antemano infería que se relacionaría con lograr hazañas en mi vida, logros grandes, desarrollar las máximas habilidades y cualidades posibles. No me conformaría con flotar en la superficie.

No me canso de analizar, de contemplar. Observo a las personas, imagino sus historias, sus leyendas, sus vidas y querer, miedos y preocupaciones, su razón de ser. Esa curiosidad de saber por qué somos así, lo que nos motiva, la concepción del hombre y su comportamiento, la convivencia en sociedad.

Si me sincero, confieso mi identidad escondida. Guardo algo que la gente no imagina, no espera de mí o desconoce en definitiva, aunque eso debe ocurrir con muchos. Combinaba líneas y cuadros, lo que no permite el protocolo. De día, la abogada, la correctora. De noche, si el trabajo lo permitía, la escritora, los poemas, mi música, mis historias mágicas y la lucha personal y social. Una mezcla dinamisada y compleja, un brebaje que causa confusión al interior y al exterior, que los contraponía y esporádicamente los complementaba, confrontando mi autenticidad y mis diversas realidades. Intensidad pura y peligrosa.

Me perdía y no debía permitírmelo. Inicé la búsqueda, intenté cambios y fui aceptada en una maestría en Sociología en la Universidad de Trento, en Italia, donde me aguardaba la pasión, el equilibrio y eso a lo que quería dedicarme el resto de mis días, pero sobre todo la grandeza de la vida, la magia. Eso esperaba y además, en el fondo, la maestría representaba también una huida, la fuga requerida en esa etapa de mi vida.

No niego tristeza en la partida, no la niego. Robbins se quedaba y ello me dolía, pero así debía ser. Extrañaría igualmente a mi familia. La salida del despacho no fue punto de conflicto o pena, había tenido suficiente, aunque el día preciso de mi salida del

despacho sucedió un hecho curioso. Mi sospecha se confirmó. Finalmente, después de varios años, Ennio Varklin me confesó su amor.

Más tarde ese mismo día, al limpiar y vaciar mi oficina, reencontré un misterioso correo, que por extraño y por haberme llegado hondo, imprimí y guardé en uno de los cajones de mi escritorio el día que lo recibí. Lo leía cuando me deprimía, cuando dudaba del amor y del encanto de los enamorados, de la magia y de la fantasía a la que tanto me encomendaba a diario. Lo dirigía un desconocido que se hacía llamar Ario Epílogo, no a mí sino a varios, entre quienes, a su decir, incluía a su enamorada. Afortunada ella. Y las de las películas.



IX CAMBIO DE PLANES

Mi rutina no cambiaba en el día, en las horas correspondientes a la jornada laboral. A ojos ajenos, permanecía el mismo de siempre. Pero no era así. Comencé a desplazar a los que manejaban mi vehículo, mi cuerpo. Los aparté del control de mando y empecé a hacerme cargo yo, desde adentro. Sería el capitán de mi propio barco. La esperanza crecía a pesar de que el panorama permanecía idéntico, aunque afocando bien, a lo lejos una brecha se abría. Se veía, insinuando un camino distinto. Una alternativa.

Doce horas o más de actuación continua al día. De 9 a 9, mínimo. Traje oscuro a raya de gis, camisas francesas, españolas o italianas y corbatas de seda, siempre francesas. Zapatos negros boleados casi a charol. Portafolio de piel café atiborrado de documentos, demandas, defensas, licencias, permisos y descuentos. Sentencias.

Inesperadamente, Maia anunció que se iba del despacho. En unos meses partía a Europa a estudiar una maestría y antes tomaría otros de descanso. Se iba. Cuando lo supe, dolió. Imaginar el despacho sin ella lo hacía más tenebroso, similar a un castillo abandonado. Sin embargo, sabía que era lo mejor para mí. No verla a diario serviría para no tenerla tan presente, al menos físicamente, porque a veces la ausencia da más presencia que estar presente. Su salida significaba despedirme de ella para siempre. Podríamos toparnos en el cine o en algún restaurante, pero nuestras cuentas serían separadas, distintas. En planes y con gente diferente.

Nuestra relación de trabajo moría al dejar la oficina: finalmente la relación se limitaba a eso, a la oficina. Una relación de oficina.

Nuestro estatus de compañeros de trabajo expiraba al dejar de serlo. Estaba resignado a contemplarla así, lejanamente, desde antes. Pero verla consolaba. La partida definitiva fue difícil, realmente lo fue.

No conocía el despacho sin ella. Siempre estuvo ahí a partir del día que entré. Su aroma perfumaba la oficina y, el primer día que dejó de estar, el ambiente olió amargo, a infierno. Su esencia lo endulzó todos esos años, eso era. Maia fue el ancla que me mantuvo ahí, la única razón. Mi barco debía moverse si no quería ser hundido, sin ancla era difícil permanecer pasivo. Sin ella, el despacho se convertía en una clínica de desintoxicación donde iba a sufrir la abstinencia de mi droga, mi adicción.

A pesar de la tristeza que me inundaba, la esperanza persistía. Un presentimiento extraño me calmaba. Algo iba a suceder. Pero para que sucediera necesitaba moverme, ya. Se acercaba el pago de un bono importante. Su llegada sería mi salida. Nada me ataba a ningún lado, era libre de ir o de venir, de hacer o deshacer. Mi identidad de poeta anónimo y subterráneo le daba alas a mi espíritu y a mi cuerpo. Me sentía capaz de hacer muchas cosas. Volaría. Aterrizaría los sueños. Qué paradoja, volar es aterrizar los sueños. Qué contradicción, un astronauta terrestre.

Las alas se extendieron y agrandaron al leer un correo de Anna:

From: "Anna" <anna@hotmail.com>

To: arioepilogo@hotmail.com

Subject: ¿Qué pasó?

Date: Wed, 14 Feb 2001 15:42:40

¿¿¿Qué pasó???? en realidad no sé... no sé y eso es lo que me mata, según él no di lo suficiente... Yo lo amo, lo amo, y cada día que pasa es una razón más para olvidarlo, pues me mata el pasar de los días sin él.

Estoy entrando en una tristeza, en una soledad insoportable. Me siento perdida en un bosque oscuro, en el que sólo veo un búho que me llama... me da miedo ese búho pero sé que tengo que seguirlo y es ahora o nunca. La elección en mi vida no es fácil y en ese sentido tú me entiendes muy bien. Este viernes es mi último contacto con mi chamba y así lo último que me ata a México.

Por lo pronto, como ya te había dicho, necesito irme lejos, pensar, reconciliarme conmigo misma y empezar una vida nueva, como si tuviera diez años y me preguntaran ¿qué quieres ser de grande? y

aprender a hacerme esa pregunta cada mañana por el resto de mis días, para que mis sueños me mantengan viva, para no sentirme sola, para encontrar mi sentido en la vida.

¡Las cosas son por algo!, como bien dices. Ahora quiero ser Siddhartha e ir en busca de mi verdad, la razón por la que estoy aquí, suene como suene. Siempre seré una romántica existencialista que piensa que la vida sí tiene sentido y la tarea es no dejar de encontrarlo. Éste es un camino difícil. Cuando le dije a mi papá que me iba, casi se muere.

Piensa que no estoy bien, como que me quiere proteger. Yo siento dejarlo, pero como le dije: “es mi última oportunidad”, si por lo menos no lo intento, jamás estaré tranquila.

Sé que tú eres muy espiritual, que siempre lo has sido, por eso me atrevo a decirte a ti todo esto. Te quiero mucho y espero que algún día, pronto, nos volvamos a encontrar.

Tu siempre amiga,
Anna

¿Qué era eso? ¿Quién era Anna? ¿Mi espejo? Era como leer mi alma, sus preocupaciones e inquietudes, sus miedos y sus necesidades. Nuestras programaciones en el tiempo. Volví a enmudecer. Las letras de su correo estaban acomodadas en el mismo orden que lo estaban en mi mente, formaban las mismas palabras. Iba a decirle exactamente lo mismo. Se anticipó. Era mi alma gemela, sin duda. Nuestras vidas interactuaban, librábamos la misma batalla y combatíamos a los mismos enemigos en el mismo suelo. Nos defendíamos las espaldas. “La vida sí tiene un sentido, y la tarea es no dejar de encontrarlo”. Por supuesto que sí. Igual de existencialistas. Románticos empedernidos.

La ciudad la expulsaba. El amor la mandaba lejos igual que a mí. El irse era una imposición, una orden del yo supremo. Permanecer implicaba estancarse; los agentes externos habían jugado bien su papel y lograron su objetivo, frenar. Nos detuvieron. Había que reiniciar, buscar otros horizontes menos infestados. Otros campos. No había más qué hacer por acá, todo estaba visto. Era necesario un respiro, romper la cotidianidad que enfila a miles al despeñadero. Al olvido, que reduce la existencia al subsistir, al sobrevivir.

Respecto a ser muy espiritual, no lo sé. Quizá las palabras adquirieron ese matiz involuntariamente y le dieron esa imagen de mí. En aquel tiempo no me consideraba espiritual, aunque me

gustó que lo mencionara. Me sentí bien, pues no fingía y no eran palabras premeditadas, sino espontáneas al ciento por ciento. "Te quiero mucho" igual me agradó. Yo también la quería, jamás me había sucedido algo similar con una persona *desconocida*.

De inmediato apliqué a ene cantidad de maestrías, de las más diversas especialidades legales y administrativas, en distintos países. Lo importante era largarse, no importaba a qué o a dónde. Lo importante era cuándo: ahorita. México me había saturado, me succionaba. No me identificaba, nunca me había identificado. Con mis antecedentes y frente a mis antecesores, requería de un pretexto *válido* para escapar. El pretexto perfecto: que el gran abogado se convierta en distinguido maestro. Las licenciaturas ya no compiten, mínimo maestría.

Traducción de documentos, legalizaciones, apostillas, cartas de recomendación y filas en embajadas. Lo que fuese necesario para conseguir mi pase de salida. Trámites eternos que por arte de magia gestioné en cuestión de una semana. Los *deadlines* no me alcanzaron y los papeles salieron a tiempo hacia las respectivas universidades. Era cuestión de esperar, las respuestas y el bono.

Coincidentemente, el único nexa que me unía a México, mi familia, atravesaba un proceso difícil. El aire se cargó de peso y la cordialidad se tensó, corría peligro de romperse. Una crisis que salió adelante después de años, pero que en ese instante daba la impresión que sería de por vida. Resultaba triste comprender que al final del día uno está solo. Pero a la vez, las crisis de este tipo ubican o reubican a las personas en su plano individual, nos reencontran de cierta forma. Y lo digo porque anteriormente estuve dispuesto a sacrificar, resignado, sueños personales con tal de no generar un disgusto a mis padres, a cambio de mantener intactas las tradiciones. Degeneración en generación.

No alterar sus percepciones, no romper las reglas, no desafiar la inercia, a los usos ni al arraigo. Así los educaron mis abuelos y en consecuencia así pensaban ellos. Así nos educaron a Durga, a Jeroy y a mí, no por mal, sencillamente por costumbre y para facilitarnos la vida. Siempre es más sencillo ir con la corriente... lo que no saben es que es más divertido ir en contra. No por mal, por naturaleza, igual que los salmones que nadan para arriba, escalan el río.

Estuve dispuesto a sacrificar sueños y la misión que según Maga me autoencomendé antes de iniciar esta vida presente, con tal de

no friccionar, con tal de *estar en paz*. Pero en lo último que estaba era en paz, los gritos no daban tregua. Además nadie solicitó mi sacrificio, yo me lo imponía solo, como un azteca que ofrece su corazón a "Los dioses ocultos".⁵⁰ No debemos embalsamar nuestra historia personal, no debemos sacrificarla por nadie. No es ser egoísta, es ser. A eso venimos, a ser. Cueste lo que cueste.

Dada la situación hostil que predominaba en casa (el concepto de *hogar* entonces le quedaba grande), no hablaba del asunto del trabajo o de los amores. Sin embargo, mamá notaba mi repercutido estado de ánimo, aunque fingiera cargar otro. Así son las madres, se dan cuenta, lo saben. Lo infieren. No me veía contento con el trabajo, sí infeliz, y se preocupaba.

—Haz lo que sientas que debes hacer, Lansbury. Si no, siempre vas a ser infeliz. Yo lo único que quiero es verte contento. Oírte chiflar cuando llegas a la casa y al salir. Haz lo que tengas que hacer, pero ya, antes que te gane el tiempo.

—Es arriesgado lo que quiero hacer, ma. Odio las leyes —dejé en espera su pregunta.

—Bueno, pero y ¿entonces qué te gusta, qué quieres hacer? —ahí estaba su pregunta.

—Quiero hacer música, escribir —por primera vez lo dije, sin titubear. Con una seguridad que no dio lugar a críticas o a consejos.

—Hijo, la desubicación ubica. Haz lo que creas que te hará feliz. Haz lo que sientas, escucha a tu corazón. "*Let your soul be your pilot, let your soul guide you, he'll guide you well...*".⁵¹ Si no, ya ves, mucho trabajo *formal*, mucho dinero, mucha posición y mira, de qué sirve.

Es curioso pero la gente suele tomar ese tipo de actitudes y decisiones cuando está en problemas, en crisis. Cuando ve cercano el fin de algo. La muerte, la debacle familiar, un robo a mano armada o cualquier tragedia que ponga en riesgo la permanencia, la constancia, la estabilidad. La vida. Cuando las personas se dan cuenta de que su felicidad la han colgado cual esferas de navidad del árbol. ¿Y si se cae el árbol? Es ahí cuando se reacciona y surge la conciencia. La plenitud individual. Es entonces cuando se busca o se acepta un cambio con mayor facilidad, con transigencia, sin tantas preguntas, sin tantos peros. Por más arriesgado que pueda ser.

⁵⁰ Caifanes, *El diablito*, "Los dioses ocultos".

⁵¹ Sting, *Mercury Falling*, "Let Your Soul Be Your Pilot".

No hablé de esto más que con mi madre. Su apoyo fue suficiente y me brindó tranquilidad. Le platiqué también lo de la maestría, era un buen pretexto para ir a otro lugar, considerando que probablemente requeriría apoyo financiero de papá, a pesar del bono que próximamente cobraría.

A las pocas semanas me llegó de la Universidad de Bournemouth (en Inglaterra) una carta en la que me comunicaban que había sido aceptado por el Consejo Selectivo de esa universidad como alumno para cursar una maestría en Negocios Internacionales que daría inicio en septiembre de ese año, 2001, y que concluiría en julio del siguiente.

No tenía idea de negocios, de administraciones o de números. Ni quería tenerla. Pero a mi juicio, era la manera más atinada de decir adiós. Definitivamente.

From: "Ario Epílogo" <arioepilogo@hotmail.com>

To: anna@hotmail.com

Subject: "Los caminos de la vida"⁵²

Date: Sun, 15 Abr 2001 07:48:00

Lo único que te ata a México es el amor, no el trabajo u otra cosa que se pueda ver, tocar o sentir. Lo que te ata a México es algo que se siente, pero dentro. Lo que te ata a México es tu raíz, el amor. Tus raíces son tu familia, tu costumbre, el miedo y el tiempo, pero nunca es tarde. Las ataduras se pueden romper, pero los lazos no. Nunca rompas el lazo contigo misma, y cuando sientas que se va a romper, amárralo al cielo y no te sueltes, cuélgate de tus sueños. "When the day is long and the night, the night is yours alone, when you're sure you've had enough of this life, well hang on. Don't let yourself go, everybody cries and everybody hurts sometimes..."⁵³

¿Qué buscas? ¿Dónde encontrarás lo que buscas?

¿Quién sabe? Tus sueños te lo dirán. Tú lo sabes. Los sueños que pasan por tu mente en el día tienen la respuesta. Los sueños que te hacen despertar cansada de despertar. Despiertas cansada y con un hueco de angustia por que tus sueños no te dejan dormir tranquila. Encuentra tus sueños y despertarás en el sueño de tu vida. Vivirás tu sueño... se acerca.

⁵² Los Diablitos. *Sorpresa Caribe*. "Los caminos de la vida".

⁵³ R.E.M., *Automatic for the People*, "Everybody Hurts".

Es extraño, paso por un instante permanente similar. Soledad, miedos, sueños no cumplidos y tiempo. No puedo decir que haya sido tiempo desperdiciado, porque sin haber vivido ese tiempo no buscaría ni imaginaría los sueños que imagino, aunque ya no es hora de seguir soñando, sino de soñar viviendo. En poco tiempo tomaré la misma decisión que tú. Hay obstáculos que dificultan la partida, obstáculos difíciles y bastante dolorosos, pero la decisión está tomada.

Hoy pasé muchas horas de la noche en la oficina, casi hasta las 2 de la mañana. La oficina, la jungla en la que trabajo, es un lugar al que he dedicado varias horas de mi vida, mucho tiempo, pero no le he dedicado ni uno solo de mis sueños. En mi trabajo he perdido mucho tiempo, pero no he perdido ningún sueño, al contrario, sueño más cuando estoy ahí. Espero el día en que pueda hacer de mi vida lo que me tienen planeado arriba, aunque como tú, no sé qué será de ella, no tengo la menor idea.

A mí lo que me retiene aquí es el miedo, mi costumbre. Mi costumbre es casi insoportable, pero es el pan de cada día. De mi costumbre como y sé que podría comer de ella el resto de mis días. Sé que mi costumbre va a durar un poco más de tiempo, pero parece infinita. Paciencia. Paciencia.

A veces pienso que nacer pobre hubiera sido el camino a la riqueza. Arriesgar es más viable si hay poco que perder (pero, ¿y qué se pierde?, ¿qué es perder?). Los miedos serían distintos, probablemente habría muchos más obstáculos, pero hubiera sido más fácil intentar brincarlos, superarlos, ir en búsqueda de los sueños. No habría tanto que arriesgar. Las costumbres no serían tan cómodas. Las raíces a lo mejor serían menos fuertes y más fáciles de cortar, aunque no los lazos, porque los lazos son irrompibles cuando de verdad existen. La libertad y *facilidad* con la que he vivido, el ambiente y yo mismo, hemos construido una gran y sólida muralla que me separa de los sueños y de mis fantasías. Pero las murallas las puede tirar el hombre y más aún la naturaleza.

Es probable que en unos meses me vaya a estudiar una maestría a Inglaterra, en negocios, lo cual significa un nuevo error. Un error que espero me lleve a un acierto. Un error anticipadamente conocido, pero un error que podría significar un acierto. Puede ser una huida, pero puede significar un encuentro. La vida dirá, y como también tú bien dices, es ahora o nunca.

No te despidas que en sueños nos vemos, andando los caminos de la vida.

Como siempre, de corazón.

AE

Y cuando releía las líneas entendía que las escribía para mí, aunque las dirigiera a ella. Líneas autoaplicativas. Una conversación interna auspiciada y propiciada por un tercero, Anna, a quien supuse le ocurría lo mismo conmigo y con sus correos enviados y recibidos. Los capítulos de nuestras vidas se rodaban igual, al parecer eran réplicas. La misma cinta.

Consciente de mi próxima huida, comencé a tomar el trabajo a la ligera. Llegaba a la oficina más tarde de lo habitual y salía más temprano. Una mañana, al cruzar por la puerta de entrada al despacho, me topé con Sepulcro:

—Buenos días —le dije.

—Buenas noches —contestó.

“Chingue a su madre”, pensé, a punto de decirlo.

—Ni por ser el día de pago del bono llegas temprano, Lansbury. ¿Qué te está pasando? Ahora que si prefieres que te lo paguemos otro día, tú nos avisas.

Pendejo, qué tenía que joderme. Además, no sabía de dónde venía, igual de los tribunales o de alguna junta, él qué sabía. No era el caso, venía de mi casa, pero aún así, qué le importaba. Lo ignoré y corrí directo a la caja.

—Buenos días, Moroco. ¿Cómo me fue? —le pregunté al encargado de caja. Así se llamaba, Moroco.

—Órale mi cuate, te fue de peluches. ¿Vas a invitar unas chelas o qué?

—¡¿Cuánto, cuánto, Moroco?! —no aguantaba las ganas de tener el cheque entre mis dedos.

—Tranquis, mi Lansbury, no te me desesperes. *Que no panda el cúnico* —jugaba el cabrón.

—¡Yaaaa! ¡Échalo, ya! —necesitaba ver ese cheque.

—Psss, ora, ora, qué genio. ¿Desayunaste gallo o qué pasión, mi Lansbury? —decía, mientras a velocidad tortuga deslizaba el ansiado título de crédito por debajo del cristal blindado detrás del cual se sentaba de lunes a viernes.

Trescientos cincuenta mil pesos. Nada malos. Nada. Más que suficiente para emprender la huida. El exilio. Que no me volviera a cantar bronca Sepulcro porque ahora sí expresamente lo mandaba a chingar a su madre. Con trescientos cincuenta mil pesos en la bolsa pierdo fácilmente la educación.

Guardé el cheque en mi cartera, bajé de inmediato al banco y lo deposité en mi cuenta. No subí de regreso a la oficina. Subí al

coche, arranqué y entré al periférico. Era un caos el tránsito, apenas se movían los coches y por los carriles centrales deambulaban los vendedores de refrescos, cigarros y porquerías sin darse abasto. Yo no cabía del gusto. Me desbordaba. La música a lo que aguantaban los oídos. El coche despegaba y yo "Surfin' on a Rocket".⁵⁴

Pensaba qué hacer. Cómo y cuándo largarme. Concentrado en la emoción y en las incógnitas que tenía que resolver, sentí la vibración del teléfono celular que guardaba en el bolsillo de mi camisa.

—¿Bueno? —contesté.

—Hola, Lansbury, soy tu madre.

—Hola, madre, ¿qué me cuentas?

—Que acaba de llegarte una carta de Madrid, parece que de una universidad. ¿Quieres que la abra? —me preguntó.

—Mmmm, bueno. A ver.

Después de unos segundos me preguntó si yo había tramitado una maestría en Criminología y Ciencias Penitenciarias en la Universidad Complutense de Madrid.

—En efecto, madre. Criminología y Ciencias Penitenciarias... eso es lo mío. ¿Por? —pregunté, sospechando la respuesta.

—Porque aquí dice que te aceptaron.

Señal divina, sin duda. Acabado de pagar y acabado de aceptar, ésa era la opción. Entre la maestría de la Universidad de Bournemouth y ésta, las diferencias eran el tema y la duración. La española de un año más que la inglesa. En la inglesa se estudiaban números y en la española homicidios y a los cuerpos objeto del delito. Balas y orificios. Dos años en España, mínimo. Allá iría. Los planes que tenía pensados para mí estaban a punto de cambiar.

Estaba harto de México, de sus mujeres, de sus bares, de sus estaciones de radio (las diez memorias de mi estéreo guardaban la misma frecuencia, la misma), de sus calles llenas de baches, de sus policías, de sus habitantes, de mis amigos. Lo único que me gustaba era el tráfico que dotaba a la ciudad de luces al anochecer, disfrutaba navegar lento con la música. En el tráfico no se requiere de pretextos para perder el tiempo, para vagar y mantenerse quieto. Varado.

Las mujeres con quienes trataba o con las que algo tenía que ver, me parecían vacías. Faltas de vida, de chispa, de ser. Artificia-

⁵⁴ Air, *Walkie Talkie*, "Surfin' on a Rocket".

les. Iguales las unas a las otras, como firmas de registros de entrada de edificios. Puros garabatos, dos elipses alargadas hacia arriba y una que las cruza a la derecha rematando hacia abajo. Todas iguales, todas. Indistinguibles. Todas exactamente iguales, menos Maia. Ella era distinta. Especial. Espacial. “*One in a million...*”.⁵⁵

La sensación de no pertenencia y desolación se agudizaba. No pertenecía aquí y a veces simplemente no pertenecía. “*Nowhere Man*”.⁵⁶ A nada ni a nadie, ni a mí, sólo a la intensidad de un amor escondido y de la noche. Simultáneamente, las ganas de despegar no me hundían, no me abandonaban. Necesitaba encontrar mi lugar. Tenía algo que comunicar y transmitir. Ario Epílogo era mi voz, el escape, mi encuentro. Yo. El desafío a la cotidianidad, al simple sobrevivir. Yo en busca del *supervivir*.

Todo estaba listo, unas cuantas semanas me separaban de Madrid, de la exploración de mi nueva vida, de mis futuras costumbres. Sepulcro y los demás socios de Bröntes fueron avisados. Se encolerizaron al conocer mi decisión y peor cuando se enteraron de la maestría.

—¿Qué?!, pero si no sabes nada de eso, eres un abogado civilista, un litigante, no un criminólogo ni carcelero. ¡Demonios!, pero qué pretendes hacer de tu vida, lo único que vas a conseguir es perder un año de tu ejercicio profesional, en lugar de subir vas a bajar —decía Sepulcro, encabronado. Como si él fuera a cubrir los gastos.

—Perdón que lo interrumpa, licenciado, pero no es un año, son dos.

—¡Dos años!, debes estar loco. Se te zafaron las cuerdas. ¿Y no me digas que tus padres te apoyan? —preguntaba incrédulo.

—Siempre han querido tener un criminólogo en la familia, licenciado —y era la verdad. Mi padre pensaba que a mi regreso los criminales de cuello blanco recurrirían a mí para pedirme auxilio. *Top of the top* de los penalistas. Honorarios de peso. En dólares.

—A mí no me engañas, Lansbury. Tú te vas a tirar la hueva, de vivir. Ya no estás en edad para hacer eso, mano. Y además es un ejemplo peligrosísimo para tus hermanos, ojalá no sigan tus pasos, la estás regando feo —decía más furibundo. Sus cachetes temblaban.

⁵⁵ Travis, *The Invisible Band*, “Flowers in the Window”.

⁵⁶ The Beatles, *Rubber Soul*, “Nowhere Man”.

Dudo que le preocupara mi futuro y aseguro que lo que le preocupaba era su presente. ¿Quién le iba a sacar la chamba y los apuros?

—Ojalá no te arrepientas, pero lo dudo —continuaba escupiendo.

—Ojalá que no, licenciado Sepulcro. Ojalá que no —le contesté temeroso de que tuviera razón. Era probable que así fuera. Tenía muy claro que no ejercería jamás como penalista o criminólogo ni como nada que se le pareciera. Era un escape. Un escape peligroso. Muy arriesgado, pero tenía que correr los riesgos.

Elaboré una relación de todos mis asuntos pendientes con el estado que guardaba cada uno y los dejé sobre el escritorio de Sepulcro. Era hora de irse. De la ventana de su oficina se observaba un enorme espectacular de Baby Creysi (la marca de los productos para bebé) que cada vez que lo veía me daba ganas de echar abajo, no sé por qué. Y mi cerebro, que no para de hablar, me hizo reír:

"Lansbury, say goodbye to Baby Creysi, man", pronunció en mi cabeza con acento afroantillano.

Al salir de su oficina, las veintisiete secretarías que laboraban en la firma me esperaban a lo largo del pasillo que conducía a la salida. Una tras otra. Las veintisiete con sonrisas tristes, de despedida. Cuando las vi, los ojos se me mojaron y puse una sonrisa igual, triste. Las personas que menos te esperas son las que suelen moverte el corazón, las que te hacen darte cuenta de los lazos que se crean de forma natural, sin que lo adviertas. Ninguno de los socios me deseó buen viaje, suerte o felicidad. Pero ellas ahí estaban, como miembros de un regimiento que despiden a su general. Nunca les di nada más que saludos, sonrisas sinceras, algún regaño quizá y, bueno, me encargaba de sacarles sus copias fotostáticas... para ver a Maia, pero al final de cuentas siempre fui yo, no había que intermediar con poses o actitudes beligerantes como con los socios, a quienes les invertí demasiadas horas de mi vida y a quienes generé mucho dinero. De ellos ninguno se despidió de mí.

Unos días antes de mi viaje a Madrid mis amigos de la infancia organizaron una comida de despedida en un restaurante por la zona de oficinas. Uno francés, bonito, bueno. Caro. Fuimos citados a las 2:30 de la tarde, pero extrañísimamente se me hizo temprano. A las 2:05 entré al restaurante y al minuto estaba sentado en la mesa redonda que nos asignaron. Solo. Adentrado en la melancolía de partir (irse siempre genera alguna tristeza, por más

pequeña que sea), a través del cristal miraba a la gente pasar por la calle, caminando por la banqueta, unos con prisa, otros a paso lento, unos con la mirada perdida, unos con la quijada apretada, unos sonriendo y otros cansados. Así los seguía con la vista hasta perderlos y, cuando mis ojos no alcanzaban más, regresaba la mirada al otro lado para perseguir a otro peatón, como máquina de escribir que llega a final de renglón y regresa al nuevo.

Observaba a una viejita que avanzaba más lento que cualquiera. Llamó mi atención por su encorvadura y sus ojos clavados al suelo, atentos a que el pavimento no le hiciera una mala jugada, una trampa. Iba atentísima al piso, encorvada. En su mano derecha sostenía una preciosa rosa roja, enorme, totalmente abierta. Pensaba si alguien se la habría regalado o si la compró ella misma para sí, para alegrar una ventana.

Repentinamente, cuando pasaba justo frente a mí, se detuvo y giró su rugosa cara hacia la mía. Arrugada. Fijó su mirada vieja en la mía y puedo jurar que mientras tanto pausó a todas las demás personas que estaban a nuestro alrededor. Clavó y martilló sus ojos en los míos y sonrió, asintiendo tres veces con la cabeza, como queriendo decir algo, como dándome a entender que no pasaba nada, que todo iba a estar bien. *"Everthing's gonna be all right!..."*⁵⁷

Me quedé paralizado por unos segundos (igual que los demás) y cuando reaccioné ella ya no estaba. Sacudí la cabeza intentando recobrar la razón, pero no sucedió nada, nada cambió. Ella no estaba y la gente caminaba como antes, todos en movimiento. Me levanté de la mesa y fui a la puerta para ver si desde ese punto la encontraba, pero con quien me encontré fue con Maia, a quien casi arrollo en mi brusca carrera por encontrar a la anciana que había desaparecido, dejando por único señuelo de su existencia la rosa que llevaba en la mano, que recogí de la banqueta, justo a los pies de Maia.

—Hola, Maia. Se te cayó esto —le dije y le di la rosa.

—¡Lansbury! ¡Je, je!, esa rosa no es mía, no se me cayó de ninguna parte.

—Es para ti.

Gracias —sonrió—. Oye qué gusto me da verte. ¿Vas a comer o vas de salida? —me preguntó con la voz más dulce del mundo, con

⁵⁷ Bob Marley and the Wailers, *Natty Dread*, "No Woman, No Cry".

la piel más linda que nunca, con unos ojos que brillaban y que escondía tras un par de lentes de armazón rojizo que le daban un aire intelectual y de inocencia que me derretía.

—Casi te choco, perdón. A mí me da más gusto verte. Pensé que estarías fuera, en lo de tu maestría —quería decirle tantas cosas. Al tenerla así de cerca mis piernas se volvían de hielo, igual que mi estómago y mi pecho, mi garganta. La coronilla, en cambio, me ardía, quemaba. Sin que ella se diera cuenta, inconscientemente construyó un puente hacia mí. Un puente por el que yo cruzaba todos los días, sin coche, sin caminar. Simplemente lo cruzaba. En todos los planos. Un día la invitaría a cruzar el puente conmigo.

—¡Sí, ja, ja, ja, casi me llevas de corbata! ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Este... es que pensé haber visto a un viejo amigo caminando por aquí, pero creo que me equivoqué. ¿Y tú, con quién vienes? —la impresión de lo que acababa de ocurrirme en combinación con la sorpresa de encontrar justo así a Maia me aceleraba el corazón al grado de marearme. Que llamen a un cardiólogo.

—Mis amigas me invitaron a comer de despedida, porque ahora sí me voy en menos de una semana. Pero quedamos hasta las dos treinta y no calculé bien el tiempo. Llegué demasiado temprano. Me toca esperarlas —contestó.

De inmediato, el cerebro: "¡Invítala mientras a tu mesa, invítala antes que se siente sola en la suya, vas!".

Y así lo hice y ella aceptó contenta. Y seguimos hablando:

—¿Y cuándo te vas, a dónde? —le pregunté.

—Ya en cinco días. Estoy feliz. Voy a Italia, a la Universidad de Trento, a mi maestría en Sociología. ¡Ya me urge, caray!

—¿Sociología? ¡Cómo crees! No tenía idea que te gustara eso, qué bien. Es lo mejor que puedes hacer, salir de esta ciudad aunque sea por un rato. Te la vas a pasar bien, qué bueno. ¿Y cuánto tiempo te vas, tu novio qué dice? —me imaginé que estaría en depresión, quién no. Más tratándose de ella.

Nunca imaginé que le interesaran cuestiones humanistas. La visualizaba como una mujer dedicada en cuerpo completo a su trabajo legal, realizada con serlo. Una mujer corporativa.

—Pues está triste, pero me entiende. Él lo hizo antes y es algo que platicamos tiempo atrás. No va a ser fácil para ninguno de los dos, pero es lo mejor. Además, se puede dar sus vueltas por allá.

—Me imagino que será muy difícil estar enamorado de alguien que se va (que si no). ¿Y qué dura, uno o dos años? —quería saber de su vida aunque no tuviera cabida en ella. Me interesaba. Lo que me decía era ley. Sus planes eran los mejores, igual que sus días, sus chistes, sus labios con brillo aroma a sandía. Su pelo, sus ojos, su risa. Todo lo que estaba y salía de ella estaba bien, era lo mejor. Lo que yo quería y de lo que era carente, pobre.

—Es de uno, pero quiero quedarme otro más, a trabajar o hacer a ver qué. Quiero sacarle el máximo provecho.

—Haces bien, Maia, vete lo más que puedas. Te la vas a pasar como en ningún otro lado. Aprovecha. Conoce gente, diviértete. En una de éstas y hasta te quedas por allá —le dije sin querer decirselo. Lo que quería decirle era que la amaba, que estuviera conmigo toda la vida. Juntos. Hasta viejos. A morir. Con hijos que nos recordaran el día que subiéramos.

No entiendo por qué el género humano es así, somos así. Decimos usualmente cosas que no queremos decir. No hablamos con el corazón sino con la mente y con mentiras. Con la *razón* que con tamina. Y no solamente decimos, igual actuamos.

Continuamos hablando un rato más. De sus planes, de los míos. De mi maestría, de que tampoco se imaginaba mi afición y gusto por el tema de los criminales y las cárceles (que no me gustaba, definitivamente), así como yo no imaginaba en ella la sociología. De la posibilidad de visitarnos un día en las respectivas ciudades a las que emigraríamos y de otros temas menos importantes.

Llegó una amiga suya y la conversación finalizó, no sin antes haber intercambiado nuestros respectivos *hotmails*, y yo a punto de darle el correspondiente a Ario Epílogo, pero corregí a tiempo y le di propiedad de Lansbury Frapp.

Eran las 2:30 de la tarde y mis amigos no aparecían. Utilizaba el tiempo en recriminarme lo tonto que era no decir lo que sentía, no hablar con el corazón. Me preguntaba qué me gustaría decirle, qué sentía acerca de que se fuera, qué sentía de que no nos fuéramos a ver en años, porque eso de la visita recíproca generalmente se dice por compromiso, no sabes si a la otra parte le interesa realmente o no, probablemente hasta flojera le da. Eso, me preguntaba qué me gustaría decirle.

Palabras comenzaron a conformar pensamientos y, por reflejo, sin pedir permiso, desapoderé al mesero de la pluma que tenía atorada en uno de los ojales de su camisa y escribí al reverso

de la hojita de sugerencias del día que arranqué de la carta del restaurante:

Poema a la mujer que se va de maestría

*Debo decir que te vayas,
pero me gustaría decir que te quedes,
quiero que sepas que eres,
el hueco que siento me muere.*

*Nada ni nadie me salva,
nadie me es suficiente,
quiero que sepas que eres
el sueño en que quiero perderme.*

*Si un día se acaba la vida,
sólo será por no verte,
pero que sepas, mi vida,
que mi amor no se muere.*

*Quiero que sepas por siempre
que siempre voy a quererte,
que siempre estás en mis días,
que siempre estás en mi mente.*

*Debo decir que no importa,
pero por dentro sí duele.
Y si te vas algún día,
por favor un día vuelve.*

La ciudad quedará desierta y no quiero habitarla si no estás tú.

Llegaron mis amigos y guardé el papel dentro de una bolsa traserera de mis jeans. Comimos, hablamos y bebimos. No puse atención. No me importaba lo que decían, de lo que hablaban. Me limitaba a responder lo estrictamente necesario. Ella robaba mi concentración, la captaba completa. No me concentraba más que en Maia. Me distraía y me atraía como nunca. Como siempre.

Un par de horas después, ella y sus amigas se levantaron de la mesa. Maia se dirigió a la mía para despedirse y de inmediato

saqué el papel, bien doblado entre mis dedos, listo para meterlo en una de las bolsas laterales del saco de cuero negro que llevaba. Sin que nadie lo notara se lo guardé. Tenía experiencia en hacerlo, la corruptela de los tribunales exigía ser ducho en la técnica. Y lo logré, el papel quedó dentro.

“Algún día lo encontrará”, deseé.

*When dreaming,
I'm guided through another world,
time and time again.*

*At sunrise I fight to stay asleep,
'cause I don't want to leave the comfort of this place,
'cause there's a hunger, a longing to escape,
from the life I live when I'm awake.*

*So let's go there,
let's make our escape.
Come on, let's go there,
let's ask can we stay.*

*Can you take me higher?
To a place where blind men see.*

*Can you take me higher?
To a place with golden streets...⁵⁸*



⁵⁸ Creed, *Human Clay*, “Higher”.

X

“MADRID, MADRID, MADRID”⁵⁹

La noche previa a mi viaje, deambulaba por la ciudad como un sonámbulo (“Sleepwalk”⁶⁰) en su casa, por la cocina. Manejaba nuevamente sin dirección, contemplaba la ciudad sumergida en la oscuridad y las luces de las casas y las calles socorriéndola.

Cuando el día cerraba mal y las cosas adentro o en el exterior parecían no tener sentido, lo único que me tranquilizaba era subirme de noche al coche y recorrer kilómetros, sin llegar a ningún lado (ya lo había dicho). Afortunadamente, no era sujeto de investigación policíaca, de lo contrario, mis trayectos automovilísticos me hubiesen indiciado como probable responsable. Sospechoso. Manejaba y manejaba, daba vueltas. Puras vueltas.

Probablemente, visto desde el cielo, mi línea de recorrido haya formado corazones o círculos perfectos en su trayecto. O palabras de auxilio. De rescate. “Help!”.⁶¹ Algún día le pediré a Dios las cintas en las que me tenga filmado y verificaré mis rutas, estoy seguro de que el auto pedía ayuda. Sentía triste a su piloto.

No buscaba atajos sino desviaciones. Alargar el paseo por horas hasta conseguir un poco de tranquilidad. Hasta conseguir que el auto me devolviera algo de mí. Entonces sí podía tomar el camino a casa. “*When lonely days turn to lonely nights, you take a trip to the city lights, and take the long way home, take the long way home...*”.⁶²

⁵⁹ Agustín Lara, “Madrid”.

⁶⁰ Santo and Johnny Farina, *Santo & Johnny Farina*, “Sleepwalk”.

⁶¹ The Beatles, *Help!*, “Help!”.

⁶² Supertramp, *Breakfast in America*, “Take the Long Way Home”.

El camino largo, el camino habitual que concluía en una calle tenebrosa. Una calle muy larga y oscura que no podía faltar en cada vuelta.

Era una calle que servía de subida y de bajada. Una calle sin casas. Repleta de faroles. Una calle muy sola. Generalmente, un farol funcionaba y dos estaban fundidos, el siguiente funcionaba y los tres siguientes no, y así toda la calle.

Esa noche quise usar la calle de subida. Detuve el coche donde iniciaba, en la parte más baja, desde donde se podía apreciar qué faroles estaban fundidos y cuáles no. Más o menos de cada cinco uno prendía. La oscuridad prevalecía sobre la luz. Antes de arrancar, escogí "Bitter Sweet Symphony"⁶³ de The Verve, mi himno más recurrido, el que me pone la carne de gallina y me da patria, fuerzas y espíritu.

Estaba consciente de que mi viaje a España era una locura, sabía que los riesgos eran altos, pero estaba dispuesto a pagar el precio. El sabor del desafío de reglas y costumbres y de destinos pronosticados era dulce. Pero necesitaba una señal, una señal que me diera luz. *"I'm looking to the sky to save me, looking for a sign of life, looking for something help me burn out bright..."*⁶⁴

Sonaban los violines introductorios de la canción y las nubes se abrían para permitirme ver la Luna y las estrellas a través del techo del coche que se pintaba de transparente. Miré al cielo, hice la pregunta y pedí el deseo... si algún farol se encendía, la señal era positiva, buena. Si no, simplemente no habría respuesta y una angustia esotérica daría lata. Clavé el pie en el acelerador y me prensé del volante, mientras un ensordecedor grito apache alteraba el silencio en pleno ascenso, a toda velocidad.

Avanzaba por la pronunciada subida y los faroles se encendían a mi paso. No uno o dos, sino todos los apagados. Todos. Un show de luces que me emocionó y me hizo llorar. La sensación de respuesta me desbordó. Era sin duda una señal de Dios que me tranquilizó y me reinjertó alas.

Años después unas personas me dijeron que esos faroles tienen sensores de movimiento. Pero estoy seguro de que esa noche alguien los encendió para mí.

⁶³ The Verve, *Urban Hymns*. "Bitter Sweet Symphony".

⁶⁴ Foo Fighters, *Nothing Left to Lose*. "Learn to Fly".

Miraba la lluviosa oscuridad desde el avión que se preparaba para despegar. Las gotas de agua escurrían por la ventanilla y las lágrimas por mis ojos. Las dudas me atacaban de nueva cuenta, pero nada podía hacer ya al respecto.

No cabían los arrepentimientos.

“¿Por qué la música me condujo a esto si ni siquiera sé hacerla? Es la estupidez más grande del mundo. Dejé todo por un simple sueño” y, al escuchar la última frase de mi pensar, las lágrimas de miedo se transformaron en lágrimas de risa, de aventura, de desarraigo.

Fue triste dejar a mi familia. Aunque las tensiones se habían liberado de manera importante, persistían. No sabía si sentirme inteligente o cobarde por abandonar la casa en esas circunstancias, por dejarles el paquete a los demás, solitos, mientras yo me desentendía igual que el hijo pródigo.

En el aire saqué las cartas que mamá, papá, Durga y Jeroy me entregaron minutos antes de abordar el avión.

20 de agosto, 2001

Mi adorado Lansbury:

Con esta carta, Lansbury, quiero mandarte todas mis bendiciones y mi amor, para que la vida que estás por comenzar se llene de ellas y siempre tengas presente el gran amor que te tengo.

Sé que esta separación en una parte es dolorosa, porque no nos vamos a ver, pero recuerda que siempre estás en mi corazón y yo en el tuyo.

Eres mi hijo mayor y tienes un lugar muy importante en mi vida y, al igual que tus hermanos, eres la razón de mi existencia y mi alegría.

Quiero decirte que eres un hijo modelo, siempre entregándome amor incondicional, apoyo, respeto, consejos, felicidad, responsabilidad y muchísimas cosas más que valoro, reconozco y que siempre agradezco con todo mi amor.

Hijito, espero que estés y seas muy feliz, que todos tus deseos se cumplan y que esta experiencia te llene de sabiduría, de sensibilidad, fortaleza, crecimiento personal y de felicidad.

*“May the Good Lord be with you down every road you roam.
And may sunshine and happiness surround you when you’re far
from home, and may you grow to be proud, dignified, and true.
And do unto others as you would have done to you.*

*Be courageous and be brave, and in my heart you’ll always stay
forever young (forever young). Forever young (forever young).*

May good fortune be with you, may your guiding light be strong.
Build a stairway to heaven with a prince or a vagabond.

And may you never love in vain, and in my heart you will
remain forever young (forever young). Forever young (forever
young). For ever young...

And when you finally fly away I'll be hoping that I served you
well. For all the wisdom of a lifetime no one can ever tell, but
whatever road you choose I'm right behind you, win or lose. Forever
young (forever young). Forever young (forever young)".⁶⁵

Que tengas muchos éxitos y que seas muy feliz.

*Cuídate mucho, recuerda siempre cómo te quiero y que siempre
actúas como todo un hombre.*

*Vete sin ninguna preocupación y aprovecha todo lo que te toque
vivir. Te adoro hoy y siempre, recibe mis bendiciones, mi amor y que Dios
te acompañe todo el tiempo.*

Tu mamá,

Pría

Automáticamente se me escurrieron los ojos y la nariz, mi ve-
cino de asiento me miraba compasivo pero también un poco asquea-
do de tanta mucosidad que salía por mis fosas nasales.

Mi madre era realmente la única persona que conocía mis de-
seos. Los deseos a que se refería en su carta eran los auténticos,
los que me movían a cometer la locura que cometía y, sabedora de
los mismos, me apoyaba. Siempre incondicional, siempre amo-
rosa. Me daba mucha tristeza dejar a mamá.

Me limpié los ojos, me soné y abrí la de papá:

Agosto 20, 2001

Querido Lansbury:

*Tú sabes que no soy muy adicto a las despedidas, pero quiero escribirte
estas líneas para desearte lo mejor en esta experiencia que vas a vivir
como estudiante y como hombre, aprovéchala mucho, ya que es una
oportunidad que poca gente tiene para labrarse un gran futuro.*

*Por un lado, quiero decirte que tú sabes que eres mi mejor amigo,
así como yo el tuyo, que cuentas conmigo para todo y que te felicito por
la madurez que has demostrado siempre en las buenas y en las malas.*

⁶⁵ Rod Stewart, *Downtown Train (Selections From The Storyteller Anthology)*, "Forever Young".

sigue así y serás un gran hombre como ya lo estás siendo, y muchas gracias por tu apoyo.

Cuidate mucho por allá y siempre sé ordenado y disciplinado en tu vida, que es básico para triunfar.

Te quiere mucho, tu papá.

Nuevos llantos molestaban a mi vecino (un tipo bastante malencarado de unos cincuenta años), que comenzaba a considerarme bicho raro. Lloraba de la emoción y de las palabras, pero también de remordimiento. Me la jugaba con los momios diez a uno, en contra (¿quién apuesta, quién da más?). En veinticuatro horas lloré más que en lo que llevaba de vida. La fe que depositaba mi padre en mí era grande. Las expectativas, las más altas, pero yo no era quien él pensaba. *"I'm not the man they think I am at home, oh no, I am a rocket man..."*.⁶⁶ Si hubiera sabido el motivo de mi viaje (que, a palabras ciertas, no tenía motivo específico más que el de buscar y explorar, lo demás era un vil pretexto, otra puesta en escena), creo que se hubiera infartado.

Otra vez me limpié los ojos, me soné y abrí esta vez la de Durga:

Hola chiquis: bueno, en este momento seguro estás en el avión empezando una nueva etapa de tu vida.

Solamente quiero decirte que te voy a extrañar muchísimo y que voy a estar pensando en ti. Sabes, siempre le doy las gracias a Dios por haberme dado un hermano como tú y ahora le quiero pedir para que te vaya de diez y disfrutes cada momento que estés ahí.

Ahora que te vas siento que se queda un gran vacío en esta casa, que sólo se llenará con tu regreso. Por favor regresa. Bueno, gordo, te dejo. Acuérdate que te adoro y por favor cuídate muchísimo y ¡¡¡¡pórtate bien!!!!

Durga

Para desgracia de mi vecino, las lágrimas regresaron y con fuerza. Me sentía triste de dejar a Durga, solíamos salir juntos con sus amigas y mis amigos, bastante. Éramos buenos compañeros de fiesta y de charlas profundas. La iba a extrañar muchísimo, también. ¿Quién le iba a espantar a los patanes que se le acercaran? Bueno, Jeroy, quien estaba bien instruido en esos quehaceres para

⁶⁶ Elton John, *Here and There*, "Rocket Man".

desgracia de ella, que alucinaba nuestras hazañas de hermanos celosos intempestivos, aunque después de un par de semanas se reía de ellas con nosotros.

Accidentalmente, un kleenex sucio se me cayó dentro del vaso de jerez que bebía mi vecino, quien muy molesto me pidió que demostrara educación si la conocía.

Después de disculparme, abrí la carta de Jeroy:

Agosto 19, 2001

Pinche Negrito, cuidate. jiji No hagas pendejadas!!! Agárrate a unas nalgonas para ahora que te vaya a visitar.

Jeroy

Así me decía, *Negro*. Por supuesto que al leer su extensísima y sentimental carta rompí en carcajadas, que además de casi provocarle un paro cardíaco a mi vecino, causaron que del brinco que dio se tirara encima su mocososo vaso de jerez.

A dónde me iba a llevar tanta locura e irresponsabilidad. Muchos a mi edad se estaban casando y dando a luz. Las dudas y los reproches venían y regresaban. Necesitaba una nueva señal para no volverme loco, la pedí y miré por la ventanilla con la esperanza de ver algo extraño que me indicase que la decisión era la correcta. Estuve así diez minutos y nada pasó, así que por conveniencia ignoré la ausencia de respuesta, saqué el televisor de mi asiento, lo encendí y me coloqué los audífonos. Un comercial que publicitaba una hermosa y tranquila playa del Caribe decía en la voz seductora de una bella mulata: *"Run away from all your boredom. Run away from all your whoredom and wave your worries, and cares... goodbye. All it takes is one decision, a lot of guts, a little vision to wave your worries, and cares... goodbye..."*⁶⁷

Ahí estaba mi señal. Las señales se pueden percibir de las formas menos pensadas, de las más extrañas y casuales. Están en todos lados. Aparecen donde y cuando menos imaginas. Nada más hay que tener bien abiertos los ojos y los oídos, y ser receptivos. Inclusive el silencio habla y responde. Cada persona tiene una señal para nosotros, las palabras que necesitamos oír y que deseamos escuchar.

⁶⁷ Placebo, *Black Market Music*, "Slave to the Wage".

Más relajado, me hundí en el asiento. En el de al lado mi vecino ya no estaba. Pidió cambio de lugar. Mientras escuchaba "The Swan"⁶⁸ de música de fondo, cerré los ojos y a los pocos minutos caí en la inconciencia, en un sueño profundo...

Descansaba sobre la arena caliente de la playa caribeña (la del anuncio). La brisa refrescaba la piel que el sol quemaba. Las olas rompían con cuidado, se confundían con el silencio. No había nadie más. Exclusivamente yo bebía agua de coco. Contemplaba el horizonte que unía al cielo con el mar. Pensativo. A lo lejos alcancé a distinguir una silueta que se movía misteriosa por las aguas. Era una mujer. Conforme se acercaba, distinguía su figura, era preciosa. Delgada, rubia, joven. Muy bonita. Se acercó y finalmente se detuvo frente a mí. Maia.

—*"Why do you come here when you know it makes things hard for me?..."*⁶⁹ —le pregunté, sin fuerzas que evitaran que las lágrimas volvieran a salir de mis ojos.

—*"Come out, come out. No use in hiding..."*⁷⁰ —me contestó en secreto. Al oído.

—*"When I'm with you there's no reason, there's no sense..."*⁷¹ —continué. Y es que eso me pasaba. Con ella la razón me abandonaba, solamente el corazón regía y gobernaba. Como en los sueños, estado y lugar donde la razón no existe, donde cualquier cosa puede suceder. Lo imposible es posible.

—*"At the moment that you wake from sleeping and you know it's all a dream, well the truth may come in strange disguises, never knowing what it means..."*⁷² —volvía a decirme Maia al oído.

—*"I'm running away with you. That's all I ever do..."*⁷³ —le decía ahora yo a ella, al oído. Suspirábamos los dos, muy cerca. Su respiración chocaba tibia con mi boca. Acariciaba su cara, recorría su perfil con las yemas de mis dedos. Sus labios. Acerqué los míos hasta tocar los suyos. Muy despacio, apenas sintiéndose, acariciándose. El beso más dulce de la vida y de los sueños. El beso que me demuestra que el tiempo no existe. Segundos que se transforman en la eternidad. Siempre está. En cualquier momento. Recuerdo eterno.

⁶⁸ Camille Saint-Saëns, *Le carnaval des animaux*, "The Swan".

⁶⁹ Morrissey, *Viva Hate*, "Suedehead".

⁷⁰ Dave Mathews Band, *Before these Crowded Streets*, "Don't Drink the Water".

⁷¹ Goldfrapp, *Felt Mountain*, "Utopia".

⁷² Kula Shaker, K, "Tattva".

⁷³ Wolfman (featuring Doherty), *For Lovers*, "For Lovers".

Nos miramos una eternidad más, sin prisa. Sin decir nada y diciéndonos todo, hasta que en mi sueño el sueño me venció... —“Shhh...”⁷⁴ “Sleep, sleep tonight, and may your dreams be realized...”⁷⁵ “We are chemical lovers and we are gonna be a star tonight”⁷⁶ —me dijo antes de irse y regresó por el mar para esconderse en el horizonte al atardecer.

Desperté en el éxtasis más profundo que haya experimentado. El sueño no fue un simple sueño. Se trató de una aparición. Sucedió. Lo sentí, continuaba sintiéndolo. El contacto de sus labios perduraba en los míos y perduraría por siempre. Estaba despierto en otra dimensión, en un estado superior al habitual, al de la Tierra. Fue el sueño más vivo, el mejor de todos. El que nunca quiero olvidar y el que hoy me hace hablar.

Atónito, me asomé una vez más por la ventanilla e intenté recordar el sentido. La oscuridad era rotunda, ni una luz parpadeaba (ni los *flashes* de las alas del avión), ni un lucero. El avión entero dormía, menos yo (y los pilotos, creo). Igual que en la ciudad, en las noches, durante las madrugadas. Mientras pensaba y escribía. Imaginándola. Imaginándola dormir y soñar mientras sentado a un lado de su cama yo la miraba y la cuidaba, todas las noches.

De pronto, un extraño polvo brillante apareció disperso en el cielo. Flotando cual brillantina, de tonos azul turquesa, anaranjados, amarillos y rosas. Polvo cósmico. Era el rastro de Maia, que esa misma noche viajaba en otro avión también rumbo a Europa. Sonreí y volví a dormir.

Siete horas después, las llantas del avión impactaron con la pista del aeropuerto de Barajas. Habíamos llegado.

—Bienvenidos a Madrid, la hora local es las dos con trece minutos y la temperatura es de 25 grados centígrados. Una temperatura agradable. Disfruten su estancia y muchas gracias por volar... con nosotros —se escuchó en la aeronave antes de abrirse la compuerta de salida. Esa pausa entre “volar” y “con nosotros” me hizo levantar sospechas. Varios pasajeros se veían unos a otros, igualmente confundidos.



⁷⁴ Bjork, *Post*, “It’s Oh So Quiet”.

⁷⁵ U2, *The Unforgettable Fire*, “MLK”.

⁷⁶ El columpio asesino, *El columpio asesino*, “The Chemical Lovers”.

XI

ESPEJISMOS, ABISMOS Y PARAÍOS

A las pocas semanas estaba instalado. Un departamento pequeño, con lo necesario. Básico. En un segundo piso en la zona centro de Madrid. En la calle del Oro, donde todas las noches el bullicio trepaba paredes y traspasaba ventanas para seducir al espectador y al escucha, llamándolo, hipnotizándolo, como la flauta de Hamelin a las ratas y a los niños.

El encanto de la melodía pudo más y me jaló. Me dejé llevar. La fiesta era insaciable, igual que mi energía nocturna. Tal para cual. Por lo menos cinco de las siete noches de la semana me unía a los marchantes que consumían alcohol sin miramientos, al mayoreo. La droga circulaba también al ritmo de los transeúntes, aunque de ella me abstuve. Me limitaba al alcohol y con eso tuve.

Los amaneceres eran de entierro, de no poderme levantar ni siquiera en busca del agua que aliviara la cruel sed y las dos aspirinas que resbalaran de esófago a intestino para suavizar el martirio encefálico. Los pulmones despertaban intoxicados por el humo que ingerían a diestra y siniestra y la respiración aquejaba.

La maestría dio inicio y no frecuentaba clases. Gastaba horas y el dinero del bono en bares y discotecas. El salón de clases no acogía igual, aunque eso sí, las féminas estaban tan bien en un lugar como en otro. Me era difícil asimilar a tantas mujeres tan bellas reunidas en un solo sitio. Cada cual tenía su encanto, hasta las feas se sacaban partido.

De inmediato hice amigos. Evitaba tener contacto con mexicanos, pero a la larga acabé cerca de ellos, de mis compatriotas. Mexicanos de hueso colorado. Buenos amigos de Argentina, Suecia,

Alemania, Inglaterra, Italia y de polos opuestos. Inmigrantes que unimos fuerza, que nos apoyábamos, que nos espantábamos la soledad. Una especie de familia adoptiva.

Pero me drenaba gota a gota. Llevaba seis meses completos de auténtico exceso. Constante. Incrustado en tierras pantanosas, movedizas. Cada tarde despertaba con arrepentimientos y crudas físicas y morales. Dormía de día, salía de noche y regresaba pasado el amanecer. Era un vampiro al que el apetito nocturno transformaba en lobo. Los colmillos crecían y se afilaban. Éramos una jauría de lobos y zorras en búsqueda de presas y cazadores respectivamente, cada noche.

El alcohol distorsionaba la realidad, alteraba los hechos, borraba temporalmente recuerdos lacrimógenos que tenían boleto de regreso, creaba espejismos que se difuminaban en cuestión de horas, al despertar. Madrid era nuestra Sodoma y Gomorra. La perspectiva comenzaba a confundir. El viaje perdía sentido. El pasado se hacía presente, regresaba a aquello de lo que había huido, al subsuelo. A las viejas andanzas que solían atrofiarme las neuronas. Me suprimía. Me conformaba con placeres falsos, percederos. Me abstenia de hablar, de remover las ásperas hierbas que ocultaban mi camino. No avanzaba, retrocedía y me hundía. No había pretextos, era libre y me encadenaba a un poste. Era libre y voluntariamente me mantenía preso, encarcelado. No había hecho nada por conseguir y ni siquiera por buscar aquello por lo que había cruzado el océano.

La sensación de no pertenencia se agudizaba. En las mismas discotecas y con la gente con la que salía me sentía un perro raro, callejero. Ajeno. No era México a donde no pertenecía, sino a las escenografías en las que actuaba, escenografías que colgaban en todos lados, en cualquier país, en cualquier pueblo. Estaba familiarizado con ellas pero nunca logré acostumbrarme. Entonces me di cuenta. Lo primero que debía encontrar era al que estaba adentro, a mí. Una vez encontrado encontraría. Sin buscar.

Estaba más solo que nunca a pesar de la compañía. Inmerso en hoyos negros, en la parte más desagradable de la nada. Ni yo me hacía compañía. Lloraba por dentro. Mis vacíos se extendían por todo el cuerpo y me carcomían el espíritu. Me ahuecaba a cada abrir de ojos y el remordimiento se intensificaba. Había escapado para volverme a recluir, había arriesgado lo arriesgado por nada, por hacer de mi anterior película una segunda parte y no una nueva. El

motivo de mi viaje no veía su hora. El temor de abandonar el disfraz y de tocar la puerta de mundos desconocidos alejaba los sueños. La falsedad y las alucinaciones distraían mi atención, me desviaban de mis planos de vuelo, de la ruta que me había trazado y que me había convertido en un extranjero. Fantasías que me hacían perder de vista los sueños, las ilusiones. Espejismos que encubrían abismos. Infiernos vestidos de paraísos.

From: "Anna" <anna@hotmail.com>

To: "Ario Epílogo"

Subject: Un deseo

Date: Sat, 12 Jan 2002 23:11:01

Un deseo

Los deseos representan sueños e ilusiones. Los deseos se pueden cumplir y los sueños pueden ser vividos. La realidad puede ser fatal si se visualiza permanente e invencible. La realidad puede cambiar y transformarse en un sueño. Los imposibles no existen; pueden ser difíciles, pero nunca imposibles.

El deseo, la fe y la constancia son el camino a lo que a la distancia parece inalcanzable, tan lejos y tan cerca de la ilusión.

He tocado fondo y sé que es más profundo de lo que aparenta, a veces interminable. Tan infinito que puede cortar nuestras alas y no devolvérmolas. Cuando la luz oscurece sabemos que estamos bajando. Cuando un sueño se desvanece sin causas ni factores ajenos o externos es cuando sabemos que hemos dejado de volar, que nos hemos escondido de nosotros mismos. ¿Has visto cómo suelo bajar?

Cuando estás abajo y miras arriba, la luz puede deslumbrar a la ceguera y ayudarla a mirar clarito las fantasías que están arriba, los sueños y la vida de ilusiones, el amor.

Estando casi asfixiada, sin sentidos, sin visión que me dejara siquiera ver lo negro de lo oscuro, las ruinas, los restos y lo vacío de mi vida, pedí a la vida unos segundos para abandonar la tristeza, lo sucio, las tinieblas y la soledad.

Puedo subir, muy lento pero subo. El Sol, que desde la profundidad se percibe tan diminuto como el reflejo de la cabeza de un alfiler, volverá a alumbrar como un potente foco, hasta cerrarte los ojos y proyectarte las visiones y los colores que bailan en la oscuridad.

Terminó el túnel del desconsuelo, terminó. Subí. Me puse a un lado del agujero, miré hacia abajo y supe lo profundo que era. He llegado de

nuevo a la Tierra. He llegado a la tierra, al nivel del mar. El paraíso se asoma en el horizonte y no en los neones; tanto que lo he buscado y siempre estuvo de frente. Arriba. Una ilusión próxima, cercana. Nadaré el mar y llegaré a la tierra que está del otro lado, donde las nubes no dan sombra porque el sol no quema, solamente caliente y da consuelo. Recupera.

Después, seguramente, habrá aires que volar, montañas que escalar, montañas que sobrepasen las nubes y que de su cúspide nos permitan ver lo mundano más distante y el paraíso más acá, en el alma. En la cima dicen que se respira mejor, se respira más libre. Los pulmones se cierran y contraen, pero el espíritu se abre y nos llena de ilusiones, de vida, de sueños, de aire puro. Se puede respirar libre. En la cima las alas crecen, se expanden, se extienden y dan vuelo. ¿Has visto cómo suelo volar?

Le pido a la vida un deseo, llegar a mis sueños y vivirlos, sin miedo, con el alma y con el corazón.

¿Tú, qué deseo pides?

Anna

A las 6 de la tarde de un domingo salí de la cama. Otra vez, vacío. Sin motivo. Desmotivado. Con una resaca que me sumergía a punto de ahogarme de nuevo. La conciencia había hecho acto de aparición, me notificaba desde tiempo atrás que algo iba mal y que debía corregir rumbo, pero no le hacía mucho caso. “Mañana, mañana”, pensaba.

Encendí la computadora y me topé con el correo de Anna. Era la llamada de atención que esperaba. Mi conciencia letrificada. Mi conciencia hecha palabras. Otra vez. Mi grito de auxilio y mi chaleco salvavidas. Eso era Anna, eso hacía. Era la duda y la respuesta. El miedo y la valentía. La muerte y la resurrección. El planteamiento del problema y la solución. La señal.

Una extraña conexión nos unía. Fuerzas que reciclaban fuerzas sin pedir nada a cambio. Ayuda que surgía antes de ser clamada. Presentimientos. Energías que se contagiaban energía. Mentos que se leían. Tristeza compartida y alegría endosada.

A partir del segundo año de existencia de Ario Epílogo, los correos habían sido dirigidos exclusivamente a Anna. No necesitaba más destinatarios. Era escribirle a mi conciencia, a mi alma. Sabía qué iba a responder. Sabía cuándo iba a escribir. Sabía todo de ella y ella de mí. Mis lágrimas se contestaban con lágrimas y sus secretos con secretos. Podíamos hablarnos en voz alta. Nos retrolimentábamos de consejos que podían ser escuchados a cualquier hora, en

cualquier lugar, en silencio. El eco sonorizaba dentro del cuerpo, era un grito que no dejaba de resonar en una cueva, en el desierto.

Una vez más, Anna me despertaba del letargo. Sus manos me levantaban y luego me empujaban, me recargaba en ellas y me apoyaba. Me impulsaban. Nos impulsábamos como lo hacen los acróbatas. Equilibrio compartido. Así éramos. Fuerzas propulso-
ras el uno del otro.

From: "Ario Epílogo" <arioepilogo@hotmail.com>

To: "Anna"

Subject: Re: Un deseo

Date: Sun, 13 Jan 2002 20:07:36

Anna: estoy en el fondo, hundido. Quiero salir, pero estoy asustado. Va a costarme trabajo.

¿Cómo has estado? Tiempo sin saber de nosotros.

¿En qué estado está tu vida? Yo, caigo por el abismo profundo, no termina. ¿Hasta dónde llega? No veo el fondo, no veo nada, está muy oscuro, muy oscuro. El abismo por el que tú caíste. Es el mismo. ¿Dónde está la salida?

Necesito entrar al corazón, aislarme un tiempo, abandonar estas tierras tan extrañas por las que camino en las madrugadas tan contrastantes, tan contradictorias, tan agresivas, tan viciadas, tan frías y tan ajenas... pero tan conocidas. Estoy bloqueado y perdido, no sé dónde estoy, ya no sé qué quiero ni qué busco. Dejé TODO así nada más y no he hecho nada que lo compense. Me abandoné, no conservé ni mi identidad.

Qué confusión tan fuerte. ¿Por qué? Podría ser fácil pero no lo es. ¿Qué es para mí, en dónde voy a descansar? Respiro profundo y está tan rota mi alma que salen lágrimas. Necesito dormir y descansar.

Encontré unas alas que no supe usar. Me da miedo caer, me da miedo no llegar arriba y caer al suelo. Espero que el dolor, el sufrimiento y la soledad sirvan para darme fuerzas, para hacerme fuerte.

Pero hoy hace unas horas, gracias a ti recuperé la idea, creo recordar lo que vine a buscar. Me diste una señal, de las que tanto le pido a Dios.

No volveré a escribir de los sueños ni del riesgo que se debe correr por ellos. No hasta haber arriesgado de verdad. No he luchado, y escribir acerca de ello me parece y me hace sentir no auténtico, irreal. Hipócrita.

Deséame suerte. Yo te la deseo.

AE

El miedo era la burla, el perder aquello con lo que nació, lo que tenía asegurado. La humillación. No mantener lo otorgado, no superarlo. El miedo a caer. El miedo a la crítica. La incertidumbre. El miedo de no ser capaz. No cumplir los deseos. El miedo a lo desconocido. El miedo a las miradas extrañadas y de extraños. El miedo al fracaso. El miedo al riesgo. El miedo a lo distinto. El miedo. Miedos que detienen destinos, sueños, leyendas e historias.

Dejé la casa vacía. Necesitaba orearme, que los pensamientos respiraran. Caminaba deprimido, con angustia. Caminé horas sin darme cuenta. Caminaba en círculos, en líneas rectas, iba y regresaba. Mis piernas mandaban, eran libres. No recibían órdenes del cerebro. Era un autista hasta que de pronto, a media Gran Vía, un vagabundo me jaló de una de las mangas del suéter, despertándome por tercera vez en un día. Era un viejo de unos sesenta y tantos años, tirándole más bien a los setenta, de pelo largo y cano, con barbas igualmente largas y blancas. Sucio.

—Dame una moneda, gilipollas. Tengo hambre —me dijo, mientras me jaloneaba e intentaba meter su mano en la bolsa de mis pantalones donde guardaba la cartera.

—Que te la dé tu madre, cabrón. Ponte a trabajar, huevón de mierda —le contesté y lo aparté de mí, reaccioné a su insulto y a sus jalones, con los que me había devuelto a la Tierra.

—¿A trabajar? ¿Así como tú, extranjero puñetero? —seguía molestando.

—Sí, así como yo. Haz algo de tu vida, jodido —le respondí.

—Si me dices qué has hecho tú de la tuya, haré lo mismo de la mía. A ver, dime, extranjero puñetero, ¿qué has hecho de tu miserable vida? —insistía.

—¡Deja de joder, lárgate ya! —me hacía enfadar y pensar. Pero el enojo era superior.

La gente que caminaba cerca no hacía nada por ayudarme. Es más, a los dos nos miraban como si fuéramos un par de locos, amigos. Se hacían a un lado, evitaban acercarse. Nos miraban con repele.

—Anda, gilipollas dame una moneda que tengo hambre, joder. Si me la das te responderé la pregunta que llevas haciéndote todo el día —dijo y cerró un ojo. Guiñó sugerentemente.

—Qué pregunta ni qué la chingada. No sabes de lo que hablas, déjame en paz.

—¿Tú crees? Probablemente sé más de lo que puedas imaginarte —me respondió con un tono de voz distinto, invitador. Sugestivo.

—Mira, toma la puta moneda y deja de joder —saqué una moneda y se la di con tal de que se fuera. Tomó la moneda y siguió caminando junto a mí. Me ponía nervioso.

—¿Sabes? Se trata de venir a encontrar el amor. De eso se trata todo esto. Te complicas mucho para ser algo tan sencillo, extranjero.

Continuábamos caminando por la Gran Vía, a punto de llegar a la plaza de España.

—¿De qué hablas? —le pregunté. Había logrado captar mi atención después de los insultos propinados.

—De eso, del amor. De ese amor que no se limita al sentimiento que siente una persona por otra. Lo abarca, sin duda, pero lo supera. El amor por ti mismo, el amor que debe existir dentro. La satisfacción propia, la felicidad. El contemplar las montañas en un día nublado y lluvioso. Un atardecer a solas aunque estés rodeado de gente. Vibrar. Escuchar el silencio y sus mensajes. Llorar. Admirarse por la vida. Ser. Eso es todo, ser. Ser uno mismo, extranjero. Al que es, solitas le llegan las cosas, le caen del cielo. ¿Me entiendes? —preguntaba y me dejaba perplejo.

—¿Y tú qué vas a saber de eso? —le pregunté sin creer lo que escuchaba.

—Ya te dije que probablemente sepa más de lo que puedes comprender e imaginar. ¿Qué dirías si te digo que llevo más de trescientos años deambulando por estas calles?

—Diría que estás en drogas.

—Lo he estado, extranjero. Pero hoy no es el caso. He recorrido millones de veces esta avenida y otras más, nadie se da cuenta porque nadie se fija. Me evitan, paso desapercibido. Soy solamente un vagabundo más, un vagabundo muy viejo que sabe leer las preguntas de los hombres que caminan. Las veo en sus ojos, en los tuyos. En tu frente están escritas —me dijo con una seguridad y una tranquilidad que me hacían dudar.

Detuve el paso y lo miré por unos segundos.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Me llamo Drúnvalo. ¿Y tú, extranjero, sabes quién eres?

—Un momento, ¿por qué me llamaste gilipollas? Podrías haber empezado de otra forma. Más amable, sin insultos, ¿no? —le pregunté y le demandé una explicación o de menos una disculpa.

—De otra forma no me habrías hecho caso, me habrías ignorado y te habrías seguido de frente, cual si fuese un fantasma. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, extranjero.

—Aunque no te disculpes, disculpa también mi agresividad, por favor. ¿Te puedo ofrecer otras monedas?

—Mejor ofrézme un billete —respondió de forma natural, sin pena.

—Está bien. Ignoro si eres un lunático más o qué, pero agradezco tus palabras. Necesitaba escucharlas, coinciden casualmente con mi día, que no ha sido precisamente bueno. Toma —saqué un billete de cincuenta euros de la cartera y se lo di—, espero te sirva de algo. Buenas noches.

—¡Espera, espera, extranjero! Por cincuenta euros tienes derecho a escuchar más. Hay más cosas que tienes que saber —y prosiguió—. Debes tener cuidado con los falsos encantos, con los espejismos que te confundirán. No te acerques mucho porque puedes volver a caer. Debes aprender a discernir y elegir. Hay peligros, caminos que no son ciertos. Caminos que alejan del encuentro con el yo supremo. Vas a toparte con obstáculos y seres que buscan tu infierno, y no por mal, sólo porque ésa es su función. Intentarán desorientarte, para eso están aquí. Para descubrir quién llega y quién no. Debes tener cuidado y reconocerlos. Tu corazón te ayudará a distinguir. Tu corazón sabrá lo que es bueno y te hará sentirlo en el cuerpo, en el pecho. Sigue tu intuición, que suele ser más sabia que la razón y el cerebro. Sigue la intuición, la voz de adentro, del corazón. Ella te guiará, la voz interior. Síguela. ¿Alguna duda? —me preguntó.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué me dices todo esto?

—*“Well, you’ve got to be stronger now than them, now you’ve got to be strong. You’ll be singing the song of life ‘til then, you’ll just have to be strong...”*⁷⁷

Lucha por tus sueños. Siempre sé tú ante el mundo entero. Busca a la mujer que amas. Habla con el corazón —me dijo y me recordó el motivo del viaje. Y, por supuesto, a Maia.

—El miedo está presente —le dije.

—Sólo al vivir el miedo y lo desconocido tu héroe vivió su historia, sus sueños. Sólo al luchar y enfrentarse a sí mismo fue visto y conocido por nosotros. Esos sueños que tú conoces hoy como historia y como realidad de otros, iniciaron en la mente, en las ilusiones, en las fantasías de los pensamientos, y quien se arriesgó a luchar y a buscar su leyenda, la escribió y hoy la lee

⁷⁷ Kula Shaker, K, “Mystical Machine Gun”.

mos. Las grandes historias, las grandes vidas y las leyendas nacieron del corazón de quienes las protagonizaron, de sus sueños. No hace falta ser profeta o dormir para recibir mensajes a través de los sueños. Los sueños viven en nosotros, de día y de noche, en todo instante, son esencia, son verdad. ¿Los percibes en el aire? Esos sueños indican tu camino, el mío. No son imposibles si dependen de ti. No son imposibles si te arriesgas y luchas por ellos, contra la costumbre, contra la corriente, contra el miedo y contra ti. Cuando tomas la decisión que tu corazón indica, no hay error. Cuando decides luchar por tu sueño, éste comienza a ser vivido desde el momento en que inicia el camino. Al llegar al final del camino lo sabrás, el sueño y la felicidad se viven desde el preciso empezar, desde la decisión que nos lleva a buscar nuestra leyenda, nuestro existir y nuestro motivo de haber despertado aquí. Bueno, eso es todo, para continuar deposite otra moneda —concluyó.

—No sé qué decir —le dije removido internamente, zarandeado.

—Por hoy no hay nada más que decir. La plática ha terminado —dijo cortante.

—Agradezco tus palabras, Drúnvalo. De verdad, gracias. Adiós —me despedí.

—Hasta luego, extranjero. Nada más que hasta luego —dijo y se fue.

Entré a la boca del metro que tenía a unos pasos. Estaba verdaderamente removido, no acababa de asimilar el encuentro. De pronto, un sopor extenuante me invadió. Sopor. Cabeceaba en el asiento. Después de algunas estaciones llegamos a la mía, bajé, caminé a casa y sin quitarme la ropa me aventé a la cama. Rendido, agotado. Cerré los ojos y los abrí al día siguiente.

Me levanté sin comprender lo ocurrido la noche anterior. Estaba fresquísima la conversación entera en mi mente, pero no podía asegurar si había sido sueño o realidad. A manera de promesa y de simbolismo de cambio, mientras me bañaba, juré no volver a tocar un cigarro hasta minutos antes de mi muerte y, como ritual de despedida de ese vicio menor, prendí adentro de la regadera el penúltimo que habría de fumarme en vida. Mientras lo fumaba intenté recordar el lugar donde había guardado el papel en que estaban apuntados los teléfonos de las escuelas de música a las que había pensado telefonar meses atrás. La garganta debía estar limpia para el canto.

—¿Sí? —una voz femenina contestó el teléfono.

—Sí, hola. ¿A dónde hablo?

—A La Odisea, escuela de música. ¿Con quién quiere hablar?

—Quiero hablar con alguien que me enseñe a cantar. ¿Hay alguien por ahí? —pregunté.

—Pues ahora mismo no, pero sí que hay un buen profesor que es un figura, se llama Narciso. ¿Gusta hacer una cita con él para que se conozcan y hablen?

—Sí, gusto. Por favor.

—Muy bien, dígame su nombre, si es tan amable.

—Lansbury Frapp, mucho gusto.

—Muy bien, señor Frapp, ¿quiere acercarse por la escuela mañana a las 11 de la mañana? —me preguntó la amable señorita española.

—Claro que sí. ¿Cómo llego?

—Muy bien, le explico... —y me explicó.

A la mañana siguiente, en punto de las 11 toqué el timbre de La Odisea: Riiiiiiiiing...

Abrió la puerta una bella dama, supuse que la misma con la que hablé por teléfono la mañana anterior.

—¿Sí, qué desea?

—Hola, tengo una cita a las 11 con Narciso, el profesor de canto.

—Ah, sí. ¿Es usted Lansbury Frapp?

—Soy lo que queda de él —le respondí aún resacoso de la fiesta de seis meses en la que tanto había bailado. Y bebido.

La agraciada andaluza me llevó con Narciso, un tipo tremendamente simpático, casi como su nombre. Me explicó su forma de impartir las clases, las etapas por las que pasaría, teoría y práctica y, para finalizar, vocalizó unos minutos para demostrarme su potentísimo, afinado y colocado chorro de voz.

Contento de que La Odisea no tuviera parecido alguno con *La Academia* u *Operación Triunfo*, pagué mi inscripción y el primer mes de clases. Estaba adentro, en La Odisea, comandado por el tenor Narciso.

El rock se escuchaba en los pasillos y los alumnos paseaban agitando sus melenas y los mecheros que encendían la hierba y el hachís que consumían a toda hora desde el desayuno.

Empecé a vocalizar. A decir de Narciso, mi afinación era buena y el timbre igual. En lo que habríamos de trabajar era en la subida de tonos. Los graves estaban bien. Y así lo hicimos, tres veces a

la semana. Un mes, luego otro y otro más. Mi técnica mejoraba y la escala aumentaba en agudos y bajos. Alcanzaba cada vez más octavas, arriba y abajo.

Por otra parte, también me reincorporé a las clases de criminología. Me remordía la conciencia no ir y pagar a lo idiota. Además, el tiempo que me demandaba era de dar risa y pena. No había exámenes, cada materia se acreditaba con trabajos semestrales, que por supuesto bajaba de Internet. Así que le dedicaba pocas horas y tenía tiempo de sobra para la música, tanto que me uní a la banda de La Odisea que tocaba *covers* en un bar de la ciudad dos noches por semana.

Después de ensayar con el grupo un par de ocasiones llegó la noche de mi debut musical. No lo podía creer. Ahí estaba yo, arriba del escenario ante unas trescientas personas, listo para explotar.

—“*Whoa-oo-oo! I feel good, I knew that I would, now...*”⁷⁸ —fue mi primer grito. Y vaya que me sentía bien. Era lo que había querido hacer toda mi vida desde hacía mucho tiempo. Lo había soñado.

Las mujeres bailaban al ritmo del *funk* y centraban sus miradas en mí. Coreaban y no me quitaban la vista, no por guapo, sino por ser el cantante, así pasa. Levantaban sus brazos y movían el cuerpo como nativas de Brasil. La voz del negro que llevo dentro se escuchaba a todo por las bocinas del bar.

Estaba empapado, sudaba. No tanto por bailar, que no es lo mío, sino de alegría y placer. Inventaba algunos pasos robotizados que eran suficientes para quitarme la presión del baile, con eso tenían, les gustaba la torpeza y la rigidez de mis movimientos. Bailaba como un astronauta en la Luna, entorpecido por mi traje espacial.

Y así gané mi primer euro proveniente de la música, algo que en el pasado lucía imposible. Un sueñito guajiro, pendejaditas.

Tocábamos cada martes y jueves en La Luna, así se llamaba el bar. La Luna. La Luna se llenaba y el público gustaba de las canciones que versionábamos. Desde el clásico Deep Purple hasta los Dandy Warhols. Prendíamos el lugar y a la gente. A pesar de que los tragos para nosotros corrían por cuenta de la casa, mi número de rondas bajó considerablemente, procuraba cuidar

⁷⁸ James Brown, *I Got You (I Feel Good)*, “I Got You (I Feel Good)”.

mis límites y mis sentidos, aunque algunas de mis nuevas *groupies* (sí, ya tenía *groupies*... pocas, pero por algo se empieza) insistían en invitarme algún *shot de tequila español* que me convertiría en dragón.

Las cosas comenzaron a fluir, solitas. Después de cuatro meses de conocer a Narciso, una mañana de clases me sugirió que buscara a un grupo de música que necesitara vocalista, un grupo que fabricara sus propias canciones. Teníamos que comprobar si había o no madera, tela de donde cortar.

—¿Y dónde busco, Narciso? —no tenía yo idea.

—Joder, macho. Pues yo qué sé. Ahora mismo no se me ocurre nada en específico, pero hay miles de sitios, en la sección de clasificados de los diarios, en los locales de ensayo de la ciudad. Joder, macho, mejor pregunta —me dijo y me dejó en las mismas.

El hecho es que tenía razón, me urgía formar parte de algo más íntimo, no nada más de una banda de *covers*. Ésta estaba bien para ganar unos euros a la semana y para reducir el pánico escénico, siempre presente. Adrenalina pura. Pero necesitaba mi grupo, mi música.

El primer paso estaba dado, pero venía el segundo: descubrir mi capacidad para componer música, no para reproducir la de otros. Encontrar un grupo de personas con quienes hacer esa música era la próxima tarea.

Pensé que Internet podía ser un foro ideal para buscar. Y lo fue. Localicé decenas de páginas dedicadas al intercambio de música en España. Cientos de músicos, grupos y fabricantes de música de los más diversos estilos se anunciaban. Unos se ofrecían y otros buscaban. De los anuncios ubiqué más de quince que me interesaban.

—Diga —contestó en el primer número al que marqué una voz adulta, masculina y rasposa.

—Sí, hola. Hablo porque vi que buscan a alguien que audicione para su grupo.

—Así es, chavalote. ¿Estás interesado?

—Sí, seguro.

—Pero y cuéntame, ¿tienes buena experiencia? ¿Cuánto tiempo llevas bailando?

—Pues el baile del astronauta me sale de pocamadre, llevo bailándolo desde que tengo nueve años, saltando desnudo y mirándome al espejo en mi habitación, con la puerta y las cortinas

cerradas. Pero eso de bailar, bailar la verdad que no es lo mío, me sale mal. *'I Can't Dance'*,⁷⁹ pensé.

—Ah, chingá, ¿qué es requisito bailar? —le pregunté.

—Pero habéis llamado para tomarme el pelo o qué te sucede, joder. ¡Cómo que si no va a ser requisito, si lo que buscamos es un *bailaor* gitano *pal tablao*, somos un trío de guitarristas flamencos, pues qué te has pensao, capullo —me respondió muy ofendido.

—Uuups, *wrong number*. Disculpe *usté*, gitanillo —y colgué el teléfono.

Cerciorándome de que los siguientes números estuvieran bien apuntados, seguí marcando hasta que hablé con otro tipo, quien me enumeró las referencias e influencias musicales del grupo y explicó qué buscaban y qué estilo de música pretendían tocar. Me pareció algo similar a lo que yo buscaba, a lo que yo oía, así que le pusimos fecha a la cita en que habría de mostrar mis dotes como *frontman* de una banda de rock.

Llegado el día me dirigí a su local de ensayo. Hice escala en un pequeño y mugroso bar de dos por dos a unas cuadras del lugar de la cita. Pedí dos *whiskies* al hilo para bajarme un poco la presión y contener los nervios en la medida de lo posible. La zona no era precisamente bonita, de hecho era espantosa. La calle estaba oscura. No servían los faroles que se supone la alumbrarían. Recordé la calle de los faroles que estaba cerca de mi casa en México y pensé en pedir una nueva señal ahora a éstos, pero los vi tan viejos y oxidados que pensé no prenderían (tampoco soy tan pendejo).

Los perros callejeros aullaban hambrientos (era la primera vez que veía perros callejeros en Madrid), y las prostitutas se recargaban en las esquinas esperando cliente, mientras que sus padrotes preparaban sus líneas de coca sobre los cofres de los maltrechos coches que probablemente llevaban años arrumbados en las calles, y que hacían las veces de moteles.

Con mis dos *whiskies* adentro, cual pistolas de vaquero a los costados, salí y me encaminé al punto de reunión. El Paraíso era el nombre. Una vieja casona de tres pisos que servía en su planta baja de burdel y en las dos superiores de locales de ensayo.

Pregunté por Valerio, el del teléfono, y me indicó el encargado de los locales que se encontraba en el local número trece con los

⁷⁹ Genesis, *We Can't Dance*, "I Can't Dance".

demás de la banda. Toqué la puerta y me invitaron a pasar. La nube hierbosa dificultaba la visibilidad y la respiración.

—¿Quieres una *pasti*, camarada? —me preguntó y me extendió un ácido.

—No gracias, acabo de meterme unos hace rato y prefiero aguantar vara. No se me vayan a cruzar los cables, camarada —inventé que sí le entraba pero que en ese momento no se me antojaba. No quería que me vieran ajeno, distinto a ellos y a sus ondas. Quería formar parte de un grupo.

—Ja, ja, ja, qué buena onda, camarada. Te va a poner rebien, te va a colocar. Pégale a uno, majo. Aunque sea llévatelo *pa tu casa pa que veas la calidad*, hermano —me lo puso en la mano y no supe rechazar el regalito. Pero le tomé la palabra y me guardé la pastilla en los *jeans* y le dije que esperaría a echármela en el departamento, para no cruzarme.

—Ya vas, chaval, qué buena onda, qué buena onda. Disfrútala, camarada. Luego nos cuentas cómo te fue de viajecín.

—Órale, sí. Gracias, eh.

—¿¡Órale!? [*sic*] ¡Órale, órale ándale, ándale, arriba arriba! ¡Espedi González [*sic*]! ¡Ja, ja, ja!, ¡ándale ándale! Tsss, qué buena onda, *brother*, eres mexicano.

¡Epa, epa, ándale, ándale, arriba, arriba! —no paraba de decir el estúpido, lleno de *piercings* y tatuajes seguramente hasta en el culo. Al sexto “¡órale, órale!”, le dije:

—A ver, a ver, por qué no se cuelgan sus guitarritas y empezamos este desmadre de una vez —no quería seguir siendo sujeto de burlas. Me aburrían. Quería que me escucharan ya.

—¡Órale, órale! ¡Ándale, ándale, buena idea! ¡Ja, ja, ja! a ver pongámonos en nuestros sitios que Espedí González [*sic*] nos va a cantar mariachi. ¡Ándale, ándale, arriba, arriba!

Después de unas bromitas más, finalmente tocaron y yo no pude entrar a tiempo ni una sola vez. A pesar de lo drogados que estaban, su sincronía y ritmo eran perfectos, el ritmo marcado. En cambio, el mío no. Cuando entraba, por indicación y al seguir la cuenta del payaso ese, lo volvía a hacer mal y con entonada desafinación.

—Joder, camarada, lo sentimos pero estás muy verde. No vemos por dónde puedas hacerla, te faltan años de práctica, tío. No es morro pero esto te va muy mal, nosotros buscamos gente que sepa y con talento. No queremos desanimarte pero debes practi-

car mucho más y luego buscar por otros lados, camarada. Lo sentimos pero no puede ser.

—No hay problema, así es esto. No se preocupen, lo siento yo. Hasta luego —estaba decepcionado de mí. Me sentía absurdo, idiota. Al parecer esto en verdad no era lo mío, esa gente era auténtica, no como yo. Auténticos músicos. Su ambiente, sus vestimentas y las drogas los convertían en ello. En cambio yo, qué se podía esperar de un niño mimado e inocente, tonto. No tenía nada que ofrecerle a la música.

Me reproché la equivocación de abandonar mi casa, a mi familia y mi profesión en busca de algo que no tenía la menor idea de qué se trataba. El ser así de soñador y el creer que la vida se puede tomar tan a la ligera me iba a acarrear problemas, muchos. Eso pensaba, decepcionado, desilusionado y muy triste.

“Mi vida musical, si es que existe, se limitará a la de un cantante de banda de *covers* simple y cualquiera que toca en el bar que frecuentan los turistas, no para escuchar a la banda, sino para ver a quién se levantan. Será mi *hobby*, como siempre lo debió ser y yo seré abogado como siempre debí serlo”, pensaba deprimido y reprimido por el fracaso que tortura y lastima.

Caminaba a la estación del metro para regresar a casa. Agotado y desmotivado. El raspar de unas uñas sobre el cemento de la calle me alertó. Uno de los tantos perros callejeros que husmeaban por la zona se me dejaba venir a toda velocidad. Un enorme y furioso perro, tipo lobo. Negro. Amenazante, enseñaba sus afilados y hambrientos colmillos.

De inmediato tuve un *flashback*: Laika. Me aterroricé y pensé en correr. No podía volver a suceder lo que hacía tantos años había sucedido. “No otra vez, por favor”, le pedí a Dios.

Mis piernas comenzaron a temblar cuando, inesperadamente, un coraje voraz y fierísimo brotó de mi estómago y se expandió por todo mi ser, hasta en las uñas lo sentía. Una furia superior a la del perro. Comencé a gruñir y a rugir fúrico, mirándolo a los ojos. A unos pasos de mí se detuvo en posición de ataque. Yo hice lo propio, dispuesto a defender lo mío al precio que fuera necesario. Quietos, ninguno de los dos bajaba la mirada. No parpadeábamos. Atentos a los posibles movimientos que fraguaban nuestras mentes. No pude resistir el impulso de embestida y me le lancé encima. Con mis manos atrapé su hocico y lo mordí por el cuello. Incontenible. Sacudía. No soltaba.

Percibí que el animal sangraba y noté que perdía resistencia. Con cuidado lo solté y me puse de pie. El animal permaneció tirado unos minutos en la calle. Me miraba asustado, con respeto. Poco después se levantó y se alejó trotando cabizbajo, con la cola entre las patas.

—¡Hey, extranjero! ¿Ahora te dedicas a molestar a los perros? —escuché un grito a lo lejos, desde la esquina contraria a aquella en la que yo estaba, en la que me reponía del bravo encuentro.

Me sacudí la tierra de la ropa y de los cabellos y me acerqué al que gritaba. Era Drúnvalo.

—Qué bonita escena, extranjero. Mira cómo tenéis asustadas a las putas y a sus centinelas —me dijo, riendo.

Giré la vista y comprobé lo que Drúnvalo decía. Las prostitutas y sus *guardianes* se escondían detrás de los coches y me observaban temerosos, como si yo fuera el perro. Rabioso.

—Las apariencias engañan, extranjero. Las apariencias engañan. No te dejes engañar, recuérdalo. No dejes que otros te confundan, que ése es su propósito y su trabajo. No pierdas de vista tus sueños, que no todo es como parece. Hasta luego, extranjero.

—Hasta luego —me despedí apenas asimilando lo ocurrido.

—Así está bien, extranjero. Simplemente hasta luego, así está bien —dijo y se fue sin decir más.

De regreso a casa comprendí por qué atacé al perro. No era necesario sufrir un segundo accidente para adentrarme, descubrirme y escuchar la voz del alma que corea las instrucciones e indicaciones que conducen a los sueños. Ahora vivía adentro y afuera y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en mi camino. Hacía varios años un perro ya había marcado cicatrices y despertado una conciencia.

Las apariencias engañan, es cierto. Cinco minutos antes pensaba que solamente un cuarteto de estúpidos como los que me topé en ese local de ensayo podía formar parte del mundo que yo buscaba, la música. Esa imagen me la había inventado yo y era falsa. Era un espejismo. Los mundos se conforman de distintos caracteres, de distintos estados de ánimo, de distintas características, de distintos estilos, de distintos vicios, de distintas virtudes, de distintas personas, de distintos sentimientos, de distintas formas de ser. Igual que cualquier otro mundo. Mundos desconocidos que a lo lejos parecen impenetrables, recónditos, inaccesibles. Mundos aparentemente prohibidos para quien los mira a la distancia. Mun-

dos en los que todos cabemos si dentro está nuestro asiento apartado. Las apariencias engañan, es cierto. Quince minutos antes las prostitutas y sus padrotes me imponían, me daban miedo. Diez minutos después, yo a ellos.

Iba a abrir la puerta del edificio donde estaba mi departamento cuando, por detrás, el agudo e incisivo ladrido de un perro casi me infarta. Bueno, no pasó de una taquicardia arrítmica, el tono del ladrido me hizo suponer que se trataba de un perro enano, de una rata canina que no pasaría de morderme el dobladillo de los jeans o las agujetas de los zapatos.

Y, efectivamente, era el desagradable y tembloroso perro salchicha con cruza de french poodle de mi vecina, que a últimas fechas me despertaba a diario con sus ladridos a las 6:30 de la mañana, cuando su ama se iba a trabajar. Estaba harto de gruñidos y ladridos. De perros y de perras.

—Ay, disculpe usted a Reina. Ladra pero no hace nada, es tremenda, je, je, je —me dijo la vecina, visiblemente orgullosa del susto que me causó su rata esa.

“Sí, pinche perra eres tremenda y escogiste un mal día para chingarme”, pensé encabronado.

—No se preocupe, así son estos perritos —le contesté y me agaché para acariciar a Reina, y sin que me viera su ama saqué la *pasti* que me había regalado el tal Valerio y se la metí en su hociquito. *Enjoy it mother fucker*.

Ya en la cama me sentí contento de haber llegado a donde había llegado, de haber superado obstáculos y miedos que hasta ese día me habían negado hacer algo tan fácil como lo hecho. Logré quitarme los ojos de los demás y ver únicamente con los míos bien puestos. Fue tardado y difícil descubrir lo fácil que era, pero lo había hecho. Había avanzado por el camino desconocido que conducía al mundo oculto al que soñaba llegar años atrás y, aunque en la puerta se reservaron el derecho de admisión y me negaron el acceso, la satisfacción sabía a gloria, a triunfo.

Una semana después audicioné con otro grupo, en un lugar llamado Rock Palace, a tres minutos andando de la estación de Atocha. Los nervios volvían a hacerme una mala pasada y mis entradas en las canciones (“Bad Moon Rising”,⁸⁰ “Dock of the

⁸⁰ Creedence Clearwater Revival, *Green River*, “Bad Moon Rising”.

Bay”⁸¹ y “Alive”⁸²), que previamente acordé escucharía y practicaría para cantarlas el día de la prueba, estaban a destiempo, sin excepción ni pretexto, sumándole que la mitad de las letras se me olvidaron. Los dos guitarras, el bajista y el baterista se volvían para verse disimuladamente y ponían cara de que tendrían que continuar buscando cantante. Yo veía.

Al sexto intento me disculpé y abrí la puerta del retiro, pero uno de ellos, de nombre Rombol, me detuvo y me dijo:

—Oye, que no pasa nada. Es una simple prueba, por qué no te relajas y mejor improvisamos algo, nada de canciones conocidas. ¿Te mola la idea?

—Gracias, no creo que lo pueda hacer mucho mejor.

—¡Anda, inténtalo, joder! ¿Qué te apetece cantar, qué género de música es el que más te gusta? —me preguntó Rombol.

—Mmmm, pues no soy muy conocedor del blues, pero me gusta cantarlo. Me afloja —le dije.

Sin preguntar más y sin esperar tiempo, Rombol empezó a rasgar finamente las cuerdas de su guitarra, con un *feeling* que paraba los pelos de los brazos y ponía el cuero chino. Me dejé llevar y por primera vez en mi vida sentí la música entrar por cada poro de mi piel y llegar adentro, al corazón. La voz del *Negro* se dejó escuchar más fuerte y segura que nunca, recia. Improvisé y cuadré perfectamente los tiempos con los acordes de Rombol.

Cerré los ojos y me fundí en las notas y en la melodía. Una red de energía nos cubría a los cinco y unía a cada uno con un hilo conductor que formaba un todo energizado. Un manto de energía nos envolvía. *Bluseamos* cuarenta y cinco minutos sin pausa, los cinco con los ojos cerrados. Sonreíamos. La conexión estaba hecha. Se sentía en las venas y adentro, en el pecho.



⁸¹ Otis Redding, *The Dock of the Bay*, “The Dock of the Bay. (Sittin On)”.

⁸² Pearl Jam, *Ten*, “Alive”.

XII

LOS LUNÁTICOS Y LOS MUNDOS OCULTOS

Después de deliberar durante cinco minutos, emitieron su veredicto en voz del *Bonsai* (así le llamaban, por pequeño), segundo guitarra o guitarra rítmica del grupo.

—Ensayamos aquí los martes, jueves y domingos de 5 a 8 de la tarde. Hemos tenido bastantes problemas con otros cantantes que se han presentado, porque se comprometen y acaban por no venir o nos dan largas y promesas que no cumplen. Nos gustaría saber en primer lugar si tú te comprometes de verdad.

—Les doy mi palabra que sí.

—¿Y te quedan bien los días y horarios? —preguntó esta vez Cirilo, el batería.

—Me quedan perfectos.

—Del estilo del grupo no hemos hablado, pero lo mejor será que te demos un CD el próximo día que nos reunamos, en el que están grabados algunos temas que hemos compuesto de un mes para acá —me dijo ahora Akira, el bajista.

—Excelente, pásenmelo y lo escucho, así conozco y me familiarizo.

—Parece lo correcto. Has dicho que no tocas ningún instrumento, ¿cierto? —preguntó Rombol, el guitarra principal, el de los requintos.

—Así es, desafortunadamente no toco ningún instrumento.

—Bueno, tampoco pasa nada. Para eso estamos nosotros —me dijo con tal fraternidad y solidaridad que de inmediato sentí afecto por él.

—Tú te encargarás de hacer la melodía de voz y las letras, que ninguno de nosotros es hábil para escribir.

—Ok, espero serlo yo. Será mi debut como escritor de letras, ustedes calificarán.

Eso parecía más que perfecto, justamente lo que buscaba. Contribuir. Crear en la medida de mis posibilidades. Componer. Me quedaban como anillo al dedo y deseaba quedarles yo igual a ellos.

—Cuando las cosas se hacen desde el corazón no tienen por qué salir mal. Cuando se hacen así no hay errores —dijo Rombol y me hizo recordar las palabras de Drúnvalo el día que lo conocí, el día que me encontró e insultó. Tenía un *feeling* de estar en el lugar y con las personas correctas. *"I've got a feeling, a feeling deep inside..."*.⁸³

—Muy bien, pues ya estamos. Somos cinco y cinco hemos de ser. Nos vemos el martes a las 5 de la tarde —dijo *el Bonsai* con un implícito "sí" a mi entrada al grupo. Fui aceptado.

El martes siguiente en el Rock Palace tocaron los temas que habían compuesto a medias hasta entonces, para que comenzara a reconocerlos y a inventar melodías vocales que descansaran sobre sus acordes. Los mismos temas me los entregaron grabados en un CD que no dejé de escuchar esa noche en el departamento. No dormí.

Al día siguiente renuncié a la banda de *covers* de La Odisea. Mi nueva banda, mi banda, aún sin nombre, requería todo mi tiempo y energía.

Corrieron las semanas más aprisa que de costumbre. Dicen que así pasa cuando estás contento, rápido te haces viejo. Viejo sano. Viejo sabio. Las melodías eran amables y surgían del silencio en que pernoctaban, para dejarse descubrir. Las palabras aparecían como piezas de rompecabezas y las canciones se armaban rápido, con una fluidez que nos asombraba a todos.

En el local de ensayo apagábamos las luces y tocábamos por horas sin vientos, sin orden o estructura aparente, sin gestos que intimidaran, sin correcciones, sin presión, sin ojos, sin luz, con corazón. En armonía. La única orientación luminosa la proporcionaban los diminutos focos verdes y rojos de los Marshalls, indicando que el sistema estaba encendido, en llamas. La red de energía nos envolvía como una gran nebulosa protectora que nos aislaba del exterior y nos fundía en un ser aparte, independiente.

⁸³ The Beatles, *Let It Be*, "I've Got a Feeling".

La Fender y la Gibson se acompañaban, chillaban y gritaban extasiadas, a veces tranquilas, a veces histéricas. El bajo de Akira las consolaba y las invitaba a bailar sin prudencia o delicadeza, a la fuerza. La batería explotaba y marcaba los tiempos a los que mi voz debía acomodarse, sin respetar cuando no había necesidad de respeto. Cada uno metido en su adentro, comunicados por instrumentos. La voz robaba también notas al silencio y se acostaba deseosa en la música y el viento. Música que surgía de la nada y que invocaba el todo, música que nacía del corazón, sin esfuerzo.

En tres meses teníamos doce canciones, a nuestro parecer las mejores, con las que conquistaríamos el mundo y con las que lo recorreríamos en innumerables ocasiones. Una parte de los cinco se impregnaba en cada una, aunque la creación y esencia de Rombol predominaba. Las sentíamos como no se siente nada, no era un sentimiento de propiedad o de pertenencia, menos de grandeza u omnipotencia, era algo más grande todavía. Era sentirse hecho música, hablar y expresar a través de algo que va más allá del lenguaje. Una sensación no comparable, alucinante, espacial.

De las doce canciones escogimos cuatro para grabar en un demo presentable, en estudio, bien masterizado y producido. Sin verme me veía haciéndolo y no lo creía, no daba crédito. Era soñar despierto, era por fin hacer lo que me imaginaba cuando recorría kilómetros y kilómetros en el coche hacía tanto tiempo, en la nave cósmica en que viajaba a miles de kilómetros de distancia para encontrarme justo haciendo lo que ahora hacía. Puede sonar exagerado, pero así era, así fue.

Repartimos el material en bares, foros, salas de conciertos, disqueras y en el metro, donde algunas tardes tocábamos para cientos. La gente se agrupaba y escuchaba, observaban divertirse al quinteto. Revueltos entre esos cientos, alcancé a reconocer amigos, conocidos e inclusive a maestros que no pudieron educarme en México, a algunos exclientes y hasta algún exjefe, quienes por supuesto no me identificaban; me miraban y buscaban cotejarme quizá con alguna imagen o recuerdo microfilmado en sus cerebros, pero me tenían trasapelado. Mi ficha de registro la guardaban en otra clasificación, en otro fólдер y no me reconocían. Reía.

Algo fogueados en los pasillos del metro, en las plazas y en los pequeñísimos festivales de los pueblos cuna de Rombol, Cirilo, Akira y *el Bonsai*, tocamos luego puertas en bares mejor puestos, el primero de ellos La Luna, donde antes canté con los de La Odisea.

Y justo de La Luna salió nuestro primer concierto a sueldo, no había que tocar *covers* o versiones sino nuestros propios rezos. El dueño, a quien conocía bien por mi paso en sus terrenos, gustó del demo y nos ofreció tocar en mero viernes y desembolsar la cantidad de setecientos euros. Ciento cuarenta por cabeza, exactamente lo que costaba mi hora como abogado asociado en Bron-tës & Associates. Increíble. Pero cierto.

—Ok, majo. Me gusta el sonido. Hagamos la prueba, puede que sean un buen descubrimiento o un desastre. Y dime, ¿a quién anuncio? —me preguntó don Mateo, el dueño de La Luna.

—¿Cómo que a quién anuncia, don Mateo? —le pregunté sin comprenderlo.

—Sí, hombre. Pues qué, ¿a quién anuncio en el cartel del concierto? ¿Cómo os llamáis, cuál es el nombre del grupo?

Pequeño detalle, no teníamos nombre. ¿Los Anónimos? Fingí que la saliva se me había ido chueco y que me ahogaba, para darme tiempo de pensar uno, hasta que no pude fingir más y me repuse compuesto.

—Bueno, venga. Decidme el nombre para mandar hacer el cartel y los panfletos —requería don Mateo impaciente.

Y al carecer de ideas se me ocurrió lo más sencillo...

—Don Mateo, eso es obvio, no se pregunta. En La Luna tocarán nada menos y nada más que Los Lunáticos, por favor —contesté esperando la reacción de don Mateo, a quien de inmediato se le esbozó una sonrisa triunfal en la cara. Le gustó el nombre.

El problema era comunicarle a mis amigos que, autoritaria y dictatorialmente, su servidor y más reciente integrante del grupo había escogido nombre sin consulta previa o consenso.

Al enterarse, *el Bonsai* y Akira reprocharon, pero Rombol y Cirilo apoyaron la moción, sin duda era un nombre *kitsch* y tonto, pero era cierto, éramos lunáticos alucinados, todo eso y nada más. Y como vivíamos en una democracia donde el voto de la mayoría gana, Los Lunáticos tocarían en La Luna.

Llegó el esperado día. Para el mundo un día cualquiera. Para mí, el más dulce, el día que imaginaba a diario desde chico, todos los días. El día más similar y comparable al de mi nacimiento, un alumbramiento propio, un darse a luz, una definitiva liberación del alma y de los deseos. Un sueño.

La Luna estaba a reventar. Todos nuestros amigos estaban ahí para vernos y escucharnos. Para apoyarnos, principalmente. Las

familias de Rombol, Cirilo, Akira y *el Bonsai*, todas presentes. Mis compañeros criminólogos también, quienes no terminaban de explicarse por qué uno de ellos cantaba y no exploraba cuerpos muertos con el resto. Amigos de los amigos, amigas, excompañeros de La Odisea, compatriotas, turistas, desconocidos y Narciso, por supuesto.

Prendimos el lugar. La gente no conocía las canciones pero todos tarareaban y bailaban. Chiflando y aplaudiendo. Don Mateo no descansaba en la barra. Cervezas, cañas, ron, *whisky*, vodka, cócteles y no podían faltar los incendiarios *shots de tequila español* que convertían mi estómago en infierno. Servía y cobraba, cobraba y servía. Su sonrisa permanecía intacta, el negocio era bueno y Los Lunáticos ardían. Terminó la noche, cobramos y bebimos hasta encendernos. Una borrachera bonita y merecida, una recompensa terrenal.

El lunes siguiente don Mateo me marcó al celular y ofreció una nueva fecha, regresaríamos a La Luna en tres semanas. Y sucedió lo mismo, con la diferencia de que al final del concierto una persona, de nombre Oblicuo, se acercó y propuso promovernos. No parecía mala idea y tampoco mala persona, así que aceptamos. Oblicuo era desde esa noche nuestro promotor y mánager.

Quería avisar y divulgarlo a Madrid completa y a todo México. Es chistoso, uno se siente el eje sobre el que gira el planeta y no deja de ser un número más para completar los ceros. Millones. Billones. Trillones. Muchos habitantes. Muchos sueños.

Oblicuo era un remolino, movía cielo, mar y tierra para conseguir bares y salas donde tocar. Y lo hacía bien, al mes de firmar contrato con él, ya habíamos tocado cuatro veces más y en puerta teníamos otras cinco. Negociaba bien y nos embolsaba buen dinero. Nos iba bien, a Los Lunáticos y a él. Ipsofacto nos coló a la escena musical *underground*, la que está dos o tres pasos debajo de las grandes ligas.

Cada semana mandaba correos electrónicos a mi familia y amigos con fotografías de los conciertos. En casa, para mi sorpresa, recibían bien las noticias, mi madre asimilada y mis hermanos con risas. Papá pensaba que se trataba de un *hobby* de los que con el tiempo se quitan, pero así estaba bien, no había que preocuparlo anticipadamente. Además, sabía que seguía con la criminología y eso lo tranquilizaba.

Las horas de acompañamiento de mi día las pasaba en su mayoría con los otros lunáticos, con quienes la relación no se limitaba exclusivamente a música. La amistad crecía.

Aunque todos estaban aparejados, Rombol era el único casado. Su estado civil era ese hacía tres años, se casó joven, después de ocho años de noviazgo. Toda una vida y no toda. No conocía a más mujer que a Claudia, su esposa, su mujer. Ella suya y él suyo, desde siempre, desde que recuerdan, desde que sus cuerpos se transformaban en los de una mujer y un hombre, los dos fueron testigos del cambio, del embarcamiento y de la transformación de los cuerpos que desde chicos compartieron.

En duración, *el Bonsai* era el segundo. Cuatro años de miel y melcocha y un nido de amor compartido con Zelda, su respectiva, quien presionaba al pequeño hombre a comprometerse formalmente. Cirilo cohabitaba bajo el yugo de Elena, hacía dos años. Era sumiso sumiso. Y Akira pronto sería padre por no usar protección.

Desde que eran muy pequeños la realidad de los cuatro había sido la música. Su vida giraba entorno a ella (la mía también, aunque no me diera cuenta), era su *modus vivendi*, aunque para sumar euros tenían además trabajos flexibles, Rombol en cuestiones administrativas y los demás como meseros o ayudantes de cocina.

En amores yo era el único libre (no de pensamiento) y disponible de la banda, y en consecuencia lógica el que más se divertía al terminar los conciertos. Nuestras fans cautivas eran desinhibidas y de moral ligeramente distraída, accesibles receptoras de piropos y cumplidos mexicanos, y si el que se los declamaba era el vocalista del grupo, mejor. Follaba por lo menos dos noches a la semana.

Vivía un momento mágico, mi realidad era mi sueño. Meses atrás, entrar a este mundo era únicamente una fantasía, un sueño imposible. Recuerdo ir en mi coche por las calles, oyendo canciones, discos enteros que me llegaban todos adentro. Conducía y me imaginaba tocando en conciertos, haciendo música, pero sólo eso, pura imaginación. Un sueño lejanísimo, imposible.

En México me apenaba que la gente supiera que quería ser un cantante, nadie lo sabía. Era un secreto que guardaba mejor de lo que podría guardarlo una tumba. Era un mundo tan lejano que lo ideé como un mundo utópico del que yo tenía la única llave de acceso. Un refugio mental. Un mundo de consuelo.

Pensaba no estar invitado al mundo real de la música y mucho menos ser bienvenido. Ahí habitaba gente distinta, genios, gente

cabrona. No tenía nada que hacer ahí. Nada que ofrecer. Sería un sueño dormido de por vida, pensaba antes.

Cada año, desde hacía varios, al soplarle a las velas que me hacían viejo, el deseo que no se le debe decir a nadie para que se cumpla, era, además del amor, precisamente ése: la música. Ser parte de ella. "*Blow out the candle. Love is blindness...*"⁸⁴

El deseo era superior a la imposibilidad pronosticada, a las probabilidades que presagiaban resultado negativo. Mis intenciones y el deseo perseguían el objetivo, lo deseaba cada cumpleaños, cada embotellamiento en el que el tráfico combinado con una buena canción me lanzaban a millones años luz de distancia, mucho más lejos de la Luna, a galaxias desconocidas.

Y un día tomas la decisión de tocar la puerta de esos mundos ocultos y desconocidos y la persona que te abre resulta ser un gran anfitrión, como lo fue Rombol. La persona indicada para abrir esas puertas, las puertas de los mundos ocultos. Las puertas de mundos que no conocemos y que por miedo a lo desconocido podríamos nunca conocer.

Resulta fácil entrar cuando te recibe una persona amable, natural y sincera, aunque sea para entrar de visita, aunque sea para ver y conocer, para que no te cuenten y no des por ciertas interpretaciones ajenas.

"Entra para que no te arrepientas. Y cuando te toque abrir, sé amable. Recuerda cuando tú llamaste a la puerta", pensaba.

Y un día vuelves atrás la vista y te das cuenta de que has pasado ya mucho tiempo en ese mundo antes desconocido, que a lo lejos pintaba impenetrable. Por arte de magia entras y si es donde debes estar, ahí te quedas. Percibes que formas parte de él. No es tan distinto ni tan ajeno como pintaba. Es igual a los demás.

Adentro te das cuenta de la verdad, de cómo es en realidad. De afuera la impresión, generalmente, es equívoca, errónea, distorsionada. Hay que entrar, conocer y decidir si te quedas o te sales. Lo mismo sucede con las personas, hay que entrar en ellas para conocerlas, porque desde afuera las apariencias engañan.

Como forastero me fue menos complicado tocar la puerta del mundo oculto que buscaba, me dio seguridad no tener conocidos cerca que pudieran haberme intimidado. Pero un día nuevamente sería local y no foráneo y debía conservar la actitud del forastero

⁸⁴ U2, *Achtung Baby*, "Love Is Blindness".

mexicano (¡ándale, ándale, arriba, arriba!). Esa actitud que me quitó el disfraz y la máscara de extraño y la de un ser imaginario.

From: "Anna" <anna@hotmail.com>

To: Undisclosed recipient

Subject: Uno

Date: Thu, 13 Jun 2002 05:05:53

Querido extraño:

No te conozco y creo que te conozco, pero cuando te conozco veo que no te conocía. No es que las apariencias me engañen, únicamente me dejo engañar, así de fácil.

Cuando conozco me entero de cómo son en realidad las cosas, y más bien las personas, si es que tienen o tenemos una realidad. Más allá de realidades tenemos estados. Un día se es así, otro no, depende de los instantes, del ánimo, de los momentos. Lo importante es captarlos y asimilar que son un paso natural por los que el ser se transforma de la mañana a la noche. De la vida a la muerte.

Me pasa con los hombres, con los intelectuales, con los *poderosos*, con los de la calle, con las personas *inalcanzables* o con las *distintas*, con los genios de los negocios, con los artistas, con mi padre, con mi madre, con mis maestros, con mis *superiores*, con mis *subordinados*, con los extraños, contigo y con muchos más.

Los siento tan diferentes a mí. A unos los siento más, a unos menos. A unos mejor, a unos peor. Todo desde la perspectiva de la comparación: ellos *versus* yo. Todo depende de a quién vea más o menos inseguro de sí mismo que a mí. A partir de ahí comparo y catalogo. Catálogos de belleza, de poder, económicos, de capacidad de interactuar y de relacionarse, de aptitudes, de sencillez o de pesadumbre, de *éxito* o de *fracaso*, de frialdad o de amabilidad. De calor.

Querido extraño, lo siento, no me había dado cuenta de que eres igual que yo, no sólo en el fondo, sino más allá de la superficie, en la esencia y en la madrugada. Lo siento, no me había dado cuenta.

No sabía que has llorado y que llorarás, que te han lastimado igual que a mí. No sabía que tienes miedo y que volverás a tenerlo. No sabía que por dentro te sientes como un niño y que piensas que los demás saben más que un viejo. No sabía de tus ilusiones ni tus sueños, pero qué parecidos son a los míos. No sabía que soñabas con la sencillez de la felicidad, igual que yo. No comprendía que tus capacidades para los números o que tu belleza, tu dinero, tu aparente seguridad, tu codicia

y tu codera, tu pose, tu agresividad, tu serenidad, tu resistencia y tu indiferencia son solamente autodefensas, formas y maneras de subsistir, pero no de vivir.

¿Qué es vivir sino se es? ¿Qué es vivir si no se ama y no se es amado?

No sabía que a veces, tú también, únicamente existes y no vives. No sabía que a veces también tienes todo pero a la vez nada, no sabía que a veces eres nadie y a veces todo. No sabía que te habías sentido tan vacío, sin sentido. No sabía que tu trabajo te acaba poquito a poco. No sabía que has querido desaparecer. ¿Qué te duele? No sabía que te has ido a la cama buscando la cara de tu amada o de un enamorado. No sabía que a veces tú eras el que se sentía distinto. No sabía que has llorado muertes y a tus padres que se mienten. No sabía que has sufrido ni que has sido incomprendido... pero es que te veías tan distinto, tan seguro, tan distante y tan occiso.

Lo siento, pero pensé que éramos distintos... ahora sé que somos uno aunque parezcamos tan distintos... Ahora sé que somos uno, aunque nunca el mismo.

“...*We're one but we're not the same...*”⁸⁵

¿Y es que qué es vivir si no se ama y no se es amado?

Anna



⁸⁵ U2, *Achtung Baby*, "One".

XIII

PIPER BETEL Y LOS AGENTES ENCUBIERTOS

Aparecía otra vez de golpe la mujer que me había hecho emerger de mis profundidades. Gracias a quien tome en serio mi escritura. Anna.

Su correo por vez primera lo enviaba, aparentemente, a varios destinatarios y no únicamente a Ario Epílogo. Me gustaba la tendencia, un club de poetas subterráneos, de existencialistas lunáticos. A pesar de ser multitudinario, sabía que estaba dirigido a mí, sólo a mí. Aparecía oportuna, siempre. Me ayudaba a volar y me extendía las alas, pero también me ponía los pies en la tierra. Presentíamos nuestros estados de ánimo, nos sentíamos.

Me sorprendió de nuevo la similitud de pensamiento y la correspondencia en los tiempos. Atravesábamos exactamente las mismas etapas, capítulos y enfrentamientos. Coincidíamos. Coincidió nuestra contemplación de la vida, de las personas, de lo oculto y de lo abierto, y todo coincidía en el mismo momento. Sorprendía la coincidencia de momentos. Por encima de esa coincidencia, la frase con la que terminó su correo me movió todo por dentro. Me sacudí: “¿Y es que qué es vivir si no se ama y no se es amado?”

Nada ni nadie llenaba el hueco que tenía en el corazón, ese hueco que oprime y debilita. Olvidaba intencional y premeditadamente. Me consolaba en otros brazos, pero siempre eran los de Maia donde recargaba mi cabeza y descansaba. No la podía olvidar, siempre regresaba. Siempre estaba.

La compañía, al contrario de acompañarme, me hacía sentir solo. Hubiera intercambiado cualquier presencia por la de ella. Mis manos no tenían tacto si no apretaban las suyas. No había paz, había

necesidad de que se fueran y me dejaran corpóreamente solo para no recordar a nadie más que a ella, a quien invocaba la compañía obsoleta, la soledad y el silencio. La invocaban la madrugada, los amaneceres fríos y los soleados, el departamento vacío, las parejas que se besaban en las banquetas y mi pensamiento al percatarse de su ausencia. Las veinticuatro horas.

La soledad era protagonista de las canciones que escribía, pero más su ausencia. Estaba más solo que nunca, aunque las apariencias vociferaran lo opuesto. A pesar de que vivía un momento mágico por lo que a la música se refería, algo faltaba. Lo primordial, lo más importante. Ese amor que une a una mujer con un hombre y al hombre con la mujer más hermosa del planeta, ese amor que abarca el amor del que me habló Drúnvalo, esa parte del amor que le da vida al amor, al cuerpo y al espíritu. Estaba más solo que nunca.

Recordé el sueño del avión rumbo a Madrid. El mensaje era contundente, debía pagar el precio por hacer realidad el sueño. El precio era arriesgar, descongelar el sufrimiento que, si bien estaba más o menos cautivo en el frío de la resignación, del tiempo y de la distancia, continuaba vivo. Continuaba vivo el sufrimiento frío y el sentimiento congelado, y con la simple contemplación del Sol, el hielo que lo cubría se derretía, porque ahí estaba Maia, en el Sol, en los colores de la puesta, en las estrellas, en la llama de una vela, en sonrisas ajenas y en las lunas llenas.

Me entristecí de haber callado tantos años. Me arrepentí. Lloraba tirado en la cama. Las lágrimas no aliviaban ni frenaban su cauce. Necesitaba salir del cuarto, del departamento. Del encierro.

Me puse un rompavientos para soportar la lluvia que caía. El cielo también lloraba. Las personas se cubrían con paraguas. Caminaba entre la gente e intentaba escuchar palabras que me acomodaran, mensajes, señales. Palabras con eco provenientes de quien fuese. Palabras que pudiera apropiarme y de las que pudiera exprimir una lección. Aliento. Fuerzas.

Registré sin éxito la Gran Vía, de extremo a extremo, en busca de Drúnvalo. Necesitaba que alguien me dijera "ve a buscarla".

Por debajo de los paraguas se asoman ojos curiosos, buscando esas miradas que provocan cosquilleos, ojos dispuestos a compartir la lluvia y lo eterno. Asomo apenas los míos y choco con otros en los que exclusivamente a ti te veo, en los que sólo a ti te encuentro.

Proseguí el melancólico paseo hasta llegar a la Plaza Mayor. De una de sus esquinas provenía una melodía que cosquilleaba en mi alma.

Me recargué en una columna de frente al guitarrista. Dos personas más junto a mí. Un hombre y una mujer. Una pareja. Luego noté que en la parte trasera de la columna se recargaba también una mujer joven. Escuchaba mientras sus ojos apuntaban al firmamento para escoger alguna estrella, absorta en la fina guitarra, en los rasgueos. Disfrutaba de la música, deseaba el amor que proponían y despedían las notas, saboreaba un amor aún no paladeado. Ahí estaba ella, justo detrás de mí. Al poco rato, captó mi presencia que de reojo la espiaba por el cristal de un aparador contiguo al hombre de la guitarra. Fue entonces cuando la columna desapareció y nuestras cabezas, sin tocarse, descansaban la una en la otra. Entonces, los dos nos mirábamos, primero discreta y luego descaradamente, por el cristal que reflejaba el cuadro que representábamos.

Nuestra imagen quedó impresa en la ventana. Así estaba bien, disfrutaba del paseo, de la noche, de la plaza, de la guitarra, de las estrellas y del exquisito sabor de las miradas de dos personas que se miran como lo hacen los adolescentes que coquetean y se insinúan amor inocente, del que no hace daño.

Después de quince minutos en trance, la guitarra descansó y ella despertó del encanto. Prosiguió igual su melancólico camino. Saqué diez euros y los dejé dentro de la funda de la guitarra que abierta descansaba sobre las lozas de la plaza. El fabricante de música y de sueños los levantó y los puso de regreso en mi mano.

—Esta noche tú no pagas, amigo. La música te será gratis, que el silencio bastante caro te ha costado —dijo mientras guardaba su guitarra. Se puso de pie y tomó su camino.

—Oiga, disculpe, ¿sabe usted en qué dirección está la calle de Arenal? —le preguntó un turista antes de que éste se escabullera como una sombra en las tinieblas, con la guitarra enfundada y colgada al hombro.

—*Je ne parle pas l'espagnol, Je suis desolé* —le respondió y se fue.

Salí detrás de él, necesitaba preguntarle. Necesitaba saber por qué me había dicho eso del silencio, quién era, qué sabía. Casi lo alcanzaba cuando recordé a la mujer de la columna, quien se alejaba por el flanco contrario, a punto de escaparse de mi vista.

Me olvidé del guitarrista y corrí tras ella. La toqué en el hombro, donde detuve mi mano. Dando un leve salto al contacto, se volvió y al verme sonrió y se tranquilizó. Sonreí también y me calmé.

Lo había logrado. Abandoné el aislamiento que me encerraba, la cubierta que seguido me apartaba del mundo y sus pobladores. No es sencillo acercarse a una persona desconocida si no hay una presentación de por medio, por lo menos para mí no resultaba sencillo. Por más ganas que haya tenido no lo había hecho, ni siquiera cuando una mujer me gustaba o me atraía, de ahí el alto índice de amores platónicos en mis registros.

Era una mujer hermosa, pero no era el caso de un amor a primera vista. No era el caso de acercarme a ella por atracción o por conquista, sino que era una exigencia personal, revivir el contacto, la simpleza y lo sencillo. Era una exigencia personal recordarme que de mí dependía, que las posibilidades de que algo suceda derivan de quien se anima. Las posibilidades surgen de la expresión. Una posibilidad tiene una probabilidad y hay que actuar y hablar para que la posibilidad nazca.

—Hola —le dije tímidamente.

—Hola —respondió con una sonrisa igual de tímida.

—¿Qué estrella escogiste? —le pregunté.

—Ésa, la que está más cerca de la Luna. ¿La ves? —me preguntó mientras con su dedo índice señalaba su estrella—. ¿Y tú, cuál?

—Yo prefiero la Luna. Ahí vivo —respondí con aires de tranquilidad.

—¿Sí? ¿Y me puedes llevar? Me gustaría quedarme ahí y no regresar —dijo con un tono serio y triste.

—¿Por qué lo dices?

—No me hagas caso, perdón. No te conozco y ya casi te cuento mis penas, qué tonta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Piper —respondió Piper Betel.

—Qué bonito nombre tienes. Hagamos un trato, ofrezco llevarte a La Luna, pero tienes que prometerme que regresarás a la Tierra pasada la media noche, como la Cenicienta. ¿Aceptas?

—Ok, acepto. ¿Pero y cómo me llevarás allá, dónde está tu nave espacial? —preguntó bromeando.

—Mi nave espacial la estacioné en las vías del metro, así que más vale que nos apresuremos porque si no se la va a llevar la grúa.

—Pero qué ingenioso resultaste. ¿A dónde me quieres llevar? —insistió.

—Solamente a La Luna, créeme. Confía en mí, ven conmigo —una anómala sensación solicitaba que hablara con ella y no le permitiera irse.

—Está bien. Vamos a la Luna, pues —consintió y me acompañó. Subimos a la línea roja en la estación de Ópera y tres paradas después descendimos en San Bernardo. A unos cuantos metros de la salida un enorme neón anunciaba:



Al ver el letrero se echó a reír.

—Ey, eso es trampa. Yo quería ir arriba, a la Luna de a de veras, en tu nave espacial —decía entre risas.

—Bueno, esta luna no está tan mal. Lo que pasa es que a la otra necesito avisar con una semana de anticipación porque en estas fechas se llena. Además en la de aquí me reservan mesa. Pero la próxima luna que visitemos será la de arriba, lo prometo.

Entramos al bar y don Mateo, más perezoso que tardo, me recibió a su habitual usanza, con un abrazo de oso que cerca estuvo de sacarme los intestinos por la boca. Nos dio una mesa con un par de rones bien puestos a un costado del escenario, que en esta ocasión lo ocupaban unos británicos de nombre Stereophonics. Su música y el nombre del disco que promocionaban me gustó: *You Gotta Go There To Come Back*.

—Y a todo esto, ¿cómo te llamas? —me preguntó Piper.

—Lansbury Frapp. Mucho gusto, Piper.

—El gusto es para mí, Lansbury. Agradezco que te hayas acercado. Lo necesitaba, me sentía sola.

—Pensé hacerlo desde que estábamos en la columna, pero no me atreví.

—Qué extraño, yo también. Además, ¿sabes qué? Tenía un poco de miedo porque minutos antes iba caminando rumbo a la pensión donde vivo y a unas calles de llegar, muy cerca de la plaza, un pordiosero se me acercó y comenzó a molestarme, a decirme cosas —comentó Piper.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te decía? —pregunté.

—Tonterías. Algo así como que si prefería quedarme con él o prefería mejor ir al encuentro con mi ángel. Un loco cualquiera.

Pero me asustó mucho, era un viejo de pelo muy largo, que por su olor, apuesto que no se ha bañado en meses, se arrimaba mucho y tuve que regresar corriendo por la misma calle porque no me permitía seguir adelante y hasta la bolsa intentó quitarme. Por eso acabé en Plaza Mayor. Vi al guitarrista y a un par de personas más y me quedé ahí por si me seguía el viejo. Me dio miedo, pero ya después la música me relajó y al rato te observé por el vidrio de la tienda y me tranquilicé —dijo y expiró en señal de alivio.

—Las calles de Madrid están llenas de pordioseros, yo me he topado con alguno. Qué casualidad. Bueno, pero por suerte no te hizo nada, ni te robó. Hay que tener cuidado que esta ciudad cada día es más insegura, es el problema de las grandes ciudades.

—Estoy acostumbrada a situaciones peligrosas, pero lo de ese tipo fue distinto. Me dio pavor —continuó.

—Qué bueno que aceptaste acompañarme. La verdad es que yo también me sentía solo. Lo estoy. Y por eso precisamente llegué a la plaza, porque caminaba, mataba tiempo. Lamentaba la soledad que me he propiciado, que me ha propiciado el callar, el no decir las cosas que siento —le confesé cual si la conociera desde la infancia. Hay temas y secretos que son más fáciles de contar a extraños, a personas con las que probablemente no volvamos a encontrarnos.

—Yo también estoy muy sola, no recuerdo hace cuánto. Mi primera memoria es la soledad que jamás se borra. No he hablado sinceramente con nadie hace años, no me sentaba en paz en una mesa con otra persona desde no recuerdo cuánto tiempo. ¿Cómo te atreviste a invitarme, no ves lo mal que estoy? —me preguntó realmente asombrada. Y es que a la luz de los reflectores sí se notaba demacrada, cansada y pálida.

—¿Por qué lo preguntas, qué tienes?

—Espero que no te asuste lo que voy a confesarte pero quiero que lo sepas, me das confianza y los secretos me queman, no tengo a nadie que me escuche. Necesito desahogarme —me dijo con la voz entrecortada y con un gesto hondo de sufrimiento.

—No te preocupes. Todos tenemos secretos que devistan. Secretos que entierran el alma y más tarde el cuerpo. Es mejor sacarlos, la carga se aligera. ¿Qué tienes, es grave? —pregunté.

—Sí, sí es grave. Me hundo... —relató su vida y sufrimientos. La heroína, la coca y las pastillas aniquilaban sus sesos. Su organismo procesaba cantidades industriales, a mansalva. Su sueldo de ede-

cán no le alcanzaba y con lo cobrado en las camas apenas cubría el costo de las dosis requeridas. Tenía veintitrés años y desde los dieciséis salió de su casa, huyendo del padrastro que no se cansaba de acosarla y golpearla; su madre no hacía nada al respecto.

Las drogas no la elevaban más, se volvieron vil rescate y una forma de nivelarse. No más viajes placenteros. A duras penas se estabilizaba si pagaba el precio del entero. Llevaba pocas horas de abstinencia y se aproximaba el infierno.

—No me dejes esta noche sola, te lo suplico. No me conoces, pero te pido auxilio, por favor. *"I ain't looking for praise or pity, I ain't coming 'round searching for a crutch, I just want someone to talk to, and a little of that human touch, just a little of that human touch"*⁸⁶ —llovía Piper, desconsolada.

—No te preocupes, nada va a pasar, estarás bien —no sabía qué hacer ni qué decirle. Por una parte no la conocía pero estaba seguro de que no fingía. Se veía mal.

—El frío y los calambres me asustan —decía.

—¿Quieres ir a tu casa, quieres dormir? Yo ahí me quedo hasta que estés bien. Pudo ser arriesgado pero era cierto su estado. Se hundía.

—Sí, te lo ruego. Quédate esta noche conmigo, no quiero estar sola. No quiero morirme.

Abandonamos el bar, las miradas que atestiguaban el llorar de Piper, cuchicheaban. Don Mateo me preguntó si todo estaba en orden. Le respondí que sí, que no se preocupara. Yo estaba preocupado, con miedo de que algo me sucediera, pero sereno.

Paré un taxi y nos condujo a la pensión donde Piper vivía. Silenciosos subimos las escaleras al tercer piso del viejo edificio, pequeñísimo y paupérrimo. Estaba en tinieblas, la cama destendida, empolvada, y un olor a humedad que por sí solo calaba los huesos. Piper temblaba y sudaba frío, las gotas que escurrían por su cara se diluían con el llanto. Se tendió en el colchón y cubrió su cuerpo con las tres mantas que arropaban la cama. Se quejaba. Temblaba. Y como pudo me dijo:

—Si no estuvieras aquí yo estaría muerta. Si no te hubiera encontrado, a esta hora la sangre de mis venas habría terminado de salir. Si no hubiera sido por ese pordiosero, habría llegado a casa a lo que venía, a morir. Probablemente sí seas el ángel del

⁸⁶ Bruce Springsteen, *Human Touch*, "Human Touch".

que habló, probablemente, eres el ángel de mi encuentro. ¿Puedes quitarme el dolor? ¿Puedes llevarme a la Luna y recostarme en el cielo? —clamaba.

Temblaba y se contraía. Iba a marcar al servicio de emergencia para que enviaran una ambulancia, pero al buscarme el celular recordé que se recargaba en el departamento. Ella tampoco tenía teléfono. El temblor aumentaba y los delirios. De pronto, por una pequeña ventana se coló un escándalo proveniente de la calle, murmullos a grito. Me asomé y vi las sombras de varios hombres que amenamente discutían al típico estilo español, en círculo y alrededor de un farol que suavemente iluminaba un todavía oscuro y estrecho callejón.

—¡Oigan, necesito ayuda! ¡Llamen a una ambulancia, por favor, hay una mujer en muy mal estado acá arriba! —les gritaba.

—¡Ey, extranjerito! ¿Qué ocurre ahora? —preguntaba la voz del pordiosero de mi encuentro, Drúnvalo.

Al escuchar su voz reforcé la mirada y reconocí a otro de los hombres. El guitarrista de la plaza. Ahí estaba con Drúnvalo, con la guitarra al hombro, después de que ambos lograron, sin causa aparente, mi encuentro con Piper, uno ahuyentándola de llegar a casa con amenazas y otro atrayéndola después con música igual que a mí. Ya se me hacía extraña tanta coincidencia y casualidad entre mis vagabundos y los de Piper. Pero no cabe duda de que la vida está tan llena de pordioseros como de coincidencias.

Corrí abajo. Drúnvalo, el guitarrista y diez más. Unos muy elegantes, de saco, corbata y sombrero. Otro más con aspecto igual de vagabundo. Un niño y su perro. Un *cowboy*. Y así, varios. Diferentes.

—¡Drúnvalo, Drúnvalo, se está muriendo Piper! ¡Ayúdenla! —le pedí.

—¿Y por qué me pides ayuda a mí, qué te hace pensar que yo podría ayudarla? —preguntó tranquilamente.

—Sé quién eres.

—Lo importante es que sepas quién eres tú, no yo. ¿Ya lo sabes? —me cuestionó con calma, como si nada grave sucediera arriba.

—Sí, soy Lansbury Frapp, un extranjero en tierra de nadie.

—¡Ja, ja, ja!, buena respuesta, extranjerito. Vas mejorando. ¿Y dime, en qué te puedo ayudar esta húmeda noche?

—Piper está muy mal. Hagan algo, sálvenla —le insistí.

—Tú lo estás haciendo, ¿no te das cuenta?

—No lo creo, necesito de tu ayuda y de la de tus amigos. *“Run and tell all of the angels this could take all night, think I need a devil to help me get things right...”*⁸⁷ —imploré auxilio.

—Anda, vamos a verla.

Entramos al cuarto y la mujer se convulsionaba, estaba empapada en sudor y sus ojos blanqueaban. Drúnvalo se acercó y colocó las manos en la cabeza de Piper, luego en la frente y después en el corazón. Permaneció así quince minutos, suficientes para tranquilizarla y dormirla. Increíblemente, el temblor se fue, descansaba.

—Dejémosla dormir, tuvo un día pesado —dijo Drúnvalo.

—¿Va a estar bien? —pregunté.

—Eso dependerá de ella, no soy mago. No elimino adicciones, solamente inyecto fuerzas y conciencia. La suya ha despertado. En ocasiones los humanos requieren golpes, tristezas o la visita de la muerte para despertar, para adentrarse y exhalar su esencia, para ser. ¿A ti qué o quién te despertó la conciencia, extranjero? Lo de ella es una adicción, una necesidad que mata si no se aparta. Unos lo superan, otros no. Esperemos que le vaya bien, está en sus manos.

—¿Se va a quedar sola esta noche? —le pregunté al recordar los cuidados de mi madre cuando yo estaba mal. No se me separaba.

—Ésta y las que sean necesarias, extranjero. *“Run and tell the angels that everything is all right...”*⁸⁸

Bajé y no estaban, el callejón callaba solitario. Subí y Drúnvalo ya tampoco acompañaba a Piper. Ni pista de ellos. De ninguno. Me despedí en silencio de ella y le deseé lo mejor (dicen que da buenos resultados desearle el bien a la gente en silencio, sin que lo sepan, desde el interior), sobre su buró dejé la medalla de un ángel, una medalla milagrosa que me regaló mi madre cuando volé a Madrid. Cerré su puerta y fui a casa a descansar.

“She Talks to Angels”.⁸⁹ Ella hablaba con ángeles. Sin saberlo. Sin darse cuenta. Están por todos lados. Cuidan, inventan escenas, historias que podrían parecer imaginarias. Todos hemos hablado con ellos. Todos hemos sido uno. Ángeles encubiertos. Los hay del cielo y de carne y hueso. Ángeles encubiertos.

Recuerdo haberme creído evangelista, ángel guardián o portador de señales en algunas noches de alcohol. Iba con el primer des-

⁸⁷ Foo Fighters, *There is Nothing Left to Lose*, “Learn to Fly”.

⁸⁸ *Idem*.

⁸⁹ The Black Crowes, *Shake Your Money Maker*, “She Talks to Angels”.

conocido que a simple vista me parecía triste o deprimido y le daba cualquier objeto simbólico que trajera encima y le decía: "Ésta es la señal que pediste, sigue adelante. Tus sueños están cerca". Ignoro por qué lo hacía, además de por borracho. Habré asustado e inconscientemente complacido a más de uno, después de todo, ¿quién no solicita señales, quién no pide ayuda al cielo? Y se habrán preguntado otros: "¿Y este pobre loco de dónde salió?".

"Quiero darte las gracias. Estoy muy solo y hoy me ayudaste a combatir la soledad. Mis inseguridades y mis miedos, mis fantasmas y mis demonios. Llevo tiempo triste, me es difícil acercarme a la gente y abrirme. Eres una señal. Mientras caminaba, antes de conocerte, le pedí a Dios que pusiera a alguien en el camino, a alguien que me enviara un mensaje suyo, a alguien que me recordara lo que es estar vivo, porque me estaba volviendo un muerto viviente, alguien que no fluye sino que se mueve debido a la corriente. Hoy me permitiste ser, hoy fui libre, inspiraste en mí la libertad de acercarme a un extraño y contactar. Hoy lo hice, no pensé si estaba bien o mal, o qué dirá, simplemente hice lo que el corazón me decía", pensaba ligero en la antesala de los sueños, agradeciéndoselo a Piper Betel.

Al ser cotejadas nuestras plegarias y nuestros rezos, el que arriba las coteja las agrupa por deseos y al día siguiente sus amigos nos presentan y nos revelan los secretos.

"Ve a buscarla. Sigue la señal", escuché esa noche en el silencio antes de dormir y escaparme en un sueño.



XIV ROMEO Y JULIETA

*It's only when
I lose myself in someone else,
that I find myself I find myself.*

*Something beautiful is happening inside for me,
something sensual, it's full of fire and mystery.
I feel hypnotized,
I feel paralyzed,
I have found heaven.*

*There's a thousand reasons
why I shouldn't spend my time with you,
for every reason not to be here
I can think of two,
to keep me hanging on,
feeling nothing's wrong,
inside your heaven.⁹⁰*

A la mañana siguiente me levanté y fui directo a la pensión donde Piper vivía. Una señora respondió al timbre y me informó que, al alba, se había ido. Dejó la habitación para irse quién sabe a dónde. No avisó ni dejó dicho. Ni una dirección, ni un contacto. Se esfumó y no hubo oportunidad ni de adiós decírnos. Sin tener pista de lo que fuese a suceder con ella, seguí adelante. Continué mi camino y lo retomé en el sueño de la noche anterior.

⁹⁰ Depeche Mode, *The Singles 86 > 98*, "Only When I Lose Myself".

“Ve a buscarla. Sigue la señal”, retumbaba la voz que claramente escuché antes de dormir profundo. Precisamente esas palabras, las que horas antes había buscado por las calles, en letreros, en anuncios. La señal que requería y la señal que recibí de la nitidez del silencio, ignoro si proveniente de ultratumba o de mi voz oculta. La señal que me dotaba de esperanza y valentía y de una fuerza mística y espiritual para ir en su búsqueda. En búsqueda de Maia.

Las próximas dos semanas las programaría de descanso y buena vida. Aprovecharía para ausentarme de Madrid y buscar la compañía que mi corazón pedía.

From: “Lansbury Frapp” <lansburyfrapp@hotmail.com>

To: maia@hotmail.com

Subject: Hola

Date: Sat, 15 Jun 2002 10:47:02

¡Hola, Maia!

¿Cómo has estado, cómo te ha ido? ¿Qué tal Italia? Hace un buen rato que estamos instalados en nuestros respectivos lugares y no hablamos ni nos escribimos, y hoy lo hago por dos cosas: primero, porque me daría mucho gusto saber de ti, cómo te va, si estás contenta... a veces es difícil estar solo en un país extraño por más amigos que se tengan. Hay días que vives solo y tu alma. Bueno, por lo menos a mí así me pasa, a veces. *“People are strange when you’re a stranger, faces look ugly when you’re alone...”*⁹¹

En segundo lugar te escribo porque en unos días voy a visitar a una tía a Lugano, Suiza, que según los mapas está muy cerca de tus rumbos, así que si estás por ahí igual y me descuelgo aunque sea una mañana o una tarde para saludarte y actualizarlos. No creas que te escribo por gorrón, no te preocupes que no pido posada, solamente quiero saludarte, platicar y, por qué no, tomarnos unos vasos de vino rojo o blanco, del que más te guste.

Avisame qué opinas y, si se puede, qué día te convendría. Aquí yo espero tu visita para el día que me digas.

Cuídate mucho.

Lansbury

La distancia no cumplió su función. El tiempo tampoco. Únicamente la escondieron pero ella seguía presente, resucitaba al menos una vez por día a pesar de la impositiva incomunicación hasta ese día

⁹¹ The Doors, *Strange Days*, “People Are Strange”.

infringida, cuando no soporté más su lejanía. Supuse que la incomunicación implicaría olvido. Error. Error.

No encontré mejor pretexto para acercarme a Trento. Lugano parecía buena excusa. El tema de la tía era el que me preocupaba, a ver qué historia y qué nexos sanguíneos inventaba, pues por supuesto no había ni tía, ni primas, ni abuelas, ni cuenta de banco en tierra alpina. Pero eso no importaba, la coartada ya existía.

Impaciente esperaba su respuesta. Cada cinco minutos checaba la bandeja de entrada de mi *hotmail*, luego cada tres. No llegaba. Me acosté en el sillón y clavé la mirada en el techo. Me di tiempo para recordar que el grupo marchaba sobre ruedas, decenas de tocadás a la vista en Madrid y cercanías, fotografías de Los Lunáticos en dos que tres revistas y Oblicuo, el mánager, en pláticas con disqueras. No me la creía. Respecto de la maestría, no iba mal. Ahí iba.

Rombol y yo nos acoplamos a la perfección y las canciones las componíamos en primera instancia ambos. Se originaban de su guitarra y de mi voz. De su melancolía, que no tardó en brotarme igual, a chorros, a borbotones. Después los demás adecuaban sus instrumentos a nuestras bases y melodías. La pretensión no cabe, pero fue evidente quién creaba y componía y quién nomás se adhería. Tampoco me la creía, la tonada vocal cuadraba perfecta con la de las cuerdas acústicas y eléctricas de Rombol. Las canciones sonaban y se pegaban. Se tarareaban y se oían. Se oían muy bien, tanto que las probabilidades de firmar contrato con una empresa discográfica crecían y crecían. Oblicuo lo decía.

Regresé a la computadora y había una novedad: *1 new e-mail message*:

From: "Maia" <maia@hotmail.com>

To: "Lansbury Frapp"

Subject: Re: Hola

Date: Sat, 15 Jun 2002 12:51:33

iiiLansbury!!! iiiQué buena sorpresa!!! A ver si nos escribimos más seguido, mira que tan lejos de casa y nosotros tan relativamente cerca, deberíamos comunicarnos más, icaray!

Lo que es una pena es que mañana me voy de viaje. Viene Robbins a visitarme y vamos a rolar casi tres semanas por ciudades y pueblos pintorescos escogidos por él desde México y de los que no quiere darme santo ni seña, dice que es sorpresa.

Qué mala suerte que vengas justo en estas fechas, pero a ver si nos vemos pronto. Pienso ir en unos meses a España, así que recibirás noticias mías, e igual cuando vuelvas a venir por estos rumbos me avisas y planeamos algo. ¿Cuál es tu teléfono? El mío (+39) 380 6472717.

Que te la pases bien con tu tía, consiéntela.

Buen viaje y un beso.

Maia

“¡Mierda!”, mascullé. ¿Mala suerte? Jodida suerte de mierda. ¿Consentir a mi tía? A cuál puta tía si no tenía ninguna en Suiza. “¡Carajo!”. Nuevas invenciones, para no variar ni perder la costumbre. Ni Lugano, ni tía. Nuevas invenciones a través de las cuales intentaba acceder a Maia. Mínimo contactarla, aproximarme. Nuevas invenciones. Viejos resultados: negativos.

¿De qué servían los supuestos mensajes y las señales de ultratumba si finalmente no me conducían a ningún lado? Ella se iba con su novio, Robbins. Su novio. Y yo, solo. Hice caso a señales inexistentes, exclusivas de mi mente. ¿De quién era la voz que me aconsejaba ir a buscarla y seguir la señal? Mía, con toda certeza. Una voz predisuelta, inventada. Inexistente. Ezquizofrénica.

Desolación y soledad acumuladas. Desamor y dolor. Depresión. Desánimo. Inapetencia. Asco. Descomposición. Una tristeza enorme. Estados indeseados por los que navegaba cual náufrago, sin ganas de hacer nada más. Nada más que hundirme. Así me sentía. Sin ganas de hacer nada. Parecía que el amor por Maia se descubría más grande que la pasión por la música. No había música si no había Maia. Eran la combinación perfecta y la falta letal. Me tiré en el piso. Me quedé así por horas. Deprimido.

Con los ojos hinchados y el corazón exprimido reincorporé el cuerpo vacío. Había otra novedad en la cuenta de Ario Epílogo:

From: “Anna” <anna@hotmail.com>

To: “Ario Epílogo”

Subject: LA SEÑAL

Date: Sat, 15 Jun 2002 18:57:00

“No necesito saber quién eres... por el momento. Todo llegará a su tiempo, en el momento exacto, sólo hay que permitirnos oír esa señal, escucharnos a nosotros mismos.”

Si te has fijado he entrecomillado el párrafo de arriba.

He escuchado la señal, una voz que clarísimo me ha dicho que vaya a buscarte. Por más increíble o exagerado que parezca, así fue. He escuchado la señal, nos he escuchado a nosotros mismos.

Sé y conozco el amor y la debilidad que tienes por la música, por eso creo que no hay mejor lugar para encontrarnos que la Arena de Verona. Exactamente en una semana, el 22 de junio, habrá una función especial de la ópera Aida, la estelar del programa de temporada. La Arena de Verona representa la prueba de fuego de quienes ahí se presentan, tenores, barítonos, sopranos, etcétera. Una arena difícil de abarcar para una voz al natural. No hay más micrófonos o equipos de sonido que el diafragma, las cuerdas bucales, los pulmones y el corazón. Una función muy especial para la que, no me preguntes cómo, conseguí dos boletos. Quiero invitarte. Quiero conocerte. Es una función especial.

¿Qué dices, aceptas?

Sin esperar un segundo, respondí:

From: "Ario Epílogo" <arioepilogo@hotmail.com>

To: "Anna"

Subject: RE: LA SEÑAL

Date: Sat, 15 Jun 2002 21:02:17

Acepto. Por supuesto, acepto. Será un placer. Te lo agradezco, mucho. De corazón. Yo también quiero verte.

¿Cómo, dónde y cuándo? ¿Cómo nos reconoceremos?

AE

Y otra vez me salvó. En el momento indicado, cuando me hundía. Me salvó. Me rescató de las garras de la tristeza. Tristeza que gana peso con la noche al punto de volverse inaguantable, insostenible. Insomne. Tristeza de a kilo por lágrima. Era hora de superar el bache, de virar la vista a otros horizontes, a otras mujeres.

Desde el día que Anna me respondió el primer correo, no puedo negar que la curiosidad surgió. No recordaba su cara o su cuerpo del día que coincidimos en el bar donde cerca estuve de pelear con el mesero. Recordaba el episodio, pero únicamente eso. Recordaba su presencia pero no su apariencia. Y sí, tenía curiosidad de saber cómo era. Fea no, a decir de Amarga, lo cual me instaba más a encontrarla y platicar.

Pero sin duda, la conexión, las confesiones, la extroversión y la impresionante semejanza de pensamiento y andanzas era lo que

mayormente me motivaba a tenerla de frente. A observarla y escucharla. A sentir su mano. Emocionante sensación de conocerla.

Oportunidad perfecta para salir de la ciudad y olvidar. Olvidar definitivamente, por mi bien, por mi salud. Maia estaba hecha. Una vida perfecta, como ella. Yo debía comenzar a labrar la mía, encontrar a mi mujer, buscar por otros rumbos. Me resultaba difícil imaginarme sin ella, pero debía acostumbrarme.

Había escuchado tantas supuestas señales que qué más daba seguir una más. *La señal*, como decía Anna en el título de su correo. *La señal*. La forma de conocernos virtualmente fue extraordinaria, improbable. Fuera de contexto. Si las señales existían, ésta era la mía. *La señal*, como ella decía. “Ve a buscarla, sigue la señal”, retornaba a mi pensar la voz de la noche anterior. Probablemente, Anna era el sujeto de la búsqueda encomendada por la voz nocturna, la voz de las madrugadas, la que habla antes de los sueños.

From: “Anna” <anna@hotmail.com>

To: “Ario Epilogo”

Subject: RE: LA SEÑAL

Date: Sat, 15 Jun 2002 22:53:38

Continúas en Madrid, supongo. Si es así te propongo que tomes un avión y nos encontremos el mismo 22 de junio a las 2 de la tarde en la recepción del Hotel Verona, que está a unos pasos de la Arena. De ahí podemos pasear, comer y a las 9 de la noche disfrutar la música en la Arena.

En espera de que me confirmes, por cualquier cosa, el hotel se ubica exactamente en Corso Porta Nuova 47, Verona.

Y no te preocupes, nos reconoceremos. Un beso.

Anna

From: “Ario Epilogo” <arioepilogo@hotmail.com>

To: “Anna”

Subject: RE: LA SEÑAL

Date: Sat, 15 Jun 2002 23:01:45

Sí, vivo todavía en Madrid y no veo problema en estar a la hora y en el lugar que propones, así que te confirmo. Nos vemos a las 2 de la tarde del 22 de junio en la recepción del Hotel Verona (dirección apuntada).

Yo también quiero conocerte, ya. También escuché la señal. Estoy nervioso.

AE

De inmediato planeé el viaje. Estaba realmente nervioso, lleno de emoción, expectación, adrenalina, impaciencia.

A las 11 de la mañana del 22 de junio sobrevolaba cielo milanés y a las 11:30 pisaba sus calles. A las 12:05 en la estación de Milano Centrale esperaba ansioso el tren que me trasladaría a Verona.

Pocos lo esperábamos. Seis personas a lo largo del andén. Los seis asomábamos impacientes por ambos lados del riel, revisábamos los relojes, los apresurábamos para que marcaran las 12:10, hora de la partida.

Un minuto antes, a las 12:09, un hombre de uniforme azul y gorra de ferrocarrilero a rayas blancas y azules llamó nuestra atención con su silbato, sonándolo en tres ocasiones para luego decirnos:

—“*People get ready there’s a train comin’ . You don’t need no baggage, just get on board. All you need is faith to hear the diesel hummin’, you don’t need no ticket, just thank the Lord...*”.⁹² Nadie dijo nada pero todos parecíamos pensativos, meditabundos.

Puntual arribó el tren, subimos y arrancó. No se hablaba expreso, nada más adentro. Ensimismados. Internos. Profundos. Metidos. Adentro. Al menos yo.

Me acomodé. Me coloqué los audífonos y sonaron las canciones. Avanzaba lento el tren. Las vías y la música invitaban a despegar. Así me pasa, como en el coche. “No voy en tren, voy en avión...”,⁹³ a veinte mil pies de altura sin elevar los pies, acompañado de recuerdos y deseos. La campiña y las casas amarillas invocan la melancolía que me transporta directo al pasado o al futuro, nunca al ahora. El presente llega al final del viaje. Tiempos de escape, de fuga en tren, “*runaway train, never going back...*”.⁹⁴ La nave en la que viajo no requiere vías ni pistas de despegue, no se topa con puntos de revisión aduanal. No “holas” ni “hastaluegos”. Adiós.

A medio trayecto, exactamente entre Milán y Verona, el tren paró inesperadamente. Por las bocinas se nos ordenó descender

⁹² Rod Stewart and Jeff Beck, *Downtown Train (Selections From the Storyteller Anthology)*, “People Get Ready”.

⁹³ Charly García, *Parte de la religión*, “No voy en tren”.

⁹⁴ Soul Asylum, *Grave Dancers Union*, “Runaway Train”.

por una avería que, a decir de quien hablaba, sería reparada en breve, en pocos minutos.

Bajé del tren y descubrí en un maltrecho letrero el nombre del pequeñísimo pueblo en que varamos: Valle dei Sogni. O sea, "Valle de los Sueños", un valle enorme que se extendía a nuestro alrededor y que abarcaba el paisaje completo, los cuatro horizontes. Un valle cubierto de pasto seco, amarillo. Las montañas que hacían valle al terreno se apreciaban azulosas, de un azul marino que chocaba con el azul del cielo que nos cubría y que en secciones se escondía entre inmensas y acolchonadas nubes.

Nubes espesísimas y algodoadas que cual conejos comenzaron a reproducirse. Nubes que, de repente, ante los atónitos ojos de quienes contemplábamos el paisaje, comenzaron a formar figuras, primero amorfas y luego perfecta e increíblemente distinguibles. Identificables. Descifrables. Dos inmensos elefantes con larguísima colmillos encabezaban el desfile. Formaban dos filas que, al mismo paso, avanzaban por el valle en dirección al tren, pero a lo lejos. Avanzaban ordenadamente y hacían vibrar la superficie y nuestros cuerpos al retumbar de sus pisadas. Extasiante espectáculo celestial. Dos cupidos con trompetas revoloteaban en las alturas, soplaban sus instrumentos dorados mientras custodiaban al contingente nuboso que alegre y vigoroso marchaba.

Nubes con cuerpos de osos, árboles, aves gigantes, duendes, catarinas, corazones, muñecos de nieve, leones, ranas y delfines integraban las filas. Ver para creer. Los pocos que mirábamos teníamos la boca abierta. Los mismos seis que subimos al tren en Milano Centrale, ni uno más ni uno menos. Pasajeros inquietos en búsqueda. Sonreíamos para después reír, agasajados. Sorprendidos. Personas que suben a los trenes persiguiendo un sueño o al destino. No al impuesto sino al pretendido.

De pronto, el hombre del silbato volvió a sonarlo tres veces y dijo:

—Atención, señores: el problema ha sido el exceso de equipaje, como les dije antes, deben liberar peso. Es mucha carga, para seguir adelante tendrán que deshacerse de lo que ya no les sirve. *"The only baggage you can bring is all that you can't leave behind... You're packing a suitcase for a place none of us has been, a place that has to be believed to be seen..."*.⁹⁵ ¡Vááááámonos!

⁹⁵ U2, *All That You Can't Leave Behind*, "Walk On".

Me deshice de unos pantalones, de un par de calcetas y otro de miedos. Calzones viejos, complejos y secretos, una cachucha y varios pensamientos. Sellador de labios, prejuicios y pretextos al basurero. Los demás igual hicieron y emprendimos nuevamente el vuelo férreo.

El tren reinició movimiento. Las nubes nos miraban partir y nosotros las mirábamos volver a sus formas habituales, de nubes. Así nos acompañaron en el camino a Verona, donde, no comprendo cómo, llegamos puntuales a pesar de la prolongada parada forzosa en el Valle de los Sueños. Recogí mi maleta del compartimiento y comprobé que ya no pesaba tanto, el peso se redujo. Se aligeró. Yo también me sentía liviano. Bajé del tren y la sensación de ligereza se expandió, se multiplicó e invadió mi cuerpo. Caminaba sin esfuerzo alguno, libre y con una alegría no muy frecuente, bisiesta. Caminaba contento por el andén hacia la salida, me reía de nada y repartía sonrisas a quienes en contrasentido me observaban. Unos devolvían la sonrisa contagiada y otros la ignoraban.

Andaba tan feliz que, al avanzar, en silencio, deseaba buena suerte y buen augurio a esos desconocidos. Me les quedaba viendo a los ojos y les dejaba ver y casi escuchar tremendas carcajadas de alegría y asombro. Les deseaba lo mejor, la *supervivencia*.

—¡Jey, jey! ¿Taxi, taxi? —me preguntaba fuera de la estación un señor gordo que cubría su calva debajo de una boina que lejos de parecer italiana parecía baturra.

Subí a su taxi y le pedí se dirigiera al Hotel Verona, a lo que accedió después de sacarme una promesa de buena propina, dada la cercanía entre la estación y el hotel. Eran casi las dos de la tarde, hora del encuentro con Anna, no podía darme el lujo de caminar. Después habría tiempo de pasear a pie.

A las dos de la tarde, en punto, timbré en dos ocasiones la campanilla de la recepción, llamado al que respondió perezoso y entre bostezos otro señor calvo y gordo, con la diferencia que éste sí dejaba relucir y brillar su calva, en la que se reflejaban los focos de la lámpara que colgaba arriba de él.

Le pregunté si tenía un cuarto disponible (no tuve la precaución de preguntar con anticipación por el teléfono), a lo que contestó que sí tras verificar en su arrugado y manchado registro de habitaciones.

—*Va bene, nome e cognome per la registrazione, per favore* —me pidió nombre y apellido para el registro.

—Ario Epílogo —le respondí. Anna no conocía mi nombre de pila, el del bautismo.

—*¡Ah, signor Ario Epílogo! c'è un messaggio per lei, di una itaño! donna chiamata Anna.*

Junto con la llave del cuarto y el control remoto de la televisión me entregó una hoja de fax que a su dicho era de Anna. Y de quién más iba a ser, nadie sabía que visitaba Verona y ese hotel, exclusivamente ella.

De su puño y letra escribía que lo sentía. “Lo siento”. Su hermana había sufrido un accidente. Un tipo embrutecido de alcohol la atropelló cuando tranquila caminaba sobre una banqueta. Le rompió la mitad de los huesos y la dejó en estado cataléptico. En estado de coma. La vida y la muerte debatían en terapia intensiva en un hospital de la Ciudad de México. No podría encontrarme como habíamos planeado.

Tontamente no previmos intercambiar celulares y no tuvo manera de avisarme. Escribí al *e-mail* de Ario Epílogo que no revisaba hacía cuatro días. Al no recibir respuesta envió un fax al Hotel Verona y así me enteré, ahí.

No sabía qué pensar ni qué decir. Sentimientos yuxtapuestos. Por una parte, el dolor que aquejaría a Anna y a su familia con la tragedia que vivían y, por otra, la decepción del viaje en vano, de no conocerla y de recorrer calles solo como un perro callejero. Hablando conmigo y con nadie más.

Como siempre. ¿Por qué no salían bien las cosas? ¿Por qué no podía ser protagonista de alguna historia increíble y fantástica? De las de amor que a menudo imaginaba.

Por último, Anna mencionaba en su fax una dirección donde debía recoger los boletos para la ópera contra entrega de su nombre y de una contraseña que igualmente incluía en su mensaje, entre otras palabras.

21 de junio de 2005

Sentí miedo al darme cuenta, otra vez, que la muerte está siempre ahí, y que nadie está exento, ni siquiera yo. Que te toma por sorpresa y que todo lo que tenías que decir, hacer, etcétera, se queda encerrado para siempre. Nunca quiero dejar de decirte... nunca quiero que las palabras nos separen. Nunca hay que olvidar lo que nos unió al principio, lo que nos une ahora.

Perdóname, por favor, no sabes cómo me duele y entristece no ir, no poder conocerte en circunstancia tan especial y así de planeada.

pero la vida a veces es así. No es raro planear para que al final suceda todo menos lo planeado o simplemente que no suceda nada. A veces es así y no podemos cambiarlo, no depende de nosotros.

Si es que lees este fax, utiliza los boletos, vende el que te sobra o regálasele a alguien especial, a alguien en quien veas en sus ojos esas chispas de luz que debes ver en los tuyos al reflejarte en el espejo, a alguien a quien la música desborde, a quien tú quieras.

Anna

Subí a la habitación, dejé mis cosas y me mojé la cara con agua helada. Bajé con mi guía Michelin de Italia en mano y pregunté al recepcionista dónde encontrar la dirección para recoger las entradas. Salí a la calle. A unos metros topé con un café internet desde el que envié un correo a Anna informándole que estaba al tanto de lo ocurrido y que lo sentía mucho, le deseaba de igual forma que su hermana sanguínea saliera bien librada, sana y salva. Escribí mi teléfono celular para que me llamara y me diera noticias, incluí también mi dirección en Madrid y le solicité una carta escrita a tinta. Me daba curiosidad conocer cómo escribía. Me daba curiosidad. Anna, luego de la muerte, era la incógnita más conocida de mi vida. Por primera vez, firmé el correo con mi nombre de pila: Lansbury Frapp.

Cruzaba un mercado plagado de personas y flores. Flores de cualquier color imaginable e inimaginable. Un mercado lleno de pequeños puestos móviles tapizados con cientos y miles de especies florales. Del aroma suspiraba. La vista ilustrada se engolosinaba. Caminaba distraído en las variedades y los tonos, y distraído choqué, levemente, contra una señora bastante mayor que entre sus manos sostenía una enorme rosa roja. Me detuve a disculparme, pero ella siguió andando, encorvada, ayudada de un bastón. Esperé a que se alejara, pero a unos pocos pasos detuvo su alejarse y se volvió a verme. Pensé que reclamaría, pero lo que hizo fue mirarme fija y hondamente sin moverse, con un gesto rígido que poco a poco se convirtió en sonrisa misteriosa. Su mirada me paralizó no sé por cuánto tiempo, pudo haber sido mucho o nada. Me heló. Y de pronto me guiñó un ojo, como lo hace quien tiene la intención de transmitir confianza a otro. A su guiñar cerré mis ojos deslumbrado por un rayo intenso de luz brillantísima que no vi de dónde salió. Me transportó a otro estado. Mis ojos no abrían, estaban pegados. Me los tallé como se los talla un niño con sueño, o un adulto para permanecer despierto.

Antes de salir del trance, una negrura de visión y pensamiento me cegó de nuevo. Me hizo ver. Ojos cerrados y corazón abierto. Los colores de las flores de la plaza se me colaron al cerebro y se mezclaron con el negro. Tardé en recuperarme. Sacudí la cabeza buscando reacción. La realidad regresó y la anciana desapareció. No era la primera vez que la veía y que la perdía de vista. No alcancé a recabar de mi mente el dato guardado de su imagen ni a digerir el cosquilleo que irguió mi pecho, cuando de pronto, un grito de saludo que sonificaba mi nombre me devolvió al lugar donde me estabilizaba maltrecho:

—¡Lansbury, Lansbury! —escuché a lo lejos.

Giré trescientos sesenta grados para localizar a quien me llamaba y giré de nuevo al resurgir la voz del cielo hasta descubrir unos brazos que a buenos metros ondeaban y saltaban para captar mi atención. Maia. Mi bandera.

Engarrotamiento. El encuentro paralizaba otra vez mi cuerpo y mis piernas no eran capaces de acercarme a ella, pero ella lo hizo. Se acercó.

—¡No puede ser! Qué casualidad es ésta. Me da mucho gusto encontrarte aquí —me dijo, al parecer contenta.

—A mí me da más, te lo juro —le dije y era cierto. No lo podía creer. La recorrí de arriba a abajo. Se veía más bonita que en recuerdos. Maia de carne y hueso. Sus ojos brillaban más intensos que estrellas, centellaban. Su pelo había crecido y se había aclarado. Sus uñas bien cuidadas. Pulseras que al romperse suponen amor u otros encantos, promesas, deseos, sueños. Alcanzarlos. Secar llantos, subir alto. Tenis rosados dignos de una princesa de los sesenta. Tenis a punto de pisar la gran rosa roja que confirmaba la existencia de la abuela encorvada cuya presencia precedía por segunda vez una aparición anunciada, la de Maia.

“Ve a buscarla. Sigue la señal”, recordé. La señal. Señal que recibí de Anna y que no me guiaba a su creadora sino a la creadora de mis sueños, a la mujer en quien pensaba días enteros. Meses. Años. Maia. Señales. Señales independientes. Señales que rastreo y que confirman mundos viejos, mundos nuevos. Mundos ocultos. Esa sensación que respira quien cree en ello. En *nosequés*. En misterios en los que vuelo y me divierto.

Levanté la rosa y se la ofrecí, como el torero que ofrece y brinda un toro a la mujer desconocida, la que salta a la vista entre muchas en la plaza y de la que el matador no apartará la mirada en lo que reste de tarde, salvo para engañar a la muerte.

—Se te cayó esto —le dije y le di la rosa.

—¡Ja, ja, ja!, otra vez. ¿Cómo le haces, Lansbury? ¿De dónde sacas una rosa cada vez que inesperadamente nos encontramos? —me preguntó risueña, con una de esas sonrisas que nacen del corazón y no de un chiste.

Extendí los brazos, las manos y los dedos en ademán de ignorancia, pero cada brazo y cada dedo apuntaba inconscientemente a un tenderete de flores en los que descansaban rosas rojas (ninguna tan grande y abierta como la de ella).

—Está muy bonita, muchas gracias —me agradeció.

—Podría ser una de tantas que ves, pero ésta es distinta. Aunque no lo creas, cayó del cielo. También te lo juro. No entiendo, pero así fue. ¿Cómo le haces para que caigan rosas del cielo? —le pregunté, mientras comprendía que ella vivía en cada rosa. Desde el día que la conocí quise comprarle todos los puestos de flores de la ciudad, del país, del mundo. Quise ser floricultor de rosas, propietario de hectáreas completas de cultivo de rosas. Eso quise, el propósito era sorprenderla, agasajarla, el negocio no importaba. De florero hubiera sido igual que un borracho de cantinero, todas las rosas hubieran sido para ella. De mí para ella.

—De mí para ti, Maia.

—Vas a lograr que me ponga roja, Lansbury. Bueno, pero a ver, cuéntame, qué haces por acá, ¿vienes con tu tía?

—No, no. Eh, mi tía tuvo que quedarse en Lugano porque sus vacas se indigestaron y eso es delicado. Las tendrá que cuidar hasta que el veterinario considere que están fuera de peligro —apenas preguntó recordé la mentira que de la manga había sacado el día que me inventé una tía suiza, ahora propietaria de ganado en Lugano.

—Pobres vacas —dijo Maia.

—Sí, pero ya se aliviarán. Y ahora cuéntame tú, cómo les ha ido, a qué lugares han ido. ¿Dónde está Robbins?

—Es una larga historia. ¿Tienes tiempo para que te la cuente?

—“Tengo toda la vida. Tengo toda la vida para que me cuentes esa historia y el resto de la historia de tu vida, de hoy al final”, pensé con el corazón.

—Por supuesto que sí, Maia. Tengo mucho tiempo —le contesté. Maia y Robbins se habían peleado en el viaje. O mejor dicho, hablaron temas pendientes. Expectativas personales, visualizaciones, anhelos, químicas y sentimientos incompartidos que íntimamente

los habían distanciado desde hacía tiempo, no porque chocaran, sino por ser bien paralelos. Distancias invisibles pero innegables. Distancias invisibles pero perceptibles. Distancias extrasensoriales. Distancias que únicamente conocen aquellos que se amaron y a quienes une, como último eslabón, el miedo a perderse, a separarse. El miedo al cambio, a lo desconocido. La costumbre que une a varios a la fuerza, fuerza de articulación que llega a separar y aislar más que la propia dislocación. Uniones que separan y disgregan a los sujetos que la conforman. *"This desperation. Dislocation. Separation. Condemnation. Revelation. In temptation. Isolation. Desolation. Let it go..."*⁹⁶

Esta vez tampoco me alegró su rompimiento porque sufría, la veía. Pero hay que ser honestos, me alivió. Me alivió, sí. No sería oportunista, pero tampoco silencio. Había callado mucho tiempo, muchos años.

—¿Y qué haces aquí sola? —le pregunté.

—No quería estar sola en Trento. Preferí pasear y distraerme un poco. Las reservaciones de los hoteles y trenes son irrembol-sables, directamente las cargaron a la tarjeta de crédito, así que decidí continuar el resto del viaje por mi parte, aunque en Bologna me quedé de ver con unas amigas y de ahí una se incorpora al recorrido, así que no está tan grave el asunto.

—¿Cuándo te vas de Verona? ¿Luego a dónde? —el detective Frapp proseguía con el interrogatorio.

—Esta noche duermo aquí y en la mañana salgo a Venecia y al otro día a Bologna. No me preguntes cómo Robbins consiguió entradas para la ópera esta noche en la Arena, creo que es una función especial o algo así, según él será excepcional, la mejor, así que la voy a ver, aquí traigo los boletos. Obvio, sobra uno. ¿Por qué no me acompañas?

—¡Qué casualidad!, justo iba a recoger dos boletos para esta noche, para esa función especial. Tampoco me preguntes cómo los conseguí, pero ¿qué te parece si vamos a pedirlos para que no se pierdan y ya luego vemos qué hacemos con ellos?

—Me parece muy bien, te acompaño.

Y por más increíble que suene o parezca, Maia y yo juntos caminábamos por las calles de Verona, la tierra de Romeo y Julieta. La vibra del amor renacía en nuevos seres.

⁹⁶ U2, *The Unforgettable Fire*, "Bad".

Recogimos los boletos y los comparamos con los de ella. ¡Oh sorpresa!, misma sección, misma fila, misma secuencia. Cuatro asientos, 46, 47, 48 y 49. Estaba claro y escrito que, de una u otra forma, íbamos a disfrutar juntos de la noche veronesa, de la ópera y de las estrellas. Así fue, por más increíble e irreal que parezca. Así pasa cuando algo debe suceder.

Recorrimos la ciudad. Rincones llenos de promesas y besos. Rincones de amuleto. Guiados por el instinto geográfico, llegamos al balcón de Julieta, donde noches antes ella y Romeo se juraron amor. Yo tenía una historia más grande y romántica que contar, menos trágica. Una historia que será eterna, la de Maia y Lansbury Frapp. La nuestra. Bonita. Impecable. Bella. Imperecedera. Como ella. Una historia más viva que la de los quizá más célebres personajes de Shakespeare. Quería contársela ahí mismo, escribirla encima de los millones de grafitis amorosos que forran las paredes frontales de la vivienda.

—Turno para la foto —dijo Maia y con señas gentiles le solicitó a un japoncito que nos sacara una foto con la escultura de metal de Julieta que divisa el patio de los enamorados. Dicen que es de buena suerte. Si es con la persona amada, qué mejor. Era un día de suerte.

Nos colocamos a cada lado de la estatua que está sucia de hollín y de siglos salvo en un sitio, la teta derecha, que cada día es sobada por cientos de miles de visitantes, quienes al frotarla miran arriba e invocan a su alma gemela, al verdadero amor, al amor de la vida. Y precisamente en el pecho derecho de Julieta fue donde nuestros dedos índices se conectaron, huella digital contra huella digital. Se oprimían suavemente con delicadeza y fingida inconsciencia (por lo menos de mi parte). Sentía la pulsación natural de su dedo, su pulso, que en automático aceleró el mío. El *flash* se disparó y el recuerdo se imprimió.

El oriental le regresó la cámara y nos sonrió. Los tres hicimos reverencia de cabeza, la inclinamos como hacen los de ojos rasgados en las películas, en señal de respeto. Al saludarse y al despedirse.

—*Sayonara* —dijo.

—*Sayonara* —le contestamos.

Maia sacó de su bolsa (una bolsa amarilla adornada con un tulipán rojo y hojas verdes espirales en forma de serpentinas) un marcador negro indeleble, que no tengo idea por qué traía, como casi todos los que van ahí, y procedió a imprimir en la pared el nombre que representa todo para mí, el nombre que de sólo ser

pronunciado me proyecta su presencia, su imagen y su mágica sonrisa: "MAIA", escribió. Luego, me ofreció el plumón y acto seguido escribí el mío: "LANSBURY", abajito del suyo. ¿Para alguien representará mi nombre algo más que un simple apelativo?

Nos alejábamos del patio cuando una voz, no precisamente clara, nos detuvo:

—*Amikos, amikos, spelense, spelense, no sei vayan. Se olvilalon de celal los nomes con un colazonzito* —decía en un digno y sorprenden español el japonés que nos había tomado la foto, quien de la bolsa de su camisa cogió un marcador igualmente permanente e incluyó entre el nombre de Maia y el mío la letra "Y", para luego encerrarlos con un corazón de contorno cuasi perfecto.



Nos miró y volvió a sonreír, como niño que acaba de cometer una travesura.

—*Sayonara* —nos dijo.

—*Sayonara* —le respondimos Maia y yo después de mirarnos y sonreírnos, imaginamos por inercia, durante centésimas de segundo, un futuro compartido, imaginación que por efecto surge de improviso al comentario impulsivo de un tercero. Comentario: causa. Imaginación: efecto. Dicen que imaginar atrae hechos, sucesos. Imaginar de corazón.

Perdidos (y encontrados) en los laberintos de la vida, en los laberintos de Verona, admirábamos las calles estrechas, las fachadas viejas y compuestas. Más rincones, más promesas y música de cuerdas. Una pareja serbia de pálida piel y leves ojeras tocaba, él un chelo y ella un raspado violín. Ella de pie a la sombra de una elevada pared en la que apoyaba la planta de su pie izquierdo descansando el peso de su cuerpo esquelético. Él, igual de huesudo, sentado en un cajón de madera con el chelo entre las piernas. Sus posiciones no importaban, aunque dotaban de personalidad la escena, bien glori-

ficada en la melancolía de la melodía. "The Swan"⁹⁷ reaparecía, la canción de fondo de mi sueño en la bahía. En el Caribe. El sueño más hermoso de mi vida, en el que Maia apareció. El sueño del avión.

Suposiciones, no importaban. Me pellizcaba y me dolía. No era un sueño. Qué alegría. Señales, tal vez. Puede ser. El caso es que Maia parecía cautivada. Escuchaba y sonreía, ininterrumpible. Concentrada. En el despiste. Hechizada por la misma música que claramente oí cuando dormía, mientras ella me decía: "*Sleep, sleep tonight, and may your dreams be realized...*"⁹⁸ en el avión que varios meses atrás me condujo a Madrid, cuando huí de mi país.

—Es de mis canciones favoritas —me dijo Maia. No sólo sonreí yo, sino ellos dos al parejo, los serbios. O entendían español o coincidían los momentos de ejercitar los músculos faciales, sonriendo. Al verlos así, tocando y sonriendo, sus ojeras se escondieron tras las chispas que brotaban de sus ojos como luces de bengala. La música los desbordaba. A ellos, a Maia y a mí.

Maia sacó del bolso sus dos boletos y los depositó en el sombrero de agradecimientos del serbio. Ella y él la miraron y sonrieron, otra vez. A mí me pandeó el corazón, me sentí bien. Respiré, reaccioné y de mi cartera saqué mis dos boletos para recordar los números de asiento.

—¿Cuál prefieres, el asiento 48 o el 49? —le pregunté a Maia.

—Prefiero el 48. Sí, el 48. El 4 es mi número favorito y multiplicado por dos da 8. Así que con ése me quedo, con el 48. Me gusta la numerología —sonrió y aceptó implícitamente la tácita invitación.

Muchas sonrisas ese día. Sonrisas inesperadas, de las buenas, de las que da alegría ver. Y así, los boletos obsequiados quedaron en manos de personas cuyos ojos brillaban y chispeaban luz, personas a quienes la música desbordaba. Y en el caso particular de Maia, en la persona a quien yo quería. Maia era la persona a quien Anna, en su fax, me sugería para regalar el boleto de la función especial.

"...Si es que lees este fax, utiliza los boletos, vende el que te sobra o regálasele a alguien especial, a alguien en quien veas en sus ojos esas chispas de luz que debes ver en los tuyos al reflejarte en el espejo, a alguien a quien la música desborde, a quien tú quieras."

⁹⁷ Camille Saint-Saëns, *Le Carnaval des Animaux*, "The Swan".

⁹⁸ U₂, *The Unforgettable Fire*, "MLK".

Ignoro si mis ojos son iguales, con chispas, pero los de Maia son una noche de fuegos pirotécnicos. *"The sparkle in your eyes keeps me alive... the fire in your eyes keeps me alive..."*.⁹⁹ Fuegos que ese día se reproducían al sonar la melodía de, también, una de mis canciones favoritas. La del sueño.

El hielo se derritió y Maia me contó que la música era su pasión. La música. La mía, mi pasión. La misma. Le conté lo mismo y no se lo creía. Le conté de mi aventura por España y menos lo creía. De mi grupo, de los conciertos en La Luna y en bares de mala y buena muerte. Estaba sorprendida. Le contaba y se reía, no se aburría. Podría jurar que la divertía. Me gustaba la sensación de hacerla reír, de sacarle risas. Me hacía pensar que podía hacerla feliz.

—Cómo no hablamos de estos temas en la oficina, qué lástima —dijo Maia.

—Sí, qué tontería. ¿De qué hablábamos, recuerdas? —le pregunté, cuando la verdad es que recordaba cada conversación.

—Sí, de pruebas, del clima y de las familias.

—Bueno, lo de las familias no estaba tan mal, ¿no? —nos justificué.

—Eso sí, ese tema nos salvaba. Me acuerdo que tienes un hermano y una hermana, más chicos. Tú eres el ejemplo, qué miedo —reía Maia.

—Sí, soy un caso, un ejemplo peligroso. De ti, recuerdo que tienes dos hermanos, eres la bebé, la consentida. Tu papá es abogado. Tu mamá, confidente y buena amiga. Tus abuelos, el ejemplo, y en aquel entonces una sobrina que venía en camino —recordaba cada palabra de ella. De hecho, continuaba el relato de familia cuando me interrumpió.

—Qué buena memoria, caray. Ni yo me acordaba que en aquel tiempo mi sobrina nacería. ¿Cómo le haces para acordarte? —preguntó Maia sin reflexionar sobre el porqué de mi almanaquera memoria.

—Ya ves, ya ves —dije.

La plática se extendía, ramificaba en nuevos temas, en pasiones muy distintas de las que yo estúpidamente suponía en ella. ¿Mujer corporativa? ¿Feliz abogada? Todo lo contrario. Las apariencias habían vuelto a engañarme. Apariencias inventadas y difundidas por el miedo que tuve de acercarme, de conocerla. Qué diferentes

⁹⁹ The Cult, *Love*, "She Sells Sanctuary".

eran su realidad y sus vivencias a aquéllas que yo construí en mi cabeza. Si antes me gustaba, ahora al caminar con ella me moría. Era tan distinta a lo que yo creía. Adoraba la música y la poesía. Soñaba también con estar arriba, en un escenario. Escribía. Sí, también escribía. Se identificaba con la madrugada, a la que tenue alumbraba en su refugio, en su recámara blindada, donde suave escuchaba música y atenta leía.

Delataba sus miedos en el papel, los tachaba y reescribía. Sueños, lágrimas y risas. Peleas, conquistas y amores confesos en actas escondidas, en el cuaderno en que escribía. En sus cuadernos prohibidos, como los míos. De niña tuvo un amor platónico y de éste se leía en páginas antiguas de su libro. Amores de niños, los más grandes.

Aborrecía su rutina, los días de trabajo y su carrera armamentística (la misma que la mía). Quería volar, ser distinta (ya lo era). Cantar, bailar, hacer fotografías y vivir a diario alucinada, a cada día sorprendida por la magia de la vida que pocos respiran en el aire.

Entramos a la Arena y ocupamos nuestros lugares. Los serbios habían llegado. A señas nos comunicamos y al poco rato fue que descubrimos su origen. Como Dios nos hizo entender, supimos que venían de Serbia. Los cuatro gozábamos de la noche y de sus estrellas, que techaban el monumental inmueble descapotado. Gozábamos de la música, de los cantos, de la orquesta. Pero ante todo yo gozaba de la compañía, no podía pedir más, nada más.

La función acabó. Cenamos en una terraza, cerca de la plaza. Bebimos, vino blanco ella, tinto yo. Una media cada quien. El alcohol aflojó su lengua e hizo líquidas las penas. Habló de él. Lo amaba y lo seguiría amando un buen trecho de vida, según decía. No es fácil borrar casi una década de relación ni pasarla por alto en un dos por tres o con el primero que se acerque (arriesgado, pero yo sería el primero que se acercaría, sí señor).

—Es demasiado reciente y no sé si pueda resistir mucho sin él, será costumbre o lo que sea pero fue una vida completa y lo extraño. Seríamos diferentes pero siempre íbamos de la mano, acompañándonos en buenos y malos ratos. A lo mejor por diferentes nos gustábamos y no supimos apreciar la diferencia después de los años que duramos. Qué fuerte es esto, qué doloroso —decía y caía una lágrima al mantel.

—¿Pero si lo extrañas, qué es lo que pasó, Maia? ¿Por qué terminaron?

—Es que quiero hacer tantas cosas, cumplir tantos sueños. Necesito encontrarme y definir qué es lo que quiero y además encontrar la manera de hacerlo —respondió.

—¿Y esos sueños no los puedes cumplir a su lado o cómo, no entiendo? ¿Tienes que estar sola para poder cumplirlos? —le pregunté. Es que me parecía curioso, unos requieren encontrar una persona para cumplir un sueño y de ahí en adelante fomentar y materializar los otros y, por lo que entendía, otros requieren separarse para encontrarse a sí mismos y sus sueños. Qué extraña es la vida, pero así es.

Por ejemplo, ella era uno de mis sueños, el principal, el más importante. Con ella me arriesgaría a todo. A todo. Seríamos cómplices de un complot con fin común y compartido. Aliados hasta la muerte, en las buenas y las peores. Dos. Con ella junto, conquistar el mundo sería un deseo coherente, factible, un deseo que parte de la base de haberla conquistado a ella, a la mujer más bonita del mundo. Con ella junto, todo sería fácil. Con ella junto, conquistar el mundo sería posible. Sin ella, cualquiera otra conquista carecería de triunfo.

—No es eso, Lansbury. Lo que sucede es que él a veces no comprende cosas mías, me acepta y me respeta, pero no se identifica al cien por ciento con expectativas que tengo. Expectativas emocionales y de ser lo que quiero. Nos movemos en canales paralelos, muy de cerca pero siempre rectos, incruzables. Invariablemente apoyándonos de carril a carril, corriendo al mismo tiempo, dándonos aliento, pero cada uno en su personalísimo carril, corriendo carreras extraordinariamente distintas en las que se ganan premios diferentes. Es difícil, me visualizaba con él por siempre y romper de golpe duele. Promesas y planes eternos que en un día se pulverizan. Además, hay otras cosas, otras cosas que no vienen al caso.

—Tampoco sé yo qué decirte, Maia, pero te entiendo y siento que sufras. Mis amores han sido distintos, de inicio finitos. Han conformado etapas y han tenido su razón de ser, han sacado adelante traumas y miedos, han enfrentado al yo de afuera con el de adentro y me han dado felicidad y también alguna tristeza, pero desde el principio sabía que no eran el eterno, el amor eterno con el que a diario sueño. El tiempo cura o reanuda, espera a ver qué sucede, puede ser que regreses con Robbins o que encuentres algo nuevo, a alguien que borre el pasado, alumbré el futuro

y cada día sorprenda tu presente con magia y cuentos verdaderos —le dije.

—Suena bien, pero primero necesito estar sola un tiempo, llorar, desahogarme, comprenderme y ya luego tranquila pensar y abrirme a lo bueno que pueda venir. Estaré abierta a lo nuevo o a reiniciar lo viejo, que, a pesar de lo que te he dicho, me hacía feliz. De los pros y los contras, lo bueno superó a lo malo. Sin embargo, fue una decisión bien meditada, estoy convencida y segura, no me arrepiento. Desafíé a mi propio destino en busca de mi camino y eso de alguna forma me hace sentir bien y tranquila. El tiempo dirá, nada está escrito ni definido.

El tiempo puede ser aliado o enemigo. Puede curar o excavar orificios, acrecentar el dolor o someterlo. Al romper una relación de larga duración, los miedos saltan como azúcar de polvorón quebrado. Los fantasmas atacan y los recuerdos apuñalan, de frente o por la espalda, da igual. Comparaciones constantes. Terror a iniciar nuevos proyectos, a entrarle de lleno. Es más fácil regresar a lo antiguo, a la historia que abarcó años, a los vestigios, al habitual conocido, al clima de tregua, a la costumbre, a lo *construido*. Es más fácil continuar que empezar, que comenzar de cero, que construir otra vez. Es más fácil, aunque no siempre mejor.

—¿Permanecer sola un tiempo es una imposición o una convicción? —le pregunté y a la vez me preguntaba qué tan factible es hacer planes en los que no esté invitado el amor. Mejor dejarle abierta la puerta por si se le antoja caer de improviso, sin invitación.

—Es una necesidad, una imposición y una convicción —me respondió.

—¿Y qué sucede si un extraño sin previo aviso se cruza en tu camino en ese periodo de aislamiento, no le darías la oportunidad de entrar en tu vida si vieras en él algo de ti? —insistí.

—No lo sé, pero en este instante mi opinión es que preferiría no, no ahorita.

—Pero el amor de verdad llega cuando menos lo esperas, no avisa y no pide permiso, no conoce de tiempos, ni situaciones o conflictos. Si te cierras no te permitirías conocerlo y escaparía inadvertido —argumenté merodeando una esperanza.

—Estoy de acuerdo, el amor arrasa y no pide permiso, arrolla lo que estorbe su cauce, pero dudo que se acerque pronto a mi sitio. Además, como te dije, todavía soy de alguien, mi corazón tiene escrito un nombre masculino —iba a pronunciarlo pero hizo una

pausa—. Bueno, pero cambiemos de tema, Lansbury, si no te voy a dormir y terminaremos deprimidos. Mejor tú cuéntame de tus amoríos, ¿andas con alguien en Madrid o cómo va la cosa?

—Pues qué te diré. Nada serio, ya sabes. Salgo con una que otra pero nada formal —le respondí queriéndole decir que era ella en quien pensaba.

La conversación prosiguió mientras caminábamos por plazas y las pequeñas y solitarias avenidas. Paseábamos. En cada anécdota contada y en cada descripción propia de Maia, descubría nuevas similitudes. Distráidos, amigos de la desubicación terrenal y callejera, del fluir contra corriente, de la intensidad. Aficciones. Películas preferidas. Canciones repetidas cien veces por día. Creyentes de la magia y lo escondido, escapistas, escudriñadores, románticos perdidos y humanos confundidos. Nos parecíamos. Mucho. ¿Demasiado?

Descansamos piernas en un zocalito, en una banca de esas en las que se sientan los viejitos cuando observan a los niños jugar y piensan y piensan perdiendo de vista a los niños. Recuerdan.

No había nadie. Sólo ella y yo. El viento soplaba sin hacernos frío y los grillos saltaban y emitían chiflidos. Grillaban el silencio y me ponían nervioso. Era una escena perfecta de amor, pero sin amor. Faltaba el ingrediente esencial, pero de cualquier forma la atmósfera y el mutismo proponían palabras, si no de amor, de confesión.

—Qué linda noche, gracias por compartirla conmigo —dijo Maia y contempló el cielo limpio.

—No me agradezcas, ha sido un placer estar contigo. Y qué chistoso, nos le adelantamos unas horas al destino que quería encontrarnos hasta la noche en la Arena en asientos vecinos —le respondí.

—Sí, es cierto. Oye, y ahora que lo dices, ¿el boleto que te sobraba era de tu tía, o de quién? Ándele, qué me late que de alguna enamorada que plantaste. Pinches hombres —sugirió bromista.

—No precisamente. La verdad es que en temas de amores las cosas no van muy bien que digamos, he sido lo suficientemente tonto como para no perseguir a quien quiero. "...*It's been a long time, been a long time, been a long lonely, lonely, lonely, lonely, lonely time. Yes it has...*"¹⁰⁰ —dije y me mordí los labios en señal de lamento.

—¿Cómo? A ver, cuéntame, ¿qué te paso? —cuestionó.

¹⁰⁰ Led Zeppelin, *IV (Untitled)*, "Rock and Roll".

—Nada en concreto, sólo que he sido muy estúpido y he guardado en secreto mis amores por miedo.

—No, pero explícame, ¿cómo que por miedo? —volvía a cuestionar y yo a preguntarme si debía o no hablar. ¿Sería el momento?

—Pues no sé, este, no sé, no sé —tartamudeaba.

—No, Lansbury, no seas tramposo. Yo ya te conté mis penas, ahora te toca, suelta la sopa.

—Es que no sé cómo decirte, o sea, a ver, las pocas veces que me he enamorado ha sido en secreto, no me he atrevido a hablarles de mi amor a esas personas de quienes me he enamorado —intenté explicarle, nervioso.

—¡Ah, amores platónicos! Yo tuve alguno así, te lo platicué antes —decía Maia.

—Sí, pero fue platónico por tonterías de niños y porque en esa edad así es, según dijiste. Los míos adquieren el calificativo o denominación por no atreverme a declarar sentimientos ni a expresar los deseos del corazón. A lo mejor en alguno de mis casos aplicaba también la imposibilidad por el hecho de que estuviera con alguien la mujer que me gustaba, pero el secreto en ese caso debía derivar del respeto, cuando realmente derivaba del pánico a confrontar y a hablar, así que era una imposibilidad meramente relativa. ¿Sí me entiendes? No le decía de mi amor no por respeto sino por miedo, por ánimo de callar, por inseguridad —comenzaba a hablar.

—¿Y eran amores profundos, amores sinceros? —me preguntó.

—Sí, uno de ellos el más grande de todos, el amor más sincero que haya existido y sentido persona alguna —le respondí, sincero.

—¡Guau, qué increíble! Imagínate ser el amor platónico de alguien de por vida. Qué bonito sería que te amen en secreto, que te cuiden durante toda la vida y te observen sin que lo percibas. Que en todo momento piensen en ti y te escriban versos, poemas, cuentos. Me encantaría serlo —dijo describiendo, sin saberlo, mi amor secreto por ella.

—¿Te encantaría ser qué? —le pregunté con el latir acelerado.

—El amor platónico de alguien. Siempre he querido serlo, me lo imagino y me emociono. Es una ilusión. No por vanidad sino por romanticismo, por ser algo así como la princesa de un cuento mágico, por creer en el amor ciego.

—Seguramente lo eres, y es probable que no de uno, de varios —le aseguré.

—¿Tú crees? ¿Y por qué habría de serlo? —preguntó curiosa y coqueta, vanidosa.

“Porque eres la mujer más linda del universo *‘She’s got a light around her, and everywhere she goes a million dreams of love surround her, everywhere...’*”,¹⁰¹ pensé. Y así era, la mujer con más luz, ángel y buenas vibraciones que haya conocido jamás. Una mujer a quien rodean millones de sueños de amor por donde camina. Despierta fantasías.

—Porque, pues, este, yo creo. Fantaseo e imagino que cada persona será por lo menos el amor platónico y secreto de otra. Una cadena de amores escondidos, regularmente impedidos y perdidos en la fatalidad del silencio nocivo —le respondí sin responder, hablé, callé y me escondí en el miedo como habitual y cobardemente lo hacía. Estúpido. Quería decirle y no podía, no me atrevía y después me arrepentía al extremo del malestar y la frustración. Me sentía tan tonto postergando momentos que invocaba y que al surgir los desperdiciaba, tan frustrado y tonto, como aquél que a la puerta de la casa de su enamorada recibe la mirada de ella, que revela el permiso de besarla por primera vez. Pero no se atreve y la puerta se cierra, sin una certeza de que vuelva a abrirse.

—Bueno, te voy a confesar algo, no por presumida sino porque viene al caso —dijo y se rió cohibida con una mezcla de desinhibición. Y continuó—. Además de que yo tuve un amor platónico, también fui el amor platónico de alguien —y me narró la historia, que para mi furia y sorpresa, quesque protagonizaba un excompañero de trabajo, suyo y mío, Ennio Varklin.

Evité que le diera mucho hilo a la anécdota. Maia continuó su cuestionario y yo esquivé preguntas que a respuesta sincera me hubieran delatado (señoras y señores: el segundo enamorado). La fui a dejar a su hotel, contiguo al mío, y nos despedimos jurando hablarnos más seguido.

Emprendí el paso cuando Maia me alcanzó y agitada preguntó:

—¿Oye, Lansbury, qué vas a hacer mañana, por qué no me acompañas a Venecia? Me caería bien una buena compañía.

—Me encantaría —le respondí feliz de la vida y volví a cuestionarme si estaría soñando. Por segunda ocasión en el día pellizqué la piel de mi brazo izquierdo y dolía. No era un sueño, era vida.

—¡Perfecto, qué bueno! Pero sin compromiso, ¿eh?, ¿seguro no te da flojera? —inocente, requería confirmación de mi aceptación.

¹⁰¹ Billy Joel, *Cold Spring Harbor*, “She’s Got a Way”.

—No, seguro. Segurísimo. Es en serio, me encantaría —reconfirmé.

—¡Increíble! Me imaginaba allá solita, y no te pido que vengas por estar con alguien, sino porque me gusta tu compañía, hoy disfruté el día desde el mercado de las flores hasta ahorita —dijo. Y me halagó.

"Oh it's such a perfect day, I'm glad I spent it with you. Oh such a perfect day, you just keep me hanging on, you just keep me hanging on...",¹⁰² pensé.

—También para mí ha sido un día muy especial, te lo agradezco —le dije y me quedé corto. El día fue espacial, un auténtico paseo por las nubes.

—Mañana salgo temprano, en el tren de las 9:42. Si prefieres despertarte más tarde nos podemos ver allá en algún punto, en la plaza de San Marcos o algo así —sugirió.

—No, mejor me voy contigo a las 9:42. Tampoco está tan grave la desmañanada. Con que salgamos 9:20 de aquí llegamos perfecto, ¿no? —le pregunté. Por supuesto, aprovecharía cualquier segundo a su lado. Si hubiese salido en el tren de las 5:52 a. m. igual me levantaba. *"...When love comes to town I want to jump that train..."*.¹⁰³

—Sí, a las 9:20 es más que suficiente. Entonces, si te parece, nos vemos afuera de mi hotel a esa hora y que un taxi nos lleve a la estación —propuso, acepté y nos deseamos buenas noches.

A las 7 de la mañana ya estaba yo de pie. Nervioso, emocionado. Increíble. Sin exagerar, era un sueño hecho realidad, más que un sueño. Con Maia en Venecia. A las 9:42 estábamos a bordo, rumbo a la ciudad de los canales y las góndolas. Maia recargó su cabeza contra la ventana y durmió. Lucía cansada. Quizás los fantasmas de la noche la visitaron y le hicieron pasar un mal trago.

Sin embargo, parecía tranquila, dormía lejos. Embellecía el paisaje proyectado en la ventanilla: prados verdes, la estática campiña y pequeñas casas amarillas con tejados de ladrillo al natural; un delgado y quieto río que partía el terreno a la mitad, y en sus bordes los olivos, los girasoles y las aves remojando su plumaje. Y a un lado mío la mujer más bonita del mundo, ahí

¹⁰² Lou Reed, *Transformer*, "Perfect Day".

¹⁰³ U2 (featuring B. B. King), *Rattle and Hum*, "When Love Comes to Town".

estaba, infiltrándose, sin saberlo, en el marco panorámico y en mi pensamiento.

A las 12 del día estábamos instalados en un pequeño hotel *bed & breakfast*, muy acogedor pero en cuartos separados. Sin mapa, guiados por las corazonadas, recorrimos Venecia, sus acanaladas callejuelas, frías de clima, calientes de ilusión. Sombreadas y soleadas por un sol móvil, femenino, que caminaba junto a mí. Descansábamos en los puentes, las escalinatas y las jardineras de piedra, de mármol. Hablábamos. Callábamos. Recordábamos. Contemplábamos. Admirábamos. Fotografiábamos, Sonreíamos y reíamos. Reímos y reímos sin medida al ser mi cabeza el blanco de un excremento aéreo. Una maldita paloma tuvo a bien zurrarse en mi cabeza cuando me protegía del sol debajo de un alto techo, mientras distraído lamía un succulento *gelato* de *panna e fragola*.

Después del correspondiente sonrojamiento, efecto del cómico suceso, nos tornamos más simples y nos divertimos más. A las 4 de la tarde subimos a una góndola. Ningún paseo en barco será tanto. Ni un crucero de lujo trasatlántico. El silencio acalló murmullos y el ruido ambiental, los ecos y los "oe, oe" de cuidado con que los gondoleros evitan colapsos entre sus barcos al virar. El único sonido era el del agua mecida por el remo de Luciano, nuestro gondolero. Una paz ensoñadora nos sumergía en un cansancio fantástico, de encanto. De cuento.

Inesperado, un eclipse solar hizo el día noche. El Sol se apagó y las estrellas brillaron. La Luna se prendió, iluminándonos tenuemente y destellando azulosa en el agua. Nueve góndolas formaron un convoy y nos escoltaron. Nueve góndolas ocupadas por hombres vestidos de blanco y negro, de etiqueta rigurosa, cada uno con un instrumento musical en sus manos. Una orquesta filarmónica.

Contaron del uno al tres, *uno, due, tre*, y al final de la cuenta Luciano se alzó en la punta de mando de su góndola, se llevó la mano al pecho y comenzó a cantar solemnemente:

*Nessun dorma! Nessun dorma!
Tu pure, o, principessa,
nella tua fredda stanza,
guardi le stelle
che fremono d'amore e di
speranza.*

*Ma il mio mistero è chiuso in me,
il nome mio nessun saprà!
No, no, sulla tua bocca lo dirò
quando la luce splenderà!*

*Ed il mio bacio scioglierà il silenzio
che ti fa mia!*

*(Il nome suo nessun saprà!...
e noi dovrem, ahimè, morir!)
Dilegua, o notte!
Tramontate, stelle!
Tramontate, stelle!
All'alba vincerò!
vincerò, vincerò!¹⁰⁴*

Navegamos por horas en los canales venecianos y cruzamos los siete mares y los demás. La góndola finalmente atracó. Curiosamente, el día no regresó. El eclipse se prolongó. En un muelle solitario nos esperaba una mesa sencilla con dos sillas. Mantel a cuadros azules y blancos. Una vela encendida en el centro y manjares bien cubiertos. Dos meseros levantaron las tapas de plata que escondían los platos y abrieron vino rojo. Cena romántica sin romance cierto de por medio.

Terminamos de cenar y nos recostamos en el muelle. La única resonancia la causaba otra vez el agua, pero esta vez empujada por el viento, que la hacía chocar contra las columnas de madera que sostenían el embarcadero. Nuestras piernas de rato en rato colisionaban delicadamente, con cuidado se recargaban unas en las ajenas y descansaban. Al contacto, las mías se estremecían y contagiaban el sentir a mi cuerpo entero. *"Oh, here it comes that funny feeling again, winding me up inside every time we touch..."*¹⁰⁵ Las estrellas no dejaban de parpadear y engendrar deseos. La Luna alumbraba reflejos y reaparecían recuerdos:

¹⁰⁴ Luciano Pavarotti, *Tutto Pavarotti*, "Nessun Dorma" (Giacomo Puccini, *Turandot*). Traducción al castellano: ¡Nadie duerma! ¡Nadie duerma! Incluso tu princesa, desde tu fría habitación miras fijamente las estrellas que tiemblan de amor y esperanza / Pero mi misterio está encerrado en mí. Nadie sabrá mi nombre, ¡no, no! Lo diré en tu boca cuando la luz brille / Y mi beso romperá el silencio que te hace mía / (Coro: Su nombre nadie sabrá y, ay de mí, nosotros habremos de morir) / ¡Disipate, oh, noche! ¡Ocúltense, estrellas! ¡Ocúltense, estrellas! ¡Al amanecer, venceré! ¡Venceré, venceré!

¹⁰⁵ Van Halen, 5150, "Why Can't this be Love".

—Lansbury, dime una cosa. ¿Recuerdas el día que nos encontramos en el restaurante en México, días antes de salir a Europa a nuestras maestrías? —me preguntó sospechosa y sospechando.

—Claro que me acuerdo, llegamos temprano cada uno y en lo que llegaban tus amigas te sentaste en mi mesa, platicamos precisamente de las maestrías y de los planes para Europa —le respondí.

—Exacto.

—Bueno, ¿pero y qué con eso? —cuestioné.

—¿Por qué metiste en la bolsa de mi saco esa poesía hecha bonita, el "Poema a la mujer que se va de maestría"? ¿Quién la escribió y para quién? ¿De dónde surgió? Quiero saber su origen, quiero saberlo todo —solicitó respuesta, tomándome por sorpresa.

—¿Y cómo sabes que fui yo quien la metió en tu saco? —pregunté espantado. Descubierto.

—Lo sé porque te vi hacerlo —respondió riendo.

—¿Cómo que me viste? —pregunté espantado de nuevo.

—Supongo que la metiste en la bolsa de mi saco atendiendo a tus tácticas de repartir dinero en los tribunales. Se te olvidó que me movía en los mismos terrenos, entre corruptelas y servidores públicos hambrientos que no dejan escapar oportunidad para que les metan algo a la bolsa, hasta una banana. Para la próxima vez que corrompas, te recomiendo la táctica de poner el dinero dentro de una cajetilla de cigarros, se nota menos. Te caché, así que ahora explícame, quién lo escribió, para quién y por qué —ordenaba sin aceptar negativas.

Lo rojo acaloraba mi cara. Respiré profundo y de un trago ingerí una grappa.

—Bueno, pero antes dime, ¿te gustó el poema? —le pregunté.

—Me fascinó, es irreal. Es perfecto, es demasiado especial, es eso —contestó y me alegró.

—¿Y por qué no preguntaste antes, en el instante que me viste guardarlo en tu saco, por ejemplo?

—Porque no sabía lo que era y antes de preguntar necesitaba verlo. No quería hacerte quedar mal o en ridículo frente a tus amigos y mis amigas, como a escondidas lo guardaste no tenía idea si era malo o era bueno. Al leerlo no entendí por qué lo habías hecho, y de hecho aún no entiendo, pero el caso es que me pareció perfecto, las palabras, el momento, el detalle y lo incierto. Pensé llamarte y preguntar, pero preferí dejarlo así, como un

secreto, como algo mágico que, para tu sorpresa, seguido leo —contestó y me dejó mudo.

Después de una pausa de minuto o minuto y medio insistió y requirió la explicación:

—Pero ya, ya no te hagas, contesta de una vez, Lansbury.

—Ok ok. Te explico. Bueno, mira, la verdad es que *"I've got a secret and I can't explain. All the time, I've waited for this day..."*¹⁰⁶ La verdad es que... el origen... fuiste tú, Maia. Me encantabas. Estaba enamorado de ti —le respondí y me quité un peso. Liberé palabras y el secreto, aunque, para no variar, a medias, pues le hablaba en pasado y la verdad es que seguía, y mucho más después de los segundos recorridos con ella en el tiempo y en territorio italiano, donde conocí a la verdadera Maia, una rubia superior a la de mis sueños.

—¿Cómo que te encantaba, desde cuándo?

—*"Well it's been building up inside of me, for, oh, I don't know how long. I don't know why..."*¹⁰⁷ Desde el primer momento, cuando a lo lejos alcancé a verte por primera vez, caminando y sonriendo en la oficina.

—Pero cómo pude gustarte así nada más, más bien sería atracción, ¿no? —preguntaba dizque no entendiendo. Vanidosa.

—Me encantaste, me gustaste. Seguro que la atracción cabe, pero no fue más que una parte del todo. Al verte sentí algo adentro, el corazón respondió y aceleró a doscientos, un hueco surgió y un frío inquieto colapsó mi pecho. Mis palabras se entorpecieron —declaré.

—¿Eso puede suceder al mirar por vez primera a una persona? —Maia decía no poder creerlo.

—Pensaba que no pero es totalmente cierto, puede suceder. El cuerpo físico, su movimiento, los gestos y una sonrisa dan adelantos e imágenes de quien vive adentro, o eso creo. Después de todo, dicen que los ojos son las ventanas del alma y, a lo lejos, a través de ellas, capté tu esencia.

—¿Estás seguro de que fue amor? —me preguntó.

—*Siento* por ciento —aseveré.

—No sabes lo especial que me haces sentir, si algún día pensabas cómo hacer feliz a una persona, esta noche lo has hecho. Gracias.

¹⁰⁶ *Orchestral Manoeuvres in the Dark, Crush, "Secret"*.

¹⁰⁷ *The Beach Boys, Shut Down Volume II, "Don't Worry Baby"*.

“Volvería a hacerlo un millón de veces”, pensé.

—Es que eso es lo que eres, Maia. Especial.

Y más que especial era espacial. Una mujer de otra galaxia. Una mujer distinta a cualquier otra. La mejor, la más bonita, la que más me gustaba y a la que yo quería. Para mí solito.

Liberé palabras enclaustradas en mente y corazón, palabras que me sofocaban. Al ser escritas persiguen, impregnan partes de ellas en el ambiente, en los ojos de otros y llegan a ser contagiosas. Pero si esas palabras no son expulsadas por la boca, no generan ecos y se quedan atoradas, bloqueando el natural fluir del amor. Al ser pronunciadas se liberaron y me liberaron a mí. Me sentí ligero, como nunca. Aprendí a hablar. Aunque faltaba cambiar el tiempo de conjugación de pasado a presente para inmortalizarlas, para volverlas futuras, perpetuas.

Permanecemos en el muelle, recostados, mirándonos de vez en cuando. Tímidos. Sorprendidos. Cerca. Cercanos. Respirando hondo. Exhalando. Preguntando. Contestando. Suspirando. Imaginando. Y nuestras piernas seguían chocando suave a ratos, apoyándose cómodas y permaneciendo quietas.

“Everything in It’s Right Place”.¹⁰⁸



¹⁰⁸ Radiohead, *Amnesiac*, “Everything in It’s Right Place”.

XV

TIEMPO AIRE

Lay Lady Lay,

*Lay across my big brass bed...*¹⁰⁹

—**Ha sido otro día** muy lindo, un día perfecto —dijo Maia antes de despedirse a la entrada de su habitación.

—Buenas noches, Maia —me despedí y ella cerró su puerta, en la que recargué mi cuerpo anestesiado y la cabeza, con la mirada perdida en el espacio, así como lo hacen los enamorados en las películas ya que su dama entra a casa y cierra la puerta. Pero la escena de mi film no duró mucho. Maia abrió la puerta y me fui para atrás; me di un golpe de largometraje.

No sabía si reír o llorar. Opté por reír, minimiza el ridículo. Verificamos mi condición y una vez constatado el perfecto estado, Maia rió conmigo y de mí.

—¿Por qué te recargaste en la puerta, burro? —preguntó sin interrumpir la risa.

—Es que estaba cansado —contesté atontado y desprevenido. Apendejado.

—¿Pero si tu cuarto está junto, por qué descansar en la puerta del mío y no en tu cama? —volvía a preguntar y reía, por supuesto.

—Bueno, y tú pa qué abres la puerta —le reclamé.

—Es que tengo sed, te iba a preguntar si tenías una botellita extra de agua.

¹⁰⁹ Bob Dylan, *Nashville Skyline*, "Lay Lady Lay".

—Sí, sí tengo, espérame, te la traigo —me levanté adolorido, apenado, regresé con la botella y se la di.

—Buenas noches, ahora sí —por segunda ocasión me despedí.

—Espérate tantito, también quería preguntarte una cosa —me dijo.

—¡¿Otra?! Pero si mi confesión en el muelle fue absoluta —respondí sarcástico, de broma. Mintiendo.

—No, esta pregunta es distinta —dijo.

—Bueno. A ver, avienta la pregunta.

—Está relacionada con nuestros diálogos platónicos y con las pláticas del día. Y es que además de mis miedos de amor tengo otros, igual de feos. Miedos que me limitan y amenazan el ánimo que a veces me hace sentir distinta de la mayoría. Quiero volar, quiero trascender, cumplir mis propias expectativas. Quiero llegar lejos, a la cima. No por vanidad o pedantería, sino para no arrepentirme al final de la vida. Para disfrutar mis días. No me conformaría con quedarme sentada en un sillón para ver televisión el resto de mi existir, algo dentro me jala a subir hasta mero arriba. Pero me da miedo equivocarme y ser una soñadora perdida, una loca existencialista con una visión distorsionada de la realidad que domina. Aunque, sabes, estoy segura de que he respirado una magia divina que transpira el ambiente, una magia invisible de la que algunos hablan. Una magia que me invita a perseguir mis sueños, a buscar mi sentido. Una magia que ignoro si existe o me la invento. Y lo que quiero preguntarte es si tú has sentido esa sensación que revoluciona el instinto, esa atracción de adentrarse en lo desconocido, en uno mismo. Esa sensación de arriesgarse y desarraigarse, de ser distinto a lo común, a lo ordinario, no por diosificarte, sino para serte fiel. ¿La has sentido? —preguntó Maia.

—Sí, la he sentido y me amenaza seguido. Un día me invadió, me expulsó y hoy me persigue. Heme aquí sin destino fijo, en un viaje en el que muchos me consideran perdido, incluso en ocasiones yo mismo.

—¿Y los miedos, qué pasó con los miedos? ¿Los tuviste? ¿Desaparecieron? —repreguntó.

—Los tuve y los tengo. Me abatieron en diversos combates hasta que los vencí en duelo, un duelo en el que no hubo muertos ni heridos. Los miedos sobreviven, aquí están conmigo. Luchamos en enfrentamientos constantes y continuos, me amedrentan y allanan bajo las órdenes de ataque de su comandante, el ego, que

intenta atemorizarme, inferiorizarme y hacerme sentir un pen-dejo. A veces gano yo, a veces ganan ellos.

—¿Estás asustado? —preguntó seria, como intentando aprender de mi respuesta.

—Sí, mucho. Fui educado para triunfar, una derrota resultaría imperdonable —le respondí, recordando los riesgos de mi aventura y reforzando los temores.

—¿Cuál sería la derrota? —cuestionó a medio pasillo.

—No satisfacer sus expectativas, no mantener, mínimo, lo otorgado, no... —me interrumpió para preguntar más:

—¿Y cuál sería el triunfo?

—Satisfacer mis expectativas, cumplir mis sueños. Luchar por ellos, cuando menos. Ser sincero y coherente con mi corazón. Eso sería triunfar.

—Entonces más bien la derrota sería lo contrario y opuesto a eso, a tu triunfo. Cuando definiste derrota hablaste de no satisfacer *sus* expectativas, o sea, expectativas de terceros y eso no sería correcto. Tu derrota es tu derrota, la de tus sueños, no la de los de ellos. Cada quien libra su propia y personal batalla, ¿no lo crees? —preguntó cuasi afirmando—. Te lo pregunto porque a mí me sucede lo mismo, y supongo que necesito ver mi reflejo en otras personas para darme cuenta del error.

—Pues sí, pero me siento con alguna responsabilidad frente a ellos, aunque lo que dices es cierto, lo sé y lo enfrento también de vez en cuando, en los momentos en que me siento seguro. Libras batallas igual de violentas, ¿verdad, Maia? —pregunté cuasi afirmando también.

—Sí, exactamente iguales. Siento miedo, quisiera ahuyentarlo, inhalar la seguridad que permite a los seres humanos seguir adelante en el camino a su encuentro y me asusta no lograrlo. Me pregunto qué sucedería si mi visión fuese errónea, equívoca, que no existiera nada más que la verdad sabida, la realidad científica en la que los soñadores no tienen cabida. Me aterra equivocarme, perder el tiempo en busca de algo que no exista, ser una idealista tonta, una loca cuyas alucinaciones e ideales la guíen a perderlo todo. Tengo miedo de que esa magia invisible que me llama, en realidad no exista. Sin duda sería más fácil caminar sobre la línea, ser fiel a la rutina, ser uno más que no replica o se complica, buena hija de familia. Sería más fácil y tengo miedo de echarlo todo a perder, mucho miedo —decía y yo escuchaba palabras que seguido de mí oía, las mismitas.

—Yo también, ¿pero no me digas que la sensación de libertad y de arriesgarte por tu causa y por tu vida no es en sí pura vitamina? Vitamina pura que nutre el espíritu y lo dignifica, que recompensa cualquier miedo e inclusive cualquier guerra perdida. Es dulce caminar sin ataduras, serse fiel de noche y de día, burlarse de los miedos, morirse de la risa.

—Sí, y las cosas serían menos difíciles si se hablaran así entre familia. Conversaciones limpias que enumeren miedos y en las que se debatan expectativas, se desnuden los sueños y se hable de los deseos. Permitir alternativas, suprimir críticas lesivas que desalienten vuelos, que rompan cuentos y roboticen una vida. Padres que dan consejos arriesgados pero sinceros ¿Qué le aconsejarías a un hijo si te dijera que tiene miedo? —me preguntó Maia.

—No sabría exactamente qué decirle, aunque probablemente le respondería lo que me gustaría escuchar de mi padre si a él yo le confesara que tengo miedo —le contesté.

—¿Y qué te gustaría que tu padre te respondiera si supiera que tienes miedo? —con Maia no era posible omitir respuestas.

—Me gustaría que mi padre me dijera: *"Take all the goods from all the bads, and tell the people that you've gone away. Now lift your head up to the sky, now you can tell apart the black from the white. The monsters seem to fade so fast, upon the waking of another dream, and I feel safe, so safe. And I feel safe, so safe, and I feel safe. I feel so brave, I'm not afraid of anything They've got to say. And you're Ok because you're tucked away. Don't go astray, you've got to be just who you are, who you are"*.¹¹⁰ Eso me gustaría que me dijera. Me gustaría saber que él mismo no tiene la certeza de quién tiene la razón, si los realistas o los idealistas, pero que a la vez me confirmara que el hecho de que un hombre siga sus ideales y sus sueños lo convierte en el hombre más seguro y feliz del mundo.

—Eso me gustaría escuchar también, justo eso —dijo Maia pintando una media sonrisa de confort y consuelo.

Nos deseamos buenas noches y ahora sí, sin recargos porteros, cada quien cerró su puerta y destendió las sábanas *dal letto*. Me introduje en la cama y pegué mi frente a la pared que separaba nuestros cuerpos. Sentía el calor de su frente traspasar el muro. Recargados iguales contra los ladrillos y el cemento, que en cuestión de minutos supondrían también la separación de nuestros sueños nocturnos.

¹¹⁰ Travis, *The Invisible Band*, "Safe".

Amaneció. Desayunamos. Llegamos a la estación tres cuartos de hora antes de que nuestros respectivos trenes partieran, el de ella a Bolonia y el mío a Milán. No hablábamos mucho pero nos mirábamos diferente, quizá con más apego, más entrañables, más sabedores de nuestros gustos, de nuestras debilidades, de nuestras pasiones, de nuestras incógnitas y de nuestros miedos. No quería irme. No hablábamos. No hablaba y me quemaba el silencio. El secreto me acosaba, me incomodaba, necesitaba deshacerme de él.

Y la música ambiental en la estación pedía y decía: *"You're as tight as a hunter's trap, hidden well. What are you concealing? Poker face, carved in stone, amongst friends, but all alone. Why do you hide? Say something, say something, anything. I've shown you everything, give me a sign. Say something, say something, anything. Your silence is deafening. Pay me in kind..."*¹¹¹

Mirábamos los relojes de mano y uno grande, circular, con segundero de aguja roja, que colgaba de una pared, agobiante, me apresuraba igual que la canción. Sin observar, contemplábamos el techo, analizábamos el piso y yo pateaba colillas de cigarrillos. Los altavoces anunciaban el próximo arribo del tren que Maia abordaría. El foco redondo de la máquina se dejaba ver. Los viajeros cogían su equipaje, se preparaban. El andén se llenaba de tren. Con pasos cuidadosos y lentos las personas se acercaban a la línea amarilla que indica el límite, los frenos rechinaban y finalmente al tren detenían. Suspiraba el ferrocarril y las puertas se abrían. Los de arriba bajaban y los de abajo, tensos y presurosos, tramaban dónde sentarse. Subían.

Maia cargó su *backpack* y se acercó para despedirse. Mis manos frenaron su intento tomándola de los hombros.

—Te amo —le dije a secas, goteando. Las palabras no fluían. Habían sido ensayadas la noche entera, en vela, hasta casi memorizar un guión. Pero me traicionaron y abandonaron, no sabía qué decir y quería decirlo todo. Ella me miraba, no dejaba de hacerlo.

—Ayer hablé en pasado pero debí hacerlo en presente. Estoy enamorado de ti. Me gustas, me encantas. *"You are wonderful... I love you, city girl you are beautiful, I love you, I do, I do, I do..."*¹¹² Daría y dejaría todo por estar siempre contigo. Te quiero desde el primer día que te vi. Eres mi amor platónico —logré continuar.

¹¹¹ James, Laid, "Say Something".

¹¹² Kevin Shields, OST *Lost in Translation*, "City Girl".

Maia no decía nada, no podía. Me miraba con los ojos agudados, con lágrimas que amenazan brotar. No me quitaba la vista, la diluía en mis ojos. Sonrió, se acercó y me abrazó muy fuerte, hasta adentro. Así permanecemos unos segundos, prensados, hasta que el silbante de las vías indicó la inmediata salida.

—Háblame, ¿sí? —me dijo mientras a paso lento ascendía al vagón.

Asentí con la cabeza. Ya arriba, ella asomó su cara por una ventana (“*goodbye windows*”¹¹³). Sus ojos no dejaban de mirar los míos y los míos los de ella. Sus facciones denotaban sorpresa, confusión.

En ese corto viaje di una vuelta al mundo. “Una vuelta al cielo...”¹¹⁴ Un canal entre Maia y yo se abrió, un canal veneciano por el que más adelante fluirían y circularían, a modo de intercambio, magia, alucinaciones fantásticas, miedos, terrores, sueños, ilusiones, amor, angustia, síes, noes, pensamientos, tormentas y secretos que pedían a gritos ser abiertos.

From: “Anna” <anna@hotmail.com>

To: “Ario Epílogo”

Subject: ¿A dónde vamos?

Date: Wed, 03 Jul 2002 13:13:13

La muerte siempre frente a ella, silenciosa, tan atractiva, ofrece perpetuidad en juventud.

¿A dónde vamos?... si las estrellas aún muertas nos deleitan con su luz... y ella ya inanimada, ¿viajará a alguna parte del universo?

¿A dónde va nuestra energía? ¿Es como la luz de las estrellas muertas?... ¿se dispersa?... ¿pasa a ser parte del todo?

En el todo estará, pero no ella, partes de ella. Quizás sus sueños se infiltren en la mente de otro ser y viajen así infinitamente...

La energía se transforma, no se destruye... somos energía indestructible, lista para transformarse, para volar... a ella siempre le ha gustado viajar...

Si estamos tan poco tiempo aquí, ¿por qué sacrificarnos a nosotros mismos. Por qué sacrificar nuestros sueños, nuestros amores, nuestros instintos, nuestra pasión, nuestros gustos, nuestras aficiones, nuestras vidas? ¿Por qué nos sacrificamos si venimos a vivir? Vivir no tomado a

¹¹³ Cream, *Wheels of Fire*, “White Room”.

¹¹⁴ Caifanes, *El silencio*, “Nubes”.

la ligera, no como irresponsabilidad, como abusos o excesos, sino vivir como serenos fieles, ser fieles a nuestra esencia, ser nuestra esencia, ser.

El miedo y el creernos inmortales e imperecederos nos lo impiden o lo dificultan, al menos. Si fuéramos conscientes de que un día, tal vez en cincuenta años o tal vez en un segundo, moriremos, probablemente seríamos más valientes, más capaces de arriesgar, más aventureros. Tomaríamos los riesgos más a la ligera, como una aventura, como una manera de plasmar nuestro interior en el exterior. Al salir de nuestros recintos nos volvemos inmortales. Al sacar los deseos de la mente y del alma nos immortalizamos, nuestra esencia flota en el ambiente y sus partículas se respiran. Me tengo claustrofobia.

¿Por qué siempre fingir que se va ganando, cuando al final nadie gana? Siempre se empata, todos acabamos iguales. ¿Qué es ganar? ¿Cuál es el premio?

¿Qué sentido tuvo sacrificar todo? Ninguno. Nada.

¿Qué sentido tuvo no haber sido yo, sino el suplente de yo, durante toda “mi” vida? Debí ser quien con el paso del tiempo dejé de ser, quien con el transcurso de la vida se me olvidó que existía: yo.

Al final de la vida se empata. La muerte empata las vidas, somos y seremos exactamente lo mismo, iguales, como siempre debimos haber sido. Como cuando nacimos.

Mi hermana está bien. Salió del coma y se recupera, pero me ha hecho pensar mucho, demasiado...

Te quiero.

Anna

Madrid me recibió, también, con sorpresas. Buenas nuevas. Nuevas buenas. Noticias. Una importante discográfica estaba interesada en nuestro trabajo y le propuso a Oblicuo unas presentaciones de Los Lunáticos en un famoso foro de conciertos de Madrid, la Sala Arena, donde abriríamos tres noches los conciertos de tres de los grupos más importantes de la disquera. Ahí, generalmente, tocaban bandas ya reconocidas, de buena trayectoria y con muchos fans. Queens of the Stone Age, Placebo, James, The Strokes, The Vines y Blur se habían presentado ahí recientemente.

Hablaba con Maia casi a diario. Por horas. Gastábamos varias tarjetas telefónicas a la semana. Preguntaba de mi amor y me pedía tiempo, aire, espera, aunque era clara y sincera y no ofrecía ni prometía correspondencia. Nuestras pláticas eran más profundas que una fosa de clavados, hablábamos y hablábamos. Nos trans-

portábamos a otra dimensión, a escenas inventadas pero ciertas. Escapábamos a lugares desconocidos en los que la tranquilidad invitaba a permanecer. Escapábamos juntos de las realidades que a cada uno abochornaban, ella de la tristeza y yo de la tristeza. Tristezas de diversa naturaleza, la de ella de un amor y la mía de otro, incompartido. Descansábamos acostados en las nubes. Ella con los ojos cerrados, adormecida, triste. Vulnerable a los recuerdos, esforzándose por sobrevivir. Yo a un lado, cuidándola. Vigilando. Protegiéndola si los fantasmas aparecían y la agredían. Nos abrimos y compartimos. La apertura fue absoluta de ambas partes.

Le leía lo que escribía, lo que le había escrito. Le decía lo que pensaba, cada pensamiento se lo apalabraba. Miedos, fantasías y lamentos. Lo que no sabía, lo que ya. Confesiones absolutas. Me encueré, suprimí y olvidé tácticas y estrategias que en la guerra y el amor no se vale olvidar, tácticas y estrategias que tantos predicen poner en práctica. El juego que lo hace incierto no lo jugué, le confirmé certeza a pesar de que ella no correspondía. Dije todo. No callé. Profané y asesiné mi religión silenciosa. *"That's me in the corner. That's me in the spotlight losing my religion, trying to keep up with you, and I don't know if I can do it. Oh no I've said too much, I haven't said enough..."*¹¹⁵

Tiré mis armas al césped, me abandoné a la misericordia de mi amada y confié mi futuro a la vida que es mágica con algunos y que da giros de ciento ochenta grados y que pinta los oscuros de claros y los amargos endulza. Me quedé sin armas y sin escudos. Dije todo.

No olvidaba a su exnovio, aún lo quería. Eso decía. Ese dolor la absorbía, pero creo que aún más el de un amor secreto o imposible que, sospechaba, escondía. Uno imposible o platónico, como el que yo tenía. Lo intuía. Después de todo éramos tremendamente parecidos y algo en sus ojos lo decía. Sus ojos que cuando no lloraban lo hacían, igual que los míos. Así lo descubrí. Así lo presentía.

Me sentía inseguro. Tenía miedo de sufrir, de que las ilusiones que crecían, un día, sin avisar, cayeran como maceta de un balcón y se partieran junto con mi cabeza y corazón en mil trozos, sin posibilidad remota de reunirse y pegarse. Pero asumía los riesgos que Maia misma me advertía y mi amor reproducía a cada nuevo amanecer.

¹¹⁵ R.E.M., *Out of Time*, "Losing my Religion".

—Jamás quiero que por mí sufras, por eso debo ser sincera, no sé si al final podré corresponder y darte lo que esperas. Tu apoyo me hace feliz y no tienes una idea de cómo me ayudas a salir adelante. Como eres, lo que dices y tu cercanía emocional me alivian, necesito de ti, pero no quiero aprovecharme y que parezca o pienses que te uso —me decía seguido.

Quería estar ahí, aunque tenía el derecho de salir corriendo. Pero era más grande el querer ser parte de su vida que el miedo a los riesgos y al precipicio que amenazaba próximo (cuidado: despeñadero a dos metros). Quería ser parte de su día a día, de su mañana, de su tarde, de su noche y de sus madrugadas. De sus veinticuatro horas.

Su esencia la plasmaba en las canciones, la cercanía y la lejanía. “‘*Far away, so close*’ (*And if you look, you look through me. And if you talk it’s not to me, and when I touch you, you don’t feel a thing*)...”.¹¹⁶ Sus lágrimas, sus risas y su fotografía. La fotografía que nos sacó el japonecito cuando nuestros dedos se unieron, igual que el de Adán y el de Dios en la Capilla Sixtina, mientras Maia y yo abrazábamos a Julieta en el instante en que en un soplo divino del viento refrescó nuestros cuerpos. Esa foto a la que a diario recurría y que guardaba en mi mente como protector de pantalla. Esa foto que a diario veía. “*I’ve been looking so long at these pictures of you that I almost believe that they’re real. I’ve been living so long with my pictures of you, that I almost believe that the pictures are all I can feel...*”.¹¹⁷

Y las canciones sonaban y recitaban mejor que nunca. Sensibles, precisas. Movían por dentro, expresivas, sensitivas. Aduñables. Rombol y yo volábamos en ellas, cual si fuesen alfombras mágicas. “La música es el arte de combinar los sonidos y el tiempo”, definía un diccionario especializado.

—El diccionario *parla* mierda, échalo al retrete y méale encima, Lansbury. Luego jálale. La música no es más que robarle sonidos al silencio, secuestrar las melodías que descansan escondidas y que viven dormidas hasta que un hijo de puta como tú o como yo las descubre, las atrapa y las hace tuyas. La música es silencio convertido en armonía, luego en tarareo y luego en notas escritas. Melodías sobre las que descansan melodías. Una orgía de silencios que es-

¹¹⁶ U2, *Zooropa*, “Stay (Faraway, So Close)”.

¹¹⁷ The Cure, *Disintegration*, “Pictures of You”.

peran ser descubiertos en pleno acto sexual. Eso es la música, una orgía de silencios —definía Rombol.

La inspiración complacía y las canciones lo advertían. Fluían sin problemas, naturales y perfectas. En seis semanas nos presentábamos en la Sala Arena y buena parte de ellas nos encerramos en el local de ensayo. Durante horas tocamos y amarramos los sonidos. Noches de gala y de canto. ¡A escena!

El lugar a tope. No éramos el centro de atención, por supuesto. Lo sería el grupo principal. Nosotros, teloneros. Teloneros que encendieron a la gente, que sin prisas pedía y pedía canciones. Los recurrentes fans y fieles acarreados que nos seguían de bar en bar, enardecían y propagaban el incendio a propios y extraños. Arrinconados, Oblicuo y los de la disquera observaban y cuchicheaban. Aplaudían con las manos arriba en señal de triunfo.

Rombol se perdía en la guitarra que, potente y melancólica, gruñía. Yo, mareado en el éxtasis de la alegría. Asombrado, increíble. Mientras cantaba retornaba la vista al pasado y me enorgullecía del presente, del instante preciso en que miraba al público que atento me miraba e inmerso escuchaba lo que yo decía, mis letras, las subidas y bajadas de las canciones. Cirilo, *el Bonsai* y Akira, atentos y algo tensos, marcándose los tiempos y también disfrutando del concierto, a su manera.

La segunda noche fue igual y la tercera parecida, a excepción de una sirena que, curiosa, entre las personas me veía. La descubrí mientras paseaba la mirada entre la gente, de lado a lado. En el exacto centro estaba ella, brincando y bailando aun sin saber las melodías. Una bailarina preciosa y pequeña que era capaz de distinguir a un millón de millas. Una bailarina que se distinguía por sus ojos brillantes y sus brazos y manos extendidas, ondeando como bandera. Moviéndose. Bailarina. *"Pretty eyed, pirate smile, you'll marry a music man. Ballerina, you must have seen her dancing in the sand. And now she's in me, always with me, tiny dancer in my hand..."*¹¹⁸

Maia bailaba y sonreía cuando notaba que al cantar desde el escenario la veía. Los dos sonreíamos. Me emocionó que estuviera ahí. Le avisé de los conciertos apenas me enteré, pero jamás imaginé que iría. Jamás. Y ahí estaba. Contenta. Probablemente también emocionada, acompañándome y compartiendo nervios.

¹¹⁸ Elton John, *Madman Across the Water*, "Tiny Dancer".

Entonces apareció en escena nuestra sorpresa de la noche, una banda, bien uniformada, de trompetas, saxos y trombones subió al escenario, no para bajarnos sino para acompañarnos. Tambores y platillos les siguieron. Porristas con bombones. Toda una banda de universidad estadounidense, quizás era la de Princeton. Encargados de vestuario deshicieron a Los Lunáticos de sus trapos y nos colocaron trajes completos atiborrados de pequeños espejos cuadrados, como de esfera de discoteca, de utilería. Brillábamos y reflejábamos luces.

El director de la banda, con bombín, corbata de moño y saco rojo a cuadros se acercó a mí y me preguntó algo. Le respondí y pasó voz de la respuesta a los uniformados y yo a Los Lunáticos. Y a la voz del grito *"Whoa-oo-oo! I feel good, I knew that I would, now..."*,¹¹⁹ continuamos. Canción vieja conocida mía que esta vez, más que cualquiera otra, me pertenecía. Reflejaba mi estado de ánimo. Rombol lucía en el mismo contexto, feliz. Los otros tres no tanto con el *cover* setentero con el cual nunca estuvieron del todo de acuerdo.

Terminó la actuación y surgieron los aplausos, Oblicuo se acercó a saludar y yo procedí a despedirme:

—*"Goodbye. You can keep this suit of lights. I'll be up with the sun. I'm not coming down, I'm not coming down, I'm not coming down..."*.¹²⁰ Mi estimado Oblicuo, este rey se va a disfrutar de la noche y a contar estrellas con la reina que ha venido a verlo, despídeme de los demás. Luego nos vemos —le dije.

Fui directo hacia Maia y con ella a la barra. Más tarde, efectivamente, a contar estrellas. Nos sentamos en una banca, en un camellón grande por el que caminaban y se besaban parejas afectivas, desinhibidas por la madrugada y el efecto de unas cubatas bien servidas. Entre los paseantes, una morena flaca curvilínea y sexy, mostrando ombligo, se acercó a mí:

—Hola, guapo. ¿Cuánto tiempo? ¿Cómo estáis? Perdimos contacto, perdí tu teléfono, lo siento. Llamamé un día y salimos. Pásenla fenomenal, hasta luegoito —saludó, y se despidió la apiñonada luego de restregar noches pasadas y sus nalgas en mis narices y en las de Maia.

—Con que mucho amor y mucho cuento, ¿eh, Lansbury? Ándale, ya comienzo a conocerte —dijo Maia entre broma y broma.

¹¹⁹ James Brown, *I Got You (I Feel Good)*, "I Got You (I Feel Good)".

¹²⁰ U2, *Pop*, "Gone".

—No inventes, Maia. La conocí a los pocos días que llegué de México. Sin ofenderla, es una zorra sin control que un día me dejó como un perro sin amo. Necesitaba compañía y cariño y ella me lo brindó un par de semanas, ni estaba encariñado cuando partió sin decir agua va. Fue una historia intrascendente, historia olvidadiza sin secuelas —me defendí con la verdad, mientras Maia me observaba, no celosa sino más bien imaginativa, como reconstruyendo escenas que desconocía. Después de un par de minutos nos dio un ataque de risa. La morena atrevida casi cebaba mi conquista. La conquista de mi vida.

—Lansbury, dime algo, ¿cómo sabes que lo que sientes es amor? ¿Cómo puedes estar tan seguro si prácticamente no me conoces? ¿Qué es lo que sientes? ¿Cómo puedes asegurar que sí es amor? —me preguntó.

—*"I feel it in my fingers, I feel it in my toes. Love is all around me, and so the feeling grows. It's written on the wind, it's everywhere I go, oh yes it is..."*¹²¹

Por supuesto era amor, y si no lo era, entonces sería un sentimiento aún más grande, un sentimiento sin nombre, superior a cualquier sentir.

—Lansbury, gracias por quererme y por haberme querido aunque yo no lo supiera. Al leer tus pensamientos y los poemas me sacas lágrimas. Me llegaron y me llegan muy adentro y en verdad te lo agradezco, aunque sé que no lo merezco —me dijo Maia.

—¿Y por qué no vas a merecerlo?

—Porque para merecerlo debería correspondértelo y de momento no puedo. Se escucha tonto pero estoy en otra sintonía, no estoy aún preparada para estar con nadie. Debo ordenarme, cerrar ciclos, reorganizar mi vida. Estoy abandonada por mí misma —decía a punto de llorar.

—¿Cerrar ciclos? ¿Pero no terminaste definitivamente con Robbins? ¿Han hablado? —cuestioné sabiendo la respuesta de antemano.

—Sí, hemos hablado. No sé si sea definitivo, ya te dije, fueron muchos años, aunque hasta ahora estoy convencida de que la decisión tomada fue la correcta. No me arrepiento. Muchas cosas entre los dos murieron. Además, hay otras cosas —decía y la interrumpí.

¹²¹ Wet, Wet, Wet, OST, *Four Weddings and a Funeral*, "Love Is All Around".

—¿Qué otras cosas? —pregunté con el corazón aprisa.

—Cosas, muchas cosas. Situaciones que me duelen y atormentan. Tristeza, desesperación, angustia y temores que no me dejan dormir y que cuando lo hacen es en pesadillas. Pero si alguien aligera el dolor y lo pesado eres tú. A pesar de la distancia, en este tiempo has sido una mano que me levanta y me recuerda que estoy viva. Las demás manos me estiran. Me gusta que me llames, recostarme a oscuras y oír tu voz en el teléfono, tus palabras que me arrullan y me hacen sentir tan especial, tus palabras que me permiten descansar y olvidarme temporalmente de los miedos, de los fantasmas que a diario veo —me respondió. La sentía desprotegida. Sola. Abandonada. Adolorida.

—Quiero estar contigo, cuidarte. Dejar que pase el tiempo y esperar junto a ti. Te esperaría toda la vida —le dije desde el fondo de mi corazón.

—Y yo quiero que tú estés siempre ahí, conmigo. Cuidándome. Necesito tu apoyo, pero corres peligro, Lansbury. Ignoro cuánto tiempo estaré así, de hecho no sé si podré salir de esto, no sé cómo, no sé si algún día pueda ser quien quieres que sea, no sé si pueda ser quien esperas, y lo último que quiero es lastimarte o hacerte sufrir, has sido muy bueno conmigo. Eres un ángel y le doy gracias a Dios por haberte enviado y hecho aparecer en mi vida —dijo.

—No soy ningún ángel, no me veas así o como un consuelo. Lo que hago y digo es porque te quiero —no me gustaba que me considerara eso, un ángel (un ángel de alas amputadas).

—No te involucres más de la cuenta conmigo, te lo pido. ¿Crees que podamos ser amigos? Dime la verdad, sé sincero. Y si crees que no, por mí no te preocupes, Lansbury. Tienes todo el derecho a huir y, aunque me dolería, lo entendería perfecto.

—Maia, te dije antes que asumo los riesgos. Si en algún momento considero que debo huir, así lo haré, pero por ahora aquí me quedo —y eso haría. En la *fuckin' friend zone*.

Morí por besarla, pero frené los intentos previos a convertirse en reflejos. No se daba cuenta, aunque seguramente notaba la intención acobardada en mis ojos, que me delataban saboreando su boca.

Permaneció cinco días en Madrid, dos con una amiga y los tres últimos en mi apartamento. Le cedí el colchón y la privacidad que le otorgaba la puerta a mi cuarto. Yo, en el sofá de lo que no podría llamarse sala, más bien pequeña estancia, que hacía las veces de comedor, sala, cuarto de la tele, estudio y lavandería.

Conectamos fuerte esos días. Esas noches. Convivíamos y la conexión iba en aumento. Se intensificó y clasificó en la categoría de intensa. A pesar de los miedos y dolores de corazón que la aquejaban, sentí haberla invadido por dentro. Movido y desordenado. La sentía adentro y percibía que ella a mí. La llevaba dentro y sentí que ella igual me guardaba y me tenía presente. *"And I feel it, and she feels it..."*¹²²

La tercera noche no dormí. Pensaba. No podía dormir. No quería. Buscaba imágenes a través de la madera. Buscaba sonidos en el silencio y, en eso, la escuché chillar. Un chillido sin sosiego, de permanencia voluntaria, un chillido acallado contra las plumas de la almohada. Toqué a la puerta.

—¿Maia, estás bien? —le pregunté desde afuera.

—Sí, no te preocupes. No es nada —respondió igual que un día en el despacho en el que fuimos compañeros.

—¿Puedo pasar? —insistí.

—Sí, pero en serio no te preocupes, ya se me pasará —insistió.

—¿Qué tienes? —al terminar la pregunta el río desbordó. Lloraba. Y lloraba.

—Me siento muy sola, así estoy —hablaba entre llantos y lamentos— y así debo estar. No se van el miedo ni la tristeza. Los fantasmas acechan —continuaba.

Me senté en la cama, a su lado. Cerca. Despacio, acaricié su cabello donde nace en la frente. Acaricié su nariz y sus mejillas con las yemas de mis dedos. Con mi codo podía sentir sus tetas. Detuve el tiempo.

—No llores, ya todo está bien. Ya está. *"Hush now, don't you cry, wipe away the teardrop from your eye. You're lying safe in bed, it was all a bad dream spinning in your head. Your mind tricked you to feel the pain of someone close to you leaving the game of life. So here it is, another chance, wide awake you face the day your dream is over... or has it just begun?..."*¹²³ —la consolaba. La cuidaba como un guardián. Como un policía.

—Quédate aquí, no te vayas —me pidió un segundo antes de cerrar los ojos.

Me recosté junto a ella y giró como niña que llora en su cama hecha bolita. La abracé por detrás. Mi cuerpo pegué al suyo, sin-

¹²² Stone Temple Pilots, *Core*, "Plush".

¹²³ Queensryche, *Empire*, "Silent Lucidity".

tiendo. Ella respondió al abrazo y a mi cuerpo. Me dejaba sentir y sentía. Le respiraba sin pudor cerca de su oreja y expandía el exhalar en su cuello. Giró para devolverme la cara. Me miraba profundo, más tranquila. Así un poco de tiempo, algunos minutos que se volvieron eternos. Peinaba también mi cabello entre sus dedos. Mis manos recorrían sus costados y sus pechos. Las suyas acariciaban mi corazón. Entré por sus ojos y deseaba entrar por su cuerpo. Acercué mis labios despacio a los suyos. Por segundos me permitió el lento acercamiento, pero a milímetros del contacto, entre nuestras bocas interpuso los dedos de su mano izquierda. Así detuvo mis instintos engrandecidos, pero no mis sentimientos.

—No es el momento, Lansbury, perdóname, te lo pido. Entiéndeme, por favor, sólo déjame quedarme dormida en tus brazos. Cuídame esta noche, quedate junto a mí.

Y entonces, sin que mi cuerpo ni mis emociones recuperaran la serenidad, dimos paso al pernoctar de amigos que comparten lecho. Y no obstante la negativa, fue el dormir más succulento. El mejor sueño. Escuchaba y sentía su respiración tibia y el latir de su cuerpo. El calor de sus labios chocar contra los míos. Lo suave de su piel. Dormimos. Nos teletransportamos. Viajamos en astral. Descansábamos, acostados, sobre un tejado de ladrillos. Abrazados. En una pequeña casa alzada en una montaña enana, con vista a un pueblo semidesierto. Semivacío y lleno de ella. En la plaza, que veíamos de lejos, cuatro niños corrían y jugando gritaban sin despertarnos, sin interrumpir el sueño. Nos miraban cariñosos y volvían a correr, cada uno con un globo rojo sujeto a un dedo. A lo lejos, también, una acalorada y sedienta vereda, partida a la mitad por una estrecha y solitaria carretera, de ida. Sin vuelta.

Así, igual a la distancia, solíamos teletransportarnos. Viajábamos frecuentemente, por teléfono. Hablando, permitiendo largos silencios. Suspirando. Respirando, permitiendo respirar, exhalar fuerte, sacar los miedos y la tristeza. Pero esta vez los dos en una cama. Disfrutaba mi mitad y cuidadosamente traspasaba el límite de la frontera.

*And so she woke up,
woke up from where she was
lying still.
Said I gotta do something
about where we're going.*

*Step on a steam train,
step out of the driving rain, maybe,
run from the darkness in the night.
Singing ha, ah la la la de day,
ah da da da de day,
ah la la de day...¹²⁴*

Maia era mi heroína. La heroína de mis cuentos, de mis fábulas maravillosas. De mis venas.

El despertar fue extraño. Funesto. Finiquitó al sueño. Maia no estaba en la cama. Amanecí solo. La encontré ya arreglada, hojeaba y leía en la estancia las revistas con letras y retratos alusivos a Los Lunáticos.

—¡Ole, torero! —me dijo al ver los artículos y las fotos, sin comentarios referentes a la noche.

La acompañé al aeropuerto. Después de los correspondientes registros personales y de equipaje, surgió un silencio desagradable, el silencio en el que un *adiós* o un *hasta luego* de larga duración se dejan escuchar. Ese *adiós* que distancia en kilómetros y en horas multiplicadas por horas de la persona que se ama. Ese *adiós* que aleja. Ese *adiós* de reencuentro indefinido. Ese *adiós* de partida prolongada. La extrañaría. Ya la extrañaba y aún estaba. Agudo sentimiento que antecede a la despedida y que es más nefasto y triste todavía. Peor que el mismísimo *adiós*. Lapso previo a la despedida en que no sabes qué decir, y si lo sabes no te atreves a decirlo, generalmente. Y si lo dices, dices la mitad y a una temperatura sumamente inferior a la de ebullición en que hervías cuando fraguabas decirlo.

Antes de cruzar el arco detector de mal intencionados, Maia se deuvo y me abrazó. La abracé fuerte. Nos miramos.

Nos quedamos viendo. Ipsofacto escuché un nuevo silencio, uno más agradable, el de beso. Ausencia de sonidos plagada de pensamientos. Silencio cómodo-incómodo del que no sabes cómo salir, pero del que no quieres hacerlo y que como única puerta de salida tiene eso, el beso. ¿Lo escuchaba ella también?

—¿Es posible que una persona esté enamorada de dos al mismo tiempo? —me preguntó, intrigante, sin apartar la mirada.

¹²⁴ U2, *The Joshua Tree*, "Running to Stand Still".

¿Estaba enamorada de dos? ¿Robbins y yo? Robbins y yo, concluí. Robbins y yo, que en recuerdos y palabras, respectivamente, luchábamos cuerpo a cuerpo en la cabeza de Maia.

—Lo dudo, no lo creo. De lo único que estoy seguro es de que te quiero —le dije y en un rápido acercar, besé sus labios. Por fin.

No dijo nada, por unos segundos. Permaneció callada y continuó viéndome. Ya luego reaccionó, recordando e infiriendo, sacando conclusiones:

—Las rosas eran tuyas. Tú las dejabas sobre mi escritorio. Eran preciosas, me encantaban, igual que los poemas que ahora cada noche leo. Creía haber descubierto al sospechoso, al responsable, pero en este momento me doy cuenta de que el acusado no era el responsable verdadero. Jamás sospeché de ti, pensé que era alguien más —confesó.

—¿Te decepciona que haya sido yo? —le pregunté. Seguramente suponía que Ennio Varklin había sido el autor intelectual y material de los hechos. Se colgó medallas ajenas el cabrón, pero ya las estaba devolviendo a su legítimo dueño. Pinche rata.

—Por supuesto que no, al contrario, me alegra que hayas sido tú, pero nunca lo imaginé, nunca pasó por mi mente el pensamiento de ser yo tu secreto. ¿Pero por qué te gustaba, o por qué te gusto? ¿De verdad me quieres tanto? —preguntaba, una vez más, incrédula.

—*“Don’t ask me, what you know is true. Don’t have to tell you, I love your precious heart...”*¹²⁵ —contesté.

—Me haces sentir especial, Lansbury. Te lo he dicho varias veces. Me haces volar y me acompañas en el vuelo. Me adentras en un mundo mágico y de sueños del que no quisiera salir —dijo y sus ojos brillaban como estrellas—. Pero de momento, por favor, no recibas mensajes incorrectos, mensajes que no envíe o que por lo menos no pretendo enviar. No me creas, sé más inteligente que yo. No te quiero lastimar. Por ahora sé solamente mi amigo, no me veas como algo más, por favor. Me gusta estar contigo pero en este momento no en la forma que tú esperas, si lo hiciera no sería sincera, aunque tampoco me puedo engañar ni negar la realidad, y me refiero a que sí siento una conexión contigo, en ocasiones muy intensa. Pero me da miedo que sean espejismos que me invento para salvaguardarme de la tristeza. Me despiertas un sen-

¹²⁵ INXS, *Kick*, “Never Tear Us Apart”.

timiento que es más que amistad, mucho más, pero, por mi situación y bloqueo, ese sentimiento aún no fluye bien. Y mientras sea así no quiero hacer las cosas mal, eres la última persona a quien lastimaría, la última. Debo estar segura, hay corazones en juego. Compréndeme, por favor. Necesito aire, necesito tiempo, necesito de tu paciencia, e lo ruego —dijo antes de despedirse.

Nos enfundamos en otro abrazo. Abrazo lagrimero. Se fue. Horas más tarde le marqué por el celular para saber si había llegado y para preguntarle del vuelo y de su nivel de ánimo, pero la llamada no se me permitía: “Estimado usuario, lo sentimos. El crédito de su teléfono móvil ha vencido... tiempo aire concluido”, se escuchaba una grabación que mi línea suspendía.

*It's got what it takes,
so tell me why can't this be love?
Straight from the heart, oh tell me why
can't this be love?...¹²⁶*



¹²⁶ Van Halen, 5150. “Why Can’t This Be Love”.

XVI

LA FIRMA DEL CONTRATO

*Pa mí que todos son ojetes*¹²⁷

Los amigos y fans asiduos nos felicitaban por los conciertos de la Sala Arena. Le abrimos a grupos que no cualquiera. “Éxito rotundo”, se decía. Augurios de contrato y de patrocinios, de nuestro nombre en carteleras. Daban ánimo y subían espíritu. Sí me lo creía. Había con qué. Madera.

Rombol y yo continuábamos componiendo. Entre mis letras asomaba básicamente una pregunta: ¿Por qué una persona que termina una relación no puede iniciar otra si hay algo en ésta que le gusta? No comprendía a Maia. Intercambiábamos sensaciones, sentimientos y un amor que nacía. Lo juraría. Lo prometo. Eso sentía, aunque podía ser mi enamoramiento el causante de percepciones sin fundamento o sustento. Percepciones, tal vez, inventadas, falsas. Tal vez. Enamoramiento unilateral.

Pero aparecería. Me le aparecería justo. En tiempo. Por sorpresa. Aunque los efectos fueran dilatados, un día, sin darse cuenta, me tendría en su cabeza. Inquilino de su corazón. Aparecería justo, en tiempo, por sorpresa. *“I will surprise you sometime. I’ll come around, when you’re down”*.¹²⁸

Las expectativas eran grandes. La espera lenta. Nuestro máanager en conversaciones y Los Lunáticos en venta, con antojo de pertenecer a la disquera y grabar discos. Cinco semanas después

¹²⁷ Porfirio Remigio, *dixit* (ciclista mexiquense).

¹²⁸ Interpol, *Turn on the Bright Lights*, “Untitled”.

de las presentaciones en la Sala Arena, finalmente, Oblicuo nos citó para explicarnos una propuesta formal de la empresa discográfica. Las cartas sobre la mesa.

—Vamos a ver, tíos. Como unos ya lo sabéis, hay una mala y una buena —dijo Oblicuo y se detuvo interrumpido por mí.

—¿Cómo que “como unos ya lo sabéis”, qué han hablado antes o cómo está esto, que a mí nadie me ha enterado de nada al respecto? —pregunté molesto.

Ninguno respondía y sus ojos no eran capaces de mantenerse quietos, como los mueven los caballos traicioneros antes de soltar el mordisco al que los alimenta.

—¿Qué sucede? —pregunté de nueva cuenta, irrumpiendo en su tenso silencio.

—Joder, tío, me duele mucho ser quien te lo diga, pero la mala noticia es que los de la disquera no te quieren dentro. No quieren que formes parte del grupo, lo siento. De verdad lo siento —me dijo Oblicuo y me robó el aliento.

—¿Cómo que los de la disquera no quieren que forme parte del grupo? ¿Pues qué no les avisaste que lo soy? ¿Qué no me vieron cantar en el escenario? El grupo somos cinco y sin los cinco no hay grupo, ¿o me equivoco? —pregunté y observé a los otros cuatro, que de nueva cuenta no emitían contramiradas y menos respuestas. Los que callan conceden.

Ninguno respondía, no daban la cara. Oblicuo esperaba impaciente al que se animara a mandarme directo a la chingada, a chingar a mi madre.

—¿Y los cuatro lo sabían y no fueron para hablarlo conmigo? —buscaba respuestas.

Por fin, el diminuto respondió: —Lansbury, comprende, tío —proseguía, pero lo detuve a insultos, bien merecidos.

—Tío tu puta madre, pinche enano miserable. Traicionero de mierda. Eres menos de lo que aparentas ser, eres un asco de cabrón.

—Espera, no me insultes, déjame explicarte —intentaba continuar, pero mi cólera lo acallaba nuevamente.

—No seas cínico, enano de cagada. Me hubieras explicado el día que te enteraste y no en una junta en la que los asuntos que se van a tratar son del conocimiento anticipado de todos, menos mío. Bola de mierdas, nunca me avisaron que estuviera sujeto a prueba o a la decisión de personas ajenas al grupo. Me lo hubieran advertido y me lo hubiera tomado más a juego, más a diversión y menos com-

prometido. ¡Vaya grupo, vaya grupo de mierdas! La solidaridad y la unión los van a llevar lejos, pero saben qué, antes les recomiendo que saquen a patadas a Akira porque va a tener un hijo y eso les puede traer problemas, debe atenderlo y a lo mejor en el futuro no se comprometa como ustedes quieren. Y de Rombol, ni se diga, su música es triste y lenta, dudo que venda lo que esperan, consíganse un rumbero o uno que componga *techno*, uno que los haga sonar en discotecas y en las estaciones basura, en las que ayudan a vender millones. De Cirilo no hay qué decir, es el baterista y el que pierde el ritmo, con eso es suficiente para omitirlo. Y tú, *Bonsai*, súbete a una silla y convoca gente para formar un grupo nuevo, uno lleno de perfectos, de talentos peso completo. Ése, sin duda, será un buen grupo, un grupo de buenos elementos. Ahora bien, cuando los consigas, pregúntate si tú encajas con ellos, pendejo —no podía del enojo, que más tarde habría de convertirse en tristeza.

—Oye, Lansbury, no se trata de eso. No fue nuestra decisión sino de los del sello discográfico. Piensan que no tienes actitud en el escenario, que otro cantante sería más atinado para el grupo, que le proporcionaría más imagen que, finalmente, se traduce en más ventas. Dicen que es necesario, un requisito indispensable para firmarlos. Inclusive han propuesto un vocalista que a los chicos no les ha parecido mal, pero no sabían cómo decírtelo, esto ha sido muy repentino —decía Oblicuo disculpándolos pero enfren-tándomelos, intentando provocar un pleito de manos que marcara el punto y final de la historia de Lansbury con Los Lunáticos.

—Les ofrecen un contrato por cuatro años y tres discos como mínimo. Después de discutirlo y meditarlo han aceptado y firman esta misma tarde. Ésa es la buena noticia —continuaba la confrontación.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué canciones piensan grabarlos? —pregun-té con tono sarcástico, descubriendo que de la parte de mis can-ciones no habría regalo.

—Con las canciones que les escucharon, con las que tocaron en los conciertos de la Sala Arena —me contestó Oblicuo, calmado. Prevenido.

—El único problema es que yo compuse esas canciones con Rombol; él la música y yo la melodía de voz, además de las letras, por lo que, al entender de cualquiera, mi parte representa de menos el cincuenta por ciento de cada canción, así que ese tema habre-mos de discutirlo —aclaré y aseveré.

—El único problema es que no las habéis registrado y desde hace unas semanas son propiedad de Los Lunáticos, en los que, por las razones comentadas, no figuras. Yo mismo y *el Bonsai* las registramos, no hay nada que hacer, Lansbury. Lo sentimos pero así es —me enteró el desgraciado y corrupto apoderado.

—Un momento, yo no he hablado —alzó Rombol la voz—. Lo siento caballeros pero yo no puedo continuar con esto, me retracto. No puedo continuar con este juego sucio de hipócritas. Lansbury tiene razón, no somos un grupo sino un cuarteto de traidores corruptos que prescinden unos de otros si gilipollas que nada tienen que ver lo consideran necesario. Nos hemos demostrado lo poco que somos juntos y lo lejos que estamos de llegar a donde pretendíamos. Muy lejos. Me arrepiento, estoy apenado con Lansbury, con ustedes y conmigo. Valemos muy poco, perdimos nuestra esencia y vendimos el corazón. Nos acabamos —dijo Rombol y alteró al enano, al del ritmo y al del bajo. Y claro, a Oblicuo.

—Métanse sus canciones por el culo, pinches bastardos. Y tú, representante de quinta, habremos de toparnos y cuando así sea me burlaré de ti hasta el cansancio. Y todos tus días recuerda que yo podré no tener actitud en el escenario, pero tú no la tienes en la vida, hijo de puta —abrió la puerta, salió y la azotó.

Caminaba. Huía. Lo sucedido era la ejemplificación perfecta de *sorpresa desagradable*. Desagradable sorpresa. La furia y el coraje mutaban en desolación y tristeza. El rechazo, la traición y el ocaso de sueños e ilusiones. Sueños que yacían muertos en el asfalto como perros callejeros atropellados, como hojas secas que esperaban ser consumidas y desintegradas por el tiempo, con la ayuda de un pisotón que las haga polvo.

Creo que no existe sensación más desagradable y humillante que la de ser traicionado. El móvil de la traición no importa, lo que duele es el hecho, el acto de traicionar. Las traiciones las protagonizan sujetos allegados en el noventa y nueve por ciento de los casos, eso es lo que les da el nombre de traiciones, eso es lo que las hace viles, eso es lo que las hace doler, lo que las hace desagradables. Asquerosas. Ruines.

Es increíble cómo un día bueno puede, en cuestión de segundos, convertirse en uno malo. Los planes en mierda y los sueños en llanto. La confianza en engaño. Las promesas en vano. La ligereza en pesadez y los amores en llanos. El mundo me cayó encima

y un piano en la espalda. La desilusión era tremenda. Caminaba solo. Triste. Angustiado.

Había dado menos de cincuenta pasos cuando una mano, por la espalda, detuvo mi paso. De mi hombro se enganchó y me impidió seguir avanzando. Era Rombol, a quien recibí de un fuerte rechazazo que conectó nariz y pómulo izquierdo, que al contacto se le abrieron. Se percató de ello en el suelo. Se limpiaba la sangre con la mano que escurría entre sus dedos.

—Eso no se hace, cabrón. Pude soportarlo de los demás, pero de ti todavía no lo creo —le dije y lo miré con desprecio. Media vuelta y seguí mi camino.

—Perdóname, Lansbury. Por favor. De corazón, lo siento. Lo siento —alcanzó a decir, con la voz cortada y a sorbos sangrientos.

Paré en seco. Escuché arrepentimiento. Tardé en volverme, no estaba seguro de querer verlo. Desde hacía unos meses era mi hermano y desde hacía unos segundos mi traicionero. Traidor. No consumó la traición, sí el intento. ¿La intención es lo que cuenta? Cosa juzgada. Carpetazo. Regresé y le extendí la mano izquierda para ayudarlo a ponerse en pie. Se levantó y con la derecha conecté, esta vez, el pómulo derecho. Se fue al suelo y sangró de nuevo.

—Oye, ya te has pasado, ¿no? —reclamó sorbiendo y revisando si sus dientes seguían completos. Asumía su culpa a golpe de pecho. Arrepentido.

—Ése fue por si se te ocurre volver a hacerlo, cabrón. ¿A mano? —pregunté dispuesto. Resignado.

—A mano —respondió sonriendo y sorbiendo la sangre que continuaba brotando—. Lo siento —me dijo.

—Yo también, lo siento —le dije y nos dimos la mano. Volvimos a hacernos hermanos.

—Me desconozco, Lansbury. Supongo que la desesperación de no ver llegar el éxito, la escasez de dinero y la insoportable compañía de un ser a quien quiero pero a quien no amo, fueron factores que me orillaron a actuar con arrebatos, sin atender a mis principios. Fui infiel contigo y conmigo. Me sentía mal, pero ese mal parecía el único remedio, el medio de escape remanente, la única alternativa, la que me persuadía y aminoraba culpas y remordimientos —me decía Rombol, quien definitivamente lucía apenado, apesadumbrado. Hecho mierda.

—¿A qué te refieres con la insoportable compañía de un ser que quieres pero que no amas? ¿Está todo bien en casa? —le cuestioné.

—No, la casa está mal. Me voy a separar de Claudia. No lo consideres un pretexto que justifique mi mala actitud, nada más escúchame, necesito hablarlo. No lo he hablado con nadie, ni con mis padres. Eres el primero que lo sabe, el primero con quien hablo —dijo triste. Apachurrado.

—¿Por qué, qué pasó? —pregunté asombrado.

—No pasó nada, eso es lo peor. No pasó nada. *"I remember when we could sleep on stones, and now we lie together in whispers and moans..."*¹²⁹ —remató.

Increíble pero cierto, su relación era de esas que aparentan todo bueno. Llevaban inseparables largo tiempo, tan pegados que, supongo, alucinaron el lecho. No siempre es así, pero en su cuento así fue. Qué feo perder el nexo, pero más feo fingirlo.

Hablamos poco más. Nos despedimos. Se fue y yo retomé el paso, cabizbajo. Mi tristeza era infinita, el miedo abrumador. Fui a España persiguiendo un sueño. Lo atrapé y en mis manos se desintegró minutos antes de llevarme al cielo. Me recordaba a un globo que transportaba una carta un diciembre de hacía muchos años. Una carta a Santa Claus. Tardé horas en escribirla, antes hubo que pensarla, que imaginar los regalos, que fabular los juegos, que emocionarme al anticiparlos. No lo perdía de vista, subía y subía con la carta que colgaba de un hilo grueso. Pero antes de llegar a las nubes, tronó. El globo explotó y la carta cayó lento. La desviaba y la desviaba el viento, la alejaba de mí. Así terminaba también mi sueño de la música. Tronado, desaparecido, perdido. Lejos.

Esa vez la carta no regresó a mis manos, el aire la mandó lejos. ¿Dónde habrá caído? En un jardín donde jugaba otro niño. En un terreno baldío. En un río. En las piernas de un desvalido. En las manos de un asesino. En la terraza de un hombre rico. En un cementerio. ¿Dónde? No sé.

Pero donde sea que haya caído, si alguien la leyó se leyó a sí mismo. Al niño hiperactivo que es capaz de mover el cuerpo de un adulto oxidado por los años y por el tedio, por el desafío inoperativo, el desafío que con la edad sólo se dedica a rondar y rondar la mente, recriminando no haber sido puesto en práctica. Si alguien la leyó, leyó al niño que cree en la magia, al niño que no usa lentes o telescopio para observar lo que no se ve a simple vista. Las galaxias. Las dimensiones desconocidas. La magia. Los sueños.

¹²⁹ U2, *Achtung Baby*, "Ultraviolet (Light My Way)".

Abandoné México y lo que México representaba. Familia, trabajo, lógica, seguridad, secuencia, frecuencia, decretos, rutina y el cerebro compreso, impuesto y relleno de creencias y reglamentos ajenos. Arriesgué, creí y rechacé la misión que impositivamente me fue engrapada en el cunero del hospital la fecha que salí del cuerpo de mi madre. Me la arranqué. Estaba engrapada a la piel, no al corazón.

Abandoné todo eso a cambio de no abandonarme a mí. Fui a perseguir sueños, los pesqué y antes de subirlos a la lancha para acariciarlos y comerlos, se sacudieron y zafaron, escaparon y retornaron al mar, de donde nunca debieron salir. Sueños caros que es mejor sumergir, sueños onerosos que es mejor no mantener vivos para que no empobrezcan, para que no arruinen. Para que no hundan.

Tanto para nada. El panorama era tormentoso, negro. ¿Más de lo mismo? Los peores escenarios. Regresar a casa, fracasado, vencido. Regresar a un despacho de abogados o a iniciar uno. ¿Uno de penalistas o criminólogos bohemios? ¡Putra madre! No podía ser.

No había tiempo de comenzar de nuevo, de buscar otro grupo, de componer temas nuevos. El éxito debió alumbrar con el primero, no había tiempo para formar segundos o terceros. No estaba en posibilidades de perder más tiempo, había un estatus que respetar, que sostener, que elevar. Solvencia que generar. Dinero que ganar y enseñar. Básico.

El tiempo apresuraba y me volvía viejo. No era ya un niño. Era todo un adulto. Complejo. Con responsabilidades y con miedos. Los mismos miedos desde que recuerdo. Un niño que envejece con el tiempo, con las derrotas y con el resto. *"All this talk of getting old, is getting me down my love, like a cat in a bag waiting to drown. This time I'm coming down..."*.¹³⁰

El continuar la aventura, reiniciar, reintentar, ser necio, significaba ser terco, no comprender que *si no se da, no cedió*. La vida es ruda. Dura. Si lo intentaba y no resultaba, una vez más los rumores, la crítica y la intriga podían llevar la historia más lejos y enturbiar la reputación de *serio* que debe tener un hombre derecho, un hombre de Derecho. Abogado y músico a la vez no se es (y menos sin tocar un instrumento). Ja. Ja.

¹³⁰ The Verve, *Urban Hymns*, "The Drugs Don't Work".

Confiaba demasiado en los demás, tanto en trato como en éxito. Mi éxito, en mi cabeza, dependía en gran medida de los demás. Ellos sabían lo que hacían (eso pensaba yo) y yo no tenía mucha confianza en mí. Empezando porque no hacía sonar ningún instrumento, así que en cuestiones musicales mi porvenir dependía y colgaba de ellos, de Los Lunáticos. Traicioneros hijos de puta.

Por eso el fin del grupo significaba el final de mis sueños. El regreso a México saludaba, amenazaba probable. Allá sería más difícil iniciar algo nuevo en cuestiones musicales. Así que todo quedaría en la típica experiencia del rockero frustrado que con el paso del tiempo *corrige* camino y se vuelve abogado, empresario o lo que sea que le deje dinero. ¡Adiós, sueños! Adiós.

¿Qué había hecho? ¡Qué estúpido! Aposté lo poco que tenía a un solo número de la ruleta. Al ocho negro. Lo poco, lo todo. Al ocho. Las probabilidades en contra no juegan, aciertan. Y perdí. Era lógico, pero no me di cuenta. Bueno, sí. Demasiado tarde. A estas alturas a quienes podía recurrir a pedir ayuda ya sabrían de mis burdas aventuras, de mis juergas rockanroleras y, como hombre de leyes, no me tomarían en serio. No aceptarían a uno como yo, al que se fugó de ellos. Abogados fieles a la profesión no se mezclan con rockeros. ¿Qué haría al regresar a México? No me iban a preguntar: "¿qué tal la maestría?", sino "¿qué tal los bares, qué tal los conciertos?". No me verían serio. No me tomarían en serio. ¡Mierda, qué había hecho!

El ego me castigaba y reprimía. Abolía la libertad, condenaba los sueños, evidenciaba y descubría la falsedad de los misterios, de los trucos engañosos de la magia, del ilusionismo. El ego, siempre escéptico, sonreía triunfante. "Te lo dije, estúpido. *'All my useless advice, all my hanging around, all your cutting down to size, all my bringing you down... All your stupid ideals got your head in the clouds, you should see how it feels with your feet on the ground...'*",¹³¹ decía. "Ignoraste mis consejos y creíste en los de apócrifos sujetos que alardeaban de sabios, de perfectos iluminados". Me sentía mal. Inservible. Decepcionado de los traidores. Decepcionado de mí, de lo creído, de lo inocente, de lo pendejo.

Avanzaba o retrocedía, no sé, por una calle sin luz. Oscura. Giraba en una esquina cuando las piernas dormidas y tendidas de

¹³¹ Depeche Mode, *Ultra*, "Useless".

lo que parecía ser un borracho me hicieron visitar el pavimento. Tropecé. Metí manos, salvé cara. Acabé raspado de las palmas, que ardían y quemaban con pequeñas piedras enterradas.

—¡Joder, mierda! ¡Fíjate por donde caminas, descuidado! —me gritoneó el bulto, enojado. Sí, era un borracho. Su aliento olía a infierno y a brandy barato. Harapiento. Botella en mano, exhibida sin pena, sin bolsa de cartón que censurara los tragos y la imagen.

Esa voz, esa voz.

—Mejor fíjese usted dónde se acuesta y estira, pinche briago —no estaba de humor para recibir insultos.

—¡Ala, ala, el mexicano! —exclamó y prendió un tabaco. El resplandor de los fósforos enseñó su cara y lo trajo de vuelta. Recargaba su cabeza contra la pared, no lograba sostenerla. Cabeceaba alcoholizado. La lengua se le barría. Acento borracho—. ¿Dónde te has metido en todos estos años, extranjero? —preguntó, Drúnvalo. Irreconocible.

—¿Cuáles años? Han sido solamente meses, unos pocos. ¿Qué te ha pasado? —le pregunté, impresionado.

—¿Qué me ha pasao de qué cosa, macho? —preguntó amibientado.

—Te ves mal, estás borracho. No pensé que tú...

—¿No pensaste que yo qué, extranjero? ¿Pues qué te has pensao entonces, que soy un santo? "*All in all is all we are, all in all is all we are...*".¹³² ¡No acabas de comprender la lección, diablos! Te he dicho que las apariencias engañan, que nada es como parece. "*Nothing as It Seems*".¹³³ No soy ningún santo, dime qué te hace pensarlo. Si lo fuese no estaría aquí charlando, siendo testigo del no entender de la gente, de sus preguntas y de sus estupideces. Han sido tantos años que estoy cansado. Me cansan las personas como tú que no entienden, que se dejan vencer y se rinden, tan débiles —prosiguió molesto, ceceando, no por la "z" sino por el pedo.

—Tú tampoco tienes pinta de entender o de haber ganado y, sabes qué, no estoy de ánimo para escucharte. Eres falso, un día hablas y actúas como si fueras un ser especial, un ángel o algo así, y otro no sabes ni en qué día estamos. Estás perdido, volado. Lograste engañarme, juré que tenías mando alto, que sabías algo

¹³² Nirvana, *In Utero*, "All Apologies".

¹³³ Pearl Jam, *Binaural*, "Nothing as It Seems".

que los demás no, que eras especial, pero ahora veo que no eres nada más que un pobre borracho nublado y alucinado por el alcohol.

—¿Y quién no es bueno un día y otro malo? Aprende la lección, mexicano. Abre los ojos y ve lo que no se ve. ¿Qué hay detrás de lo malo? Hay algo —decía él, borracho. Filosofando.

—Detrás de lo malo hay pura mierda y frustración. No hay más que eso. *"All this frustration, I can't meet all my desires. Strange conversation, self-control has just expired. All an illusion only in my head, you don't exist. Who are you fooling? Don't need a shrink but an exorcist..."*¹³⁴ —le dije. Le grité. Me tenía hartó. Estaba hartó.

—Los borrachos dicen la verdad —bromeó, cínico. Yo, enfurecido. Frustrado.

—*"Show me the movie of who you are and where you're from. Born of frustration, caught up in the webs you've spun..."*¹³⁵ —seguí reclamando al impostor, a otro hijo de la frustración que se burlaba de los frustrados y les inventaba cuentos chinos.

—*"Where's the confusion? A vision of what life is like..."*¹³⁶ —insistía, terco.

Más cínico. Más ebrio. Fuera de sí o muy dentro. Incongruente. Hablaba sin fundamentos. Hablaba de enfoques desde los que supuestamente lo malo se distorsiona hasta disolverse, hasta volverse bueno. O ni bueno ni malo, simplemente facto. De enfoques que aclaran lo confuso. De enfoques que no se vislumbran en malos momentos. De enfoques en los que yo ya no creía. No veía. No creía más en las ilusiones ópticas ni en ninguna otra a las que hacía referencia. Ya no quería continuar, pero sus contestaciones y preguntas idiotas me obligaban a responder, a encararlo y desenmascararlo.

—Sigue así y perderás tiempo, mejor dedícate a construir y a encontrar soluciones —agregó—. Tus planes y tus soluciones están en tus manos, no en las de otros. Los otros pueden irse en cualquier momento, cuando lo deseen y no es sano esperanzarse de ellos. Únicamente dependes de ti, de nadie más, siempre recuérdalo. Te advertí que te toparías con gente que venía exclusivamente a confundirte, estuviste al lado de ellos todo el tiempo, te crearon falsas expectativas, aunque esperanzas y fe, al fin y al cabo. Eso te ayudó a trazar un camino que aún no ves, pero que sin duda está ya dibujado.

¹³⁴ James, Seven, "Born of Frustration".

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

Eso te ayudo a crecer y te ayudará en más de lo que crees. Todavía falta mucho, extranjero. Y te advierto de nuevo, ten cuidado porque los demonios andan sueltos.

—Es increíble lo bien y bonito que hablas hasta pedo, pero yo ya no te creo. A otros con tus cuentos. No das ejemplo. Adiós —dije y me fui. Cansado.

—¿Adiós o hasta luego, extranjero? Ya veremos, ya veremos.

Metí mi cuerpo semimuerto a la cama bajo las mantas. La fricción de mis pies contra las sábanas sacaba chispas. Cerraba los ojos, desolado, traicionado. ¿Qué sería de mí? ¿De qué acabaría? ¿Cómo? Un valiente (o un cobarde) se desangraría, se dejaría ir por las venas hasta secarse. Opté por escurrirme por los ojos. No lloraba hacía tiempo. Lloré un buen rato.

Acabada la tormenta no llegó la calma, pero sí la serenidad. No era para tanto. Sí y no. El futuro era incierto. Cuándo no. Inciertísimo. Eso sí. De preocupar. Recordé las palabras de Drúnvalo, quien, aunque ebrio, tenía razón. Sin saber lo que decía, decía lo correcto.

Solo. Dependía de mí. Sólo dependía de mí. A estas alturas sólo de mí. Siempre de mí. No debía ni podía confiar mis expectativas en manos de nadie más. Únicamente yo vería por ellas. No podía confiar más que en mí. Era necesario aprender a confiar en mis alcances, en mis ideas, en mi esfuerzo, en mí. Naces solo y te vas solo.

Toda la vida deposité sueños en manos ajenas. Sueños, en mi cabeza, dependientes de las extremidades y la bondad de otros. Sueños dependientes, igual que recién nacidos o ancianos. Error. Me arrimaba a quienes suponía capaces de acercarme a mis deseos. Rara vez me arrimaba a mí, rarísima. Y ahí estaba el resultado, confié en otros más que en mí y resulté traicionado. Abandonado a mi suerte. Suerte. Entonces, decidí firmar un contrato. Un contrato conmigo. Jamás me permitiría ser menospreciado, ni por mí ni por nadie. Conmigo al final. Hasta la meta, ganara o perdiera. Confiaría y lucharía. De mí dependería, de ningún otro. El contrato no se limitaba a la música, abarcaba cualquier campo, cubría cualquier objeto y amparaba a un solo sujeto.

Sometimes I feel like I don't have a partner.

Sometimes I feel like my only friend is the city I live in, the city of angels.

Lonely as I am, together we cry...¹³⁷

¹³⁷ Red Hot Chili Peppers, *Blood Sugar Sex Magik*, "Under the Bridge".

From: "Anna" <anna@hotmail.com>

To: "Ario Epílogo"

Subject: Lo siento

Date: Sat, 12 Oct 2002 17:32:09

¿Cómo estás? ¿Ahora qué haces? ¿Vas a quedarte todavía en Madrid? Me quedé preocupada por ti. ¿Cómo fue lo del grupo? Me da mucha rabia, la gente es hipócrita y peor que eso.

Cuéntame más. Seguro que estás en pleno reventón sintiendo un vacío incontenible. A mí me pasa así, el reventón me puede dar una cruda moral espantosa... te lleva por caminos incontrolables, engañosos... te encuentras con gente tan perdida en todo tipo de vicios, gente que sin darte cuenta comienzas a frecuentar... sin querer... y te da miedo acabar como ellos.

La vida es así... llena de momentos inciertos, de realidades que se desmoronan, de sueños que se convierten en obstáculos. Así es el hombre... temeroso y ansioso por encontrar las respuestas, paradójico e insaciable, conformista y ciego. Tiene sólo momentos, instantes en los que se quita las vendas y se atreve a ver por lo que vive. Sufre cuando está despierto, cuando está dormido, cuando ama y cuando está vacío.

Máquinas destructoras que se alimentan de ellos mismos, de las insatisfacciones del otro... y pensar que cuando eran niños, todo era más sencillo, el amor más puro y el significado de las palabras más extenso. El hombre tiende a su autodestrucción, a la perversión... pero también se extienden sus brazos a la gloria, y aunque ésta sea inalcanzable la puede estar eternamente vislumbrando, bañándose con su rocío lleno de frescura y vitalidad.

El hombre... jamás se saciará de sus sueños, el hombre es un ser incompleto, carece de la facultad para ser enteramente feliz, el hombre ha de aprender a vivir sabiendo que su única meta es conquistar esa carencia, vivir con ella... sin tratar nunca de reemplazarla. Aquél que llegue a conquistarla, a saber callarla mas no ignorarla, ése será sabio, ése sabrá que jamás estará en paz pero al menos lo sabrá.

Eso sí, dentro de las cosas malas siempre habrán cosas buenas y espero, muy pronto, darte una sorpresa.

Anna



XVII

LA CAFETERÍA DEL AMOR

Los meses avanzaron. La música permanecía en el olvido. De Los Lunáticos no quedaba más que despotricar y coraje. “Hijos de la chingada, me jodieron. Acabaron con mis sueños”, pensaba. No lograba evitar recuerdos y reproches. Culparlos.

No volví a llamarlos, bueno, de vez en cuando desde algún teléfono público para insultarlos. Me tapaba la nariz, acomodaba la voz en la zona cavernosa del paladar y el gangoso se dejaba escuchar:

—¡Que os den por culo, engendros! —por ejemplo. Así se me quitaba la rabia por unos días. Disfrutaba joderlos. Al *Bonsai*, a Cirilo y al Akira.

Con el único que mantenía contacto amigable era con Rombol. El asunto entre ambos sí había muerto, le dimos santa sepultura y lo olvidamos. De hecho, antes de que partiera a Barcelona (a donde lo enviaron indefinidamente de su nuevo trabajo), nos reunimos varias ocasiones. Improvisamos, por el simple gusto, a guitarra y voz, bebimos cañas y profundizamos en cuestiones de mujeres y de seres incoherentes, como lo son ellas y nosotros.

El día de su partida se apareció en mi departamento con una caja pequeña de madera. Mal cerrada, pero cerrada. Se ve que martilleó los oxidados clavos a golpe de suela de zapato viejo. Total, me pidió que la abriera una vez que se fuera. No antes. Y así lo hice.

—Es una réplica de la caja de Pandora, contiene males y esperanza, una buena dosis de esperanza. Tú decides si la abres —me dijo entre que en broma y solemne.

—¿Además de ir a Barcelona a dónde vas, Rombol, hacia dónde te diriges? ¿Qué quieres de la vida, amigo? ¿Qué buscas? —le pregunté. Yo me preguntaba lo mismo.

—Esas preguntas suenan últimamente en mi cabeza al ir a la cama y cerrar los ojos, y he pensado bien mis respuestas, les he dado vueltas. Quiero una casa en el campo, “Country House”,¹³⁸ una casa pequeña con algunos animales: vacas, cabras y cerdos de pata negra. Una nueva y preciosa esposa, que sonría y con la que ría. Dos hijos contentos, un niño y una niña. Dinero para viajar de vez en cuando, una playa por tus tierras sería más que suficiente. Tranquilidad y un amor que no se extinga, que crezca día a día. Tocar la guitarra al atardecer, tararear, respirar hondo al terminar y luego irme a descansar con la familia. Una cena casera y un dormir placentero, sin preocupaciones. “*And when I’m asleep I want somebody who will put their arms around me...*”¹³⁹ Despertar y hacer lo mismo. Eso quiero —contestó satisfecho. Aspiró. Exhaló.

—Ésa es una lista extensa, espero te la cumplan. “*See you in heaven if you make the list. Yeah, yeah, yeah, yeah...*”¹⁴⁰ —le respondí, deseándole lo mejor. En silencio.

Nos despedimos, sin saber si volveríamos a vernos antes de mi regreso a México (todavía no definido, pero sí cercano). Sin saber si volveríamos a vernos. Bajé a acompañarlo a la calle, nos dimos un abrazo, se marchó y lo perdí de vista a unas calles del portón del edificio.

Seguí sus instrucciones y, también a golpe de zapato, en su ausencia abrí la caja de madera, que en su interior resguardaba una carta y un par de cintas (casetes en los que se grababa música en los ochenta, Rombol no era amigo de la tecnología).

Escrita, una despedida emotiva, de esas que hacen reflexionar. Las cintas contenían todas sus canciones, las canciones que había compuesto en la guitarra desde niño hasta ahorita, hasta ese adiós, hasta esa despedida. Canciones por nadie escuchadas, nunca antes compartidas. Eran un regalo para mí, para quien Rombol llamaba: hermano.

¹³⁸ Blur, *The Great Escape*, “Country House”.

¹³⁹ Depeche Mode, *Catching Up With Depeche Mode*, “Somebody”.

¹⁴⁰ R.E.M., *Automatic For The People*, “Man on the Moon”.

Haz con ellas lo que quieras, ahora son tuyas. Te las entrego como un regalo y no porque ya no las quiera. Son tuyas. Yo ya no las necesito, son una época y un ciclo cerrado, una página a la que doy la vuelta. Comenzaré de nuevo.

El tiempo no cedía, daba paso a nuevos días, a nuevas semanas. Y con Maia la situación era la misma. Nos llamábamos. Durábamos, sin resistencia, horas al teléfono. Una, dos, tres o cuatro. Mitades de noches, madrugadas enteras pegados a la bocina. Platicando, tendidos cada uno en su respectiva oscuridad, enredados en sábanas, en mi caso incompartidas, individuales.

Su curiosidad no cedía, no dejaba de preguntarme acerca de mis sentimientos, de si la quería, todavía. Ella continuaba confundida, a su decir, incomprendida por sí misma. Intimábamos en conversaciones y a pesar de la distancia la relación crecía, la confianza y el cariño iban en aumento. La quería mucho.

Seguíamos siendo capaces de viajar en el tiempo a través del teléfono. Ubicábamos atardeceres y desde la cima de montañas los admirábamos. Descansábamos. Nos cuidábamos de los espantos del pasado, del presente y del futuro. Nos los asustábamos para que nos dejaran en paz. Nos proyectábamos con el pensamiento a dimensiones impensables, impensables. Confesábamos miedos, sensaciones y estados. Me ilusionaba a cada llamada, Maia aseguraba sentir algo, únicamente pedía un poquito más de tiempo, de paciencia y resistencia.

De lo cotidiano y lo visual también hablábamos. De su maestría, de la mía. De mi frustración por el grupo, de las llamadas de nuestros padres que nos extrañaban. De las fiestas, de los bares. De la comida rápida. De su futuro trabajo (había conseguido uno). De los antipáticos vecinos. Del ruido. Del próximo frío. Del teatro. Del cine gringo traducido al castellano, doblado por españoles. De los mexicanos que viajan por los aeropuertos europeos con sombrero charro en mano. O a la cabeza a la espalda. De los dolores de cabeza. De tonterías. De lo mundano.

Le escribía nuevos poemas, canciones de pura letra (no había música sobre la cual recostar los párrafos), se las enviaba por correo. Le gustaba leérmelas desde su cama y cuestionarme los significados. Yo desde la mía le respondía y aclaraba escenarios, todos con un letrero final en que se leía: "Te amo".

Corrió el tiempo. Varias semanas.

From: "Rombol" <rombol@terra.com>

To: "Lansbury Frapp"

Subject: "Back on the Streets"¹⁴¹

Date: Sun, 17 Nov 2002 21:27:59

iiiHolaaaaaaaaaaaa!!! My Mexican Favorito... Y aquí estoy, después de tantas vueltas, de haber alterado una y otra vez mi propio orden. Le escribo desde mi nueva prostichamba. He de reconocer que he ganado con el cambio, pero, como bien sabe, esto no es lo que uno quiere... fuck!!!

¿Adivine qué? Tengo secretaria. Le digo. iiiEs Argentinaaaa!!! Me pongo cachondo sólo con oír la hablar.

¿Adivine qué? Está casada, pero con ganas de mambo. Ahorita me encuentro en la disyuntiva de dárselo o no. En este país hay un dicho que reza: "Donde tengas la olla no metas la polla". Estoy a punto de mandarlo al carajo y darle a esta porteña lo que buenamente pueda (je, je, je...).

Y a que no sabe qué. Me he incorporado a un grupo, no de alcoholicos anónimos, sino de músicos profanos, rockanroleros hijos de puta. No busco nada, exclusivamente que no se me oxiden los dedos y el sentimiento engendrado. Eso sí, el bajista no es de mi total agrado, al cabrón le gusta la montaña más que a las putas cabras y van tres plantones que nos da en los ensayos, pero, bueno...

Cuénteme.

Escribe, cabrón.

Se le echa de menos.

Abrazo.

Yo

Me alegraba recibir noticias de ese desgraciado. Me contagiaba felicidad leerlo contento. Eso sí, no puedo negar que me engendró envidia lo de su grupo, el hecho de que avanzara en ese rubro y yo permaneciera quieto, estático, sin movimiento. Finalmente, Rombol había sido uno de los causantes del desencuentro. Pero en fin, no se vale traer el pasado al ahora cada vez que el presente lo reprocha. No es sano, es nocivo para la salud (evite riesgos).

Respondí y agradecí su regalo (no lo había hecho). Le expresé mi gratitud a su presente compuesto de su vida, de vivencias y de

¹⁴¹ Gary Moore, *Back on the Streets*, "Back on the Streets".

ciclos que al reproducirlos por vez primera y subsecuentemente, me produjeron sensaciones agradables, pero no únicamente eso. Su música era grata, gratisima y su sensibilidad le abría caminos para perforar y penetrar cuerpos. Música. Melodías que coqueteaban con el corazón, que lo hacían joven o viejo, dependiendo del momento, de unos alcoholes o del enfrentamiento tiempo *versus* destiempo. Evocaba sentimientos, los sacaba de adentro y los propagaba a diestra y siniestra. Difundía tristeza, alegría, fuerza, dolor, ánimo, depresión, encuentro y desencuentros. No sólo sentimientos, sino estados de ánimo, reacciones del cuerpo. Algo se me estaba ocurriendo.

Le pedí su permiso y autorización para utilizar sus canciones. Lo concedió y me recomendó, cínica pero afablemente, que las registrara a la brevedad, no fuera a ser que un hijo de puta se me adelantara y me jodiera. Y pedía más disculpas y reiteraba que las canciones habían sido un regalo. Su penitencia, el lavar de sus manos. El remordimiento lo sinceraba.

Contacté a Vadka Tanik, un amigo productor que conocí, inusualmente, en el bar La Luna, meses atrás en un concierto, cuando después de beber varios *whiskies* entré al baño y me acomodé en el mingitorio.

—¡Oye, oye! Éste es el servicio de caballeros, el de gañanes lo encuentras en el piso de abajo —me dijo de refilón, sin haber antes cruzado palabra alguna. Así nos conocimos, alterados por la uva. Luego de su comentario procedió a reír y, más que ofendido o insultado, me sentí en confianza. Nos hicimos amigos. De repente nos frecuentábamos, me platicaba de sus proyectos y los escuchábamos. Era bueno.

Le mostré las canciones de Rombol y antes de exponerle mi idea y proponerle un plan al respecto, él fue el que me dijo:

—Lansbury, hay que hacer algo con esto. Es genial, está de puta madre. Y eso hicimos. Algo. Vadka tocaba la guitarra, el bajo, los teclados, la batería y manejaba a la perfección los aparatos de secuencias, mezcladoras, consolas, cajas de ritmos y sonidos. Su estudio. Todo. Una o dos veces a la semana nos reuníamos en su guarida sónica. Improvisábamos y grabábamos. Arreglábamos. Desarreglábamos. Las melodías de Rombol daban las bases, eran las pistas de despegue. Vadka Tanik y el *Mexican Favorito* los cazabombarderos que subían y amenazaban desde el cielo.

Continuar la aventura, reiniciar, reintentar, ser necio, significaba ser terco, no comprender que *si no se da, no cedió*. La vida es

ruda. Dura. Si lo intentaba y no resultaba una vez más, los rumores, la crítica y la intriga podían llevar la historia lejos. ¿A dónde caería? ¿Quién la escucharía? Competidores. Exjefes. Abuelos. Cineastas. Pendejos. Colegas. Clientes potenciales. Enemigos. Los serios. Amigos. Nietos y los muertos. Mi tumba.

Pero donde caiga la historia, si alguien la escucha se escuchará a sí mismo. Al niño que grita adentro y que es capaz de hacer hablar a un adulto de voz enmudecida por el tiempo y el miedo, por los prejuicios y el complejo. Quien la escuche, escuchará al niño que, adentro, no para de hablar, de gritar y de exigirnos ser honestos, sernos fieles. Quien la escuche escuchará al niño que cree en la magia, al niño que no requiere de permisos o altavoces para gritar verdades. Al niño que en algunos casos muere lento y que, para desgracia de muchos, revive en cualquier momento. Yo se lo agradezco.

Las semanas no reducían velocidad. Se iban y se iban y Maia llegaba y llegaba. En pensamientos y en línea aérea. Transportada por Alitalia de vuelta a Madrid. Qué bella es Madrid y qué bella es Maia. Bellos nombres, ambos iniciados con la "M" y la "A". Como siempre, así me pasa.

Sin avisar, de sorpresa. De fin de semana. Decidió aceptar la invitación de su famosa amiga, la que le había dado posada dos noches en su viaje anterior. Con ella se quedó y no conmigo, pero bueno, lo importante era que estaba. Ya instalada me marcó y avisó de su visita. No perdí tiempo, me arreglé y la fui a ver.

Al encontrarla descubrí algo que en ese instante no podía descifrar a ciencia cierta. Un *algo* que ya le había visto hacía tiempo y que levantó sospechas en mí. Algo se traía. Un brillo apagado en sus ojos, similar al que los míos reflejaban al espejo cuando la sentía lejos, cuando la sentía perdida. Los ojos no ocultan el dolor ni las mentiras, no saben fingir. Pero ese brillo no se limita al dolor, es un brillo que delata imposibilidad. Un brillo apagado inconfundible que solía ver en los espejos.

La amiga paseó un rato con nosotros pero, afortunadamente, abortó la misión antes de ser expulsada por el mayor Frapp. Nos dejó solos. Animé de inmediato la velada con unos vinos en un bar pequeño, oscuro y acogedor. Sonaba el jazz a volumen perfecto, no era necesario alzar la voz para ser escuchado.

Cinco vasos cada quien, suficientes para calentar el frío. Me encantaba más a cada sorbo. De por sí, sobrio, le rendía tributo,

así como miles de bandas a Los Beatles. Su olor, excelso, inolvidable. Rico. Su cabello rubio, dorado. Rizos de oro. La adoraba, así como los fieles a la Virgen. La quería, así como Romeo a Julieta. Más.

Y se lo dije, volví a decirle todo. En vivo y a todo calor. Le recité cada uno de los versos que le había escrito. Cada poema. Cada recuerdo de ella. Cada imagen. No olvidaba ninguna. Le apalabraba mis sueños, mis deseos. Le declaraba mi amor, otra vez. Repetí discursos, no por carencia de palabras o falta de imaginación, sino porque eran discursos especiales para ella. Inspirados por ella, solamente por ella desde hacía siglos, desde el día en que la había conocido. Le di un beso inesperado y sentí fríos sus labios, tiesos, congelados.

Ella también repetía discursos y cambiaba de tema:

—¿Ya no estás triste? —me preguntó.

—No tanto, tu visita y el proyecto con Vadka son una nueva ilusión, aunque claro que todavía hay algo de dolor y resentimiento, me visualizaba perfecto con ellos, con Los Lunáticos, y ahora el panorama no es muy claro. Aunque bien dicen que siempre hay un tiempo y un lugar para cualquier cosa, para quien sea. Las cosas pasan por algo y tal vez el permanecer con ellos a la larga hubiera sido inconveniente o más dramático, no lo sé. Estos días han sido desbalanceados, me la paso yendo de altos a bajos y de dulces a amargos, cambios emocionales disparados —respondí.

—¿Y es solamente por el canto, por la desilusión de haber perdido lo ganado? —era una máquina de preguntas.

—No es simplemente eso, pero es parte importante. Me tiene preocupado no saber lo que será de mi vida —le contesté en espera de la siguiente pregunta.

—¿Y cuál es la otra parte que te tiene triste o preocupado?

—La otra parte eres tú, Maia. Sabes que te quiero y me afecta no saber qué pasa contigo, qué opinas. No sé nada de ti, a veces te siento tan cerca y otras muy lejos. Conectas conmigo y te desconectas, así nada más. Te esperaría toda la vida si me lo pidieras, pero necesito respuestas claras, me mata la incertidumbre. Las ilusiones me disparan al cielo y los miedos me bajan al subsuelo de trancazo —contesté serio. La incertidumbre no me dejaba dormir, me despertaba bruscamente en las madrugadas y me robaba el sueño sin devolución. Pensaba y sufría, los pensamientos nunca me entregaban a Maia. Siempre se la llevaban, no secuestrada sino convencida. De la mano.

—¿Por qué me quieres tanto, Lansbury?

—No lo sé, Maia, el corazón no da razones, pero "eres lo que más quiero en este mundo, eso eres. Mi pensamiento más profundo, también eres. Tan sólo dime lo que hago, aquí me tienes. Eres cuando despierto lo primero, eso eres, lo que a mi vida le hace falta si no vienes; lo único, Preciosa, que en mi mente habita hoy..."¹⁴² —le dije y me observaba conmovida, pero también movida. Lo sabía, lo sabía, se le veía, igual que ese brillo triste. No podía ocultar sus estados. Qué extraño que no se dejara querer si al parecer quería.

—Malditos miedos —dijo con la mirada perdida.

—¿Qué tienes, Maia? Traes algún secreto guardado, ¿verdad? —le pregunté en seco.

—Sí —respondió también a secas.

Se hizo un silencio como de sala de espera. Esperaba más respuesta.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó ahora seria, descubierta.

—Lo imaginé, lo he estado pensando. Siendo tan iguales debes ser igual o más misteriosa que yo. Ya te lo había dicho, pero, ¿qué escondes? —insistí.

—Todos tenemos secretos —me respondió justificándose y evitando llegar a donde íbamos.

—Tienes un amor secreto o imposible —temeroso afirmé con entonación de pregunta, rogando al cielo me respondiera que no.

—Sí —contestó y me apachurró el corazón y me echó a andar el cerebro, "¿quién, quién chingados? Me daba vueltas la cabeza".

—No sigas, Lansbury, por favor. Estoy... no sé, no quiero —sufríamos.

—Cuando te encontré hace rato, lo descubrí. Te vi y me vi. Me vi perfectamente reflejado en ti. Te aqueja una ausencia que no es la de Robbins, sino la ausencia de otro amor que te consume. Comprendí que hay un tercero —apenas hablaba, el corazón me oprimía el pecho. Sentía un hueco espantoso, asesino.

—Lo hay, pero no cabe en este mundo. Es un amor imposible con quien todo acabó y nunca empezó —contestaba y contenía el llanto.

—¿Nunca empezó? ¿Todo acabó? Parece más bien que empieza y no termina, lo gritan tus ojos, Maia —me sentía fatal, desconsolado, igual que ella. Conocía bien su dolor, uno similar me causaba lágrimas, seguido.

No hablaba. Ella.

¹⁴² Café Tacvba, *Cuatro caminos*, "Eres".

—¿Y por qué no puede ser, su imposibilidad es real o mental? —le pregunté, haciéndola llorar. Se limpiaba las lágrimas con la mano en un intento por disolverlas, pero eran inescandibles.

—Porque así es la vida, porque es mejor así. Ése sí es un amor que vive de la magia, de la fantasía y del secreto y únicamente es siendo así. Su imposibilidad es terrenal y más allá de aquí —decía triste y sin darse cuenta ninguneaba mi amor, que, también, vivía de magia, de magia pura.

—Pero háblame claro, ¿la imposibilidad radica en qué, en la muerte o en qué? —yo no comprendía o prefería no comprender, pero el recién nacido fantasma crecía y crecía.

—En la muerte en vida, en algo que no puede ser. Es un amor que no puede ser, entiende. Es la muerte en vida, la de mi amor por él y la mía. No puedo más, no soporto el dolor, hay días en que preferiría no despertar... quedarme dormida, en paz, sin sentir. Por eso contigo estoy bien, porque me tomas de la mano y me llevas a otros lados, me ayudas a salir del fango, de lo denso y turbio y me tiendes en las nubes donde duermo tranquila porque sé que me cuidas —seguía hablando y torturando, sin dolo. Es difícil luchar contra los vivos, pero más contra los muertos. Y mucho más contra los muertos en vida, contra espectros.

—Te cuidaría toda la vida —le dije una vez más desde el corazón, detenido súbitamente por la razón que no me permitió continuar. *"Always, I wanna be with you, and make believe with you, and live in harmony, harmony oh love..."*,¹⁴³ pensé acallado.

—Algo ha pasado que he querido que me ayudes y ruego porque lo hagas aunque no te corresponda, aunque no tenga el derecho de pedírtelo.

—Tal vez sí me corresponda —le respondí detenido de nueva cuenta por el cerebro.

—No entiendo muchas cosas, pero te necesito cerca. Te necesito desde el día que nos encontramos en Verona, desde que me regalaste esa flor. Una flor caída del cielo, como tú lo dijiste. Desde aquel día estás presente levantándome cada mañana. Ayudándome a no quedarme tirada en el suelo vencida por la tristeza. Me das alegría, créemelo. En verdad algo ha pasado, te necesito cerca, en serio que sí, pero me siento imposibilitada, con el corazón atrofiado, ocupado de dolor, de miedo y de confusión. Muy saturado

¹⁴³ Erasure, *I Say I Say I Say*, "Always".

y ocupado como para hacer espacio —me decía compungida, apesadumbrada.

—¿Te duele mucho? —le pregunté adolorido. Con una pregunta similar y en el mismo tono en que la haría el conductor de un automóvil a su copiloto después de un fuerte accidente.

—Sí, siento una punzada intensa y aguda en el centro del corazón. A veces no puedo respirar —respondió y buscó tomar aire.

—¿El dolor viene de los años o de la imposibilidad? —la cuestioné y busqué aire o asfixia. Confirma. Reconfirma. Me era imperativo saber con certeza si sufría por Robbins o por el otro, por su amor imposible. Sin duda me era más fácil soportar lo primero. Resulta menos difícil combatir contra un hombre con cara, pies y cabeza que contra uno enmascarado, contra un ser desconocido de quien no se tiene la mínima imagen, la menor idea. Imaginarlo lo acrecienta, lo agiganta. Tampoco es sencillo desconocer en qué radica una imposibilidad de este tipo, la incógnita se magnifica a tonelajes incontables, insostenibles.

—El dolor que me mata viene de la imposibilidad, de la frustración de un amor imposible —me dijo y me acabó. No necesitaba decírmelo, él había sido la causa del romper con Robbins. Se apareció en su vida sin permiso y borró su pasado, lo destruyó a pisetones, como un gigante invencible que atrofia una ciudad, igual que Godzilla o King Kong.

—Maia, dime por qué es imposible —insistí. Me mataban la duda y las suposiciones, me morían.

—No puedo, no insistas, por favor. Me haces sufrir —y también la hacía llorar, sin intención. Lloraba.

Yo también sufría. Suponía y suponía. Deberes, responsabilidades, principios, religiones, monedas, relaciones o papeles que atan. ¿Qué imposibilitaba la relación de dos que se querían? ¿Papeles? No lo supe, jamás me lo dijo.

—¿Todavía lo ves? —continuaban las preguntas y el corte de mis venas milímetro a milímetro.

—Sí, de vez en cuando —dijo y el mundo se me vino abajo, caí con él—. Pero nunca más lo veré como lo veía. Hace un par de días nos dimos el adiós definitivo, el último, el de para siempre. Por eso vine aquí, no podía estar cerca —dijo, pero no me alivió. Estaba enamorada al máximo grado. Así como yo, ella. Cada uno de diferentes personas. Y nuestros amores eran de los que no mueren al primer disparo.

Callamos. No nos veíamos. Golpeaba el vaso con el tenedor. Yo. Pasó un rato.

—Ya lo sabes todo. ¿Ahora qué vas a hacer con eso? —me preguntó determinante y me dejó helado.

No pude ni supe responder.

—Pesa mucho el secreto, ¿no? Sólo dime rápido si piensas irte —prosiguió.

Titubeé. Tartamudeé.

—Las cosas como son. No parches tu sentimiento, no le cambies de color. Perdemos mucho tiempo titubeando —me decía con tono cruel, pero sin querer serlo.

—Necesito dormir —le dije, a sabiendas de que no podría hacerlo. Mi noche, esa noche, sería en vela, en la más tremenda de las angustias. Desconcierto. Dolor. Mal. Muy mal. Desolación.

Quedamos de vernos al día siguiente. Me fui al departamento con el estómago vacío, con un agujero por el que me iba. Pensaba y me perdía. Pensaba más. Me dejé llevar y terminé en un cuarto blanco cuadrado. Totalmente blanco, de mosaicos rectangulares blancos y brillantes. Acostado en una cama con sábanas blancas. Cama hospitalaria. Maia a un lado, en otra cama idéntica. Nadie más. Ambos enfundados en delgadas batas blancas, pálidos, conectados a un mismo suero que nos conectaba por las venas y nos mezclaba las sangres.

Una transfusión cuerpo a cuerpo, curándonos el uno al otro. Ella a mí el dolor de su ausencia y yo a ella el desamor de lo imposible. El suero era mágico, nos descansaba y nos preparaba, nos inyectaba fuerzas a dosis de a kilogramo para lo que venía. Para lo que fuera. Una joven doctora de ojos esmeralda desamarró nudos que nos unían por los estómagos y nos desató, luego bajó una cortina de luz ultravioleta que distanció nuestros cuerpos en un plano distinto al de la dimensión terrenal. En un plano más elevado, diverso. Nos desamarró.

Dormí tal vez una o dos horas. No estoy seguro de cuánto tiempo estuve en el cuarto blanco. Desperté y la llamé. Nos quedamos de ver en un café. En situaciones como ésta, los cafés suelen ser lugar de despedida y, en este caso, la excepción no sería. Llegamos al mismo tiempo, diez minutos impuntuales, ambos. Nos miramos desde lejos y sin quitarnos las miradas nos acercamos. Nos tuvimos de frente e hicimos una mueca mutua, una mueca que encogía los labios y decía "lástima... qué triste, qué triste". Nos

sentamos y hablamos sólo para romper ese asqueroso y patético silencio del adiós, quizá un adiós temporal, indefinido. Quizá permanente.

—Tengo que irme, Maia. Tengo que alejarme por lo menos una temporada, y me alejo no porque tu secreto sea una enfermedad o un impedimento. De hecho, no me asusta ese secreto, no me asusta en lo más mínimo —le decía la verdad, el amor que sentía era superior al miedo. Después de meditarlo ya no me asustaba. Lo que me asustaba era que nunca dejase de amarlo y que se quedara conmigo por acostumbramiento o consuelo. Era sano, pero más que sano, necesario que estuviera sola un tiempo. Y yo. Que una de sus tres velas se apagara, porque tenía tres, Robbins seguía siendo parte del terceto, la seguía llamando para implorarle el regreso. Pues cómo no.

Si un día me tocaba ser de ella, lo sería por su convencimiento, por su enamoramiento que tendría que ser del cien por ciento. Si no su arrepentimiento me sepultaría. Debía liberarse para ser capaz de elegir conscientemente. En paz. Debía encontrar su libertad, arrebatársela a los demonios que la encerraban como a un preso. Debía recuperar su libertad y su armonía. Debía librar su propia batalla. Yo ya había librado la mía, mi batalla contra el silencio, lo había intentado aunque desafortunadamente no salí ileso. Pero sí, me liberé de las cadenas y los candados, del collar. Ahora le tocaba a ella.

—¿Ahora me entiendes? Por eso me frenaba tanto, por eso te pedía que no me creyeras, por eso el miedo de engancharme, de dejarme fluir contigo, porque sabía que te podía lastimar o que te podías ir. Y comprendo que te vayas, pero me duele, me duele mucho, Lansbury. Te he perdido y me duele, pero te entiendo y así debe ser. Nunca de los nunca fue mi intención lastimar tu corazón, de hecho lo quise proteger antes que al mío y me impedí disfrutar de lo que encuentro en ti —dijo resignada y triste, pero transparente, sincera.

—¿Pero sí entiendes por qué me voy? No porque no pueda soportar ese secreto, que ni siquiera deberíamos nombrarlo así, se oye mal, grave. Me voy para que puedas descubrir qué es lo que quieres y si de verdad me quieres o deseas hacerlo. Me voy porque si en estos momentos permaneciera aquí, nunca dejaría de ser una costumbre, un acompañamiento que te saca de aprietos. Me reducirías a eso. Debes prescindir de mí e identificar el sen-

timiento, descubrir qué sientes por Lansbury Frapp, si es que sientes algo. Si no me fuera, viviríamos por siempre en esa confusión tan despreciable, confusión que se resume en no estar seguros de si me quieres o no, de si me quieres o me amas —le dije, convencido y deprimido, tremendamente triste. Deprimido. No me iba por gusto sino por obligación, convencido. Con la necesidad de eliminarle lo que a su juicio podían ser espejismos que la confundían. No me iba por gusto, sino para que viviera ausencias de las que pudiera requerir presencias por amor. Presencias requeridas por amor, no por soledad o complacencia. Y la verdad es que en el fondo me iba también por mí.

—Te voy a echar de menos, voy a necesitar de ti. Va a ser difícil no verte o escucharte, pero al menos siempre te leeré, todas las noches, todos tus poemas —me decía con nuevas lágrimas que inundaban sus ojos a punto de brotar.

—Por ahora sólo necesitas de ti. Cuando te tengas, entonces sabrás y reconocerás lo que necesitas —le respondí con todo el amor y el dolor de mi corazón.

—Me voy a sentir sola, pero te prometo que en la soledad me liberaré y volveré a encontrarme. Reconoceré que he alcanzado la libertad cuando logre mirar al Sol como lo miran los presos que escapan. Prófugos, pero libres. Libres. Y entonces, probablemente nos encontremos. *"I'll be there as soon as I can, but I'm busy mending broken pieces of the life I had before..."*¹⁴⁴ —lloró.

Salimos a la calle. Eran las cinco de la tarde. De una tarde gris y lluviosa.

—Siempre te guardaré en un lugar muy especial de mi corazón, Maia. Siempre —la abracé con todas mis fuerzas y del bolso de mi abrigo saqué un regalo que le tenía, la canción que llevaba escribiéndole desde el día que la vi por primera vez—. *"I know it's not much, but it's the best I can do. My gift is my song, and this one's for you. And you can tell everybody this is your song. It may be quite simple, but now that it's done I hope you don't mind, I hope you don't mind that I put down in words, how wonderful life is while you're in the world"*¹⁴⁵ —y le entregué la canción. Lloraba. Yo. Ella. Quería que la tierra me comiera.

¹⁴⁴ Muse, *Showbiz*, "Unintended".

¹⁴⁵ Elton John, *Captain Fantastic and the Brown Dirt Cowboy*, "Your Song".

—Te quiero mucho, Lansbury —se depidió y suspiró hondo con la cara recargada en mi hombro. Sus lágrimas traspasaban una vez más la tela de mi camisa. Sentía los suspiros calientes y sus lágrimas en mi piel. Mojaban mi piel y mis ojos.

—Y yo a ti, más —me despedí, igual.

El abrazo se rompió y Maia emprendió su camino. Yo el mío. En silencio le deseé suerte, alcé la vista al cielo y le pedí a Dios que me permitiera volver a verla, algún día. Y mientras se alejaba, sin hablar, le lloraba y le decía: "...*You're a butterfly and butterflies are free to fly, fly away, high away, bye-bye...*".¹⁴⁶ Y la música de fondo profundo, presente siempre, berreaba:

*Come up to meet you,
Tell you I'm sorry,
You don't know how lovely you are
I had to find you,
Tell you I need you,
Tell you I set you apart.*

*Tell me your secrets,
And ask me your questions,
Oh, let's go back to the start.*

*Runnin' in circles,
Comin' up tails,
Heads are a science apart.*

*Nobody said it was easy,
It's such a shame for us to part.
Nobody said it was easy,
No one ever said it would be this hard.
Oh, take me back to the start...¹⁴⁷*

La razón nos separó y el corazón se me contrajo, dolía más que un infarto. Preguntas, enunciados y ruegos que debían salir se guardaron. ¿Crees que algún día pueda encontrar a una mujer como

¹⁴⁶ Elton John, *Captain Fantastic and the Brown Dirt Cowboy*, "Someone Saved my Life Tonight".

¹⁴⁷ Coldplay, *A Rush of Blood to the Head*, "The Scientist".

tú? ¿Crees que alguien me pueda ayudar a olvidarte? ¿Quemará mucho tiempo este infierno? ¿Crees que algún día sea feliz con otra persona que no seas tú? Dime que sí, por favor, porque si no, no puedo, prefiero no seguir. Ya no me es posible imaginar mi vida sin ti. Va a ser muy difícil.

¿Y qué será de la vida después de la muerte si las almas en el cielo no se enamoran? ¿Qué habrá mejor allá arriba que el amor que siento, aunque no lo tenga? No imagino mayor felicidad que la de estar con ella, dudo que exista felicidad más plena en el cielo. Ni siquiera quiero morir, quiero que me congelen para no llevarme una desilusión del amor celestial que pregona el clero. No existirá nada mejor ni más bonito allá arriba que el amor ganado aquí abajo, el amor de la persona de quien se está enamorado. El amor de Maia.

Esa tarde comprendí que, además del amor de mi vida, Maia había sido una guía. La seguí hasta donde la seguí para llegar hasta donde había llegado y hasta donde llegaría, aunque a simple vista no hubiera llegado a ningún sitio. Pero había llegado lejos, a mis límites, a la expresión más pura y libre de mis sentimientos. Y geográficamente, tal vez tampoco pisaba ningún punto cierto, mucho menos la meta, pero me enfilaba. Me enfilaba.

Maia me demostró la posibilidad de acercarme a quien quiero, a quien quiera. De buscar y luchar por lo que quiero, por lo que quiera. La próxima mujer que hiciera latir mi corazón, lo sabría de inmediato. No habría de esperar tantos años.

Hasta entonces entendí por qué te cruzaste un día entre mis ojos y por qué no fui capaz de dejar de mirarte. Porque eres igual a mí, idéntica, almas que vuelan y no pueden estar quietas. Seguirte a ti fue seguirme a mí. Te escribí en todos lados, a todas horas. Estás en todo lo que hasta hoy he realizado. Me has realizado. Gracias a ti estoy aquí. No sé dónde, pero aquí me siento bien. Gracias. Dos almas que vuelan es difícil que descansen juntas, pero son almas que se ayudan a volar. Y tal vez un día, contra cualquier pronóstico, podamos descansar juntos.

Round here we're carving out our names.

Round here we all look the same.

Round here we talk just like lions, but we sacrifice like lambs.

Round here she's slipping through my hands...

*Round here she's always on my mind.
Round here hey man got lots of time.
Round here We're never sent to bed early,
and nobody makes us wait.
Round here we stay up very, very, very, very late.
I can't see nothing, nothing round here.
Catch me if I'm falling...¹⁴⁸*



¹⁴⁸ Counting Crows. *August and Everything After*. "Round Here".

XVIII

¡SORPRESA!, ¡SORPRESA!, ¡SORPRESA!

From: “Rombol” <rombol@terra.com>

To: “Lansbury Frapp”

Subject: “Lonely Soul on the Run”¹⁴⁹

Date: Thu, 16 Jan 2003 21:03:00

iii Querido Mr. Big!!! He de reconocer que le tengo algo abandonado, usted disculpará. Me alegra el alma cada vez que veo un mensaje suyo.

Le cuento:

Ayer dimos concert. Afilé la espada y los dedos se me electrificaron. Fui como el póster de Hendrix, aquél en que le salen cables de la puta cabeza. Aunque me joda, esta mierda es la que me quita la vida... Mataría por malvivir de esto. No lo descarto.

El problema es que pienso mucho y follo poco. El combate se decanta del lado contrario al mío. Pero estoy en ello, joder, estoy en ello. El día menos pensado me lío la puta manta a la cabeza y me voy al Sur... y que los jodan a todos. Dicen que en el Sur todo es magia y paz, que en el Sur no hay problemas.

En fin, el concierto fue francamente bueno, sonamos de puta madre, bien ecualizados, con espacio suficiente para piruetas y cabriolas. El caso es que tocamos los primeros de la noche y la sala estaba prácticamente vacía. Nos quedamos en el umbral de la clasificación para el siguiente round... pero no pudo ser. Ganó un jodido grupo de universitarios que congregó a toda una piara de lascivas vampiresas sedientas

¹⁴⁹ The Samsara Aliens, concierto en Sala Arena (Madrid), “Lonely Soul on the Run”.

de esperma y masas informes de proyectos inconclusos de perdedores en potencia. Ya sabe, una entrada = un voto.

Ahora empiezo a entender para lo que valen los amigachos, para que pagen tu peaje al estrellato, para que bebas, rías y folles todo lo ancho que su dinero abarque. *Ain't no business like show business*. A pesar de ello, causamos una buena impresión, algún teléfono apuntado de mala manera y con mala letra y un puñado de buenas intenciones que apenas son capaces de dar sombra por sí mismas. Seguimos la pelea, colega, seguimos la pelea, aunque sea a la contra, contra todo y contra todos, todos en contra, incluso en contra de los que están contra todo, incluso contra ésos... Nadie dijo que fuera fácil, ni puta falta que hace.

¿Sabe una cosa? Empiezo a asfixiarme. Ahora paso mucho tiempo metido en el coche, conduciendo a sitios que no quiero llegar. Miro hacia el Sur, coqueteo con el Norte, el Este y el Oeste, oigo cantos de sirena por todas partes. Me siento como Ulises a punto de sucumbir.

En lo íntimamente personal, las únicas relaciones que mantengo son con mi mano derecha y el papel higiénico. ¿Recuerdas a la argentina? Pues resulta que no quiso mambo, se lo ofrecí y se negó. Luego renunció y la contrató el de la oficina de a lado, ¿y sabe qué? Que con él sí quiso mambo. Si te soy franco, estoy disfrutando la soledad como nunca. Ya llegará, ya llegará...

En la nada nos encontraremos, aunque quizás ya estemos en ella, y sin saberlo, seguimos llenando nuestros bolsillos, nuestras casas y nuestras vidas de las más absolutas de las nadas.

Si no te cuidas tú, nadie lo hará por ti. Ya lo sabe. Se le echa de menos, MR.

Escribe, cabrón.

Abrazo.

Yo

Afortunado Rombol con su soledad de disfrute. La mía, en cambio, era amarga, con sabor a veneno. La soledad masacraba. Y es que es distinta la soledad a la ausencia. Mi enfermedad era la ausencia, no la soledad. La soledad era mi estado, la ausencia su inclemencia, su parte pinche. La extrañaba.

¡Dios mío, la extrañaba!

Un adiós no fue suficiente para que se fuera. Estaba en todos lados, en todas las estrellas. Era todas las noches y las lunas, llenas o vacías, daba igual. Sufría su no estar, su no llamar y el no saber de

ella. Padecía su abstinencia. ¿Qué hacía? ¿Con quién salía? ¿Con quién dormía? ¿Con quién reía? ¡Diablos, me moría!

Caí en una depresión profunda. El desamor me provocaba desatención, no me atendía. Comía poco, no salía y si lo hacía me perdía. Las botellas encerraban mi cerebro como el mensaje de un naufrago. Yo me encerraba en el cuarto y el cuarto no tenía ruta de evacuación. La puerta se atrancaba y la salida de emergencia era prohibida, una ventana protegida con barrotes de hierro forjado, para que nadie entrara. Ni saliera.

No me paraba en la universidad. No me paraba de la cama. No limpiaba la cocina. Semanas a la sombra, enclaustrado en un reclusorio, en una celda adornada con recuerdos lacrimógenos de ella y con sus fotos. El teléfono encendido. Sonaba. Llamaban. Ninguna vez ella. Decenas de llamadas perdidas (eludidas) de Vadka, decenas de mensajes escritos. Andaríamos por las trece canciones que aguardaban voces, letras y sus respectivas melodías. No podía, lo sentía, no podía.

También marcaban amigos de la maestría y mi familia. A mis padres y hermanos sí les contestaba, no quería asustarlos. Notaban mi voz dolida e infringida. Contestaba el teléfono y les pedía un momento, la aclaraba a tosiditas para evitar así que percibieran que esa atorada voz había estado escondida por días. Inexpresiva. Enmudecida. Pues sí, no salía, no hablaba con nadie. Negaba rotundamente sus preocupaciones, negaba que tuviesen sustento.

—Estoy bien, en serio. Estoy bien—les aseguraba en el teléfono.

A pesar de que hasta entonces no me habían escuchado cantar, mi voz y sus tonos los conocían perfecto, de sobra. Sabían que algo sucedía.

Uno de esos días de encierro en que el miedo, la tristeza y la depresión juntos me sumían, mi padre llamó y lo escuché decir por la bocina:

—Sea lo que sea que te aflija, no tengas miedo. Alza la cara y mira al cielo, separa lo negro de lo blanco y respira. Seguramente habrá más de bueno que de malo. Sigue adelante, hijo. No te dejes detener por los demás ni por ti mismo. Haz un esfuerzo. Ignoro qué te suceda, pero el consejo es aplicable a la mayoría de los casos. Todo es tan incierto que no nos queda más que sernos fieles a nosotros y a nuestros sueños. *"Forever trusting who we are, and nothing else matters..."*^{15°}

^{15°} Metallica, *Metallica*. "Nothing Else Matters".

Ni sus palabras, esperadas hacía años, fueron suficientes para sacarme de abajo. Me abandonaba y abandonaba mis sueños. Los olvidaba poco a poco. "Me rindo", pensaba agotado. Olvidarla implicaba olvidar el canto de los sueños, el sueño de los cantos. Sacrificar mi amor por ella fue sacrificarme. El verdugo había cortado el cuello, y su hacha, al rematar, partió el corazón. Me desangraba lento por dentro. Sin ella, lo demás perdía sentido, carecía de razón. Su pérdida revivía las demás carencias, los demás fracasos. Tristeza llama tristezas. ¿Es posible perder lo que no es de uno?

En mi lista de prioridades, Maia era la principal, la punta de la pirámide, lo primordial. La diosa por quien un mortal, yo, sacrificaría todo. "*When I see you coming I can take it all...*".¹⁵¹

Pensé, otra vez, dejarme fluir por las venas, abandonar el cuerpo y dejarme caer en la paz de la inconsciencia, del irse. No tenía amor, no tenía ganas, no tenía ilusiones. Era propietario únicamente de sueños muertos. Creía que no tenía nada. Planeaba escabullirme por las venas. No me atrevía pero lo pensaba. Se agudizaba el pensamiento, y en sus clímax, los rayos del sol alcanzaban a colarse entre los extremos centrales de las cortinas, distrayéndome los fillos de luz y alejándome los fillos del acero. Me deslumbraban y me regresaban. Así, una y otra vuelta. Desconcentraban el deseo de muerte. Me regresaban al presente, pero más me regresó el ensordecedor timbre. Inesperadamente alguien apretó el botón.

Riiiiiiiiiiiiiiiiing...

No iba a abrir, pero al parecer la persona que llamaba a la puerta se había quedado pegada al botón. Su dedo no se despegaba y yo estaba a tres segundos de estallar. Antes de matarme, mataría al impertinente. Me levanté y por el ojo de la puerta miré. No era el cartero. Ni mi vecina, la del perro. Era una mujer. Rubia. Bella. Una mujer que alejaba y acercaba su ojo al ojo de la puerta, casi pegándolo al mío.

Abrí la puerta y...

—¡Sorpresa! —me dijo emocionada.

—¡Hola! —no sabía qué otra cosa decir. ¿Quién era? No tenía la menor idea. Me quedé quieto, únicamente movía los ojos, a los lados y arriba, y luego las cejas, la derecha para abajo y la izquierda en forma de arco para arriba, denotando, literalmente, sorpresa a la desconocida.

¹⁵¹ INXS, X, "Disappear".

—Eres Lansbury, ¿no? —me preguntó después de un rato de ver que yo no respondía.

—Mmmm, *sip*. Y tú... eres... —qué pena, no sabía quién era.

—Anna.

—¿Qué? ¿Quién?... ¿Anna Anna? —pregunté, dos veces.

—Sí, Anna Anna.

—¿Anna Anna... la amiga de Ario Epílogo? —repregunté.

—Sí, Anna Anna, la amiga de Ario Epílogo —reconfirmó sonriendo.

—¿¡No!? —exclamé sorprendido.

—¡Sí! —dijo y nos reímos—. Te advertí hace unos meses que pronto te sorprendería. Y bueno, no fue tan pronto, pero aquí estoy. Me la jugué y ni llamé para saber si estarías, pero pensé que si tenía que ser, sería. Y mira, te encontré.

La impresión del encuentro fue indescriptible. Me dio gusto verla. Más que eso, mucho más. Creí en la mística, en lo oculto. Como siempre, apareció en el momento adecuado, preciso. Sorpresa. También vergüenza. Conocía todo de mí, todo. Y yo, de ella. Dos extraños conocidos. Dos conocidos irreconocibles. Mi profesora adquiría cara. Ya la tenía, pero no me acordaba de ella. Mi alma gemela adquiría cuerpo. Sus ojos eran azules o grises, dependía el color del momento o del reflejo de la luz. Pero eran además unos ojos atípicos, unos ojos tranquilizantes. Unos ojos que me regalaron un poco de calma al filo de la navaja, en el instante indicado.

Lógica y obviamente comenzamos cortados. No es lo mismo escribirse que decirse, cuesta más trabajo lo hablado, por lo menos en mi caso. Y en el de ella. Pero, poco a poco, la presentación y la conversación rodaron. La escenografía era el departamento hecho un asco y yo una porquería. Lo habrá notado. Hasta habría olido mal.

—¿Cómo has estado? —preguntó de rutina. Me veía mal.

—Mal —respondí sin defensas o excusas. Jodido. Ella de antemano sabía. Mis correos le narraban mi vida. Estaba al tanto de los últimos acontecimientos. Y además se me notaría.

—Lansbury, ¿por qué no empezamos por abrir las cortinas? No se ve nada, estás a oscuras, en la penumbra —y las abrió. Y abrió también las ventanas del balcón y dejó entrar al aire que hizo volar papeles y polvo—. Huele a encerrado —comentó.

—Huele a mí, huele a muerto —dije, con los ojos abiertos, fijos en nada, en punto muerto.

—No, nada más huele a encerrado. Con el aire el olor se quita. Hay que ventilar, hay que dejar que se oreé.

—Anna, no puedo más. Estoy cansado de fracasos, ya no quiero seguir, quiero descansar —le dije, rendido.

—Oye, tu vida no se limita a una mujer o a unas canciones. Eres mucho más que eso y te queda mucho trecho que recorrer. Todos tenemos derecho a perder alguna vez, a fracasar. No somos invencibles, Lansbury —me dijo, cariñosa. Pero yo realmente no podía, estaba exhausto.

—*"In this proud land we grew up strong, we were wanted all along. I was taught to fight, taught to win, I never thought I could fail. No fight left or so it seems, I am a man whose dreams have all deserted. I've changed my face, I've changed my name, but no one wants you when you lose..."*¹⁵² —le dije, frustrado, vencido.

—*"Don't give up 'cos you have friends. Don't give up, you're not beaten yet. Don't give up, I know you can make it good..."*¹⁵³ —me dijo Anna y me otorgó consuelo. Un poco de fuerzas. Respaldo.

—Confié demasiado en la magia y la fe se me ha agotado. Si acaso me resta poca. Poquísima.

Entonces, me abrazó y apoyé mi cabeza en ella. Con sus manos frotó mis hombros y les dió cauce a mis lágrimas. Sentía su cariño esparcirse por mis entrañas, amor de seres cósmicos que han traído juntos de por vida.

Quería huir, descansar. No darle más vueltas a la cabeza, no complicarme más la existencia. La plenitud se escapaba intocable. Inyectarme sueños menos complicados, más fáciles, más comunes. Todos pertenecemos a alguien, a algo. Todos tenemos un lugar. Un hogar. No hay que abdicar, no hay que darse por vencido. Existe un lugar a donde pertenecemos y donde viviremos tranquilos y contentos, satisfechos de habernos sido fieles y emprendido contra corriente, contra todos, incluso en contra de los que están en contra de todo, incluso contra éstos. Tenían razón las almas gemelas.

—¿Sobreviviré? —le pregunté con duda y agonizando, como si se tratase de mi doctora, mi médica de cabecera.

—Depende de ti. Sobrevivir es fácil, pero recuerda que supervivir es lo que cuenta. Tú escoges, sobrevivencia o supervivencia. Además, no me preguntes, tú sabes las respuestas.

¹⁵² Peter Gabriel, So, "Don't Give Up".

¹⁵³ *Idem*.

—“Sometimes I feel like I don’t know, sometimes I feel like checkin’ out. I want to get it wrong. Can’t always be strong, and love it won’t be long...”.¹⁵⁴ No es sólo lo de ella, es que no soy quien los demás quieren que sea y lo peor es que tampoco soy quien me gustaría ser —le dije afligido.

—Pero estás en proceso de ser. Cada vivencia ha sido un esca-lón, sucesos evolutivos que te llevan al hoy y del hoy al mañana. Unos parecerán pérdida de tiempo, pero no, cada uno ha sido y es necesario para llegar a donde debes llegar. Todo tiene o tuvo una razón de ser. Al mañana se llega por el presente, no tiene rutas de acceso secretas ni atajos. Mira atrás, piénsalo y descubre esa lógica que existe en cada acontecimiento que has vivido. Momentos, etapas, sacrificios. Cada instante conforma el hoy y si aplicas la lógica verás que el mañana fue hoy y ayer. Mañana entenderemos por qué fueron así este hoy y esos ayeres. “...To martyr yourself to caution is not going to help at all...”.¹⁵⁵ —hablaba convencida y segura de lo que me decía, hablaba con sabiduría. Y continuó:

—Lansbury, no tienes una idea del significado y de los efectos que han causado tus palabras en mí. Percibí desde el inicio que nos transformamos juntos, que somos parte inminente de nuestros mutuos procesos evolutivos y degenerativos. Percibo un fluir simultáneo y un vínculo de instintos. Por eso vine aquí, para decírtelo. Y aprovechando que te tengo enfrente es mi obligación pedirte que no te des por vencido, no ahora. “We need new dreams tonight...”.¹⁵⁶

—Es extraño, yo sentía y siento lo mismo. ¿Acaso nos cuidamos e impulsamos sin saberlo? —le pregunté más repuesto. Nuestra conexión era innegable. Perceptible. Perceptible únicamente por nosotros. Sensible. Gracias a Anna, en el pasado tomé decisiones que me expulsaron de mis grutas y modificaron mis rutas, y hasta este día nos encontrábamos, aunque ya nos conocíamos. Muy bien. Viejos conocidos. Muy viejos.

—Conocerte, aunque haya sido por escrito, fue conocerme y atrever a descubrirme. Antes de leer tu primer correo, el de Ario Epílogo, yo lo leía cada mañana en mi mente. Esa necesidad de amar de la que hablabas, me era muy familiar. *El amor perfecto*, el

¹⁵⁴ U2, *Achung Baby*, “Ultraviolet (Light My Way)”.

¹⁵⁵ Pink Floyd, *The Division Bell*, “Lost for Words”.

¹⁵⁶ U2, *The Joshua Tree*, “In God’s Country”.

amor en su máxima expresión. Y luego los siguientes, en los que inconscientemente imprimiste mi necesidad de soñar, los miedos adjuntos a los sueños y la exigencia personal de perseguirlos.

—Gracias por venir —se lo agradecí de corazón. Requería urgentemente de su mensaje y de su presencia, de la palabra *alas* que le tatuó a mis pies (“*Wing is written on your feet...*”¹⁵⁷) el día 2 de septiembre del año 2000 con su primer correo.

—Vine porque en unos días me caso, pero antes quería conocerte y darte un abrazo. Logré por fin enterrar al hombre sin nombre, al hombre sin cara que vivía exclusivamente en mi mente y mis deseos, aquél que acababa con todos mis amores. Los hacía menos, incomparables a su deidad. Contribuiste en su captura y aniquilamiento y también te lo agradezco. Me he enamorado de otro, de uno real. Me caso —dijo para mi nueva sorpresa. Confusión nueva. La inesperada noticia me causaba sorpresa y gusto por ella, quien resplandecía contenta. Qué fortuna encontrar a la persona que vence al amor perfecto, al que no existe. Qué fortuna. Qué fortuna lleva en el dedo la persona que luce un anillo de veinticuatro quilates y no uno de veinticuatro toneladas. Qué fortuna.

No hay amor perfecto. Sí *el amor de la vida*, el que se crea y regenera día a día.

Una vez oreado y aseado el apartamento (Anna, amable y desinteresadamente, me auxilió en las labores de limpieza), salimos a caminar. Paseamos y platicamos por horas, sin prisa, con tiempo. Recordamos los correos y nos contamos su aplicación exacta al instante de leerlos. Confirmamos ser chalecos salvavidas recíprocos y cañones propulsores el uno del otro. Puertas de salida y entrada, de emergencia. Espejos. Rescatistas. Defensores y maestros. Acompañantes. Guerreros.

La acompañé a su hotel, donde la esperaba su hermana, la del accidente, perfectamente recuperada. Nos dijimos: “estamos en contacto” y nos despedimos, no sin que antes ella concluyera:

—Cuidate, pero ten fe en tus cualidades, tanto personales como de talento. Confía en ti. “*Don’t sell the dreams you should be keeping, pure and simple everytime...*”¹⁵⁸ —ya nos veríamos. Ya nos veríamos.

Ese día corroboré que la simple presencia de uno causa efectos en otros, aunque no los apreciemos. Nuestra energía trans-

¹⁵⁷ R.E.M., *Reveal*, “All the Way to Reno (You’re Gonna Be a Star)”.

¹⁵⁸ The Lightning Seeds, *Cloudcuckooland*, “Pure”.

forma la de los demás e inclusive la de un lugar, y hace cambiar cosas y personas, ambientes. Influidos en los demás, inclusive sin conciencia o intención. Para bien o para mal. Anna me lo confirmó. Su visita recicló la adrenalina que me extasía. Regeneró confianza y me donó nuevos sueños. Esperanza. *We'll have new dreams tonight.*

Atardecía y el cielo se teñía de anaranjados y violetas. Distráido, de costumbre y hábito, caminaba de regreso a casa. En un pequeño, arbolado y verde parque los pájaros alardeaban y una madre leía sentada en una banca, mientras su bebé, de menos de un año, se divertía con uno de los juguetes colgantes de su carriola. Como todo un adulto, el bebé asomó su cabeza y me observó fijamente con sus dos grandes y abiertísimos ojos azules. Azulísimos.

"Hola, bebé", lo saludé en silencio.

"Hola, pendejo. ¿Qué no ves que soy un bebé y no te puedo responder?", me autocontesté. Seguro eso hubiese respondido si me hubiese comprendido.

"¿Sabes, amigo? Al parecer esto de la vida es muy sencillo. Todo se trata de perseguir un sueño. Y para quien no persiga uno, la vida no se trata de nada, sino de despertar y pernoctar, de esperar a que la jornada de trabajo termine para echarse en un sillón a dejar correr las horas restantes del día, para al rato regresar a la jornada laboral y poco después al sillón. Todo se trata de perseguir un sueño. El amor de una mujer, la fama, el éxito, la paz, el ayudar, el besar a alguien, el comunicarse. Cualquier sueño. De grande no te compliques tanto la vida, intenta siempre recordar que de eso se trata todo esto. Simple y sencillamente de eso", le aconsejé. En silencio.

Para mi sorpresa el bebé sonrió y levantó un dedo. El dedo gordo. Y luego el otro. El de la otra mano. *Two thumbs up.*

Siguió volando el tiempo. Se iba y se iba. Se va se va. ¿Se fue? Me reencontré con Vadka. Reencontramos los acordes y las voces que entonaban lamentos y deseos. Fieles a los cánones, grabamos nuestro demo (bien registrado, los derechos eran nuestros y de mi viajero amigo, Rombol). Repartí las grabaciones como se reparten los panfletos, cubrí la totalidad de las disqueras madrileñas y decenas más envié por mensajería a lo largo y ancho de la ibérica península, a disqueras de provincia. Hasta al Reino Unido fueron a dar un par. El mismo procedimiento al que recurren miles. El volumen no me asusta, volvía a representar una oportu-

nidad, una probabilidad entre esas decenas de centenas. Una, no ninguna. Una es una. El intento es lo primero.

Me reincorporé a la maestría, al último semestre en su término medio. No importaba, la asistencia no era requisito. Con presentar los trabajos estaba bueno. Todo acreditado, todo un maestro. Casi, faltaba poco. Dos meses más y maestro de título, título de maestro. Dos meses más (aguanta, aguanta).

En lo íntimamente personal, las únicas relaciones que mantenía eran con... ¡bah, no importa, no tenía! Salía de vez en cuando con alguna para romper la soledad, la mala racha. Pero prefería estar solo y vagar por las calles sin dar explicaciones de por qué por aquí y no por allá. Si quería gastar horas mirando el techo, lo hacía, no había regenta que me cobrara. Ni argumentos ni guiones, sólo conversaciones mentales. Estrictamente personales. Confidenciales. Seguía extrañándola mucho, no podía sacarla de mi cabeza ni del corazón. De repente amigos preguntaban: "¿Continúas pensando en ella? ¿La extrañas? ¿La quieres? ¿Todavía estás enamorado de ella?", etcétera. "*More than this there is nothing...*",¹⁵⁹ pensaba yo.

Una tarde caminaba solitario y melancólico, resucitaba recuerdos y la traían de vuelta. También pensaba en mi viaje de regreso, en el avión que me devolvería a México. Tenía boleto, tenía fecha. Pronto, pronto. Aunque repuesto y reforzado, nuevamente me extorsionaba el miedo y el ego reprochaba: "¿Qué va a ser de ti, qué va a ser de ti? Te lo dije, te lo dije", repetía. Yo intentaba acallararlo y en eso me percaté de que un demonio andaba suelto.

—¡Oh, pero mira nada más qué sorpresa! De no haberme fijado bien no te reconocía. ¿Qué fachas son ésas? Te recordaba bien vestido, de corbata y elegantes trajes, y mírate ahora, ni quién me lo crea cuando lo platique —ladraba Sepulcro con tono calumniantes y prepotente, con la premisa de humillarme y embarrarme en la cara su mierda. Sin cantar, cantaba a los cuatro millones de vientos que él tenía la razón, que siempre la había tenido y que yo era tonto, ingenuo.

—Los domingos únicamente los mariachis usan traje, licenciado. Pero bueno, ¿cómo ha estado, cómo le ha ido? —le pregunté. No quería pleitos ni discusiones, ni demostraciones o discursos acerca de quién tiene la razón y quién no.

¹⁵⁹ Roxy Music, *Avalon*, "More than This".

—Al parecer mejor que a ti, Lansbury. ¿Qué te ha ocurrido? Tu semblante ha cambiado, te veo desmejorado, demacrado. Me han dicho que ahora eres rockero. ¡Ja, ja, ja, no lo creo! ¿Tan iluso eres? ¿Por qué no te dejas de tonterías y regresas a las leyes? ¿Cuándo piensas volver a México?

—En unos meses —contesté sin ganas de contestar ni del regreso.

—¿Por qué no regresas a la firma? Te lo ofrezco. Hemos crecido mucho y te pagaría un muy buen sueldo. Siempre fuiste bueno en tu trabajo, no lo niego. Regresa, te pagaré un muy buen sueldo...

—me ofrecía, a media calle, un sueldo base anual libre de un millón y medio de pesos, más bonos, prestaciones y un sinfín de tentaciones más a cambio de, esta vez sí, tirar mis sueños al bote de la basura. Sueños inconcretos (pero sueños) a cambio de millón y medio de pesos. La vida tiene precio. Un millón de pesos o dos o diez o los que quiera. ¿Lo toma o lo deja?

No faltan ni son extrañas las encrucijadas. Cuando parecía aclararse, de menos en la mente, el rumbo y la dirección, aparece una nueva alternativa. Una disyuntiva. Una distracción. Un camino a vistas simples: fácil.

Mi corazón me decía que iba por el camino correcto a pesar de no tener nada cierto, a pesar de los altibajos (más bajos que altos) y del relieve complicado del terreno. A pesar de eso. Allí iba. Lo decía esa voz del corazón, esa voz del interior que te guía por lo bueno, por lo imperecedero, por lo que te vuelve eterno. A pesar de los obstáculos, mi camino era el cierto, el bueno, el mío. Lo sabía, lo intuía. Ése era el camino que iba a guiarme a mi destino (al querido, no al impuesto), a la X donde estaba escondido y enterrado mi tesoro.

El nuevo camino que se muestra parece más cómodo, más sencillo y fácil de seguir. Más *ad hoc*. En su trayecto seducen baúles con monedas y miserables recompensas. Quizá las monedas recogidas en el recorrido sirvan únicamente para pagar el peaje del camino y al final se termine como se inicia, sin nada. Vacío. Quizás.

En cambio, el tesoro de mi camino es inagotable, posiblemente más difícil y tardado de localizar, pero una vez obtenido perdura para toda la vida y para futuras generaciones. El tesoro que vine a buscar y que he de recoger de esta tierra. En esta Tierra. Vale la pena la batalla. Pocos lo intentan, menos la libran, pero el que vence se eterniza, se hace inmortal.

Encrucijadas. Situaciones o alternativas que confrontan al ser. Tentaciones. Retos que ponen a prueba el valor y valentía de los hombres. Encrucijada: I. Cruce de caminos o calles; II. Situación difícil en que no se sabe qué conducta seguir. "*Standing at the crossroads, trying to read the signs to tell me which way I should go to find the answer, and all the time I know, plant your love and let it grow...*".¹⁶⁰ Es peligroso desviarse del camino que el corazón y el instinto indican. No es recomendable ignorar sus designios. Las encrucijadas las descifra precisamente el corazón y son interesantes y bellas (como las mujeres), porque, al resolverlas, se aclara más el panorama de lo oculto.

—¡Pero, diablos! ¡Contesta, acepta! ¡No lo dudes, regresa al despacho! ¿O no me digas que eres tan tonto como para no aceptar mi oferta? Nadie te propondrá algo mejor. En estos casi dos años en España has perdido la práctica y el conocimiento, mucha pérdida, para ser claros. No eres cotizado, nadie querrá contratarte. ¿O eres tan soñador que confiarás tu porvenir en sueños irrealizables? ¿Eres tan iluso y tan soñador para creer que el mundo se hace y se sostiene en sueños? —me preguntaba violento, con los ojos rojos de furia y saltados, recordándome en lo que me convertiría si me reincorporaba a su firma. A su agujero.

—"*Are you such a dreamer to put the world to rights? I'll stay home forever, where two and two always makes up five...*".¹⁶¹ Y gracias por su propuesta, pero no. No quiero vivir para sobrevivir, prefiero vivir de tiempo completo —le respondí, atemorizado de dejar escapar mi última *oportunidad* profesional, pero convencido (después de las inyecciones de vitaminas que me puso mi doctora consentida) de mis cualidades. Yo fiel a mí, a mis sueños y a las palabras escritas un día por Ario Epílogo.

¡Sorpresa!

—¡Te vas a arrepentir, te vas a arrepentir!, —continuaba blasfemando, exacto como un demonio. Fuera de sí, como si le importara mucho lo que yo hiciese o dejase de hacer.

—No más que usted —finalicé.

—"*It's the Devil's way now, there is no way out. You can scream and you can shout. It is too late now, because... You have not been paying attention, you have not been paying attention, you have not*

¹⁶⁰ Eric Clapton, *461 Ocean Boulevard*, "Let It Grow".

¹⁶¹ Radiohead, *Hail To The Thief*, "2+2=5".

*been paying attention, you...*¹⁶²—gritaba como poseído. Sus gritos los escuchaba a una cuadra de distancia. No paraba de amenazar-me y de dictar mi supuesta sentencia. Y sí me asustaba, pero era más poderosa la confianza que el miedo. Lo vencí.

From: “Rombol” <rombol@terra.com>
To: “Lansbury Frapp”
Subject: “No More Mr. Nice Guy”¹⁶³
Date: Fri, 21 Mar 2003 21:21:21

Compadre: esta misma tarde le he comunicado a mi actual “jefe” que a primeros de mes parto. No sé exactamente hacia dónde. Tengo alguna referencia en la cabeza, pero nada definido. Lo que sí tengo claro es que, salvo que sea totalmente necesario, no volveré a una oficina. No más papeles, no más contabilidad, no más cosas “serias”.

Supongo que, por coherencia, no puedo darme más plazos. He intentado acallar demasiadas veces los gritos, sin obtener éxito alguno. Supongo que todo esto me complicará aún más la vida. Posiblemente termine siendo un *homeless*.

La cuestión es que no terminé nunca de creérmelo. Lo tenía todo en la mano, una mujer, un piso, un trabajo bien remunerado, un coche. El perfecto decálogo para un parto bien aprovechado, el puto orgullo de la abuela.

Con lo fácil que hubiera sido mantenerlo. ¿Qué falla?

Nunca sabré cuál es mi sitio si no me voy descartando.

El horizonte es un gran signo de interrogación, pero nunca algo supo tan dulce...

Le mantendré informado, esté donde esté. Escribe, cabrón.

Abrazo.

Yo mismo



¹⁶² *Idem*.

¹⁶³ Alice Cooper, *Billion Dollar Babies*, “No More Mr. Nice Guy”.

XIX

“HOME SWEET HOME”¹⁶⁴

*You dream maker, you heartbreaker,
wherever you're going
I'm going your way.
Two drifters off to see the world,
there's such a lot of world to see,
we're after the same rainbows end...*¹⁶⁵

Dos semanas distanciaban las plantas de mis pies de territorio mexicano. De la anárquica vorágine automovilística. El departamento volteado de cabeza y mis maletas empobrecidas de espacio. Vaciaba clósets y cajones, creaba espacios, guardaba portarretratos. Únicamente dejaba afuera lo indispensable para vestirme los días que le restaban a mi agónica estadía en Madrid.

Me preocupaban los libreros, debía desalojarlos. Estaban llenos de libros que sólo me sirvieron para cumplir con trabajos que me hicieron acreedor al título de Criminólogo y Experto Penitenciario. Penitente.

Libros de asustar, de títulos variados: *El psicópata del Boliche de Majadahonda*, *Orificios de bala en cráneo*, *Extracción de testículos en el caso del asesino en serie de Badajoz*, *Disección de mujeres*, *Amores que matan* y *Se te cayó la cabeza*, entre otros. Para darse una idea del calibre. En fin.

¹⁶⁴ Mötley Crüe, *Theatre of Pain*, “Home Sweet Home”.

¹⁶⁵ Louis Armstrong y Henry Mancini, *The Very Best of Louis Armstrong*, “Moon River”.

Empacar trae consigo una melancolía especial, distinta de cualquier otra. El desalojar armarios y cajones nos retrotrae al tiempo en que los poblamos. Se encuentran viejas fotos o recados. *Vouchers* de tarjetas de crédito, cuentas de bares. Tiempos pasados. Los recuerdos se magnifican como si fuesen vistos con lupa. Memorias y recuerdos que el presente agranda.

—Vadka, han pasado semanas y no tenemos noticias de ninguna disquera. Dime la verdad, ¿crees que le intereseamos a alguien? ¿Crees que tengamos éxito con eso? Te lo pregunto porque hay que ser realistas, y finalmente lo que hicimos fue sacar y rehacer canciones que alguien echó a la basura, canciones que alguien ya no quiso —le comenté resignado a que no fuera de otra forma, a que todo quedara como un bonito recuerdo. Inolvidable. Y era cierto, las canciones fueron rescatadas del triturador como rescatado es un perro previa entrada a la perrera municipal donde la horca o una descarga eléctrica lo aguardan.

—No tengo ni puta idea de lo que sucederá, colega. Pero eso sí, que no se te olvide que hay personas que de la basura han sacado tesoros, grandes tesoros. ¡¿Y por qué no ha de sucedernos a nosotros?! Podríamos ser unos pepenadores afortunados, los reyes de la basura —decía bromista y yo deseaba que fuera atinado.

—Bueno, si algo sucediera me avisas por teléfono a México, no me vayas a jugar chueco, desgraciado —le dije igual, bromeando. Deseaba un día escuchar en casa su llamada.

Pero no hube de esperar tanto. Una semana antes de regresar, mi celular vibró; la pantalla mostraba un número desconocido, no identificado.

—¿Bueno? —contesté.

—Pues depende del punto de vista desde el que se mire, pero, sí sí. Sí que podría ser bueno —me respondió un español simpático al otro lado de la bocina. Un disquero. El director y dueño de una pequeña pero distinguida compañía discográfica, quien continuó hablando—. Joder, mira que, después de semanas de recibiendo, he *escuchao* el demo que nos habéis enviado y me pilla, me pilla bien. Es decir que me gusta y quisiera que habláramos en persona. ¿Podrías *daros* una vuelta por mi oficina mañana a las 6 de la tarde? ¿Te viene bien? —me preguntó.

“Me viene de putísima madre”, pensé.

—Me viene de putísima madre —le respondí, encantado. Feliz. Si se hacía o no, era el siguiente paso, y no estaba en mis manos,

pero de momento me sentía extasiado, ilusionado y tremendamente emocionado.

Me acosté tarde, para no extraviar la costumbre. No era sencillo conciliar el sueño con tanta emoción y ajeteo mental. Imaginaba e imaginaba a dónde llegaría y luego prefería no hacerlo. Era hora de que la realidad conociera de sueños, de que agarrara sabor. Puse la mente en negro y erradiqué pensamientos. Me fundí en el sueño...

Era de madrugada. La niebla confundía las imágenes, pero el aletear de mis manos la desvanecía y la visibilidad se aclaraba a ratos. Me vi en una plataforma de lanzamientos en la orilla del mar, rodeado de cohetes y de personas que caminaban en sus trajes espaciales de un lado a otro, pendientes y atentos a la cuenta regresiva que se leía en el reloj rojo digital de la base astronáutica. Restaban ciento noventa y nueve segundos.

Los miraba ir y venir, procuraba quitarme de sus pasos para no estorbar sus prisas, pero mi atuendo dificultaba mis movimientos. Yo también vestía traje espacial. Mi armadura era la de un astronauta. El conteo reducía números y tiempo. Multiplicaba apresuramientos.

Repentinamente, dos hombres me tomaron cada uno de un brazo y me encaminaron a uno de los cohetes, al que todo mundo atendía, al que alistaban para el despegue. Yo no comprendía. La compuerta de éste abrió automáticamente cuando uno de los sujetos tomó mi dedo índice derecho y lo deslizó por el detector de huellas digitales.

—Buena suerte, mayor —me dijo uno y me saludó (o se despidió) respetuosamente, a la usanza militar, con el brazo flexionado y la palma de la mano derecha extendida al ras de la frente.

—Buen viaje, mayor —me dijo el otro y me saludó igualmente.

Sin entender lo que sucedía y lo que estaba por suceder, entré a la nave. De inmediato la escotilla se cerró y me quedé solo. Una serie de televisiones y pantallas se encendieron y proyectaron la imagen de un hombre viejo, también enfundado en traje de astronauta, en un traje espacial del que colgaban decenas de condecoraciones y medallas. Rango alto, de general.

Era *el General*, y aparentemente se dirigía a mí:

—“*Ground Control to Major Tom, Ground Control to Major Tom...*”¹⁶⁶

—me voceaba. De inmediato miré hacia una de las cámaras que me apuntaba en la cabina del cohete. No tenía la certeza, pero

¹⁶⁶ David Bowie, *Space Oddity*, “Space Oddity”.

inferí que él también me observaba por alguna otra pantalla. Lo saludé a la usanza militar. Lo saludé como saluda un cabo al jefe de las fuerzas aéreas.

—Adelante, *General*. Lo escucho —respondí. La señal era limpia, nítida, sin interferencia.

—“*Ground Control to Major Tom, Ground Control to Major Tom: take your protein pills and put your helmet on...*”¹⁶⁷ —me ordenó y obedecí. Tomé las píldoras proteínicas y me coloqué el casco. La cuenta regresiva llegaba al once.

—“*Ground Control to Major Tom: commencing countdown. Engines on. Check ignition, and may God’s love be with you (Ten, Nine, Eight, Seven, Six, Five, Four, Three, Two, One, Liftoff)...*”¹⁶⁸ —el ruido ensordecía y se filtraba por cada poro de mi cuerpo, me hacía vibrar al ritmo y al rugir de las turbinas que hacían temblar cualquier objeto y a cualquiera otro sujeto. Despegué. La fuerza centrífuga estiraba mi piel, mis cachetes y mis labios. Los ojos se me rasgaban como a un chino. Me alejaba del punto de lanzamiento. Del país. Del continente. Me alejaba de la Tierra a la que veía girar como a una rueda de la fortuna. Pequeña, del tamaño de una pelota de fútbol.

—“*This is Ground Control to Major Tom: you’ve really made the grade, and the papers want to know whose shirts you wear. Now it’s time to leave the capsule if you dare...*”¹⁶⁹ —el general me felicitaba y yo recibía sus felicitaciones en el corazón, sin escalas. Me asombraba la belleza del universo y el color que la noche adquiere en el espacio, donde se pinta de violeta oscuro. Era tiempo de abandonar la nave, de salir de la cápsula y de sostenerme en el espacio con la ausencia del viento. Con mucho aire.

—“*This is Major Tom to Ground Control: I’m stepping through the door, and I’m floating in a most peculiar way, and the stars look very different today...*”¹⁷⁰ —agradecí la oportunidad del vuelo y de las circunstancias que me habían llevado a ello. Me sentía en casa, en el cielo profundo que pierde el tono azul. Las estrellas brillaban deslumbrantes y yo flotaba fuera de la nave, libre. Nadaba sin agua, de crol y de dorso. De pecho. Contemplaba el espectáculo que me brindaba el firmamento y disfrutaba el momento. Reconocí mi hábitat. Me identifiqué en medio del resplandor de los astros.

¹⁶⁷ *Idem.*

¹⁶⁸ *Idem.*

¹⁶⁹ *Idem.*

¹⁷⁰ *Idem.*

—“*The impossible is possible tonight. Believe in me as I believe in you, tonight...*”¹⁷¹ —me dijo el *General* y la comunicación se cortó. El despertador sonó. Llegó su hora.

No le hice caso y lo apagué azotándolo contra el suelo. No regresé al sueño pero tampoco me levanté. Permanecí horas en la cama, despierto. Pensando y pensando.

La cita era a las 6. Decidí caminar. No metro, no autobuses, no taxis. Pies. Pies con alas (tenían escrita la palabra). Salí con dos horas de anticipación. Tampoco quería correr.

Andaba y admiraba Madrid. Me frenó un alto. Esperaba la luz verde para avanzar por el paso de cebra cuando una mano me tocó el hombro izquierdo en lo que parecía un llamado, un “espera”. Era una mujer con vestido de aeromoza, de azafata o de asistente de vuelo, como quiera llamárseles. La reconocí cuando se quitó las espejeadas gafas de sol que llevaba puestas. Era nada más y nada menos que Piper Betel. Ésa sí era una sorpresa. Se veía bien, saludable. Renovada. Ayudada.

Los dos quedamos perplejos. Me dijo que no sabía si estaba alucinando, no por las drogas (que ya había dejado), sino que cuando despertó la mañana siguiente a la noche en que nos conocimos, no estaba segura si nuestro encuentro había sido un sueño de su imaginación adulterada o la realidad en pleno. O si se le había aparecido un ángel.

—Ahora que te veo, puedo asegurar que sí fue un ángel, un ángel que me salvó la vida. Gracias —me dijo.

Me narró que a su despertar (el de esa mañana de hacía un año), sufrió tremenda crisis al ver la medalla del ángel que dejó sobre su buró. Lloró sin prisa y luego se dirigió directo a un centro de rehabilitación. A nadie se lo dijo, por eso ni donde vivió sabían de ella, de su paradero. Pasó el tiempo, como suele hacerlo, y logró recuperarse. Más tarde se convirtió en asistente de vuelos de la línea aérea de España. Volaba a diario, físicamente.

Antes de cambiar de rojo a verde la luz del semáforo, Piper abrió su bolsa y extrajo una especie de monedero, del que a su vez sacó una medalla. La medalla de un ángel, la que yo le regalé. Tomó mi mano cerrada y me pidió que la abriera. La abrí y le dio la vuelta. En la palma donde aparece escrita mi historia, depositó el amuleto y me dijo:

¹⁷¹ The Smashing Pumpkins, *Mellon Collie and the Infinite Sadness*, “Tonight, Tonight”.

—Ésta es la señal que pediste, tómala y sigue adelante, que tus sueños están muy cerca. *"Goodbye stranger, it's been nice, hope you find your paradise. Tried to see your point of view, hope your dreams will all come true..."*¹⁷² —me dejó sin palabras.

Entonces comprendí que ella era un ángel, uno de los de carne y hueso. Entendí también que, efectivamente, todas nuestras acciones tienen un efecto, y ahí estaba esa mujer que apenas conocía para darme la señal más grande e importante que haya recibido en mi vida. La señal que llevaba años pidiendo. La misma señal que seguramente ella un día rogó al cielo.

El cielo lucía pintado del azul más cielo del que mis ojos se hayan deleitado. Nos despedimos con un "hasta luego" y seguí caminando. Ubiqué la dirección indicada para la cita. Entré a las oficinas de la disquera y una hora después salí por la misma puerta, por la de enfrente. Por la puerta grande. Ya en la calle, sonreía. Caminaba y la sonrisa crecía, se sentía. Crecíamos a cada paso. Yo y la sonrisa. Desfilaba como un contento loco por Gran Vía, sonreía y luego reía a carcajadas de alegría, sorprendido por la vida.

A lo lejos (Gran Vía hacia arriba), trepado en una banca, un viejo (conocido), disfrazado esta vez de "inconforme activista", gritaba por un altavoz sin perderme la vista:

*This is the next century,
where the universal's free,
you can find it anywhere,
yes, the future's been sold.
Every night we're gone,
and to karaoke songs,
how we like to sing along,
though the words are wrong.*

*It really, really, really could happen.
Yes, it really, really, really could happen.
When the days they seem to fall through you,
well, just let them go.*

*No one here is alone,
satellite's in every home.*

¹⁷² Supertramp, *Breakfast in America*, "Goodbye Stranger".

*Yes, the Universal's here,
here for everyone.
Every paper that you read,
says tomorrow's your lucky day,
well, here's your lucky day.*

*It really, really, really could happen.
Yes, it really, really, really could happen.
If the days they seem to fall through you,
well, just let them go.¹⁷³*

Se unió a él y subió también en la banca en plena vía pública, una mujer mayor, quien sostenía una pancarta en la que se leían consignas y reclamos. Era la anciana que tiempo atrás me topé en un par de ocasiones, la que, entonces, en lugar de pancartas sostenía flores. Rosas rojas enormes.

La gente pasaba a un lado y los miraba como si se tratase de locos enfermos, despectivamente. Yo opté por subirme a otra banca, a unos cien metros de la de ellos. Los miré y les ondeé mi mano en señal de saludo y agradecimiento y volví a reír, pero esta vez acompañado por ellos, no solo. Reíamos y reíamos. La misma gente me miraba como si estuvieran en presencia de otro loco enfermo. De otro pordiosero. Yo reía más.

*You've dusted the non-believers, and challenged the laws of chance...
You've written your own directions, and whistled the rules of change.¹⁷⁴*

From: "Rombol" <rombol@terra.com>

To: "Lansbury Frapp"

Subject: How many roads¹⁷⁵

Date: Sat, 31 May 2003 02:24:00

Estimado compadre de sentimientos y percepciones pentadimensionales, hermano espiritual, cómplice y amigo:

Finalmente me voy a Dublín. A principios del mes próximo volaré hacia allá. Tengo mi billete de avión en las manos. Lo leo y realizo que úni-

¹⁷³ Blur, *The Great Escape*, "The Universal".

¹⁷⁶ R.E.M., *Reveal*, "All the Way to Reno (You're Gonna Be a Star)".

¹⁷⁵ Bob Dylan, *The Freewheelin' Bob Dylan*, "Blowing in the Wind".

camente alberga la palabra “ida”. No quiero hablar de “vuelta”, porque, lo quiera o no, éste es ya un camino sin retorno. No físico, sino íntimo. Por una simple razón. Creo haber perdido el miedo a perderlo todo. Todo lo material. Si no temes perderlo todo, estás en la mejor disposición de ganarlo, se caen los prejuicios, se derrumban fronteras, pierdes la vergüenza de cantar y bailar por las calles, te encaras con el día a día.

Poco más, mi hermano.

Nada me ata aquí ni a ninguna otra parte, he perdido por completo el aliciente de lo que me rodea. Nada pretendo encontrar, porque nada busco. De nada huyo, de nadie quiero alejarme. Simplemente me cansé de dar vueltas en círculo, porque quien no provoca, quien no genera movimiento, nada le pasa. No soporto ser capaz de predecir.

Que esté cansado no quiere decir que esté derrotado... Estamos en contacto, bien cibernético, bien extrasensorial, cósmico-onírico, lógico-alucinógeno, terreno-sideral. En distintas ciudades, pero bajo el mismo cielo.

Cúidese, Sr. Grande, de usted y de los demás. Escribe, cabrón.

Abrazo.

Yo (“Fever Dog”)¹⁷⁶

From: “Lansbury Frapp” <lansburyfrapp@hotmail.com>

To: “Rombol”

Subject: Re: How many roads

Date: Sun, 01 Jun 2003 23:59:59

Mi querido hermano: te tengo una sorpresa...

*I've conquered my past,
the future is here at last,
I stand at the entrance
to a new world I can see.
The ruins to the right of me
will soon have lost sight of me,
love rescue me.¹⁷⁷*

Días, meses o años después, paseaba por una mágica plaza escondida. Una plaza de la que pocos han oído. De la que pocos saben. Pocos la conocen.

¹⁷⁶ Stillwater, OST, *Almost Famous*, “Fever Dog”.

¹⁷⁷ U2, *Rattle And Hum*, “Love Rescue Me”.

Una plaza en el Distrito Federal, en Coyoacán. No la típica. Una plaza de suelo de piedras con forma de cuadros. Una plaza con una vieja iglesia amarilla. Una plaza con las mismas características de todas, pero no una plaza cualquiera. Esta plaza es distinta. Mágica. Una plaza con una tienda y una fonda. La fonda es estilo *Doña Chona*, blanca con bordes pintados en azul y rosa mexicano. Con ventanas enmarcadas en madera y dibujadas con un grande, viejo y sólido árbol. También mágico. Poderoso. Un árbol con poderes mágicos.

Sólo caminaba. Caminaba solo. Caminaba y una melodía surgió de la esquina más recóndita de la plaza mágica. La música me hipnotizó y la seguí, como los niños a la flauta de Hamelin. Un guitarrista tocaba y cantaba. Lo observaban y escuchaban varias personas atentas. Yo igual, muy atento. El mensaje de la canción una vez más era certero. Atinado. El esperado. El adecuado. Una nueva señal que disolvía pasados, dolores y obstáculos y declaraba libertad. *"I took a heavenly ride through one silence, I knew the moment had arrived for killing the past and coming back to life"*.¹⁷⁸

Surgió una ventisca y de un puesto de flores volaron docenas y docenas de rosas de colores. Rosas. Amarillas. Blancas. Rojas. Azules y verdes. El guitarrista no callaba, seguía tocando. Su público observaba. Rosas rojas principalmente, volaron. Resaltaban las rosas rojas. Y también, entre la gente, resaltaba una persona, la única a la que el Sol alumbraba con los rayos que colaba entre las ramas del árbol gigante que daba sombra a la plaza. Una mujer, al parecer de su silueta, joven. Una mujer rubia a la que el Sol iluminaba. Una mujer que delataba belleza inclusive de espaldas.

A sus pies cayó una de las flores y la recogió con cuidado y delicadeza. La rosa roja más enorme. El guitarrista la miraba fijamente, como dedicándole la canción. Ofreciéndosela. Ella de vez en cuando alzaba la cara al cielo. Miraba al Sol. Miraba al Sol, como agradeciendo, como los presos que escapan. Yo continuaba viéndola de espaldas y una magnética, extraña e inusual fuerza de atracción no me permitía apartarle la mirada. Quería ver su cara.

Escuchaba sin moverse, y el de la guitarra no dejaba de verla. Con gestos de la cara intentó llamar su atención. Lo consiguió y ella reaccionó.

Él, con su barbilla, apuntó en mi dirección, hacia mí, indicándole a señas que se volviera a donde yo me encontraba parado.

¹⁷⁸ Pink Floyd, *The Division Bell*, "Coming Back to Life".

Paralizado. Ella entendió, sin girar volvió la cara. Vi sus ojos. Me miró. Nuestros ojos se encontraron y mi corazón saltó, se aceleró, estaba vivo. Al verla volaron mariposas.

La reserva entera. Resurgió el hueco. El vacío. Ese vacío que únicamente puede llenar y aliviar una persona. Ella.

Entonces, me sentí en casa. El de la guitarra se puso de pie y enfundó su instrumento, su arco de cupido. Se lo colgó al hombro y se marchó, no sin antes despedirse:

—*Bonne chance et à bientôt, et aimez sans peur.*

Su canción decía:

*I've been set free and
I've been bound
to the memories of yesterday's clouds.
I've been set free and
I've been bound.*

*And now I'm set free,
I'm set free,
I'm set free to find a new illusion.*

*I've been blinded but
now I can see.
What in the world has happened to me.
The prince of stories who walk right by me.*

*And now I'm set free,
I'm set free to find a new illusion.*

*I've been set free and
I've been bound.
Let me tell you people what I found,
I saw my head laughing rolling on the ground.*

*And now I'm set free,
I'm set free,
I'm set free to find a new illusion.*¹⁷⁹

¹⁷⁹ The Velvet Underground, *The Velvet Underground*, "I'm Set Free".

...AND ANYTHING IS POSSIBLE WHEN YOU'RE SOWING THE SEEDS OF LOVE
ANYTHING IS POSSIBLE SOWING THE SEEDS OF LOVE...¹⁸⁰



¹⁸⁰ Tears for Fears, *The Seeds of Love*, "Sowing the Seeds of Love".

EPÍLOGO

Una persona especial me dijo con el corazón y de corazón, algo más o menos así:

“Las palabras que digas, dilas con el corazón y desde el corazón. Las cosas que hagas, hazlas de corazón y con el corazón. Todo lo que digas y hagas debe ser auténtico, lo debes sentir. Adentro. En las palabras y en los actos refleja el corazón, porque si lo haces así, su sentido va a llegar a donde quieras que llegue.

Si eres sincero y dejas a tu corazón actuar, vas a ser afortunado y te vas a rodear de gente sincera y de corazón. Rodeado de gente con corazón, la felicidad siempre te rondará. Estará cerca de ti y en ti.

Cuando busques comunicarte con otra persona, intenta comunicarte con su parte divina, porque debes saber que en todas las personas, por buenas o malas que sean, existe una parte divina. Esa parte es la que nos hace iguales a todos. En todos los lugares, en todas las cosas y en todas las personas existe lo positivo y lo negativo. Comunícate con lo bueno y la comunicación será sincera y de corazón.

No dejes que el sinsabor, el malestar, la rutina, lo aburrido, lo estresante, lo pesado, lo difícil y lo cotidiano opaquen tus días. Cuando despiertes santifica el nuevo día. Así, tu día será mejor, más fácil y tendrá un sentido. En un día nuevo cualquier cosa que desees puede suceder si la buscas y deseas de corazón y con el corazón. En su búsqueda actúa con el corazón.

Si con tus días no estás contento, busca un cambio. Si lo buscas de corazón y con el corazón, la situación cambiará. Mejorará.

Observa y busca con el corazón y encontrarás. Que tu corazón sea tu guía. Vive con el corazón porque sólo el corazón da vida. La verdadera vida.

Pon el corazón en tus palabras, en tus sueños, en tus intenciones, en tus actos y en tus deseos durante todos los días, así encontrarás el sentido de la vida y así le darás vida a tu corazón y corazón a tu vida.”

Eso me dijo. De corazón,
Arious Epilogus



"These are the days,

these are days you'll remember.

Never before and never since,

*I promise, will the whole world be warm as this,
and as you feel it, You'll know it's true that you are blessed and lucky.*

*It's true that you are touched by something that will grow
and bloom in you.*

These are days you'll remember.

*When May is rushing over You with desire to be part of the miracles
you see in every hour,*

you'll know it's true that you are blessed and lucky.

*It's true that You are touched by something that will grow and bloom
In you.*

These are days.

These are the days you might fill with laughter until you break.

*These days You might feel a shaft of light make its way across
your face,*

and when you do you'll know how it was meant to be.

See the signs and know their meaning,

it's true, then you'll know how it was meant to be,

hear the signs and know they're speaking to you, to you".¹⁸¹



¹⁸¹ 10,000 Maniacs, *Our Time In Eden*, "These Are Days".



EL ASTRONAUTA TERRESTRE

EDICIÓN DIGITAL 2016.

PARA LA COMPOSICIÓN SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS
FILOSOFÍA EN 11, 14 Y 24 PUNTOS 292/8 Y VENDETA EN 10.5 PUNTOS.

Los viajes interiores de Lansbury Frapp lo llevan a recorrer, a su manera, los imprevisibles caminos de la vida, un trayecto lleno de puertas y encrucijadas en las que, además de elegir el camino correcto, habrá de observar con claridad para no perderse en los espejismos.

Guiado por seres misteriosos y orientado por la brújula del corazón, nuestro personaje libraré batallas férreas contra sí mismo y algunos demonios.



LA NOVELERÍA

lanoveleria.com